
ESTÁS
EN
MI
LISTA
NEGRA
Un amor imposible de evitar, que no debería haber sucedido
Melanie Wade


Kuwait
Qatar
Oman
Yemen
Saudi Arabia

Copyright © 2025 Melanie Wade
Todos los derechos reservados.

:

DEDICATORIA

A mi familia, por ser mi refugio de amor, fortaleza y serenidad. Gracias por confiar en mí, incluso en los momentos en que yo misma flaqueaba.

Por cada gesto de ánimo, y por recordarme que unidos somos capaces de vencer cualquier obstáculo.

Este libro es tanto vuestro como mío, porque vuestro apoyo ha sido el pilar fundamental para hacerlo realidad.

.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo:



Capítulo 1

La prueba de fuego

Viernes

El vapor se elevaba a mi alrededor mientras el agua caliente resbalaba por mi piel. Cerré los ojos y respiré hondo, intentando calmar los nervios.

«Relájate, Megan. Es solo una cena», me dije, aunque sabía que no era cierto. «No es solo una cena», tuve que admitir.

Me incliné bajo el chorro de la ducha, y dejé que la presión del agua relajara mis tensos hombros. «Hoy era el día», la noche en la que todo se decidiría. Si Wes Bateman creía que yo era la persona indicada para manejar los aspectos legales de las fusiones y adquisiciones de su empresa, el puesto sería mío. «Si no, adiós a todo lo que siempre has deseado», me dije.

Apreté el frasco de gel de vainilla y lo deslicé sobre mi piel con movimientos automáticos. «Controla la respiración. No hay razón para ponerte así», no dejaba de repetirme. Pero la había.

Llevaba años preparándome para esto. Años estudiando, trabajando hasta la madrugada para perfeccionar cada habilidad, cada estrategia. «Este es el momento para el que me he matado en cada despacho en el que he trabajado durante estos años», concluí.

David Bateman ya me había dicho que creía que era perfecta para el puesto, pero no era él quien tomaba la decisión final. Su hermano sí. El nombre del que todos hablaban. El hombre al que todo el mundo respetaba y temía. Un perfeccionista, un visionario. Un cabrón arrogante, según algunos. No lo conocía, pero su reputación lo precedía. «Y yo dependo de la impresión que le causaré esta noche», me recordé.

Las preguntas me asaltaron sin previo aviso. «¿Qué piensa él? ¿Ya ha decidido que Emma es la opción ideal? ¿Tendrá la mente abierta?».

Enjuagué el jabón de mi piel y pasé los dedos por mi cabello empapado tratando de alejar la ansiedad. Lo único que podía hacer era estar impecable, y demostrar que era la mejor, porque lo era.

Salí de la ducha y envolví mi cuerpo en una toalla antes de acercarme al espejo. Pasé la mano por el cristal empañado hasta que mi reflejo apareció con nitidez. Los ojos verdes y atigrados, la piel sonrosada por el agua caliente, y mi cabello negro y ondulado cayendo húmedo sobre mis hombros…

Respiré hondo, forzándome a mantener la concentración. «Hoy no es un día cualquiera, Megan. Hoy es la noche en la que tengo que convencer a Wes Bateman de que soy la persona que necesita», me repetí, para no olvidarlo.

Agarre el secador y dejé que el aire caliente hiciera su trabajo. Mis ondas se moldearon con facilidad, enmarcando mi rostro con precisión. Cuando terminé, me incliné sobre el tocador y

comencé con el maquillaje. Me puse una base muy suave, un corrector en las ojeras —gracias, insomnio—, y un poco de colorete. Con un toque de iluminador resalté mis pómulos y la curvatura de mi nariz. Nada excesivo. Rímel, barra de labios… Cuando terminé, me aparté y observé el resultado en el espejo. Me vi elegante y sofisticada, sin excesos. «Aunque por dentro te estés muriendo de nervios, proyectas seguridad», me dije a mí misma.

Fui hacia el vestidor y cogí el vestido negro, que era el idóneo. Ceñido, sin mangas, con un sensual escote. Resaltaba mis curvas, sin ser demasiado provocador. Lo deslicé sobre mi piel y me calcé unos zapatos de tacón del mismo color.

«Estoy perfecta», me dije a mí misma. Pero, mientras me colocaba los pendientes, mi mente me traicionó. «Hoy es el mismo día», recordé. Mis dedos se quedaron fríos sobre la cadena de oro de mi cuello. Hoy hacía ocho años que había asistido a la fiesta universitaria que cambió mi vida.

«No pienses en eso», me exigí a mí misma. Pero era imposible. Algo me lo recordaba todos los días. Cerré los ojos y vi las luces parpadeantes, la música atronadora, las risas, el mareo… Todo volvió a mi mente, y uno en especial. «El momento en que aquel chico del pelo largo me sacó del baño y…»,

Parpadeé, alejando el recuerdo antes de que se apoderara de mí. «No ahora. No hoy».

Exhalé con fuerza y miré mi reflejo de nuevo.

«Soy Megan Carter. Soy brillante, soy imparable. La cena de empresa es mi oportunidad y la voy a aprovechar».

Prueba de fuego

El taxi avanzaba entre el tráfico de Manhattan, deslizándose por las calles iluminadas con neones y escaparates resplandecientes. A través de la ventanilla observé cómo las luces se reflejaban en los charcos de la última llovizna. «No es una simple cena, es mi oportunidad», me repetí, para llenarme de seguridad.

Mientras el vehículo se detenía frente a la imponente torre de cristal, ajusté la falda de mi vestido. SkyLine. Último piso. Vista panorámica de Nueva York. Cien asistentes. Ejecutivos. Inversores… y competencia. Emma White.

El nombre resonó en mi mente mientras descendía del taxi y me acercaba a la entrada. La conocía de oídas. Ella también había estudiado en Yale, era un año mayor que yo, y una excelente abogada. Y allí estábamos, en la misma fiesta y optando por el mismo puesto. «Que sea buena no significa que sea mejor que yo», recordé.

Al salir del ascensor, un recepcionista me abrió la puerta, y el murmullo que llenaba el salón privado me envolvió. Un trío de jazz sonaba de fondo, y la melodía flotaba entre conversaciones que parecían murmullos. Aquí no se venía solo a cenar, aquí se sellaban acuerdos, se estudiaban movimientos financieros, y se definía quién encajaba y quién no.

Respiré hondo y di un paso adelante. Instauré mi pensamiento más positivo. «Seguridad. Demuestra por qué estás aquí».

—¡Megan!

David apareció de la nada, con una amplia sonrisa y un whisky en la mano.

Era muy alto, carismático, con el porte de alguien que se siente cómodo en ese tipo de ambientes. Su pelo castaño, más largo de lo habitual en el mundo de las finanzas, y sus ojos marrones, le daban un aire seductor. Era guapo, muy guapo, un auténtico conquistador, pero no era mi tipo. Demasiado Casanova.

—David —respondí con una sonrisa medida, mientras me besaba en la mejilla con familiaridad.

—Estás espectacular —dijo, recorriéndome con la mirada sin el menor disimulo.

«David Bateman y su legendario coqueteo. No me sorprende», recordé.

—Gracias —respondí, sin darle demasiada importancia—. El lugar es impresionante.

—Nos gusta hacer las cosas bien —bromeó, guiñándome un ojo antes de guiarme hacia el centro del salón—. Ven, te presentaré a algunas personas.

Caminé con él entre varios grupos de invitados que charlaban con naturalidad. La mayoría de ellos tenían un brillo en los ojos que indicaba que cada palabra, cada gesto, tenía un propósito.

Y entonces la vi. Emma White. Rubia, impecable, con un vestido azul marino que resaltaba su perfecta figura. Sostenía una copa de champán y sonreía con esa confianza de quien ya sabe que ha ganado antes de competir.

—Megan Carter —dijo cuando nuestras miradas se cruzaron. Aunque su tono era suave, había un matiz en su voz que no pasó desapercibido.

—Emma —respondí, sin perder la sonrisa.

—He oído hablar de ti.

—Lo mismo digo.

Un destello de reconocimiento brilló en sus ojos antes de que inclinara la cabeza y bebiera un sorbo de champán. Era un juego de estrategia, y ambas lo sabíamos.

David interrumpió la tensión con una carcajada.

—No hay necesidad de rivalidades, damas. Esta noche es para relajarnos.

Para él era fácil decirlo, ya que tenía su puesto de vicepresidente asegurado.

—¿Relajarnos? —repetí con un matiz divertido—. ¿No se supone que esto es una prueba de fuego?

David sonrió y me dio una palmadita en la espalda.

—Eres lista, Megan. Pero relájate. Todo saldrá bien.

Antes de que pudiera responder, noté un cambio en el ambiente.

El murmullo se atenuó y los cuerpos se giraron con sutileza. No lo vi al principio, pero lo sentí. Wes Bateman había llegado. No necesitaba anunciarse ni llamar la atención, porque dominaba el espacio con su sola presencia.

Llevaba un traje impecable, corbata oscura, y tenía todo el aspecto del hombre que sabía que el mundo se movía a su ritmo. No sonreía, no desviaba la mirada con distracciones innecesarias. Se abría paso entre el salón con una calma innata, estrechando manos y recibiendo inclinaciones de cabeza con absoluto respeto. No era el tipo de hombre que se esforzaba por impresionar. No lo necesitaba.

Cuando su mirada se cruzó con la mía, el tiempo se ralentizó durante un segundo. Tenía unos ojos verdes, fríos, impenetrables. Me analizaba, me medía. Y yo me maldije, porque no tenía ni idea de qué conclusión acababa de sacar.

No era una mirada de interés, ni de admiración. Era la de un hombre que evaluaba si valía la pena o si era una pérdida de tiempo. Me obligué a mantenerme firme, a sostenerle la mirada sin pestañear. «No te intimides. No le des ventaja», me ordené. Y después de lo que pareció una eternidad, él rompió el contacto visual y siguió su camino.

No había dicho nada, pero lo había dicho todo.

—No te preocupes —susurró David a mi lado con su típica sonrisa—. Wes es frío, pero ya lo irás conociendo.

Me tragué el impulso de soltar una carcajada. Mi mente me murmuró: «¿Frío? ¡Es helado, joder!».

Volví la mirada hacia donde conversaba con un grupo de inversores, sereno, contenido, como si aquel silencioso cruce de miradas nunca hubiera ocurrido.

No tenía idea de qué había pensado sobre mí, pero una cosa era segura: Wes Bateman no me lo iba a poner fácil.

Juegos de sociedad

El murmullo de las conversaciones llenaba el aire, y se mezclaba con la suave música del trío de jazz. Los camareros se movían con habilidad entre los invitados, ofreciendo bandejas con exquisitos aperitivos y copas de champán.

Megan tomó una copa de una bandeja que pasó junto a ella, y la llevó a sus labios con calma. David apareció a su lado con la facilidad de alguien que pertenece a ese ambiente. Su sonrisa era amplia y descarada, y su mirada la recorrió con evidente apreciación.

—Dios santo, Carter. ¿Quieres que alguien sufra un infarto esta noche?

Megan giró la cabeza, arqueando una ceja.

—¿Tanta impresión te causa un vestido negro?

David asintió con la cabeza.

—Solo cuando el vestido negro tiene las curvas adecuadas en los lugares correctos.

Ella sonrió y bebió otro sorbo de champán. No quiso mostrarse coqueta por el halago. Le respondió:

—Veo que has empezado fuerte esta noche.

—Es mi estilo. Soy un hombre que va directo al grano —bromeó David, guiñándole un ojo antes de inclinarse un poco más hacia ella—. No me hagas caso, solo intento encontrar una excusa para acapararte antes de que esa jauría de hambrientos abogados venga a lanzarse sobre ti.

Megan giró el cuerpo hacia él.

—Qué atento —dijo con cierto sarcasmo—. Y dime, ¿ese afán protector lo tienes con todas las candidatas?

David soltó una carcajada y levantó la copa, como si se diera cuenta de su existencia en ese momento.

—Carter, si no tuvieras esa lengua viperina, perderías la mitad de tu encanto.

—¿Solo la mitad? —preguntó con sarcasmo—. Esperaba más.

David la observó con interés.

—Me temo que el resto del encanto tiene que ver con cosas que no puedo mencionar en público sin que esto se convierta en una película clasificada para adultos.

Megan no pudo evitar reírse. David era un Casanova. Lo único que lo salvaba era que tenía estilo al coquetear.

—Voy a fingir que no he escuchado lo que acabas de decir. Seguiré con mi champán.

—Ah, pero lo has oído —confirmó, mientras le guiñaba un ojo—. Eso es lo importante.

David sonrió y, por un instante, Megan casi se relajó en su compañía, hasta que lo vio.

Wes estaba al otro lado del salón, erguido, imponente, con la facilidad de quien está acostumbrado a atraer la atención de los demás sin esfuerzo, sin tener que buscarla ni necesitarla.

Estaba rodeado de un pequeño grupo de inversores y de Emma White, que hablaba con la

seguridad de alguien que sabía moverse en ese mundo. Él la escuchaba con una expresión atenta y una copa de whisky en la mano. Sus ojos la escrutaban, como si estuviera diseccionando cada palabra.

Sin ser vista, Megan lo observó. No le había dedicado ni una sola mirada en toda la noche. Ni un gesto, ni siquiera fugaz. No existía para él, y eso la irritó. «Si quiere indiferencia, la tendrá!», se dijo. Escuchó la voz de David, que había seguido su mirada.

—Parece que mi hermano mayor no te impresiona demasiado, Megan —le dijo con una sonrisa de diversión.

—No sabía que debía impresionarme —respondió con desinterés, devolviendo la atención a su copa.

David soltó un exagerado suspiro.

—Eres dura, Carter. Eso me gusta.

—Y tú eres un encantador de serpientes, Bateman —respondió, haciendo un gesto de indiferencia con la cabeza—. No sé si eso me gusta tanto.

David se rio y tomó su whisky, antes de inclinarse un poco más hacia ella.

—No sé si lo has notado, pero aquí todos intentan impresionar a Wes. Todos quieren su validación. La única que parece no estar desesperada por ello eres tú.

Megan lo miró con expresión inescrutable, hierática.

—Tal vez, porque sé lo que valgo.

David chasqueó la lengua.

—Sí, es cierto. A mí me gustas.

—¡Qué sorpresa! —soltó sarcástica.

Él soltó otra carcajada y le rozó el brazo con un gesto suave.

—Tranquila. Wes es frío, pero ya lo irás conociendo.

Ella lanzó una mirada hacia el grupo de Wes. Empezó a dudar si le apetecía conocer a alguien tan serio y distante como él. Porque, de momento, lo único que sabía de Wes Bateman era que la ignoraba.

Y a Megan Carter no le gustaba ser invisible para nadie.

Juego de titanes

Mientras el murmullo de las conversaciones flotaba sobre la mesa principal, las copas se vaciaban. El primer plato ya había sido servido. Megan deslizó la servilleta sobre su regazo con calma, observando el ambiente. Aquí nadie hablaba sin un propósito. Cada palabra era una pieza en el tablero, y cada gesto, un movimiento medido para ganar el juego.

David se acomodó a su lado con su eterna sonrisa. Emma estaba en su ambiente. No solo parecía cómoda en la mesa, sino que actuaba como si ya hubiera ganado la partida antes de que comenzara. Hablaba con los inversores con fluidez, tejiendo con habilidad anécdotas de adquisiciones y fusiones pasadas.

—Fue una negociación complicada —comentó con una sonrisa—, pero conseguimos cerrar el trato al asegurar pagos escalonados y participaciones condicionadas.

Un par de ejecutivos asintieron con aprobación.

—Una buena estrategia —dijo uno de ellos.

—Solo es cuestión de paciencia y saber manejar los tiempos, además de utilizar los argumentos adecuados —añadió ella, antes de llevarse la copa de vino a los labios con elegancia.

Megan no dijo nada. Todavía.

El silencio que los envolvió fue interrumpido por Wes.

—Interesante —murmuró, con voz pausada, dejando su copa sobre la mesa. No era una afirmación ni una felicitación. Solo una observación. Fría. Calculada.

Emma asintió con la cabeza, con la seguridad de quien sabía que estaba en una evaluación.

—¿No te convence la estrategia, Wes? —le preguntó.

Él la miró sin prisa, con esa calma que siempre parecía esconder una segunda intención.

—Pagos escalonados y participaciones condicionadas significan una prolongación del control por parte del vendedor. A veces es más eficiente cerrar el trato con una oferta más agresiva, y cortar cualquier atadura.

Emma mantuvo su sonrisa, aunque el brillo en sus ojos delataba que captó el matiz de la frase. «No está mal, pero no es brillante», interpretó Megan.

—Depende del tipo de transacción —respondió Emma, defendiendo su estrategia—. En este caso, la empresa no estaba en una posición de fuerza suficiente para imponer términos absolutos.

Wes asintió con frialdad.

—Supongo que era la mejor opción… para esa situación en particular —dijo, mostrando ciertas dudas.

Había algo en su tono que dejaba claro que no estaba impresionado. Megan observó el intercambio sin apartar la vista de Wes. Sabía lo que estaba haciendo. Había dejado que Emma hablara primero, había marcado la pauta, y ahora le tocaba decidir si ella también valía la pena. Entonces, sin rodeos, él la miró.

—¿Cómo lo habrías manejado tú, Carter? —preguntó con la misma voz imperturbable.

Formuló la pregunta como si fuera un reto. Los demás hicieron una pausa en sus conversaciones, esperando la respuesta.

Sin apartar la mirada, Megan tomó su copa con serenidad.

—Depende.

Wes no parpadeó. Entrecerró los ojos.

—¿Depende?

Ella asintió con tranquilidad.

—Sí. Depende de si el objetivo era solo cerrar el trato, o maximizar el control a largo plazo.

David dejó escapar una sonrisa, mirando a Megan con interés.

—Esto se pone interesante —comentó el hermano menor.

Wes no le prestó atención.

—Explícamelo.

Megan giró la copa entre los dedos antes de responder.

—A veces, lo mejor es una oferta agresiva que evite futuras complicaciones. Pero en otras, mantener un pequeño incentivo para el vendedor puede ser más útil. Si el acuerdo se estructura bien, el vendedor puede seguir involucrado en la empresa, pero de una forma que beneficie nuestros intereses. Es una manera de controlar, pero sin que se note que lo estamos haciendo.

Emma bajó su copa de vino y David sonrió con satisfacción.

—Vaya, Carter. Eso suena casi maquiavélico.

Megan se encogió de hombros.

—No hay maquiavelismo en los negocios, David. Solo estrategia.

David levantó su copa en su dirección.

—Brillante.

Pero Wes no sonrió. Durante unos segundos, siguió con la mirada fija en ella, con la misma calma de antes, evaluándola, midiéndola.

—Interesante perspectiva —dijo, y, como si su veredicto ya estuviera decidido, añadió—, pero no es una solución que no haya escuchado antes.

El silencio que siguió fue muy breve, pero suficiente como para sentirse en la mesa. David la miró de inmediato, esperando su reacción. Emma ocultó una sonrisa de satisfacción detrás de su copa de vino, pero Megan no pestañeó. No se inmutó.

—Es posible —dijo con naturalidad—. Pero la diferencia no está en la teoría, sino en la ejecución. Ahí es donde falla la gran mayoría.

Y entonces, con toda la calma del mundo, bebió un sorbo de champán.

El aire cambió durante un segundo. No había desafiado a Wes Bateman con palabras agresivas ni con un tono impertinente. Lo había hecho con estrategia.

Por primera vez en toda la noche, Wes la observó con algo más que la simple analítica que

había utilizado hasta ese momento. Megan percibió interés, aunque él no lo mostró. No lo dijo, pero ahí estaba.

David lo notó y su sonrisa se ensanchó. Emma también, y la expresión en sus ojos cambió.

Megan fue consciente de que lo acababa de desafiar, y no sabía si había resultado bueno o malo. Pero nunca le había gustado que dudaran de ella, de su capacidad.

Jugando con fuego

Megan sostenía la copa de vino con calma, observando cómo Emma se desenvolvía con soltura entre los ejecutivos. Había que reconocerlo: sabía manejarse en una mesa de alto nivel. Su tono era medido, sus sonrisas iban destinadas a las personas correctas, y sabía cómo hacer que su presencia pareciera relevante allí.

—Por lo que entiendo —comentó Emma, dirigiéndose a uno de los inversores—, la última adquisición tuvo algunos contratiempos debido a la resistencia del antiguo equipo directivo.

El hombre asintió.

—Sí, pero logramos negociar una salida progresiva con compensaciones por rendimiento. No queríamos una transición hostil.

—Una buena estrategia —dijo Emma con una sonrisa—. Siempre es más eficiente manejar las salidas con incentivos en lugar de conflictos.

Megan vio cómo Wes la escuchaba en silencio, con la atención de alguien que escuchaba todo, y no dejaba que nada se le escapara. Y entonces, sin cambiar el tono, sin siquiera mostrar un cambio en su expresión, giró la cabeza y le dirigió la palabra a Megan.

—Carter. —Su voz era profunda, pausada—. Si hubieras manejado esa adquisición, ¿habrías hecho lo mismo?

La mesa se quedó en silencio. Apenas fue perceptible, pero suficiente para que todos notaran que Wes Bateman estaba probando a la otra candidata. Megan dejó su copa en la mesa con calma.

—Depende de cuál sea el objetivo final.

Wes la miró con interés.

—¿Y cuál habría sido el tuyo?

Megan no bajó la mirada.

—Asegurar el control total, pero sin que parezca una imposición.

Emma giró la cabeza hacia ella, y David sonrió, entretenido.

—¿Sin que parezca una imposición? —repitió Wes, con el interés de alguien que está evaluando cada palabra—. Explícate.

Megan se acomodó en su asiento, sin prisas, sin titubeos.

—A veces, dar la impresión de que el vendedor aún tiene poder en la transición, hace que la entrega del control sea más fluida —explicó, con un matiz de cálculo en la voz—. Se sienten cómodos, porque creen que todavía están al mando, cuando en realidad, los términos del acuerdo ya los han apartado.

Hubo un segundo de pausa antes de que David soltara una carcajada. Megan esbozó una ligera sonrisa, y Emma bebió de su copa, sin intervenir, aunque su mirada estaba fija en ella. Wes no sonrió. Ni asintió. La miró con ese aire de análisis que no revelaba absolutamente nada.

—Interesante enfoque —dijo, sin hacer ningún gesto.

Era imposible saber si lo decía como un cumplido, o solo era una observación. Antes de encogerse de hombros, Megan sostuvo su mirada durante un segundo.

—Lo que importa es el resultado, ¿no?

David miró a su hermano con una sonrisa casi desafiante.

—Eso es lo mismo que dirías tú, Wes.

Y entonces, por primera vez en toda la noche, Megan vio algo en Wes que no esperaba. Una leve curva en la comisura de sus labios.

Y eso significaba mucho. Más de lo que cualquiera en esa mesa podía imaginar.

Juego de Reinas

Tras la cena, la atmósfera era más relajada y el ambiente en el salón más alegre. Las copas se llenaban con más frecuencia y las conversaciones se volvieron más informales. Megan se movía entre los grupos de invitados con naturalidad, intercambiando saludos y comentarios. Había aprendido que en eventos como este, ser invisible era un error.

David seguía cerca, como un acompañante no solicitado, pero siempre encantador.

—Estás causando sensación —comentó con una sonrisa mientras alzaba su whisky—. Aunque es lo que esperabas, ¿verdad?

Megan le lanzó una mirada de soslayo.

—No me gusta dar nada por sentado, David.

—Con esa actitud, casi pareces más un Bateman que yo —dijo divertido.

—¿Me lo tengo que tomar como un halago? —soltó cínica

David se rio. En ese momento, Emma White aparecía frente a ellos. Rubia, impecable, con esa sonrisa de quien está acostumbrada a mantener el control. Sostenía una copa de champán con elegancia, y los ojos le brillaban.

—Megan —saludó, con un matiz de falsa cortesía en la voz—. Se te ve muy cómoda en este ambiente.

Sin inmutarse, Megan sostuvo su mirada.

—Me considero una persona muy versátil. Sé adaptarme a todo.

Emma sonrió, aunque sus ojos decían otra cosa.

—Eso es importante. No todos saben cómo comportarse en estos eventos. Para algunos, puede resultar intimidante.

Megan arqueó una ceja, pero no mordió el anzuelo tan rápido.

—¿Para algunos? —repitió con un leve tono de diversión—. ¿Me incluyes?

Emma inclinó la cabeza, con una expresión de falsa inocencia que solo alguien entrenado en los círculos de poder ejecutaría con naturalidad.

—Oh, no me malinterpretes. Estoy segura de que te manejas bien. Aunque, si no tienes cierta experiencia…

Ahí estaba. La insinuación. La diferencia entre ser la novata y la veterana.

David observó el intercambio con evidente interés, pero no intervino. Esto era territorio de ellas. Megan dejó la copa en la mesa más cercana y cruzó los brazos con calma.

—La experiencia es valiosa. Pero ¿sabes lo que pasa, Emma? —le preguntó a la rubia—. Hace que la gente se confíe demasiado.

El golpe fue limpio y sutil, pero efectivo. Emma sonrió, pero su expresión solo se tensó una fracción de segundo antes de recuperar la compostura.

—El exceso de confianza puede ser un problema, aunque también lo es la falta de ella.

Megan inclinó la cabeza y le mostró una cínica sonrisa.

—Es cierto. No te conozco lo suficiente, pero dudo que alguna de las dos tenga ese problema.

A David se le escapó una sonrisa, y Emma presionó los labios, incómoda.

—Veremos —murmuró, antes de dar un sorbo a su copa y alejarse con la misma elegancia con la que había llegado.

Megan la siguió con la mirada y lanzó un suspiro.

—Una mujer interesante —comentó David, divertido.

—Nada que no haya visto antes.

David sonrió, con admiración.

—Tengo que decirlo, Carter. Juegas bien a este juego.

—No es un juego.

David se inclinó hacia ella, con una expresión conspiradora.

—Oh, claro que lo es. Y tú juegas para ganar.

Megan no respondió. En lugar de eso, tomó su copa de vino y se alejó de la multitud, sintiendo que necesitaba un respiro. Mientras salía a la terraza, vio que David se acercaba a Emma.

* * *

La terraza del SkyLine estaba vacía, solo iluminada por las luces que bordeaban el cristal, y el resplandor de Nueva York extendiéndose en el horizonte. El aire fresco contrastaba con la calidez del interior, y, por primera vez en toda la noche, Megan sintió que podía respirar sin la presión de las miradas.

Se apoyó en la barandilla de cristal y contempló la ciudad. Todo lo que había construido la había traído hasta aquí. No obstante, la sensación de constante lucha nunca desaparecía.

—¿Huyendo de la multitud?

Aunque ya sabía quién era, la voz profunda tras ella la hizo girarse.

Wes Bateman estaba a unos pasos de distancia. La observaba con la misma intensidad con la que la había estudiado durante la cena. La luz de la ciudad reflejaba matices en su traje oscuro y elegante, ajustado a su atlético cuerpo con precisión. Permanecía inmóvil, con las manos en los bolsillos y la misma postura firme e imperturbable que parecía inherente a él.

Su cabello negro, corto y bien peinado, le daba un aspecto aún más severo. Los atractivos rasgos de su rostro atraían la mirada de Megan, en especial sus verdes y penetrantes ojos, fríos, analíticos, que seguían midiendo cada detalle.

Megan se enderezó, manteniendo la compostura. Sabía que él no era un hombre que se impresionara con facilidad. ¿«Huyendo»?, pensó.

—Nunca lo hago, Wes. No reconozco esa palabra. La borré de mi diccionario.

Él se la quedó mirando. La brisa de la noche agitaba los mechones del cabello negro y

ondulado de Megan, que caían sobre sus hombros con un aire despreocupado. El ceñido vestido negro que llevaba, sin mangas y con un escote sutil, resaltaba su figura con una elegancia que no necesitaba artificios. Sus piernas se alargaban sobre unos elegantes zapatos de tacón, y su postura era firme, sin dejar que ninguna tensión se reflejara en su cuerpo. Megan no apartó la mirada. No se movió ni un centímetro.

—¿Y tú? ¿Huyes? ¿No eres el anfitrión?

La voz de Megan fue firme y serena. Sabía que era el mismo juego que él había estado desplegando durante toda la noche, pero aquí, en la terraza, las reglas parecían diferentes. Wes avanzó un par de metros y se detuvo a su lado. El discreto aroma de su colonia llegó hasta ella.

—Sí, lo soy. Pero también me gusta disfrutar de algunos momentos de silencio.

Megan soltó una carcajada.

—¿Eso es una confesión? —preguntó con cierto sarcasmo—. ¿El gran Wes Bateman se cansa de la compañía?

Él no sonrió, pero tampoco desvió la mirada.

—Depende de la compañía. Algunas me aburren.

Megan sostuvo su copa con más firmeza. ¿Era una simple observación o una insinuación? Con Wes, nunca era fácil saberlo.

—Supongo que estás acostumbrado a este tipo de eventos —dijo con naturalidad.

—Demasiado —respondió. Ella pensó que su tono de voz transmitía cierto desagrado.

Megan giró la cabeza hacia él, y yendo al grano, le preguntó:

—¿Me ha ido bien en mi primer asalto?

La sombra de algo que se pareció a una sonrisa apareció en los labios de Wes.

—Has sabido moverte, señorita Carter.

Megan inclinó la cabeza.

—Eso no parece un halago, señor Bateman.

Antes de responder, él sostuvo su mirada.

—No me gusta regalarlos —dijo, en un tono de voz, que ella no se aventuró a interpretar.

Ella tomó un sorbo de su vino y exhaló despacio, sin apartar la vista de él.

—¿No he pasado tu prueba?

Wes no respondió enseguida. En su lugar, dejó que el silencio se hiciera más denso.

—Aún no hemos terminado, Carter.

Su tono fue tan tranquilo que la respuesta tardó un segundo en calar. Megan lo miró mientras él se daba la vuelta y volvía al salón. Pensó que, detrás de esas palabras, había más de lo que estaba diciendo. Y en ese momento, lo supo.

Wes Bateman no la ignoraría. No después de esta noche.



Capítulo 2

La jugada de Emma

El aire fresco de la terraza le permitió a Megan recuperar el control, disipar el calor residual de la conversación con Wes y ordenar sus pensamientos antes de volver al campo de batalla. Porque eso era exactamente lo que era este evento: un terreno de juego donde cada gesto, cada palabra y cada mirada escondían una estrategia.

Giró la vista hacia el interior del salón, observando cómo las luces reflejaban destellos en los cristales de las copas y en las miradas de los ejecutivos. Todo tenía un propósito en esa sala. Nada sucedía por azar.

Y entonces vio a David y Emma. Su postura era muy íntima, susurrándose cosas al oído. Los vio abandonar el salón, donde las interacciones eran diplomáticas y controladas, y entrar por una puerta que daba a una sala adyacente, y que tenía salida a la terraza. Aquello despertó su curiosidad y se movió unos metros, para observar sus movimientos.

La sala solo tenía encendidas las luces de seguridad y ofrecía una promesa de privacidad. Pero no fue suficiente, porque, desde la oscuridad de la terraza, pudo observarlos sin temor a que la vieran. David, nada más entrar, cerró la puerta con llave. Megan sonrió. Aquello prometía. Entrecerró los ojos y pensó: «Esto no es un simple coqueteo. Es un movimiento estratégico para ser la elegida».

Desde su posición en la terraza, tenía una vista impecable de lo que ocurría tras el ventanal del salón privado. Y lo que vio fue exactamente lo que esperaba. David se acercó a la mesa de centro, con su whisky en la mano y la despreocupada sonrisa que usaba cuando todo le resultaba demasiado fácil.

Emma se sentó en la mesa y lo miró como el depredador que mide a su presa. Ninguno de ellos perdió el tiempo. Ella cogió las solapas de su traje, y tiró de él, acercándolos. Sus bocas se encontraron y con extrema voracidad comenzaron a besarse. David, que permanecía en pie, la abrazó por la cintura y ella lo rodeó con sus piernas, mientras sus caderas arremetían contra él.

Llevó sus manos a la hebilla de su cinturón y la desabrochó. Cuando él empezó a amasar uno de sus pechos, Emma abrió la boca y lanzó un gemido que Megan no pudo oír, pero que supo interpretar. Mientras el pantalón caía al suelo, David abandonó el pecho, y levantó la vaporosa falda de su vestido. Introdujo su mano en la entrepierna de la rubia, y comenzó a acariciarla con desmesurada pasión.

Ella, con un movimiento brusco, tiró de su bóxer hacia abajo, y dejó libre su miembro, tenso y preparado para lo que tenía que ocurrir. Lo aferró con una de sus manos, y con la otra apartó su tanga a un lado, dejando libre el camino. Lo colocó en la entrada y tiró de él, buscando su boca y adelantando las caderas. David la penetró con furia y empezó a embestirla sin ningún tipo de mesura.

Megan apartó la mirada y se alejó unos metros. No quiso ver más. No por incomodidad, ni por celos. Ya había comprendido todo lo que necesitaba entender, que era Emma quien tenía el control.

Giró de nuevo hacia la ciudad y dejó escapar un lento suspiro, con la certeza de lo que acababa de presenciar.

«Bien jugado, White. Bien jugado. Pero yo no voy a jugar a esto».

Líneas rojas

Megan regresó al salón con el mismo aire de seguridad con el que había salido. Aunque mantenía la expresión serena y los pasos firmes, la certeza de lo que acababa de presenciar le mostraba la realidad. Las luces doradas iluminaban las mesas, el sonido de copas chocando y las risas llenaban el ambiente con su habitual sinfonía de poder y control. Todo seguía igual, porque nadie había visto lo que acababa de ver. Como si no importara. Porque, en realidad, no importaba.

No aquí, en ese mundo donde las reglas las dictaban los que, para ganar, estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario. Pero Megan no. Si entrar en este mundo significaba vender algo más que su talento, era muy capaz de encontrar otro en el que su inteligencia fuera suficiente.

Con una copa de vino en la mano, se movió entre los grupos de invitados y se mezcló con la multitud. Unos minutos después vio que los dos protagonistas del espectáculo privado salían de su rincón, mostrando la indiferencia de quienes nunca tienen que disimular. Se separaron con un movimiento casi sincronizado, y se integraron en la velada sin el menor atisbo de vergüenza o secreto.

Mientras saludaba a un par de inversores, David se pasó una mano por el pelo, sonriendo de forma instintiva. Exudaba satisfacción. Megan casi podía escuchar su pensamiento: Buen trato, buen whisky, buen sexo. Emma, por su parte, se mostraba impecable. Ni un solo mechón de su melena dorada fuera de lugar, ni una arruga en su vestido, ni una alteración en su respiración. Como si su pequeño desliz hubiera sido tan calculado como el resto de sus movimientos. Megan la entendió. Si algo tenía claro, era que Emma no era una mujer que se dejara llevar por impulsos.

La tensión en su rostro se suavizó, pero en su interior el rechazo fue absoluto. «Si esta es la forma en que se juegan los ascensos aquí, tal vez los Bateman no sean el tipo de jefes que busco». En ese instante, su mirada se cruzó con la única persona que no esperaba ver en ese momento.

Wes Bateman estaba al otro lado del salón, junto a un grupo de ejecutivos. Tenía una copa de whisky en la mano y su postura era firme, recta, como si la conversación a su alrededor solo fuera un ruido lejano. Pero lo que más la sorprendió, fue que sus ojos estaban fijos en ellos. Pudo ver que fruncía el ceño, no en un gesto de irritación, sino con la expresión de alguien que ha conectado los puntos sin que nadie le explicara nada.

Sintió que un escalofrío recorría su espalda. «Él también los ha visto», pensó. Y se lo confirmó la forma en la que su mirada se alternaba entre ellos. David, luego a Emma, y de vuelta a él. Un rápido análisis, casi imperceptible, pero suficiente para expresarlo todo.

Wes sostuvo su copa con lentitud y bebió un trago. Fijó su vista en ella, pero Megan no pestañeó. No iba a ser ella la primera en apartar la mirada. Y entonces, como si hubiera tomado una decisión, Wes dejó su vaso en la barra y se le acercó.

Cuando ya estaba frente a ella, Megan apenas tuvo tiempo de tomar aire.

—¿Estás disfrutando de la velada? —preguntó con su tono tranquilo, ese que no revelaba ni un ápice de lo que pensaba en realidad.

Megan frunció los labios.

—Tanto como se puede disfrutar lo que es esto: una prueba de fuego.

Los de Wes apenas se curvaron. No era una sonrisa, sino algo mucho más medido.

—Curiosa forma de verlo.

Ella le sostuvo la mirada con serenidad.

—No soy de las que se dejan engañar por lo que ven.

Wes asintió con la cabeza, entendiendo el comentario.

—Supongo que no.

Hubo un segundo de pausa, el suficiente para que ambos fueran conscientes de que esta conversación iba a ser algo más que un simple intercambio de cortesías.

—Parece que tienes una impresión muy clara sobre cómo funciona todo esto —comentó Wes, observándola con su mirada impasible.

Megan entrecerró los ojos un poco, calibrando el terreno antes de moverse en él.

—No se necesita ser un genio para entender ciertas dinámicas.

—¿Y qué dinámicas son esas?

Ella apoyó la copa en la barra, tomándose su tiempo antes de responder.

—Digamos que hay ciertas reglas que todos parecen conocer… y ciertas líneas que algunos están dispuestos a cruzar.

La mirada de Wes no se movió ni un milímetro de su rostro.

—¿Y tú no?

Megan sonrió levemente.

—Si la única forma de entrar en este mundo es abriendo las piernas, tal vez deba encontrar otro en el que se valore mi capacidad, en lugar de mi disposición a hacer favores.

Wes entrecerró los ojos, y la observó con una intensidad que no tenía nada que ver con el deseo, pero sí con una meticulosa evaluación.

—Una aclaración muy sincera.

—¿Y crees que no es cierta? —preguntó mientras arqueaba una ceja.

Él tomó su copa de whisky y bebió un sorbo, sin despegar la vista de ella.

—Diría que es… muy limitada.

—¿Limitada?

Wes bajó el vaso y clavó sus ojos en los suyos.

—Si te retiras en la primera jugada porque hay algo que no te gusta, significa que nunca te has planteado ganar.

Megan sintió una chispa de desafío encenderse en su interior.

—Si ganar significa perder mi integridad por el camino, esa victoria no me interesa.

Se levantó un silencio. La música seguía sonando, al igual que las conversaciones a su

alrededor. La estudió un segundo más, y luego dejó su vaso en la barra, con calma.

—No todos los Bateman jugamos de la misma manera. No te equivoques, Carter.

La explícita frase los envolvió. Megan inclinó la cabeza y mostró una enigmática sonrisa.

—Eso está por ver, pero espero que no.

Y con esa última frase, tomó su copa y se alejó. Lo dejó allí, con su postura imperturbable y su ilegible expresión.

La caída de una reina

Emma White se movía entre los invitados con la seguridad de una mujer que ya se consideraba victoriosa. Había jugado sus cartas con inteligencia. David Bateman no solo era un trofeo, era una inversión. Un acceso directo a lo que importaba de verdad. Y si el pequeño encuentro privado que habían tenido minutos antes no le aseguraba el puesto, sabía que la ponía en ventaja.

Megan la observaba de reojo. Emma irradiaba la confianza que muestran las personas que creen que han ganado antes de escuchar el resultado. Pero lo que realmente captó su atención, fue cuando Emma fijó su mirada en Wes. Ajustó su copa entre los dedos y se los quedó mirando.

Emma se le acercó con un aire de insinuación, con la misma fluidez con la que se había manejado durante la cena, pero, esta vez, el tono era diferente. No era la abogada impecable. Era la mujer que se insinuaba.

—Wes —dijo con una sonrisa sutil, inclinando la cabeza mientras se acercaba más de lo necesario—. Apenas hemos hablado esta noche.

Wes no se movió ni un centímetro.

—No ha sido por falta de oportunidades.

El tono no era rudo, pero tampoco invitaba a la cercanía. Emma se rio, como si la respuesta fuera parte del juego.

—Bueno, ya sabes cómo es esto. En estos eventos siempre hay demasiadas distracciones.

Antes de mirarla a los ojos, Wes bebió un sorbo de su whisky.

—Algunas distracciones son más evidentes que otras, y demasiado inapropiadas para determinados momentos.

Megan observó un destello en los ojos de Emma. Fue apenas perceptible, pero suficiente para que la seguridad de la rubia se tambaleara durante un breve segundo.

—No sé a qué te refieres, Wes. Creo que… —empezó a decir, con un tono de voz que intentaba parecer ingenuo.

—No me molestan las distracciones, Emma —la cortó, con calma—. Pero sí las malas decisiones.

Se hizo un incómodo silencio. Megan se quedó inmóvil, porque eso no era un comentario casual. Emma se acababa de dar cuenta de que Wes lo sabía, y que no le había gustado.

Mantuvo la sonrisa, pero Megan vio que su mano se tensaba alrededor de la copa. Aunque se recompuso con rapidez, ya no tenía el control. No con Wes. No obstante, hizo un último intento.

—Siempre he estado muy interesada en trabajar contigo, Wes —dijo, con una sonrisa que ya no tenía la misma seguridad de antes.

—No lo dudo —replicó él con absoluta neutralidad—. Pero, de momento, hasta que comunique mi decisión, no tenemos nada más que hablar.

Sin encontrar más argumentos, Emma inclinó la cabeza, se giró y se perdió entre los invitados.

«Vaya, eso ha sido inesperado», se dijo Megan, mientras la veía alejarse con una expresión estoica. La vio dirigirse hacia una de las mesas laterales, donde David estaba riendo con un par de ejecutivos. Llegó hasta él y le murmuró algo al oído.

David levantó una ceja. Emma volvió a hablar, y se apartaron de los hombres. Megan no podía escuchar lo que decían, pero pudo verlo todo. Él se giró hacia la rubia y su expresión pasó de ser seria, a mostrar sorpresa y fastidio.

El lenguaje corporal de ella había cambiado. Ya no mostraba seducción, sino la gestualidad de una discusión contenida, pero una discusión, al fin y al cabo. David frunció el ceño y apoyó un brazo en el respaldo de la silla.

Intuyó lo que estaba pasando. Emma intentaba que David intercediera, y él no tenía la intención de hacerlo. Entonces, él levantó la cabeza y descubrió a Megan pendiente de ellos. Ninguno de los dos apartó la vista. Cuando Emma se percató, le lanzó una mirada furiosa y se alejó de él, en dirección a la terraza.

Apenas unos segundos después, Wes se acercó a su hermano y le susurró unas pocas palabras al oído. David asintió con la cabeza, y ambos fijaron su vista en ella. Tras el fugaz comentario, el mayor lo dejó solo.

Megan se giró, con la intención de alejarse, pero David se levantó de la mesa y caminó hacia ella.

—Carter.

—Bateman —respondió sin inmutarse.

—Wes quiere verte en la oficina. El lunes, a primera hora.

Megan sostuvo la copa en el aire por un segundo antes de bajarla con calma.

—¿Primera hora?

—Eso me ha dicho.

—Supongo que eso significa que aún no ha tomado una decisión.

David se encogió de hombros, como si el tema le divirtiera.

—Solo significa que Wes quiere evaluar mejor a la candidata.

Megan inclinó la cabeza, observándolo con atención.

—La candidata que prefería… ¿no ha hecho nada por convencerlo? —replicó con una sarcástica sonrisa—. ¿O, tal vez, esa mujer ha pensado que tenía que convencerte a ti? Creo que lo ha intentado.

David dejó escapar una mordaz carcajada.

—Eso ha dolido, Megan.

Ella alzó una ceja, sin inmutarse.

—Sabes que es verdad.

—No voy a negarlo.

Él la miró durante un instante, con una expresión que mezclaba seducción y curiosidad. Luego, se llevó la copa a los labios, tomándose su tiempo antes de hablar. Le mostró una

sugerente sonrisa, y empezó a decir:

—Carter, sabes que…

—No.

David parpadeó, sorprendido por la interrupción.

—Aún no he dicho nada.

Megan esbozó una sarcástica sonrisa y se cruzó de brazos.

—David, si tu línea de conversación va en la dirección que creo, voy a decirte, desde ya, que te estás equivocando de mujer.

David la observó en silencio durante un par de segundos, y se llevó una mano al pecho con exagerado dramatismo.

—¿Cómo puedes juzgarme así? Soy un caballero.

Megan resopló, divertida, y antes de responder tomó un sorbo de vino.

—No sé qué es peor, Bateman. Que lo digas con esa cara de cínico, o que esperes que me lo crea.

David soltó una carcajada, inclinándose hacia ella.

—Está bien. He recibido el mensaje. Nada de charlas picantes, ninguna insinuación, ningún tipo de coqueteo…

Megan sonrió con falsa dulzura y clavó sus ojos en los de él.

—Ninguno.

David suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—Eres un desafío, Megan.

Ella sostuvo su mirada, con tranquilidad.

—No soy un desafío. Soy un imposible porque soy profesional —dijo muy seria—. Y eso es algo que, por lo que he visto, no todas entienden.

David la observó con cierta admiración, y su cínica sonrisa se suavizó.

—Eso ya lo sé —murmuró, con un tono diferente, mucho más serio.

Megan no respondió. No lo creyó necesario. Se limitó a terminar su copa de vino de un solo trago, la dejó en la barra, y se encaminó hacia la salida sin mirar atrás.

El verdadero juego comenzaba.

Primera hora en Bateman & Bateman

Lunes

Cuando Megan cruzó las puertas de las oficinas de Bateman & Bateman, respiró hondo antes de avanzar hacia la recepción. El vestíbulo era amplio, elegante, con suelos de mármol gris oscuro y grandes ventanales que dejaban entrar la luz natural. Todo tenía un aire moderno, minimalista y eficiente, sin lujos innecesarios, pero con un estilo impecable. No había cuadros abstractos ni elementos decorativos. La estancia hablaba de precisión, de control. «Justo lo que esperaba», pensó.

Se acercó al mostrador, donde una recepcionista tecleaba con rapidez en su ordenador.

—Buenos días. Soy Megan Carter. Tengo una cita con el señor Bateman.

La mujer levantó la mirada, con una sonrisa muy agradable, pero profesional.

—El señor Bateman la está esperando. Está atendiendo una llamada. Cuando esté disponible, la avisaré de su llegada. Puede esperar allí, por favor —dijo, indicando una pequeña sala en la que había seis sillas y una mesa baja.

Megan asintió. A través de las paredes de cristal, se giró para observar las oficinas mientras esperaba. El espacio de trabajo era amplio y luminoso. Las mesas de los empleados estaban organizadas en filas ordenadas, separadas por mamparas de cristal que daban una sensación de transparencia, pero al mismo tiempo delimitaban el espacio personal. Nada de cubículos cerrados. Nada de caos.

A un lado, en una zona más privada, estaban los despachos principales. Desde su posición, podía ver el de David, con su persiana entreabierta y un abrigo colgado de manera descuidada en la silla. En cambio, el despacho de Wes era otra historia. Las persianas estaban completamente cerradas, e impedían cualquier mirada indiscreta. Era un perfecto reflejo de su dueño.

Frente a los despachos, de un total de seis, había una sala de reuniones. Disponía de una enorme mesa de madera, con doce sillas, y las tres pantallas empotradas en la pared demostraban que allí no se perdía el tiempo con reuniones innecesarias.

Megan cruzó los brazos y se obligó a respirar hondo. Estaba nerviosa. En la próxima hora se decidiría su futuro. Aunque sabía que David era un mujeriego, confiaba en haberle dejado las cosas muy claras en la fiesta, pero, ahora, su mayor interés estaba en Wes. ¿Era igual que su hermano? No lo conocía lo suficiente, pero los comentarios sobre él lo ponían en la cima de la industria financiera.

Wes Bateman no había heredado una fortuna ni había sido impulsado por un apellido. Había trabajado durante tres años en una empresa de la competencia, aprendiendo los mecanismos del mundo financiero antes de lanzarse por su cuenta. Y en solo diez años, había construido un imperio.

Bateman & Bateman era su creación, y Megan estaba a punto de descubrir si ese imperio tenía un lugar para alguien como ella. Se obligó a relajar los hombros. Recordó lo mucho que había estudiado durante los siete años de carrera, demasiadas noches sin dormir, infinidad de sacrificios personales. Incluso había rechazado oportunidades que no la convencían lo suficiente. Había apostado todo por llegar aquí, y no iba a fallar ahora.

—Señorita Carter —la voz de la recepcionista la sacó de su abstracción—. El señor Bateman la puede recibir ahora.

Megan inhaló con discreción y miró la puerta de cristal, que ahora estaba entreabierta.

El momento había llegado.

Un lugar en la cima

Megan caminó con paso firme. A pesar del ligero nudo en su estómago, su exterior proyectaba confianza. Había trabajado demasiado para estar aquí. No iba a titubear ahora. Empujó la puerta con suavidad, y entró.

El despacho de Wes Bateman reflejaba a la perfección la imagen que proyectaba su dueño. Era minimalista, funcional, sin adornos innecesarios. Los amplios ventanales dejaban entrar la luz natural, y la mesa de caoba oscura y las estanterías aportaban un sobrio contraste. Todo reflejaba orden, control, disciplina.

Wes estaba sentado en su silla de cuero negro, y revisaba unos documentos. No levantó la vista de inmediato. Llevaba un traje oscuro, impecable, entallado con precisión y acompañado de una corbata de seda de color borgoña. No había un solo gesto superfluo en sus movimientos, ni un solo mechón de su cabello negro estaba fuera de lugar. Era la definición exacta de alguien que se había construido a sí mismo.

Cuando alzó la mirada, sus ojos verdes la analizaron con la misma meticulosidad con la que evaluaba cada inversión. Megan le sostuvo la mirada sin inmutarse. «No le des la ventaja», pensó.

Avanzó con paso seguro hasta su escritorio.

—Buenos días, señor Bateman.

Él se puso de pie, ofreciendo un leve asentimiento en lugar de un apretón de manos.

—Buenos días —dijo, con su voz grave y pausada—. Toma asiento, por favor. Y vamos a dejarnos de formalismos. El pasado viernes nos tuteábamos y, trabajes o no aquí, no hace falta mantenerlos.

Megan asintió con la cabeza y se sentó en la silla de cuero que había frente a él. Sabía que estaba elegante con aquel vestido negro, ajustado lo justo para denotar profesionalidad. Su cabello oscuro caía en suaves ondas sobre sus hombros, y su maquillaje era sutil, pero efectivo. No hubo rodeos ni sonrisas innecesarias. Wes se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa, mientras entrecruzaba los dedos.

—Voy a ser directo. ¿Por qué quieres trabajar aquí?

Su tono no era agresivo, pero indicaba que no toleraría respuestas banales. Megan sostuvo su mirada con firmeza y cruzó una pierna sobre la otra.

—Porque quiero jugar en las grandes ligas.

Un destello de interés cruzó los ojos de Wes, aunque su expresión se mantuvo impasible.

—¿Tu anterior empresa no te lo permitía?

—Cuando mi antiguo jefe era el dueño, sí. Pero no me interesa trabajar en una empresa que ahora aspira a sobrevivir en el mercado en lugar de dominarlo.

Wes entrecerró los ojos.

—Interesante elección de palabras.

—Me gusta la precisión.

Él inclinó la cabeza, evaluándola.

—Tengo muy buenas referencias tuyas, de tu antiguo jefe. Conozco a Raymond Foster desde hace años. Es un hombre inteligente que supo hacer un buen negocio cuando vendió la empresa.

Megan asintió.

—Sí, y los nuevos dueños también lo hicieron comprando. Solo que no son Raymond.

—Me ha hablado bien de ti. Según él, eras su mejor abogado en el equipo legal.

Megan esbozó una sonrisa. Suponía que se habría informado sobre ella, pero no sabía que conociera a su antiguo jefe. Wes dejó la pluma que sostenía y la observó con más atención.

—Asegura que eres brillante, y me dijo que estaba seguro de que no te querrías quedar con los compradores. Que tú aspiras a más.

Megan no apartó la mirada.

—Me conoce bien.

—Podrías haber seguido allí. Con una promoción, un buen sueldo, estabilidad…

—Y la misma rutina. No me interesa un lugar que se conforme con mantenerse a flote. Quiero estar en una empresa que lidere, que marque el ritmo y que se aventure en riesgos calculados.

El silencio entre ellos se alargó unos segundos.

—Buena respuesta —dijo Wes, aunque su tono no dejó ver si era un elogio o una observación.

Megan sonrió.

—No puedo dar respuestas equivocadas. Mi trabajo me lo exige.

Un brillo fugaz cruzó la mirada de Wes, pero desapareció tan rápido como había aparecido.

—Tu currículum es excelente —dijo, pasándose un dedo por la barba—. Pero hay un detalle que me ha llamado la atención.

Megan mantuvo una expresión indiferente, aunque sabía lo que venía a continuación.

—Tienes treinta y tres años, estás soltera —mencionó Wes, fijando la mirada en ella—, pero tienes un hijo de siete. John.

Su tono no era acusador ni curioso, sino analítico, como si estuviera evaluando cada pieza del rompecabezas. Megan sostuvo su mirada con la misma firmeza.

—Vivo con mis padres. Ellos se encargan de él mientras trabajo. Mi hijo no será un problema.

Wes se recostó en su silla, evaluándola.

—Aquí trabajamos bajo presión. Muchos viajes, horarios impredecibles…

—Lo sé.

—A veces, cuando tengamos que cerrar negociaciones en otras ciudades, tendrás que desplazarte. Con David o conmigo.

—Eso no será un inconveniente —aseguró Megan sin titubear—. Tengo la logística resuelta.

Wes asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Bien. Quiero un compromiso absoluto por tu parte.

Megan entrecerró los ojos, y le mostró una firme sonrisa.

—Si no estuviera dispuesta a eso, no estaría aquí sentada, Wes. Sé lo que significa trabajar contigo.

Wes dejó la pluma que sostenía y la observó durante un par de segundos.

—Me gusta la gente que no pierde el tiempo con rodeos.

Megan se apoyó en el respaldo de su silla, mostrando seguridad y con una expresión imperturbable.

—Entonces nos llevaremos bien.

Por primera vez, Wes sonrió levemente. No fue una sonrisa completa, sino un atisbo. A medio camino entre el reconocimiento y la aprobación. Se quedó observándola, con la misma calma con la que un depredador analiza a su presa antes de atacar.

—No suelo contratar a personas que buscan ascender rápido —dijo con tono neutral—. Prefiero la lealtad.

Sin perder la compostura, Megan apoyó los brazos en la silla.

—No confundas ambición con falta de lealtad. Si decido quedarme en una empresa, es porque creo que puedo hacerla crecer. Pero si una empresa deja de crecer, no espero a hundirme con ella.

Se hizo un silencio, y Megan vio en su rostro un atisbo de aprobación.

—¿Por qué debería confiar en ti? —preguntó de repente.

Megan no dudó ni un segundo.

—Porque soy buena en lo que hago. Porque sé ver oportunidades donde otros ven problemas. Porque no tengo miedo de cuestionar lo que parece incuestionable, pero también sé cuándo es el momento de seguir las órdenes.

Wes giró la pluma entre sus dedos.

—Todo el mundo dice lo mismo en las entrevistas.

Megan sonrió con sarcasmo, pero lo disfrazó de seriedad.

—Yo no.

Él dejó la pluma sobre la mesa y la miró en silencio. Megan sostuvo su mirada sin pestañear. El juego no solo era sobre quién tenía mejores cartas, sino sobre quién mostraba dudas.

De una forma casi imperceptible, Wes asintió.

—Bien —dijo, recostándose en la silla—. Empiezas mañana, a las ocho en punto. Susan, mi secretaria, te dará todos los detalles. Te enseñará tu despacho, y te presentará al equipo con el

que trabajarás.

Megan sintió que la adrenalina recorría su piel, pero su expresión se mantuvo controlada.

—Perfecto.

Wes levantó un documento de su escritorio y lo deslizó hacia ella. Megan se puso en pie, con tranquilidad, y lo cogió. Vio que era un contrato.

—Lo revisaré y lo traeré firmado mañana.

Wes también se levantó. Por primera vez, extendió la mano.

—Nos vemos a las ocho en punto, Carter.

Megan aceptó el apretón. Su mano era firme, segura, pero sin el más mínimo exceso de presión.

—Nos vemos mañana, Bateman.

Antes de girarse y salir del despacho, ella sostuvo su mirada durante un segundo. Megan cerró la puerta con la misma calma con la que había entrado. Tras hacerlo, exhaló un suspiro de tranquilidad.

Lo había conseguido, pero el verdadero desafío estaba por comenzar.



Capítulo 3

Aliados y advertencias

Nada en su exterior denotaba el torbellino de pensamientos que recorrían su mente. Empezaba mañana. El contrato en su mano lo confirmaba, pero la sensación de haber superado la prueba definitiva era más poderosa que cualquier documento. Wes Bateman no era un hombre fácil de impresionar, y lo había conseguido. Antes de que pudiera ahondar demasiado en ese pensamiento, una voz femenina la sacó de su abstracción.

—Megan Carter, ¿verdad?

Se giró y se encontró con una mujer de unos treinta años, rubia, delgada, de sonrisa cálida y expresión vivaz. Llevaba una falda lápiz y una blusa perfectamente planchada, pero su actitud era mucho más relajada que la de la mayoría de los empleados con los que se había cruzado.

—Esa soy yo —confirmó Megan, arqueando una ceja con curiosidad.

La mujer extendió la mano con entusiasmo.

—Soy Susan, la secretaria de Wes. Bienvenida a Bateman & Bateman.

Megan estrechó su mano y sintió afinidad con ella, de inmediato. No era la típica asistente que irradiaba la tensión propia de su cargo. Susan parecía alguien con quien podrías compartir una copa después del trabajo sin que la conversación se volviera insoportable y aburrida.

—Gracias —respondió, con una sonrisa—. Me alegra conocer a la persona que, con seguridad, hará que mi vida aquí sea más fácil… o más difícil.

Susan se rio con naturalidad, apartándose un mechón de cabello del rostro.

—No te preocupes, Megan, te la haré más fácil. Si alguien tiene la capacidad de complicarte la vida en esta empresa… ese es Wes.

Megan dejó escapar una risa.

—Sí, ya me estoy dando cuenta.

Susan la miró con picardía y le mostró una sonrisa.

—Ya sabía que tú eras la elegida.

Megan arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? —preguntó muy sorprendida.

—Claro. Lo supe el viernes. Wes me pidió que preparara tu contrato.

Megan parpadeó. «Ese fue el día del evento», se dijo.

—¿El viernes? —preguntó en voz alta, muy sorprendida.

Susan asintió y, al ver su perplejidad, le mostró una agradable sonrisa.

—Sí. Ya lo tenía claro antes de la cena de empresa, pero supongo que quiso asegurarse. O hacer que sufrieras un poco.

Megan resopló con incredulidad.

—Genial. Encantador.

Susan se rio con complicidad.

—Te acostumbrarás o lo odiarás. O ambas cosas.

Megan estaba a punto de responder, cuando una voz masculina interrumpió la conversación.

—Ah, ahí estás, Carter.

Se giró justo a tiempo para ver a David Bateman saliendo de su despacho. Caminaba con su andar relajado, y con su eterna y traviesa sonrisa en los labios. Llevaba un traje azul marino sin corbata, con el primer botón de la camisa desabrochado, y eso era casi lo único que lo diferenciaba de su hermano mayor. Porque, salvo ligeros detalles, como los ojos y el pelo, se parecían mucho físicamente. Su estatura y constitución eran muy similares, pero David iba perfectamente afeitado, y Wes llevaba una cuidada barba. Aparte de eso, solo se diferenciaban en dos cosas.

La primera era su edad, ya que Wes tenía treinta y siete años, cuatro más que ella, y David uno menos, solo treinta y dos. La segunda era su carácter. David era simpático, insinuante, halagador… un auténtico conquistador. Wes era todo lo contrario.

Prefirió no pensar en ello, de momento. Tendría que trabajar con él a diario, y sabía que sería un auténtico reto. «Ya lo iré conociendo poco a poco», se dijo, pero no pudo evitar recordar las palabras de Susan: «te acostumbrarás o lo odiarás. O ambas cosas».

David llegaba hasta ella en ese preciso instante.

—Bateman —saludó, sin perder la compostura.

David le lanzó una mirada apreciativa.

—Me alegra saber que mi instinto nunca me engaña. Estaba seguro de que serías la elegida.

Megan cruzó los brazos, retándolo.

—¿Instinto? —preguntó sarcástica.

David puso cara de falsa indignación.

—¡Por favor! Me ofende que pienses otra cosa.

Megan alzó una ceja.

—Es curioso. Pensaba que Emma también era una gran candidata. Tengo entendido que te encargaste de evaluarla personalmente.

David sonrió con picardía.

—Es cierto, lo es. Pero determinadas circunstancias inclinaron la balanza a tu favor.

Megan entrecerró los ojos, captando de inmediato el doble sentido.

—¿Determinadas circunstancias?

David tomó aire, como si buscara las palabras exactas.

—Oh, no sé… quizás un pequeño incidente en una sala apartada, con alguien jugando a obtener un ascenso de la manera equivocada.

—Déjame adivinar. —Megan le lanzó una mirada cortante—. ¿Me estás sugiriendo que debería estarte agradecida?

David se encogió de hombros y mostró su encantadora sonrisa.

—A Wes no le gustó lo que pasó con Emma.

Megan chasqueó la lengua y cruzó los brazos. «Eso ya lo sé», pensó. Con enorme satisfacción le dijo:

—David, ¿sabes que la decisión ya estaba tomada desde el viernes pasado?

Él la observó con una expresión de sorpresa

—¿Cómo lo sabes?

—Por Susan —respondió, satisfecha.

—¡Vaya con mi hermano! —exclamó confundido.

—Eso significa que aquí el trabajo es el trabajo —afirmó con firmeza—, y que no se debe mezclar con el placer.

David soltó una espontánea carcajada. Inclinó la cabeza, y la observó con curiosidad.

—Carter, eres un interesante misterio por resolver.

Ella sostuvo su mirada sin pestañear.

—Y tú, Bateman, eres un imposible.

David sonrió y negó con la cabeza.

—Lo dices como si eso fuera un problema.

—Lo es. Porque yo siempre voy a ser un imposible para ti.

—¿Estás segura? —preguntó David, entrecerrando los ojos, con un tono divertido.

Megan palmeó su hombro, con un gesto burlón.

—Del todo.

Él suspiró con fingido dramatismo.

—Qué lástima. Podríamos haber sido una pareja muy interesante.

Megan se tuvo que reír.

—David, si fueras mi pareja, en menos de una semana habrías perdido el control de la relación.

—¡Oye, tengo mi orgullo! —exclamó, mientras ponía una mano en su pecho, como si la idea le doliera.

—Por eso nunca funcionaría. Somos incompatibles.

David la miró un segundo y soltó otra carcajada.

—Me gustas, Carter.

—Lo sé. —Megan sonrió con sorna—. Y por eso me aseguraré de mantener siempre la distancia necesaria.

David negó con la cabeza, sonriendo, y le hizo un gesto con la mano.

—Nos vemos mañana.

—Nos vemos, Bateman.

Mientras Megan se alejaba, sintió la mirada de David sobre ella. Divertido. Desafiante. Sabía que él intentaría volver a jugar su juego, pero lo que David no quería entender es que ella no jugaba a lo mismo que él.

Camino a casa

El tráfico de Manhattan se extendía ante Megan como un océano de luces rojas y blancas. Las bocinas sonaban a lo lejos, la gente cruzaba las calles con prisa, y el bullicio de la ciudad seguía su curso imparable. Pero en su cabeza, un maremoto de ideas la turbaba.

Bateman & Bateman. Apenas podía creerlo. El trabajo soñado. «Es el reto que siempre he querido», pensó, cogiendo con fuerza el volante. Era un salto profesional enorme, una oportunidad que rara vez se presentaba.

Wes Bateman.

David Bateman.

Dos hombres muy diferentes, pero igual de influyentes en el mundo financiero.

David era carismático, encantador y seductor hasta el exceso. Wes, en cambio, tenía el porte de alguien que no necesitaba decir mucho para que el mundo se alineara a su ritmo.

«Trabajar con ellos será el mayor desafío de mi vida». Nada más pensarlo sintió un escalofrío, porque decir eso era una verdad como un templo. Pero no era el momento de distraerse con esos pensamientos; había llegado a casa.

Estacionó en la entrada y apagó el motor. Se acercó al maletero y sacó las cuatro bolsas con la ropa que se había comprado. Le apetecía estrenar algo para su nuevo trabajo, y se había gastado más dinero del que pensaba, pero estaba muy contenta con lo que había encontrado.

Se quedó un instante observando la fachada de la casa de sus padres, y recordó los miles de horas pasadas allí. Excepto cuando estuvo a punto de casarse, nunca se había planteado vivir en otro lugar. Pero, tras lo que pasó con John, el que iba a ser su marido, su hijo y ella no podrían encontrar un lugar mejor para estar juntos. Además, estaban cuidados y arropados por sus padres. Era un hogar lleno de calidez, su refugio.

Bajó del coche y entró con naturalidad, dejando su bolso sobre la mesa del recibidor y las bolsas en el suelo.

—¡Mami! —La voz infantil de John retumbó en la casa antes de que sintiera un impacto contra sus piernas.

Megan sonrió y se agachó para abrazarlo con fuerza.

—Hola, mi amor. ¿Cómo te ha ido en el cole?

John la miró con aquellos preciosos ojos verdes y atigrados tan parecidos a los suyos. Eran heredados de ella, sin duda, porque su difunto prometido y padre del menor, los tenía negros.

—Me aburro bastante, Mami, ya lo sabes. Pero he empezado a investigar sobre agujeros negros —informó con la naturalidad de quien habla de la cartelera de cine.

Megan suspiró con diversión.

—Claro que sí —murmuró con ironía—. Porque todo niño de siete años debería preocuparse por los agujeros negros.

John la miró sorprendido y giró la cabeza.

—¿Por qué no? Pueden tragarse planetas enteros.

—Sí, cielo, pero no el nuestro —le dijo su madre, revolviéndole el cabello.

—Bueno… por ahora.

Megan soltó una risa y lo tomó de la mano mientras caminaban hacia la cocina.

Eleonor, su madre, estaba acabando de preparar la cena, y su padre, Óscar, leía el periódico con sus gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—¡Acaba de llegar a casa la futura gran abogada de Bateman & Bateman! —exclamó Eleonor con entusiasmo.

Óscar alzó la vista de su periódico con una sonrisa llena de orgullo.

—Nuestra niña siempre ha apuntado alto, y siempre consigue sus metas.

Megan dejó escapar una carcajada de felicidad.

—Gracias, Papá. Es oficial. Empiezo mañana.

—Sabía que lo conseguirías —dijo su madre, colocando los platos en la mesa—. Pero dime una cosa, cariño, ¿cómo es el famoso Wes Bateman?

Megan bebió un sorbo de agua antes de responder.

—Tal y como lo describen en las revistas financieras: brillante, implacable, frío como un témpano de hielo.

Óscar soltó una carcajada.

—Esos suelen ser los hombres que logran grandes cosas.

Megan resopló.

—Sí, pero también suelen ser unos capullos.

Eleonor se llevó una mano al pecho.

—¡Megan!

John, que en ese momento se sentaba frente a un plato de carne con puré de patatas, levantó la cabeza con interés.

—¿Qué es un capullo?

Megan se atragantó con el agua y tosió un par de veces.

—Nada, cielo. Es… una mala palabra. No la repitas en la escuela, ¿de acuerdo?

—Vale —aceptó el niño, aunque le lanzó una mirada curiosa.

—¿Y David Bateman? —intervino su madre, con el tono de quien se divierte demasiado con la conversación.

Megan puso los ojos en blanco.

—David es… David —dijo, alzando los hombros—. Encantador, bromista, conquistador, y demasiado seguro de sí mismo.

—O sea, exactamente el tipo de hombre que no te interesa —bromeó Óscar.

—¡Lo tiene todo! —confirmó, pinchando un trozo de pollo con el tenedor.

John, que había estado observándola en silencio, de repente soltó:

—Mami, ¿ya tienes novio?

Megan dejó de masticar y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué me preguntas eso, cariño? Ya sabes que no.

John encogió los hombros.

—Porque todas las niñas del colegio dicen que soy guapo, y que soy su novio. —Se quedó una décima de segundo pensando—. Y tú eres muy guapa. No lo entiendo.

Hubo un breve silencio antes de que Eleonor soltara una carcajada.

—¡Oh, por favor! ¡Este niño es un rompecorazones!

Óscar asintió, mirando a su nieto con orgullo.

—Esas niñas saben lo que hacen.

Megan se llevó una mano a la frente.

—Dios…

—No es culpa mía. No les hago mucho caso —dijo John, encogiendo los hombros con indiferencia.

Megan resopló. Sabía que era cierto, y no era amor de madre.

—Y dime, ¿ya has elegido esposa, futuro conquistador?

John la miró con seriedad.

—No. Estoy evaluando mis opciones.

Eleonor soltó una carcajada, y Óscar le dio una palmadita en el hombro a su nieto.

—Esa es la actitud, hijo.

Megan negó con la cabeza, pero no pudo evitar sonreír.

—Estás demasiado adelantado para tu edad, John.

El niño la miró con inocencia.

—¿Eso es malo?

—No. Solo significa que cuando seas adolescente, tendré que preocuparme el doble.

John se encogió de hombros.

—Mami, tengo siete años. Puedes estar tranquila, aún falta mucho para eso.

Megan suspiró.

—Sí, pero si sigues hablando como un adulto, no voy a saber qué hacer contigo.

John le sonrió con ese hoyuelo en la barbilla que hacía que Megan sintiera una extraña punzada en el pecho. No se parecía en nada a John, su difunto prometido. Y aunque había tratado de evitarlo, siempre se preguntaba: «¿de dónde ha sacado ese hoyuelo?» Nadie en su familia lo tenía, y tampoco lo había visto en los miembros de la familia del padre, al menos, los que ella conocía.

Sacudió la cabeza y dejó de pensar en ello. Respiró hondo y miró a su hijo con ternura.

—Lo que sí es seguro, pequeño Casanova, es que desde mañana ya no podré ir a recogerte

al colegio todos los días.

John frunció ligeramente el ceño.

—¿Porque trabajarás más?

Megan asintió.

—Sí, pero no te preocupes. Estaré aquí todas las noches, aunque algunas veces tendré que viajar.

—Lo soportaremos, mami —dijo, mientras la miraba con atención—. ¿Te gusta tu nuevo trabajo?

Megan pensó en Wes. En David. En lo que se avecinaba.

Sonrió.

—Sí, cariño. Me gusta.

John asintió satisfecho y volvió a su plato. Antes de volver a su cena, Megan lo observó durante unos segundos. Sí, su hijo era brillante. Pero también era un enigma en muchas cosas que veía en él.

Y, tarde o temprano, iba a tener que resolverlo.

Primer día en la oficina

Martes

Megan entró en las oficinas de Bateman & Bateman y, mientras cruzaba el elegante vestíbulo, tomó aire con discreción. Era un espacio muy amplio, con paredes de cristal, detalles en madera oscura y una iluminación intensa, tanto por la luz que se filtraba por los enormes ventanales, como por las luces artificiales. Todo en ese lugar indicaba poder, eficiencia y exclusividad.

Susan, la secretaria de Wes, la recibió con una sonrisa radiante.

—Bienvenida, Megan. ¿Lista para tu primer día?

Megan arqueó una ceja y le mostró una sonrisa.

—¿Tengo opción? —preguntó en broma.

Susan se rio, haciéndole un gesto para que la siguiera.

—Ya sabes que no. Vamos, te enseñaré tu despacho.

Megan recorrió la oficina con la mirada. Todas las mesas estaban organizadas en un amplio espacio de trabajo, y separadas por mamparas de cristal. Todo el mundo la miraba con interés. Ella los saludó con la cabeza y alzó la voz para decir:

—Hola, soy Megan. Ya nos iremos conociendo —comentó con amabilidad. Se escuchó un murmullo general, devolviendo el saludo.

Las zonas de los despachos privados estaban en un pasillo más discreto. El de Wes era el más grande y estaba ubicado en la esquina, con las mejores vistas. El de David era igual de espacioso, pero con un toque menos intimidante. Había otros tres despachos para directivos, una amplia sala de reuniones y una zona de descanso para el personal.

Susan abrió una puerta y le indicó que entrara.

—Este es el tuyo.

Megan pasó la vista por el lugar. Minimalista, con un escritorio de cristal y detalles metálicos. En la pared había un cuadro con una imagen abstracta, y en la esquina, un sillón de cuero negro. Una planta muy grande le daba un aspecto de calidez.

Susan sonrió con complicidad.

—Si quieres cambiar la decoración, dímelo y me encargo.

Megan sacudió la cabeza.

—No te preocupes, está bien así.

—Eres la primera persona que no pide poner fotos de su familia, o alguna planta más —comentó Susan.

Megan sonrió con ironía.

—Supongo que soy minimalista.

La secretaria se rio y asintió. Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación, y Susan se giró sobre sus talones.

—Perfecto. Justo a tiempo. —La miró y le dijo—: Megan, ellos serán tus colaboradores

más cercanos. Él es Ben Hastings y ella Claire Cook.

Megan lo miró a él en primer lugar. Era un chico de unos treinta años, con el cabello castaño oscuro y ojos de color miel. Alto, de complexión atlética, con una expresión relajada y atenta. Vestía una camisa azul y pantalón oscuro. Proyectaba la imagen de alguien competente, pero sin pretensiones. Ben le tendió la mano con una preciosa sonrisa.

—Encantado, Megan. Yo me encargo de las auditorías internas, y de revisar la parte técnica de los contratos.

—Encantada, Ben —dijo Megan estrechando su mano con firmeza.

Volvió la vista hacia la chica. Sería un par de años menor que él, «unos veintiocho», pensó. Era rubia, con los ojos grises, y transmitía un aire de perfección. Su traje, de falda y chaqueta, era impecable, y su recta postura indicaban que era eficiente y lo sabía. Habló con una voz clara y sin titubeos.

—Soy Claire, Megan —dijo con una voz serena—. Estaré encantada de apoyarte en los análisis de riesgo y las estrategias legales en las adquisiciones que se presenten.

Megan asintió con aprobación.

—Perfecto, Claire —comentó, tendiéndole la mano—. Me gusta la gente directa.

Claire esbozó una sonrisa.

—Estoy segura de que nos llevaremos bien.

Cuando Megan estaba a punto de seguir conversando con su equipo, Susan se giró hacia la puerta y dijo, con una sonrisa:

—Y ella es Nora.

Megan giró la vista y vio entrar a una mujer de unos veintisiete años, pelirroja, con unos preciosos ojos de color azul intenso, y una línea de pecas sobre la nariz y las mejillas. Llevaba un vestido elegante en tono burdeos, y unos tacones no demasiado altos.

—Hola, Megan —saludó con voz suave, aunque con seguridad.

—Nora es tu secretaria personal. No solo se encargará de gestionar tu agenda, sino que también es quien realmente manda en esta oficina —bromeó Susan.

Nora apenas se ruborizó. Su sonrisa era sincera.

—Si necesitas algo, solo dímelo.

Megan asintió, sintiendo de inmediato que la chica le caía bien. Había algo en su presencia que transmitía autenticidad.

Susan se inclinó hacia Megan y le susurró, con un tono cómplice.

—Por cierto, David está obsesionado con ella. Lo tendrás que echar de aquí más de una vez.

Megan arqueó una ceja y miró a Nora con disimulo. Sí, podía verlo. Era preciosa, pero de una forma natural, sin artificios.

—¿Y ella lo sabe? —preguntó Megan en el mismo tono bajo.

—Oh, sí. Y lo ignora con absoluta maestría —contestó Susan, divertida.

Mientras le revelaba aquello, la puerta de la oficina se abrió, y Wes y David cruzaron el umbral.

David, como siempre, con una sonrisa despreocupada y ese aire de carisma natural. Miró a Nora y le guiñó un ojo. Ella lo ignoró.

—¡Megan! —le preguntó David—. ¿Lista para el primer día?

—Preparadísima —comentó Megan, con seguridad.

David soltó una carcajada.

—Me gusta tu actitud.

Wes, en cambio, solo la miró con su expresión imperturbable.

—Bienvenida. Nos vemos en un rato, cuando volvamos —dijo en su tono pausado y serio —. Ahora tenemos una reunión.

Y sin más, se giró y salió. Megan sintió un leve escalofrío. Ese hombre era de hielo.

David la observó con una irónica sonrisa.

—Wes es así —afirmó, alzando los hombros—. No te lo tomes como algo personal.

Megan exhaló, con fingida resignación.

—Voy a necesitar un manual de instrucciones para entenderlo.

David se rio y se despidió con un guiño antes de seguir a su hermano.

Susan chasqueó la lengua con diversión.

—Bienvenida oficialmente a Bateman & Bateman.

Nuevas dinámicas en la oficina

Megan se ajustó la chaqueta mientras recorría los pasillos de Bateman & Bateman junto a Nora, quien la guiaba con paso ágil. Aquel edificio tenía un aire sobrio, elegante, pero sin ostentaciones innecesarias. Todo era cristal, acero y madera oscura, sin un solo detalle inadecuado. Como si el lugar reflejara el carácter de su dueño.

—Cuando lleves trabajando aquí el tiempo suficiente, habrás aprendido que la perfección es la norma —comentó Nora con una sonrisa divertida, como si hubiera leído su mente.

Megan arqueó una ceja.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Wes Bateman lo nota todo. No hay margen para errores, ni en los números ni en la actitud —explicó con tono cómplice—. La eficiencia es lo que separa a los que se quedan, de los que duran solo unos meses.

Megan asintió, sin sorprenderse.

—Ya me di cuenta ayer. Su manera de analizarme en la entrevista me hizo sentir como si estuviera bajo un microscopio.

Nora se rio, y se acomodó un mechón de su cabello pelirrojo tras la oreja.

—Esa es la mirada Bateman. Fría, calculadora y aterradora. No te lo tomes como algo personal. No solo la reserva para ti.

Caminaron hasta el área donde trabajaban algunos de los empleados de nivel medio. Un espacio abierto, con escritorios organizados de forma estratégica y una gran pantalla donde se proyectaban indicadores financieros en tiempo real.

Nora comenzó a señalar, con discreción, mientras pasaban por las mesas, separadas por mamparas.

—Ese es Richard Lane, del departamento de análisis. Un genio con los números, pero con cero habilidades sociales.

Megan observó a un hombre alto, con gafas rectangulares y una camisa impecablemente planchada, que apenas levantó la vista del monitor.

—Me cae bien —comentó Megan con ironía.

Nora soltó una risa disimulada.

—Si logras que te hable más de dos frases seguidas, habrás hecho historia.

Continuaron avanzando, y Nora le indicó a una mujer de cabello oscuro y corto, que sostenía una *Tablet* mientras daba órdenes rápidas a un grupo de empleados.

—Esa es Martha Torres, la jefa del área administrativa. Es amable… hasta que dejas sobre su mesa un informe incompleto.

Megan miró a Martha, quien en ese momento dirigía una mirada fulminante a uno de los analistas.

—Bien, ya sé con quién no quiero enemistarme —dijo con sarcasmo.

—Eso es sabiduría en su máxima expresión —afirmó Nora con una sonrisa traviesa.

Mientras caminaban, Megan se dio cuenta de algo: le gustaba la compañía de Nora.

Había naturalidad en ella, una simpatía que no era forzada. No intentaba impresionar, ni medía sus palabras con segundas intenciones. Y, sobre todo, no tenía la actitud de muchas otras mujeres en ese mundo corporativo que parecían dispuestas a vender su alma por un ascenso.

—Así que… —Megan miró de reojo a Nora mientras recorrían otro pasillo—. He oído que un Bateman tiene interés por alguien que acabo de conocer.

Nora giró la cabeza con rapidez, mirándola con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Vaya, no has tardado mucho tiempo en enterarte, ¿eh?

—Tengo buenos contactos —dijo Megan con tono de misterio.

Nora suspiró, haciendo un gesto dramático.

—Déjame adivinar… —giró la cabeza hacia el despacho de la secretaria y le dijo—: Susan.

Megan sonrió, sin confirmarlo ni negarlo.

—No te preocupes, Nora. No tengo intención de meterme en la vida personal de nadie.

—Gracias. Eso ya lo hace David. Demasiado.

—¿Tanto te persigue?

Nora puso los ojos en blanco.

—Lo suficiente como para convertirme en una maestra en el arte de la evasión.

Megan no pudo evitar reírse.

—Debe ser frustrante.

—No lo voy a negar. Pero… —Nora se encogió de hombros con resignación—. Hay algo en él que lo hace difícil de odiar. Es un idiota encantador.

Megan arqueó una ceja.

—Eso se parece mucho a una confesión de interés.

Nora abrió los ojos con fingido horror.

—¡Ni se te ocurra!

—Solo digo lo que sugiere.

Nora la miró con una expresión que mezclaba diversión y advertencia.

—Megan, en serio, no te unas a los que quieren que David y yo hagamos historia en esta oficina.

—Tranquila. Lo último que haría sería emparejarte con el Casanova de la empresa. Siempre que tú no quieras.



Capítulo 4

El primer desafío

Megan apenas había tenido tiempo de instalarse en su despacho cuando el teléfono sonó.

—El señor Bateman quiere verte en su oficina, Megan —dijo Susan, con su tono eficiente.

Megan suspiró, echando un rápido vistazo a su escritorio, donde aún no había tenido tiempo de acomodar nada.

—Perfecto, justo cuando pensaba que mi primer día estaba siendo tranquilo —murmuró para sí misma mientras se levantaba y ajustaba su chaqueta.

Cruzó la oficina con paso firme y llamó a la puerta de su despacho.

—Adelante.

Cuando entró, Wes estaba de pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos de su traje oscuro, observando la ciudad con su eterna expresión imperturbable. Al verla, se giró con esa calma que lo caracterizaba, y su verde y seria mirada la analizó durante un segundo.

—Siéntate —dijo sin rodeos, indicando la silla frente a su escritorio.

Megan obedeció sin prisa, cruzando las piernas con naturalidad. Pasaron unos segundos y Wes no había vuelto a hablar.

—¿Hay algo en particular de lo que quieras hablar? ¿O solo querías comprobar si sigo aquí después del primer par de horas? —le dijo Megan, con sarcasmo.

Una leve sombra de diversión cruzó los ojos de Wes, pero desapareció tan rápido como llegó.

—No soy tan predecible, Megan.

Ella asintió con la cabeza, y le mostró una estudiada sonrisa. Wes se sentó frente a ella y colocó un documento sobre la mesa, girándolo para que lo leyera.

—Dime qué opinas sobre esto.

Megan tomó el papel y lo recorrió con la vista. Reconoció de inmediato el caso: una fusión reciente entre dos empresas de tecnología, con varias cláusulas de no competencia y complejos acuerdos de confidencialidad.

Alzó la mirada hacia él.

—¿Quieres saber mi opinión general, o estás buscando algo en especial?

Wes entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Quiero saber si le ves algún inconveniente.

Megan volvió a bajar la vista, repasando los términos con atención. No tardó más de un

minuto en encontrarlo.

—Aquí —dijo, señalando una línea en el contrato—. Esta cláusula de exclusividad está mal estructurada. En teoría protege a la empresa adquirente, pero deja una puerta abierta para que cualquier ex directivo pueda vender información clave una vez finalizado el acuerdo.

Alzó la vista justo a tiempo para ver la sombra de aprobación en el rostro de Wes.

—Bien. Sigue.

Megan continuó leyendo. Al instante, apoyó los codos sobre la mesa.

—Además, la sección sobre incentivos a ejecutivos tiene un vacío legal. Si yo fuera un abogado buscando aprovecharme de esto, encontraría una forma de manipular el esquema de compensaciones para favorecer a ciertos directivos a expensas de los accionistas minoritarios.

No dijo nada de inmediato. Solo la observó en silencio, con una intensidad que haría dudar a cualquiera. Megan no desvió la mirada, no iba a retroceder ni un paso. Asintió complacido.

—David tenía razón. Eres buena.

Megan arqueó una ceja.

—¿Lo dudabas?

—Dudo de todo, hasta que lo veo con mis propios ojos.

Megan sonrió con ironía.

—Bueno, entonces espero que estés disfrutando del espectáculo.

Un ligero destello cruzó los ojos de Wes, como si no hubiera esperado ese comentario.

—Siempre es interesante ver a alguien que sabe de lo que habla.

Se recostó en su asiento, entrelazando las manos con calma.

—¿Por qué no corregiste esto cuando trabajabas para la empresa adquirida?

Megan se cruzó de brazos.

—Porque nunca llegué a ver este contrato acabado. Mi equipo preparó la propuesta, pero después de la venta, la empresa pasó a estar bajo un nuevo control. No me dieron acceso a los ajustes que hicieron en la fase final.

—No quiero que nosotros tengamos un desastre como este.

Megan esbozó una sonrisa.

—Para eso estoy aquí, ¿no?

—Para eso estás aquí —confirmó Wes con un leve asentimiento.

Se levantó, dando por terminada la conversación.

—Empieza a trabajar en una solución. Envíame un informe preliminar antes del final del día.

Megan se puso de pie, tomando los documentos.

—¿Eso es todo?

—Por ahora.

Ella le dedicó una incisiva mirada antes de girarse y dirigirse a la puerta. Antes de salir, escuchó su voz.

—Megan.

Se detuvo y miró por encima del hombro.

—¿Sí?

Wes mantuvo su mirada con frialdad.

—No me decepciones.

Megan sostuvo su carpeta con más fuerza, pero su sonrisa no se desvaneció.

—No tengo la costumbre de hacerlo.

Un respiro entre la tormenta

Salió del despacho con paso firme. Al cruzar la puerta, exhaló para calmar sus nervios. «Bien. Superado el primer desafío», pensó.

Aún sentía la intensidad de la conversación en cada uno de sus músculos. Wes Bateman no era alguien fácil de impresionar, pero había sentido algo parecido a un reconocimiento en su mirada. Y eso era un triunfo. Se dirigió a su despacho con la intención de sumergirse en el informe, cuando una voz demasiado familiar la interceptó.

—Vaya, vaya… La mujer del momento.

Megan se giró y allí estaba David, apoyado contra el marco de su puerta, con una sonrisa socarrona y los brazos cruzados.

—Si vienes a felicitarme, puedes ahorrártelo —comentó, con una sonrisa sarcástica mientras cruzaba el umbral de su despacho.

Él la siguió, sin que lo invitara a hacerlo, y se dejó caer con total descaro en la silla frente a su escritorio.

—¿Felicitarte? No, no… —dijo con fingido dramatismo—. Vengo a comprobar si mi hermano te ha asustado lo suficiente como para salir corriendo.

Megan se apoyó en el borde de su escritorio y lo miró con ironía.

—Si esa era su intención, ha fracasado de forma estrepitosa.

David sonrió con diversión.

—Eso me ha parecido, pero cuando has salido de su despacho, tenías una mirada extraña.

—¿Qué mirada?

—Esa mezcla de «acabo de sobrevivir a un interrogatorio del FBI» y «voy a demostrarle a ese cabrón que puedo con él».

Megan soltó una carcajada.

—Lo segundo se aproxima más a la realidad.

David la miró con interés, acariciando con los dedos el reposabrazos de la silla.

—No hay muchas personas que se atrevan a desafiarlo.

Megan se encogió de hombros.

—Yo soy así. Acostúmbrate.

Él la observó con esa expresión analítica que a veces se le escapaba, muy diferente a su fachada despreocupada. Antes de que la conversación tomara un giro más serio, Nora apareció en la puerta, con su preciosa sonrisa.

—Vaya, ¿interrumpo algo?

David sonrió como si fuera inocente.

—Solo un momento de esparcimiento con nuestra nueva estrella.

Nora resopló, y con la naturalidad de quien no se deja impresionar, le dijo:

—Sí, claro. Sabemos que tu especialidad es «esparcirte», pero lo haces demasiado.

Megan tuvo que morderse el labio para no reír, y David se llevó una mano al pecho, fingiendo estar ofendido.

—Nora, tus palabras me hieren.

—No lo suficiente —replicó ella, con una mirada cortante. Se giró hacia Megan—. Solo venía a preguntarte si te apetece que almorcemos juntas. Así podemos cotillear y te pongo al día.

David chasqueó los dedos.

—Buena idea. Me apunto.

Nora entrecerró los ojos.

—No recuerdo haber dicho que estuvieras invitado.

David sonrió con descaro.

—Pero tampoco has comentado que no pueda ir.

Megan se cruzó de brazos, disfrutando de la dinámica que llevaban entre ellos.

—Si voy a presenciar este show durante todo el almuerzo, creo que valdrá la pena.

Nora puso los ojos en blanco, pero al final cedió, y soltó un suspiro.

—Está bien, Bateman. Puedes venir… pero sin coquetear.

David la miró con fingida incredulidad.

—¿Yo? Nora, me ofendes de nuevo.

—Solo digo lo que todo el mundo piensa.

Megan se rio. Después del intenso encuentro con Wes, se sentía más alegre. Se dedicó a estudiar el informe que le había dado, y a revisar un par de casos que tenían en cartera.

Tal vez, después de todo, trabajar aquí no sería tan terrible.

Un almuerzo para leer entre líneas

Megan, Nora y David salieron de las oficinas de Bateman & Bateman y tomaron el ascensor hasta la planta baja. Él, con su habitual aire despreocupado, sugirió un restaurante italiano cercano, famoso por su pasta casera y su carta de vinos.

—Espero que el lugar no sea uno de esos donde la comida es minúscula y el plato enorme —comentó Megan, frunciendo el ceño, mientras caminaban por la acera.

Nora soltó una carcajada.

—Si David ha sugerido el sitio, lo más probable es que tenga tres cosas: buena comida, buen vino y una camarera a la que se haya intentado ligar. Al menos, una vez.

David movió la cabeza de lado a lado, con fingida indignación.

—¿Podéis dejar de arruinar mi reputación? Sois maquiavélicas. Tal para cual.

Megan entrecerró los ojos, denotando escepticismo.

—Tendríamos que arruinar algo que ya no tienes.

Nora estalló en una carcajada, y David la miró muy ofendido.

—Muy bien, veo que esto es una emboscada. Pero que conste que os dejo ganar porque soy un caballero.

—Claro —respondió Megan con una sonrisa sarcástica.

* * *

El restaurante tenía un ambiente acogedor, con paredes de ladrillo visto y una decoración que lo hacía ideal para cualquier ocasión. Una camarera los llevó a una mesa junto a la ventana, desde donde se veía el bullicio de la calle.

—¿Vino? —preguntó David, cogiendo la carta, sin siquiera mirar las opciones.

—Agua —dijeron Megan y Nora al unísono.

David las miró con fingido horror.

—No podéis ser tan aburridas.

—Alguien tiene que trabajar después del almuerzo —replicó Megan, revisando el menú.

—¿Y quién dice que yo no trabajo?

Nora y Megan se miraron, antes de responder al unísono:

—Todo el mundo.

David soltó una carcajada.

—Vale, os lo concedo. Me reservan para las grandes ocasiones —dijo, haciendo que ellas soltaran una carcajada.

El almuerzo transcurrió entre comentarios sarcásticos, risas y un juego de egos en el que David, como siempre, intentaba provocar reacciones.

—Dime, Megan —empezó David mientras cortaba un pedazo de lasaña—. ¿Cómo es trabajar con mi hermano? ¿Te ha resultado una experiencia reveladora?

Megan dejó su tenedor sobre la mesa y se recostó en la silla, mirándolo con una serena sonrisa.

—Digamos que tu hermano no desmiente la reputación que tiene.

Nora se rio, llevándose la servilleta a los labios.

—Traducción: es un hueso duro de roer. Lo que todos sabemos.

Megan asintió.

—Exacto. Pero me encantan los desafíos.

David la miró con interés, y apoyó los codos en la mesa.

—No hay muchas personas que se atrevan a desafiarlo.

Megan se encogió de hombros.

—Yo soy diferente. Siempre digo lo que pienso, aunque no guste.

David la observó con esa expresión analítica que a veces se le escapaba tras su despreocupada fachada.

—Eso lo tengo claro. Y dime… ¿te gusta lo que ves en Bateman & Bateman?»

Megan cogió su copa de agua y bebió un sorbo antes de responder.

—Es un reto, pero eso es lo que he venido a buscar.

David le regaló una gran sonrisa.

—Es lo que imaginaba.

Megan sintió la intensidad de su mirada durante un segundo más de lo necesario. David podía ser un seductor, pero también era astuto.

—Por cierto, ¿sabéis qué es lo mejor de este almuerzo? —intervino Nora, intentando cambiar de conversación.

—Que estoy con vosotras —dijo David con confianza, mirando a Nora e intentando desplegar todas sus artes de seducción.

Nora y Megan se miraron y se pusieron a reír. La abogada replicó, con una sonrisa

—¡Que es gratis! —exclamó—. Hoy os invito yo.

David fingió ofenderse, pero luego negó con la cabeza, divertido.

—Me gusta comer con vosotras. Es agradable estar rodeado de mujeres que no intentan impresionarme.

Nora le lanzó una mirada mordaz.

—¿No será porque somos las únicas que no caemos en tus redes?

—Lo que me hace preguntarme por qué no lo intentáis —provocó él, mirándolas con fingida confusión.

Megan le sostuvo la mirada con una desafiante sonrisa.

—Porque algunos hombres son más interesantes cuando no son una conquista.

David dejó su copa en la mesa, con una expresión divertida.

—Megan, me estás rompiendo el corazón.

—Sobrevivirás.

La risa de Nora interrumpió el cruce de miradas.

—Vale, suficiente testosterona flotando en el ambiente. ¿Comemos?

Secretos entre cafés

Antes de los cafés, David se marchó, y Megan y Nora se quedaron en la mesa. El restaurante estaba más tranquilo, con la mayoría de los clientes disfrutando de la sobremesa o inmersos en sus conversaciones.

—Se ha ido con prisa —comentó Megan, revolviendo su café con lentitud.

Nora sonrió con aire cómplice.

—David siempre tiene algo entre manos… o a alguien —añadió, soltando una carcajada.

Megan la acompañó.

—Sí, me lo imagino.

Nora apoyó un codo en la mesa y la miró con curiosidad.

—¿Y qué opinas de Wes?

Megan levantó la mirada, midiendo sus palabras.

—Es… diferente.

—Vaya, qué diplomática —dijo Nora, en tono de burla—. Eso suena como cuando quieres decir que alguien es un auténtico capullo, pero lo disfrazas.

Megan sonrió, y tomó un sorbo de café.

—No. Lo digo en serio. Es exigente, intenso, pero no puedo negar que es un maestro en lo que hace.

—Eso seguro. —Nora asintió—. Wes Bateman no deja nada al azar. Y es muy guapo —reconócelo—. No tanto como David, pero…

Megan sonrió. «¡Claro que es guapo!, y muy interesante, pero pertenece al grupo de hombres que apunto en mi lista negra». Ya había conocido a algunos, y todos estaban cortados por el mismo patrón. Tenía muy claro que no le gustaban.

—Eso no se puede negar, Nora, pero no es el tipo de hombre que me gusta.

—¿Gordos y calvos?

Soltó una carcajada.

—No. Cariñosos y atentos.

—¡Joder, y a mí! —soltó Nora—. Pero Wes aún es una incógnita, Megan. Ninguna chica de la oficina ha tenido nada con él. Estamos a ciegas.

—Ya, pero lo que deja ver…

—Sí. Ahí te tengo que dar la razón.

Megan apoyó la taza sobre el platillo y entrecerró los ojos.

—Llevas mucho tiempo aquí. Supongo que lo conocerás bien. ¿Siempre ha sido así?

Nora suspiró y se acomodó mejor en la silla.

—Es muy serio y profesional, siempre lo ha sido. Exige lo mejor de todos, porque él también da lo mejor, pero no es un jefe imposible —dijo alzando los hombros—. Eso sí, no tiene

paciencia con los mediocres.

Megan asintió, comprendiendo la lógica detrás de su comportamiento.

—Y en lo personal… ¿siempre ha sido tan frío y reservado? —preguntó.

Nora sonrió con un destello de picardía.

—Ah… ahí ya cambia la cosa.

Megan arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Que Wes es… muy selectivo. No es de los que se relacionan con cualquiera, y cuando lo hace, no suele durar mucho.

Megan entrecerró los ojos, expectante.

—¿Ha tenido novias?

Nora asintió.

—Sí, claro. Pero, aunque le sobran las oportunidades, hace más de tres años que no tiene una relación estable. Su última novia fue Emily Atwood, la presentadora de televisión. Salieron durante tres años y terminaron en 2020.

Megan recordó haber oído su nombre, pero nunca le había prestado demasiada atención.

—¿Sabes por qué lo dejaron?

Nora se encogió de hombros.

—Nadie sabe exactamente qué pasó, pero después de Emily, algo cambió en él. Ya era reservado, pero después de esa relación, se volvió más distante en el plano personal. Sigue siendo educado, correcto, pero no se involucra más allá de lo estrictamente necesario.

Megan frunció el ceño, intrigada.

—¿Y antes de Emily?

—Antes de Emily hubo otra, Ava. Es actriz. Estuvieron juntos un año, cuando Wes apenas había fundado la empresa. La verdad es que no la conocí, pero una antigua compañera de trabajo me contó que fue una relación intensa.

Megan apoyó el codo en la mesa y descansó la barbilla en la mano, reflexionando.

—Así que una actriz y una presentadora de televisión…

Nora se rio.

—Sí, parece que le gustan las mujeres con presencia mediática. Pero después de Emily, ya no ha tenido nada serio, que yo sepa.

Megan jugó con la cucharilla de su café.

—Eso explicaría por qué lo asocian con tantas mujeres en los eventos a los que asiste. Irá de flor en flor.

Nora asintió.

—Siempre ha sido muy conocido en el círculo de las altas esferas de Nueva York. Asiste a muchas fiestas y cenas de negocios, y nunca va solo. Pero, lo que es curioso…

Megan levantó la mirada.

—¿Qué?

Nora apoyó los codos en la mesa y bajó un poco la voz, como si estuviera a punto de revelar un secreto.

—Dicen que, aunque siempre está rodeado de mujeres, nunca repite con ninguna.

Megan se echó hacia atrás en la silla, sorprendida.

—¿Nunca?

Nora negó con la cabeza.

—Eso dicen. No sé si es verdad, pero sí sé que ninguna mujer ha logrado retenerlo mucho tiempo.

Megan bebió un sorbo de café, procesando la información. «Interesante», pensó.

Prueba de fuego en la sala de juntas

El regreso a la oficina tras el almuerzo fue tranquilo, pero Megan sabía que la parte más importante del día aún estaba por llegar. Apenas había dejado su bolso sobre la mesa cuando el intercomunicador de su escritorio sonó.

—Megan, el señor Bateman quiere verte en su despacho —informó Susan con su tono siempre profesional.

Megan exhaló y se levantó.

Al cruzar la puerta del despacho, Wes estaba sentado tras su escritorio, revisando unos documentos. Su traje oscuro y la corbata anudada a la perfección, daban la imagen de alguien que nunca perdía el control. No levantó la vista de forma inmediata, lo que le dio a Megan la oportunidad de observarlo un segundo más de lo necesario.

—Siéntate —dijo, señalando la silla frente a él.

Megan obedeció y esperó.

—Esta tarde tengo una reunión con dos clientes clave, Marshall & Doyle. Llevamos dos meses negociando y no terminan de dar el paso final. Quiero que asistas.

Megan alzó una ceja.

—¿Necesitas apoyo legal?

Wes la miró con una expresión impasible.

—Necesito ver cómo te desenvuelves en una negociación real y complicada.

Megan pensó que estaba claro que era otra prueba, un desafío.

—¿Y David? —preguntó Megan, con calma.

—No es su terreno. Este tema lo llevo yo.

Megan asintió. Sabía que era su oportunidad para demostrar la razón por la que la había contratado.

—¿Cuánto tiempo tengo para prepararme?

—Menos de una hora.

Megan no parpadeó.

—Suficiente.

Algo parecido a una sonrisa irónica cruzó los labios de Wes, aunque apenas fue perceptible.

—Veamos si es cierto —le dijo, tendiéndole un dosier que contendría una cincuentena de páginas.

***

La sala de juntas de Bateman & Bateman era espaciosa, con ventanales que ofrecían una vista panorámica de la ciudad. La mesa de madera oscura estaba pulcra y brillante, y las sillas de cuero

negro daban la sensación de que allí solo se cerraban acuerdos de alto nivel.

Cuando los representantes de Marshall & Doyle entraron, Wes les estrechó la mano con esa seguridad inquebrantable. Megan hizo lo mismo, manteniendo una expresión confiada.

—Les presento a Megan Carter, nuestra asesora en fusiones y adquisiciones —dijo Wes sin más preámbulos.

Los dos hombres, ambos de unos cincuenta años y con el aire de veteranos de Wall Street, la observaron con interés.

—Encantado, señorita Carter —dijo Doyle con una sonrisa cordial—. He oído hablar muy bien de usted.

—Espero que la reunión que vamos a tener se lo confirme, señor Doyle —respondió Megan con naturalidad, clavando su atigrada mirada en la suya y mostrando una sonrisa.

La reunión comenzó con el repaso de los mismos puntos que habían estado discutiendo durante semanas. Marshall y Doyle eran meticulosos, pero también indecisos. Sus constantes dudas habían frenado el cierre del trato en varias ocasiones.

Megan observó cómo Wes conducía la conversación con su habitual precisión, ofreciendo cifras y estrategias sin desperdiciar una sola palabra. Era un maestro en la negociación, pero hoy quería verla a ella en acción. Cuando llegó el momento de discutir las cláusulas que más preocupaban a los clientes, Megan tomó la palabra.

—Señores, entiendo sus reservas sobre los términos de la fusión —comenzó, con voz clara —. Pero lo cierto es que este acuerdo es la mejor opción para ambas partes.

Doyle entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Necesitamos garantías adicionales. No podemos arriesgarnos a un movimiento que comprometa nuestra posición.

Megan sostuvo su mirada.

—Toda fusión implica riesgo, pero el verdadero riesgo es perder la oportunidad de crecimiento que les estamos ofreciendo.

Marshall frunció el ceño.

—¿Y qué nos garantiza que no estamos cediendo demasiado control?

Megan sonrió con calma.

—Que si no aceptan ahora, su competencia sí lo hará. He hecho algunas llamadas, y eso es lo que tengo entendido. Conozco sus otras opciones.

Se hizo el silencio.

Wes la observó desde el otro lado de la mesa con una chispa de interés en sus ojos.

—Pueden pensarlo, pero si dejan pasar esta oferta, dudo que tengamos la misma disposición en un mes —continuó Megan—. Esta es una oportunidad estratégica, y ustedes lo saben. Tenemos otra opción en cartera, pero no voy a negar que, teniendo en cuenta lo avanzada que está la operación, sería una lástima que el negocio se fuera al traste por pequeños flecos que son fáciles de solucionar —concluyó, dejando su mirada clavada en ellos, sin apartar la vista ni un instante.

Doyle miró a Marshall. Había duda en su expresión, pero también consideración. Marshall habló.

—Nos gustaría volver a revisar esos detalles antes de dar una respuesta definitiva.

Wes asintió.

—Háganlo, pero no se tomen demasiado tiempo. Nuestra propuesta tiene fecha de caducidad.

La reunión terminó con un apretón de manos. Cuando los clientes salieron, Wes se volvió hacia Megan.

—¿Lo has hecho a propósito?

Megan arqueó una ceja.

—¿El qué?

—Forzarlos a una decisión con la presión de la competencia. No tienes esa información.

Ella sonrió con suficiencia.

—Pero ellos no lo saben. Ha funcionado, ¿no crees?

Se hizo un silencio. Wes la miró con una intensidad que casi la hizo removerse en su asiento.

—No muchas personas se atreverían a hacer eso en su primera reunión importante.

Megan recogió su libreta y se puso en pie.

—Yo no soy como los demás

Wes esbozó esa cínica sonrisa suya.

—Lo sé.



Capítulo 5

Noches de reflexión

El día había sido largo, pero cuando Megan cruzó la puerta de casa, todo pareció encajar de nuevo en su sitio.

—¡Mamá! —John corrió hacia ella con los brazos abiertos, con esa sonrisa radiante que siempre lograba derretir cualquier rastro de tensión en su cuerpo.

Megan se agachó para recibirlo y lo abrazó con fuerza.

—Hola, campeón —le dijo con cariño, mientras acariciaba su cabeza tras darle un enorme beso.

John la miró con ojos brillantes.

—¿Cómo ha ido tu primer día?

—Bien —respondió, revolviéndole el cabello—. Bastante intenso.

Eleonor, su madre, apareció en la entrada de la cocina, con un delantal aún atado a la cintura.

—Nos morimos de ganas de que nos lo cuentes.

Óscar, su padre, que estaba leyendo el periódico en el sillón, asintió con una leve sonrisa.

—Tu madre lleva todo el día preguntando cómo te habrá ido.

—No es cierto —replicó Eleonor, aunque sus ojos la delataban.

Megan se rio, dejando su bolso sobre la mesa.

—Vamos a cenar y os lo cuento.

La cena transcurrió con la calidez de siempre. Megan no dio demasiados detalles, pero les explicó que el ambiente era bueno, y que tenía un equipo muy profesional con el que trabajar.

—¿Y tus jefes? —preguntó Óscar con curiosidad.

Megan bebió un sorbo de agua antes de responder.

—David es encantador, un poco… —torció la boca buscando la palabra adecuada—, demasiado encantador a veces.

Eleonor arqueó una ceja.

—¿Demasiado encantador?

—Digamos que le gusta coquetear.

Óscar soltó un sonido de desaprobación, pero su madre sonrió con aire divertido.

—Y el otro, ¿Wesley? —preguntó Óscar, más serio.

Megan se encogió de hombros.

—Serio, intenso, exigente. Me ha puesto a prueba un par de veces.

—¿Y has aprobado? —preguntó John con los ojos muy abiertos.

Megan le sonrió.

—Por supuesto —dijo mientras se reía—. Con nota.

Su hijo asintió con orgullo, como si no hubiera esperado menos.

—Igual que yo. Cuando sea mayor, quiero ser como tú: el mejor en todo.

Megan le revolvió el cabello con cariño.

—Y lo serás, campeón.

Cuando terminaron de cenar, Eleonor y Óscar recogieron los platos, y Megan llevó a John a la cama.

—Mamá, ¿vas a ir a trabajar todos los días?

Ella se sentó en el borde de la cama y acarició su frente.

—Sí, cariño, aunque alguna vez tendré que viajar. Te quedarás con los abuelos, pero siempre estaré pensando en ti.

John la miró con seriedad.

—Ya me lo ha dicho la abuela. Me gusta que estés aquí, pero quiero que seas la mejor en tu trabajo.

Megan sintió un nudo en la garganta. Su hijo era increíblemente perspicaz.

—Voy a intentarlo, cariño.

John bostezó y cerró los ojos, tras decirle:

—Sé que lo conseguirás, mami.

Antes de apagar la lámpara de la mesita y salir en silencio de la habitación, Megan esperó a que su respiración se hiciera más profunda.

Sus padres también se acostaron, y ella se quedó en el salón con una copa de vino en la mano. El día había sido un torbellino de emociones. La imagen de Wes Bateman en la reunión, mirándola con interés, cruzó su mente. Su forma de analizarla, de medir cada una de sus palabras. «No muchas personas se atreverían a hacer eso en su primera reunión», le había dicho.

Su voz aún resonaba en su cabeza. Megan exhaló, y se recostó en el sofá. «¿Por qué parece que siempre está un paso por delante de todos los demás?», se preguntó. No era solo su manera de dirigir la empresa, sino su presencia. Dominaba cualquier espacio sin mostrar ningún esfuerzo ni debilidad.

Y luego estaba David. Era carismático y encantador, pero también transparente en su juego. Sonrió con ironía al recordar su actitud juguetona durante el almuerzo. «Si alguna vez ha pensado que podía tener una oportunidad conmigo, ya ha debido darse cuenta de que no», se dijo mientras sonreía.

Su mirada se posó en su copa de vino, girando el líquido con suavidad.

Y entonces, una frase apareció en su mente. «Wes Bateman no repite con ninguna mujer».

Lo que Nora le había contado sobre él le daba vueltas en la cabeza. ¿Qué significaba eso exactamente? ¿Era un hombre que no se involucraba con nadie? ¿Había algo más?

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. «No es asunto mío», se recordó.

Almuerzo inesperado

Miércoles

Megan apenas había tenido tiempo de sentarse en su escritorio, cuando Nora apareció con una taza de café en la mano y una expresión tranquila.

—Buenos días, Megan. David está de viaje —informó, apoyándose en el borde de la mesa y mirándola con una sonrisa—, y Wes en su despacho, desde primera hora.

Megan tomó un sorbo de su café y arqueó una ceja.

—Así que el niño grande se ha ido de aventuras, y el jefe supremo está en su trono. ¡Qué sorpresa!

Nora se rio con ganas y asintió con la cabeza.

—Creo que Susan te va a llamar en cualquier momento. He visto que Wes recibía una llamada, y ha mostrado una sonrisa —dijo, abriendo los ojos—. Eso es raro en él.

Como si fuera una profecía, el teléfono sonó. Megan levantó el auricular, y la voz eficiente de Susan resonó al otro lado.

—Megan, el señor Bateman quiere verte en su despacho.

Megan intercambió una mirada rápida con Nora antes de ponerse en pie.

—Gracias, Susan —respondió mientras se levantaba y le mostraba una sonrisa a Nora—. Ahora sabremos la razón. Y me la imagino.

Cuando Megan cruzó la puerta del despacho de Wes, estaba revisando unos documentos y su expresión era la de siempre: impasible y concentrada. No levantó la vista.

—Cierra la puerta —le dijo con su tono habitual, sin mirarla.

Ella lo hizo y esperó, observando cómo revisaba cada página con mucho interés. De repente, Wes dejó los papeles sobre la mesa y la miró con su típica expresión impenetrable.

—Doyle y Marshall han llamado.

Megan alzó una ceja y se cruzó de brazos. Nora le acababa de decir que lo había visto «contento», y, segura de la respuesta, le preguntó:

—¿Así que aceptan el trato?

—A falta de cerrar algunos flecos, sí —asintió con calma.

Ella sonrió con autosuficiencia, sintiendo el sabor de la victoria.

—Estaba segura de que lo harían.

La sombra de una sonrisa se dibujó en el rostro de Wes.

—Pues estabas en lo cierto.

Megan inclinó la cabeza con un destello de picardía en la mirada.

—¿Eso ha sido un «gracias por hacer un buen trabajo, Megan»?

Wes exhaló un leve suspiro, como si estuviera decidiendo si merecía la cortesía.

—No fuerces los halagos, Carter. Eso no te va.

Ella le regaló una sonrisa, que no tuvo respuesta.

—Lo intentaré.

Wes se puso de pie, ajustándose el puño de la camisa.

—Para celebrarlo, comeremos juntos.

—¿Nosotros? —preguntó Megan, sorprendida.

—Sí —afirmó Wes con naturalidad, guardando un par de documentos en su maletín—. En estos casos invito a David, pero como está de viaje, te toca a ti.

Megan fingió pensarlo un instante y asintió.

—Un almuerzo con el implacable Wes Bateman… No sé si sentirme honrada o preocupada.

Él inclinó la cabeza y la miró con su habitual intensidad. No sonrió en ningún momento.

—Ya lo decidirás, Carter, pero no hagas planes —soltó en tono decidido, como si fuera una orden.

A Megan no le gustó su autoritario tono de voz, y, con cierto sarcasmo, le aclaró:

—Menos mal que no es por la noche, porque parecería una cita.

—Yo no tengo citas —dijo con una fría mirada—. Solo es una comida de trabajo.

* * *

El restaurante elegido era discreto y elegante, con mesas amplias y un servicio impecable. En cuanto entraron, Megan supo que no era un sitio cualquiera.

—¿Vienes aquí a menudo? —le preguntó cuando se sentaron en una mesa junto a una gran ventana con vistas a la ciudad.

—De vez en cuando —respondió, hojeando el menú con la misma calma con la que analizaba contratos millonarios.

Megan dejó su carta sobre la mesa, estudiándolo con disimulo. Nunca lo había visto en un ambiente que no fuera estrictamente laboral. Hasta ese momento, su trato con él había sido frío, profesional, con algún cruce de palabras ingeniosas. Pero aquí, en este contexto más relajado, parecía diferente.

—¿Te gusta tu trabajo? —le preguntó él, de repente, sin levantar la vista del menú.

Megan asintió con la cabeza, y apoyó las manos en la mesa.

—Mucho. Me encanta negociar, planificar estrategias. Es como una partida de ajedrez en la que siempre hay que anticiparse al oponente.

Wes asintió, como si su respuesta no lo sorprendiera.

—Eso se nota.

—¿Y tú? —preguntó ella, observándolo con curiosidad—. No me digas que creaste esta empresa por pura pasión por las adquisiciones.

Él esbozó una sonrisa que apenas fue perceptible.

—No, lo hice porque era lo mejor que podía hacer con mi talento.

Megan arqueó una ceja con diversión.

—Vaya, modesto como siempre.

—No veo la necesidad de fingir humildad —replicó con calma, sosteniéndole la mirada.

Ella se rio, llevándose la copa de vino a los labios. «Es un caso perdido. De mi lista negra», pensó. No obstante, la conversación durante la comida fluyó con sorprendente naturalidad entre ellos. No se sentía como si estuviera en una reunión de trabajo, ni como en una de sus cenas con algún desconocido. Estaba cómoda con él.

Wes pensó que Megan no era como las mujeres con las que solía compartir este tipo de almuerzos. No intentaba impresionarlo ni fingía un interés exagerado. Pero esa burbuja de tranquilidad en la que estaban atrapados, se rompió en cuanto una voz femenina interrumpió el momento.

—Vaya, Wesley Bateman. Siempre rodeado de mujeres bellas.

Megan levantó la mirada y vio a una cara que conocía de la televisión. Emily, la exnovia de Wes, era impresionante. Alta, rubia, con un vestido ceñido que realzaba su figura perfecta. Su tono de voz había sido amable, pero encerraba un matiz de cinismo.

Wes se mantuvo sereno.

—Emily.

Ella le dedicó una radiante sonrisa antes de volverse hacia Megan. La miró con sus preciosos y brillantes ojos, y le dijo:

—No nos han presentado.

Megan se levantó con calma y tendió la mano.

—Megan Carter.

La rubia estrechó su mano, sin dejar de evaluarla con la mirada.

—Encantada —dijo, y sin perder la sonrisa, volvió su atención hacia él y la ignoró.

—Siempre me ha impresionado tu buen gusto, Wes. Sabes rodearte de mujeres guapas.

Megan mantuvo una expresión relajada, pero su mente procesó la jugada al instante, y el matiz que encerraba. Sonrió con cortesía y decidió intervenir.

—Gracias por tu comentario, Emily. Me doy por aludida —respondió con elegancia—. Pero si algo he descubierto desde que trabajo con Wes, es que él valora la inteligencia por encima de cualquier otra cosa. Y no solo lo hace con hombres, sino también con mujeres —aclaró, retándola con una cínica sonrisa—. Por eso soy su abogada.

Emily entrecerró los ojos. No era la respuesta que esperaba.

—Una aclaración muy interesante —murmuró, con una sonrisa más tensa.

Wes, con su habitual tono impasible, le preguntó:

—¿Sigues en televisión?

Emily le dedicó una última mirada a Megan, antes de asentir con aire satisfecho.

—Sí, y mejor que nunca.

—Bien —fue todo lo que dijo él.

La presentadora miró a la abogada una vez más, antes de inclinarse hacia él para decirle:

—Nos vemos, Wesley.

Y con la misma seguridad con la que había llegado, se alejó hasta una de las mesas.

Megan exhaló lentamente. Tomó su copa de vino y dijo:

—Encantadora.

Wes entrecruzó sus manos sobre la mesa y la miró con curiosidad.

—Te has manejado bastante bien.

Megan arqueó una ceja, jugueteando con su copa.

—Demasiadas veces me he enfrentado a personas mucho más inteligentes que ella. ¿Esperabas que me intimidara?

Antes de negar con la cabeza, él sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario.

—No. Pero reconozco que ha sido entretenido —admitió mientras sonreía.

Megan sonrió con autosuficiencia, y devolvió su atención al plato.

Conversaciones inesperadas

Tras la interrupción de Emily, el ambiente en la mesa cambió. Megan aún podía sentir la tensión que había dejado, pero Wes parecía indiferente, como si lo que acababa de pasar no tuviera la menor importancia.

Para él no la tenía. Wes Bateman era la imagen de la compostura. Con su traje impecable, el reloj de diseño ajustado en su muñeca y ese aire de contención, parecía el tipo de hombre que nunca se alteraba por nada.

Megan tomó un sorbo de vino, y se recostó en su asiento mientras lo observaba. No era un hombre fácil de leer.

—Tengo entendido que estudiaste en Harvard —dijo ella, rompiendo el silencio.

Él levantó la vista de su plato, con la expresión imperturbable.

—Sí. Me licencié en Administración de Empresas y luego el MBA.

Megan arqueó una ceja con un destello divertido en la mirada.

—Todo muy predecible.

Él dejó el tenedor sobre el plato.

—¿Predecible?

—Vamos, Wes, no me digas que no es el camino estándar de un tiburón financiero. —Megan inclinó la cabeza y fijó sus ojos en los suyos—. Harvard, un par de años en una empresa importante, para coger experiencia, y luego tu propio imperio. Todo perfectamente medido.

Wes apoyó un codo en la mesa, y le sostuvo la mirada con su calma habitual.

—No veo el problema en tener un plan bien estructurado.

—No hay ningún problema. —Ella se encogió de hombros con una sonrisa juguetona—. Pero da la impresión de que nunca has hecho algo impulsivo en tu vida.

Él se tomó su tiempo para responder, como si estuviera evaluando cada palabra antes de soltarla.

—Quizá lo he hecho, pero cuando era joven. Ya no suelo cometer errores.

Megan soltó una carcajada.

—Eso tiene que ser muy aburrido, Wes.

Entrecerró los ojos y ni siquiera sonrió. Megan creyó ver en su mirada algo parecido a diversión, aunque apenas fue un segundo.

—Sé que estudiaste en Yale —le dijo él, mostrando una ligera sonrisa.

—Correcto.

—Igual que David. Terminó en 2015.

—Yo también, aunque estudiamos distintas carreras. —Ella tomó un trozo de pan y jugó con él entre los dedos—. Tú, en cambio, ya habías fundado esta empresa.

—En 2013 —confirmó Wes con un leve asentimiento—. Cuando creí que tenía suficiente

experiencia. Trabajé tres años antes de tomar la decisión.

Megan lo miró con una expresión curiosa.

—Me han dicho que en 2015, cuando acabó la carrera, le cediste a David un 25 % de la empresa.

—Es correcto.

—Eso significa que confías en él.

—Confío en sus habilidades —aclaró Wes con naturalidad, tras tomar un sorbo de agua.

Megan no pasó por alto la elección de palabras. «Sus habilidades». No había dicho «confío en él». Le pareció muy significativo, y más conociendo la forma de ser de David.

—Imagino que debió ser interesante crecer junto a un hermano como él.

Wes se la quedó mirando, como si nunca hubiera considerado la pregunta desde esa perspectiva.

—Siempre ha sido inquieto. Pero es inteligente. Y cuando quiere, lo demuestra —aclaró.

Megan soltó una carcajada y le dijo:

—Voy a traducir: la mayor parte del tiempo prefiere ser un mujeriego sin remedio.

Wes apenas sonrió, pero su silencio sirvió como respuesta.

—¿Solo sois dos hermanos? —preguntó ella, apoyando el codo en la mesa, con curiosidad.

—Tenemos una hermana menor. Jane.

—No tenía ni idea.

—Es pediatra. Tiene treinta años.

Megan sonrió.

—Yo soy hija única —comentó —. Supongo que eso me hizo ser mucho más independiente.

Wes la miró con interés.

—Pero ahora no estás sola.

—No, ahora tengo a John —dijo Megan, sonriendo con suavidad.

Wes no hizo ningún ademán, pero ella vio que sus ojos verdes la miraban con cierta curiosidad.

—¿Hablas de tu hijo?

—Sí. Tiene siete años —dijo con orgullo mientras se le iluminaba la cara.

Wes la observaba con atención. Bebió un trago de agua y le dijo:

—No conozco a muchos abogados de fusiones que tengan hijos tan pequeños.

Megan levantó una ceja, captando el trasfondo de la frase.

—¿Eso es una duda enmascarada, Wes? ¿Me estás preguntando si eso afectará a mi desempeño en el trabajo?

Wes, en un tono de voz inexpresivo, le respondió:

—Solo estoy preguntándote cómo te organizas. Es mucha responsabilidad.

Megan asintió con la cabeza, y dejó su copa sobre la mesa.

—Mis padres me ayudan en todo. Siempre he vivido con ellos, incluso desde que John nació. Nunca ha sido un problema conciliar mi carrera con mi vida personal.

Él sostuvo su mirada, evaluándola.

—¿Se parece a ti?

Megan soltó una carcajada.

—¡Para nada! Él es mucho más listo —dijo con orgullo. En un primer momento, Wes pensó que era el orgullo de una madre, hasta que ella continuó—. Se aburre en clase. Los profesores insisten en que tiene altas capacidades, y que debo llevarlo a un colegio especial.

Wes asintió con la cabeza, y mostró una extraña sonrisa.

—Sé cómo se debe sentir.

Megan frunció el ceño.

—¿Tú también fuiste a un colegio de esos?

—Sí. Iba un año adelantado en los estudios.

Por alguna razón, Megan sintió que eso encajaba con la imagen que tenía de él.

—Claro que sí. —Se rio con suavidad—. Harvard con diecisiete, MBA con veintitrés, empresa propia con veintisiete… Y aquí estamos.

Wes la observó en silencio.

—¿Te incomoda?

Megan negó con la cabeza y le mostró una sonrisa.

—No. Eso me hace entender porque no cometes errores.

Por primera vez, vio algo que se parecía demasiado a una sonrisa real en su rostro.

—Tal vez —murmuró él.

Megan pensó que la conversación había sido más natural de lo que había supuesto en un primer momento, a excepción de la fugaz aparición de Emily. Pero había sabido pararle los pies, y responder como se merecía. Se sintió satisfecha.

Y lo que más le sorprendió… fue que había disfrutado cada segundo de esa comida.



Capítulo 6

Confesiones y Listas Negras

El almuerzo transcurrió con sorprendente fluidez. Megan no esperaba sentirse tan cómoda con Wes, pero la conversación había resultado natural, sin los silencios incómodos que había temido. Él era serio, sí, pero no era tan inaccesible como aparentaba.

Justo cuando les servían los postres, el móvil de Wes vibró sobre la mesa. Lo tomó sin prisa, observando la pantalla antes de responder.

—David —anunció en voz baja antes de descolgar.

Megan se apoyó en el respaldo de su silla, moviendo su cuchara distraídamente sobre la mousse de chocolate mientras escuchaba la voz de David al otro lado de la línea. Aunque no distinguía las palabras exactas, captaba su tono animado.

—He visto un edificio de oficinas bastante interesante —dijo, con entusiasmo—. Pero mañana tengo que ver dos más. Parecen una buena inversión.

—¿Dónde estás? —preguntó, sin demasiado interés.

—En Washington D. C., voy a quedarme dos días. Estoy buscando un pequeño edificio de oficinas, para comprar.

Megan alzó una ceja y miró a Wes, quien esbozó una leve sonrisa antes de responder.

—¿Y con quién estás comiendo? —preguntó con picardía.

—Con Stella Page, la directora de la inmobiliaria. —Hizo una pausa—. Es muy simpática y profesional.

—Me lo imagino —respondió, conociendo a su hermano—. Me lo explicas cuando vuelvas.

—No te preocupes. Ya hablamos, pero creo que puede ser un buen negocio. Hasta mañana —dijo, cortando la llamada.

Megan soltó un suspiro y cruzó los brazos.

—«Simpática y profesional» —murmuró con una sarcástica sonrisa—. La traducción es fácil: está muy buena, y David se va a acostar con ella.

Wes dejó el móvil sobre la mesa y la miró con cierto brillo en los ojos.

—¿Alguna duda? —le preguntó, sarcástico.

—En absoluto. —Megan tomó un sorbo de agua antes de añadir—: Es el típico hombre que tengo anotado en mi lista negra.

Wes se la quedó mirando, divertido.

—¿Lista negra?

—Sí. —Ella le sostuvo la mirada, con esa expresión de quien habla muy en serio—. Hombres que deben ser evitados a toda costa.

—Interesante —dijo, apoyando un codo en la mesa—. ¿Y qué se necesita para estar en esa lista?

Megan jugueteó con la cucharilla entre los dedos antes de responder.

—Ser increíblemente encantador, guapo, carismático y terriblemente infiel —comentó, alzando los hombros—. En pocas palabras: ser como tu hermano.

Wes dejó escapar un leve resoplido.

—Lo has descrito a la perfección.

Megan se rio entre dientes.

—Ya he salido con hombres como él. Dos veces. Y créeme, no volverá a pasar.

—¿Y eran cómo él? —preguntó Wes con cierta curiosidad, mientras se recostaba en la silla y la observaba con atención.

Megan notó la intensidad de su mirada mientras la analizaba. Esos ojos verdes, siempre calculadores, parecían querer descifrarla. Asintió con la cabeza y respondió con naturalidad.

—El primero fue un compañero de trabajo. Era encantador, atento, parecía perfecto… aunque me di cuenta de que coqueteaba con media oficina. Duró unos meses, hasta que entendí que su concepto de la fidelidad era bastante flexible.

—Clásico —comentó Wes, con una ligera inclinación de cabeza.

—El segundo… —Megan hizo una pausa, exhalando lentamente—. Eso fue más serio. Llevábamos dos años juntos y ya habíamos hablado de boda. También es abogado, el dueño de un bufete. Un día fui a su casa y lo encontré en la cama con una clienta. Era una mujer a la que le estaban llevando el divorcio. —Megan dejó la cuchara sobre el plato y entrelazó los dedos sobre la mesa—. Ahí se acabó nuestra relación.

Wes no se inmutó, pero Megan vio cómo su expresión se endurecía.

—¿No intentó disculparse? —le preguntó, aunque por su tono parecía tener clara la respuesta.

—Sí, claro —respondió Megan con una sonrisa irónica—. Lloró, suplicó, me dijo que había sido un error. Pero la imagen de ellos juntos fue suficiente para eliminar cualquier duda. Me encerré en casa y lloré durante días. Me costó superarlo, pero lo hice. Desde entonces, ya no creo en los hombres. No he dejado de anotar nombres en mi lista.

Wes se quedó en silencio por un momento. Luego, con una voz más baja, dijo:

—Eso significa que ninguno de ellos es el padre de tu hijo.

Megan negó con la cabeza. Su tono de voz cambió.

—No. El padre de John murió hace tiempo. Íbamos a casarnos, pero falleció poco antes de la boda. Por una afección cardíaca. Empezamos a salir cuando acabé la carrera, porque me quedé embarazada. Era un buen chico.

La mirada de él se suavizó, como si evaluara lo que acababa de confesar. Megan sintió un

nudo en el estómago. No le gustaba hablar de John de esa manera, como si fuera una historia lejana, pero sabía que era inevitable.

Wes apoyó un codo en la mesa, y cruzó los dedos frente a él.

—Perder a alguien así debió ser muy difícil. Con un hijo que nunca pudo conocer a su padre.

Megan esbozó una triste sonrisa.

—Lo fue. Pero tenía que seguir adelante. Mi hijo es lo único importante.

Un cómodo silencio se instaló entre ellos. Entonces, Megan inclinó la cabeza y le preguntó:

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia? —le preguntó ella, observándolo con interés mientras colocaba las manos en la mesa.

Wes deslizó la servilleta entre sus dedos, como si sopesara si debía hablar o no. Sus ojos, con una expresión impenetrable, se fijaron en un punto indefinido.

—Estuve con Emily durante tres años. —Su voz no cambió, pero Megan notó la frialdad con la que pronunció su nombre—. Creía que tenía algo serio con ella, hasta que descubrí que me utilizaba para conocer a mis contactos y abrirse camino en los medios. Al parecer, lo nuestro no era más que un trampolín para su trabajo.

Megan parpadeó, sorprendida por la revelación. No se lo esperaba. Conocía el tipo de mujeres que orbitan alrededor de hombres como él, pero que se jugara con los sentimientos de alguien, le parecía muy rastrero.

—¿Eso te hizo? —preguntó en un tono más suave.

Wes dejó la servilleta a un lado y fijó su vista en ella. No la miraba como lo hacía cuando hablaban de negocios o discutían en la oficina. Ahora, sus ojos la estudiaban con una intensidad más cruda, como si la estuviera midiendo e intentara descifrar si ella era diferente.

—Sí. —Su tono fue seco, sin rastros de emoción—. Quizás no al principio, y confié en ella. La llevé a mi mundo, la hice parte de mi vida… Mientras yo pensaba que estábamos construyendo algo, ella estaba forjando su propia carrera, y usaba mi apellido como trampolín.

Megan sintió un nudo en el estómago. Sabía lo que era la decepción, pero aquello… Aquello era traición en su forma más pura.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó, apoyando la barbilla en su mano.

Wes esbozó una amarga sonrisa, aunque sus ojos permanecieron fríos.

—Por casualidad. Estábamos en un hotel, en un evento de caridad, y me llamaron por un tema de negocios bastante delicado. Me acerqué a una sala privada, para poder hablar con tranquilidad. Cuando estaba acabando, escuché risas en el pasillo contiguo, y reconocí la voz de Emily que decía, con tono divertido:

—«¿De verdad crees que me interesa? Salir con él es el mejor negocio que haré en mi vida. Ahora tengo contratos con los mejores canales y asisto a eventos como este».

En ese momento, Megan se dio cuenta de que los ojos de él mostraban una expresión diferente. No era rabia, sino una frialdad absoluta, la certeza de que había estado viviendo una

mentira. Sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—Dios… —murmuró—. Eso es… muy cruel, Wes.

—Lo es —asintió él con una calma inquietante—. Lo más irónico es que cuando le dije lo que había oído, ni siquiera intentó negarlo. Se limitó a encogerse de hombros y decir que yo ya debería saber que nuestra relación tenía fecha de caducidad.

Megan apretó los labios. Se preguntó si había estado enamorado de Emily, o si solo había confiado en que podían tener un futuro juntos. En cualquier caso, lo había destruido, sin miramientos.

—¿Y desde entonces…? —preguntó con cautela.

—Desde entonces, no he tenido más que relaciones fugaces. Y, sinceramente, estoy bien así. —Wes tomó su copa de vino y la giró entre sus dedos antes de mirarla directamente—. A las mujeres no les gusta escuchar esto, pero el amor es una transacción disfrazada de sentimiento. Y cada persona tiene su precio. El de ella lo pagué, aunque de forma inconsciente, y le resultó muy rentable.

Megan sintió un pinchazo en el pecho al oír sus palabras.

—No todas las personas son así, Wes.

Él mantuvo la mirada fija en ella, como si analizara cada palabra que acababa de decir.

—Me gustaría creer que tienes razón, pero lo dudo —murmuró con un evidente tono de decepción.

Megan lo miró en silencio y, por primera vez, sintió que lo entendía un poco más.

—Supongo que cada uno aprende de la peor manera —dijo.

—Supongo —respondió Wes con un matiz de ironía en su voz.

Megan se dio cuenta de algo. Ambos habían sido traicionados y, por miedo a que se repitiera la historia, sus corazones estaban cerrados.

Un evento sorprendente

Las dos semanas siguientes transcurrieron con la tensión normal del exigente trabajo. Megan se sumergió por completo, familiarizándose cada vez más con la dinámica de Bateman & Bateman, y demostrando con cada informe y cada reunión, que su elección había sido la correcta.

Su relación con Wes era impecable, desde la perspectiva profesional. Había respeto, eficiencia, y una sincronización que solo se lograba cuando dos mentes trabajaban al mismo nivel. Pero más allá de eso, había una frialdad contenida, un límite tácito que ninguno parecía dispuesto a cruzar. Las conversaciones eran precisas, estratégicas, siempre dentro del ámbito del trabajo, pero ninguno de los dos se permitía bajar la guardia.

David, en cambio, seguía siendo él. Tan encantador como siempre, coqueteando con cuánta mujer se cruzara en su camino. Con Megan mantenía un flirteo casi ingenuo, inofensivo, como un juego que ambos entendían y en el que ella nunca mordía el anzuelo.

Con Nora, sin embargo, la historia era diferente. La pelirroja seguía resistiéndose a su magnetismo, y eso parecía hacerla aún más irresistible para él.

—Aún no ha caído —le comentó Megan a Susan en la sala de café, observando cómo David intentaba captar la atención de Nora con su mejor sonrisa.

—No sé cómo lo hace —respondió Susan, con una carcajada—. Conozco mujeres que habrían perdido la cabeza por mucho menos.

—Es la excepción que confirma la regla —susurró Megan con diversión.

De repente, Susan cambió de tema.

—Por cierto, ¿te ha comentado Wes lo del evento de este viernes?

Megan la miró, sorprendida.

—No. No me ha dicho nada —respondió frunciendo los ojos.

—Es una gala de *networking*. Asiste todos los años, y estoy seguro de que es importante que vayas. Estará lo mejorcito de este mundo empresarial, y algunos de los nuevos genios que van apareciendo. Querrá que asistas.

Media hora después, Wes la llamó a su despacho. Cuando lo vio recostado en su silla, con los dedos entrelazados sobre el escritorio, pensó en lo atractivo que era, pero se lo quitó de la cabeza de inmediato. Al ver su expresión, intuyó que no se trataba de un simple informe.

—El viernes por la noche asistiremos a un evento de *networking* —anunció sin rodeos.

Megan ajustó su postura en la silla. Prefirió no decir que ya se lo había insinuado Susan.

—¿Quiénes asistirán?

—Inversores, ejecutivos… Personas con las que queremos cerrar algunos acuerdos. —Su mirada se fijó en ella con intensidad medida—. Necesito que estés allí.

Megan asintió y su mente se puso en marcha.

—Entiendo. ¿David también estará?

—Sí. —Wes inclinó la cabeza hacia ella—. Así que prepárate para una noche entretenida.

Megan exhaló con calma y con una pícara sonrisa.

—No esperaba menos.

Wes sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario, como si evaluara algo en ella que aún no estaba del todo claro.

Ella pensó que la noche del viernes sería interesante.

Un hijo brillante y una madre ocupada

Megan aparcó frente a la casa de sus padres. Apenas tuvo tiempo de apagar el motor, cuando John salió disparado por la puerta de entrada con la inagotable energía que solo un niño de siete años podía tener.

—¡Mamá! —gritó con entusiasmo, bajando los escalones de dos en dos para lanzarse a sus brazos.

Megan apenas tuvo tiempo de agacharse antes de recibir el impacto de su hijo, que se aferró a su cintura con la misma emoción de siempre, como si no la hubiera visto en semanas en lugar de unas horas.

—¡Hola, campeón! —rio Megan, despeinándolo mientras él levantaba la cabeza con una sonrisa radiante—. ¿Qué tal el colegio?

—¡Genial! —exclamó John, con los ojos verdes brillando de emoción—. ¡Tengo noticias superimportantes!

Megan arqueó una ceja, divertida.

—¿Ah, sí? ¿Tan importantes como para que ni siquiera me dejes entrar en casa?

John la soltó de inmediato, pero en lugar de guiarla adentro, le agarró la mano y la miró con intensidad.

—¡Me han invitado a un cumpleaños!

Megan sonrió, notando lo ilusionado que estaba.

—Eso es fantástico, cariño. ¿De quién?

—De Allison. —John entrecerró los ojos con cierto aire de fastidio—. Mamá, ya te lo he dicho, Allison es la niña más lista de la clase.

—Ah, claro, la futura premio Nobel —dijo Megan en tono solemne, haciendo que John soltara una risa breve—. ¿Cuándo es la fiesta?

—El viernes por la tarde —respondió rápidamente—. ¡Tengo que ir, mamá!

Megan le revolvió el cabello.

—Por supuesto que irás, cariño. Me encantará llevarte.

El niño sonrió, aliviado, pero su felicidad se esfumó cuando ella añadió:

—Pero le pediré a la abuela que nos acompañe también.

John la miró con cierta desconfianza.

—¿Por qué? ¿No vas a quedarte hasta el final?

Megan suspiró, preparándose para la conversación que iban a tener. A veces le daba miedo lo inteligente que era. Cuando ella le decía las cosas, John siempre encontraba las fisuras que otros ni siquiera percibían. Parecía tener un sexto sentido.

—Esa noche tengo una reunión de trabajo, mi amor. No podré quedarme toda la tarde.

El niño la miró con incredulidad.

—¿Una reunión, en viernes por la noche? —preguntó, como si eso fuera una aberración absoluta—. ¡Los papás ya no trabajan la noche del viernes!

Megan soltó una pequeña risa, y le acarició la mejilla con ternura.

—Algunos sí. Ya sabes que mi trabajo es un poco diferente, y a veces tengo que ir a reuniones importantes en horarios poco habituales.

John frunció los labios, pensativo, y Megan pudo ver la forma en la que su mente trabajaba, conectando piezas y sacando conclusiones a una velocidad asombrosa.

—Si te necesitan tanto, significa que eres una persona muy importante. —Su tono era serio, casi analítico—. No pueden ir sin ti, ¿verdad?

Megan parpadeó ante su razonamiento, sintiendo una mezcla de orgullo y ternura. A veces olvidaba lo agudo que podía ser su hijo.

—Bueno… —empezó, fingiendo pensarlo—. Supongo que soy imprescindible.

John la observó con atención, y luego sonrió, como si la respuesta le hubiera parecido adecuada.

—Eso es bueno —dijo, asintiendo con la cabeza—. Pero… —su expresión cambió y se volvió muy dulce—, ¿eres feliz, mamá?

La pregunta la cogió por sorpresa. Megan sintió un nudo en el pecho, pero sonrió con suavidad, apoyando la mano en la mejilla de su hijo.

—Sí, cariño. Soy feliz —susurró, con total sinceridad—. Sobre todo porque tengo a un hijo como tú.

Los ojos de John se iluminaron y su sonrisa volvió con más fuerza. Sin previo aviso, se lanzó a abrazarla de nuevo, envolviéndola con sus pequeños brazos.

—¡Eres la mejor mamá del mundo!

Megan cerró los ojos un segundo, disfrutando de ese momento. No importaba lo desafiante que era su nuevo trabajo, ni tampoco lo complicado que pudiera ser su futuro.

Mientras su hijo estuviera bien, todo lo demás encajaba en su lugar.

Una imagen diferente

El vapor de la ducha se disipaba lentamente mientras Megan deslizaba la toalla por su piel, absorbiendo las últimas gotas de agua caliente. Frente al espejo del baño, su reflejo parecía observarla con la misma expectativa que ella sentía en su interior.

Le gustaban los atigrados y verdes ojos que la naturaleza le había dado. Su cabello negro y ondulado, cayendo justo hasta sus hombros, y el característico flequillo abierto a los lados. Un marco perfecto para esas facciones finas y dulces que le conferían un aire angelical del que nunca había sido del todo consciente.

Suspiró, inclinándose un poco para delinear mejor sus labios con un tono neutro que no destacara. Le gustaba lo sencillo.

—Esta es otra versión de ti, Megan —murmuró para sí misma—. Les vas a gustar.

La mujer que veía en el espejo no era la abogada meticulosa vestida con trajes sobrios, ni la madre práctica con vaqueros y camisetas cómodas.

Deslizó sobre su cuerpo el vestido blanco que había elegido, uno de los que se había comprado para su nuevo trabajo. Era elegante, ceñido en el punto exacto para resaltar sus curvas, pero sin parecer excesivo. Con un escote discreto que realzaba su silueta de una forma que jamás se permitiría en la oficina. Era una imagen diferente de la Megan Carter seria y profesional.

Añadió unos pendientes de brillantes, pequeños y elegantes, y un par de zapatos de tacón plateados que completaban la estética pulcra y sofisticada que quería mostrar. Cuando terminó, se alejó un poco del espejo, y se examinó con ojo crítico. «Estoy lista», exhaló, con una mezcla de determinación y expectación.

Justo entonces, el sonido del timbre avisó de la llegada de David. Caminó con seguridad hacia la puerta. Cuando la abrió, lo encontró apoyado con una mano en el marco, su sonrisa habitual y ese aire de confianza natural que lo caracterizaba.

Vestía un esmoquin impecable, con la camisa desabrochada en el cuello, como si la formalidad absoluta no fuera con él. Su pelo castaño oscuro, más largo de lo habitual, estaba perfectamente peinado, pero conservaba ese aspecto despreocupado que volvía locas a tantas mujeres.

Sus ojos pardos recorrieron a Megan de arriba abajo con un destello de apreciación.

—Vaya, vaya… —David arqueó una ceja, y lanzó un silbido—. Y yo que pensaba que ibas a ir con tu clásico traje de ejecutiva inquebrantable.

Megan cruzó los brazos, fingiendo molestia, y en un tono sarcástico le dijo:

—Si lo prefieres, todavía puedo cambiarme.

David rio, sacudiendo la cabeza.

—¡Ni se te ocurra! —Le ofreció su brazo con un gesto caballeroso—. Estás increíble, Megan.

Ella lo aceptó con una sonrisa discreta, permitiéndose por una vez el halago sin desmontarlo con su sarcasmo.

—Tú tampoco estás mal, Bateman. Tengo que reconocer que estás muy guapo. Pero no te hagas ilusiones. Ya sabes que… —le dijo, sin acabar la frase.

David guiñó un ojo, conduciéndola hasta el coche.

—¡Lo sé!, lo sé. No me lo recuerdes —comentó, en un tono resignado—. Me encanta estar guapo para ti, pero un pajarito me ha dicho que estoy apuntado en tu lista negra.

«¡¡Será bocazas!!», pensó Megan. Supo que aquello había sido cosa de Wes, porque era al único al que se lo había dicho. No le gustó que pregonara una de sus confidencias. Se lo iba a decir. ¡Sí, o sí!

Mientras Megan se acomodaba en el asiento del copiloto, no pudo evitar pensar en la reacción de él cuando la viera. ¿Notaría la diferencia? ¿Mantendría su impecable neutralidad, como siempre?

Lo que tampoco tenía claro era cómo encajaría su jefe, que le reprochara haber vulnerado su confianza.

Fuera como fuese, la noche estaba a punto de comenzar, y prometía.

Luces, sombras y algo inesperado

La limusina circulaba por la iluminada avenida, deslizándose entre el tráfico de la noche neoyorquina. Megan observaba las luces de la ciudad a través del cristal, disfrutando de la agradable conversación con David. Siempre tenía algo ingenioso que decir, bromas que hacían el momento más ameno.

—Lo que más me gusta de estos eventos, es que la mitad de la gente que asiste me tiene envidia. La otra mitad, las mujeres, no puede resistirse a hablar conmigo —le aclaró con su despreocupada y encantadora sonrisa.

Megan arqueó una ceja, divertida.

—Qué mundo más difícil el tuyo. Eres un imán para las mujeres.

—Un drama. —David suspiró teatralmente—. Menos mal que esta noche traigo un escudo imbatible.

—¿Ah, sí?

Él la miró de reojo, con un brillo travieso en los ojos.

—Por supuesto. Cuando aparezca con la mujer más guapa de la fiesta, no solo llamaremos la atención, sino que pondrás celosa a la competencia.

Megan se echó a reír.

—No exageres, David.

—No exagero. —Él la estudió con una expresión completamente seria—. Estás impresionante, Megan. Hoy vas a causar estragos.

Ella negó con la cabeza, aunque no pudo evitar sentir cierto halago. David tenía un don para hacer sentir bien a las personas, aunque nunca se sabía cuánto de ello era auténtico y cuándo parte de su eterno juego.

El coche se detuvo frente a la imponente entrada del hotel donde se celebraba el evento, y un portero abrió la puerta. David salió primero de la limusina, y le ofreció la mano a Megan, con un gesto elegante.

La alfombra roja conducía hasta el lujoso salón, donde los asistentes ya se mezclaban entre copas de champán y amenas conversaciones.

Al cruzar las puertas, Megan se tomó un segundo para asimilar el entorno. El lugar irradiaba opulencia. Techos altos con lámparas de cristal, paredes cubiertas de espejos dorados que multiplicaban el brillo de las copas. El suelo de mármol negro contrastaba con las mesas decoradas con centros de flores. Era el tipo de evento donde todo el mundo observaba a cada uno de los otros.

Y David Bateman era un imán para las miradas. Alto, atlético, y con el porte relajado de alguien que sabía exactamente cómo moverse en ese entorno. Su esmoquin negro, sin pajarita, le sentaba a la perfección, resaltando sus anchos hombros y su figura impecable. Su cabello castaño oscuro, más largo de lo convencional, le daba ese aire de rebeldía controlada que muchas mujeres encontraban irresistible. Ellas lo notaban, y él lo sabía.

Megan percibió las miradas de varias de ella. Unas eran sutiles, y otras no tanto. Algunas sonreían con disimulo, y otras lo miraban con descaro.

—¿Ves esas miradas? —susurró con una sonrisa ladina—. Están muriéndose por saber quién es la mujer que me acompaña esta noche.

Megan soltó una espontánea risa y volteó los ojos.

—O se están preguntando cuántos minutos tardarás en coquetear con alguna de ellas.

—Ese es un pensamiento injusto. —dijo David, fingiendo indignación—. Puedo ser todo un caballero, si me lo propongo.

—No me hagas reír, David.

Alzó las manos en gesto de rendición y, sonriendo, la guio entre los asistentes, presentándole a varias personas con la naturalidad de alguien que había nacido para ese mundo. Megan se sintió cómoda. Sabía cómo moverse en entornos formales, aunque nunca había sido su escenario favorito.

Entonces, lo vio. Wes acababa de entrar en la sala, y no iba solo. La imagen golpeó a Megan con una extraña sensación que no supo identificar de inmediato. Lo hacía acompañado de una mujer guapísima.

Era rubia, de piel perfecta, con grandes y expresivos ojos marrones. Rondaría los treinta años, y llevaba un vestido blanco de pedrería que resaltaba su figura de manera impecable. Wes, a su lado, vestía un esmoquin negro que parecía hecho a medida, proyectando esa dominadora presencia que nadie podía ignorar.

Iban cogidos de la mano. Megan sintió una punzada inexplicable en el estómago. «No me importa», pensó. Eso era lo que debía decirse a sí misma, pero la confusa sensación se quedó ahí, latente.

«Lista negra». La frase surgió en su mente de forma automática. Sabía reconocer a los hombres que debían estar en ella. Pero… aún no estaba segura de si Wes debía formar parte de ese grupo. La conversación que mantuvieron durante aquella primera comida fuera del entorno laboral, la tenía muy confundida. Le había mostrado una imagen de él que no cuadraba con lo que presuponía.

Tal vez, esta noche lo averiguaría.



Capítulo 7

Sorpresas y aclaraciones

Megan no pudo disimular su sorpresa. Su expresión lo dijo todo. David, que hasta ese momento había estado relajado a su lado, al notar su reacción no tardó en seguir la dirección de su mirada.

—Vaya, vaya… —murmuró con una sonrisa simpática al ver a Wes y su acompañante.

Antes de que Megan pudiera siquiera procesar lo que estaba ocurriendo, David le cogió la mano y la arrastró con él hacia la pareja que acababa de entrar.

—¿David, qué haces? —susurró Megan, sin poder evitarlo.

—Salvarte de una conclusión precipitada —respondió él con una traviesa sonrisa.

Apenas llegaron a su altura, la rubia se soltó de Wes, y, sin dudarlo, extendió los brazos hacia David.

—¡Pero mírate! ¡Qué guapo estás! —exclamó con entusiasmo antes de lanzarse a abrazarlo con efusividad.

David la recibió con el mismo entusiasmo, rodeándola con los brazos y elevándola ligeramente del suelo en una muestra de cariño innegable.

Megan pestañeó, desconcertada. Y luego, sin el menor reparo, David le plantó un beso en los labios. Megan sintió cómo su cerebro se detuvo en seco. «¿Pero qué…?», pensó. Si esa mujer era la pareja de Wes… ¿por qué demonios acababa de besar a su hermano?

Ella se apartó un poco de David, manteniendo su radiante sonrisa, y le deslizó un dedo juguetón por la solapa del esmoquin.

—Eres el hombre más guapo de toda la sala. —Se colgó de su brazo con aire posesivo—. No pienso soltarme de ti en toda la noche.

Megan, que aún intentaba encajar las piezas en su cabeza, vio cómo la mirada de aquella chica se desviaba hacia ella con curiosidad. Los ojos pardos de la preciosa rubia, la recorrieron de arriba abajo, e inclinó la cabeza con una satisfecha sonrisa.

—Aunque, por lo que veo, hoy vienes mejor acompañado que de costumbre.

Megan, aún confundida, parpadeó y miró de reojo a Wes. Él la observaba con esa expresión seria, expectante, como si estuviera esperando su reacción.

—Vaya, Wes, creo que aún no se lo has dicho. —David se echó a reír, y apretó el brazo de ella, antes de girarse hacia Megan—. Cariño: te presento a la nueva abogada de fusiones y adquisiciones de Bateman & Bateman… —dijo, señalándola, y después lo hizo con la rubia—. Ella es Jane, nuestra querida hermana.

Megan sintió cómo la tensión en su pecho se desvanecía de golpe. ¡La hermana…! Claro, ahora todo tenía sentido. Mientras procesaba la información, se encontró con la mirada de Wes,

que seguía fija en ella con su habitual seriedad. Megan alzó la barbilla con dignidad, fingiendo que no acababa de asumir que, durante unos minutos, había estado sintiendo algo muy parecido a los celos.

—Encantada —dijo con una amplia sonrisa, dirigiéndose a Jane.

—Lo mismo digo. —Jane le devolvió la sonrisa con naturalidad—. He oído hablar de ti. No todos los días mi hermano mayor contrata a alguien nuevo para un puesto de tanta responsabilidad.

—Supongo que eso me convierte en una rareza.

—O en alguien que es excelente en su trabajo —replicó Jane con un guiño.

David, siempre oportuno, alzó la copa de champán que acababa de recoger de la bandeja de un camarero que pasaba junto a ellos.

—Por las dos mujeres más guapas de la fiesta. —Sonrió con desparpajo—. No sé si la genética nos ha tratado demasiado bien en esta familia, pero lo cierto es que somos un imán para la belleza.

Jane soltó una carcajada.

—Eres incorregible, David.

—Lo sé, pero me quieres igual.

Megan negó con la cabeza, divertida, mientras Wes observaba la escena con una expresión inescrutable.

Y entonces, soltó su comentario.

—Dos vestidos blancos en la misma noche. Una interesante coincidencia —dijo con voz tranquila, dirigiéndose a Megan.

Megan notó su mirada. Era intensa, como siempre.

—Se nota que hay buen gusto en este grupo —intervino Jane con una sonrisa, y añadió, con un tono bromista—: Aunque no sé si me gusta compartir protagonismo con una mujer tan guapa como tú.

Megan sonrió, relajándose un poco más.

—No creo que tengas nada que envidiar. Además, tienes ventaja con los brillos de tu vestido, así que no hay competencia.

Jane soltó una carcajada, pero fue Wes quien volvió a hablar, con su tono de voz medido y preciso.

—Aunque… —Su mirada descendió hasta los pendientes de Megan—. No me gustan esos pendientes.

Megan arqueó una ceja, sorprendida por el comentario.

—¿Perdón?

Wes inclinó la cabeza, con esa calma que no dejaba claro si estaba hablando en serio o provocándola de forma deliberada.

—Prefiero los aros, grandes —afirmó sin más, tomando un sorbo de su copa de vino con

indiferencia—. Ensalzan la feminidad del rostro de una mujer.

Megan entrecerró los ojos con escepticismo, y le mostró una sarcástica sonrisa. Le pareció una estupidez, aunque pensó que sería cuestión de gustos.

—Vaya. Lo tendré en cuenta la próxima vez que tenga que vestirme para un evento así. Para poder complacerte.

David soltó una carcajada al escucharla, disfrutando demasiado de la escena. Jane, por su parte, observaba la interacción con una sonrisa divertida.

—Es curioso… Hace tiempo que no veía a Wes tan pendiente de los accesorios de una mujer.

Megan sintió cómo el aire entre ellos se cargaba de algo más. No sabría decir qué, pero lo notó. Así que, antes de que Wes pudiera responder, decidió contraatacar.

—Por cierto… —Lo miró con fingida apreciación, bajando la mirada hasta su cuello—. A mí no me gusta tu pajarita.

—¿No? —Wes levantó una ceja, con una expresión divertida.

—No. Es negra y demasiado seria.

—Esa es la idea.

—Pues estamos empatados. —Megan sonrió con satisfacción—. Tú no apruebas mis pendientes, yo detesto tu pajarita.

Jane aplaudió, entre risas.

—Creo que esto se va a poner interesante.

David, disfrutando del intercambio, chasqueó los dedos y sonrió con suficiencia.

—Esta noche va a ser memorable.

El inicio de una amistad

Megan sintió el ligero tirón en su brazo antes de notar que Jane se lo entrelazaba con naturalidad.

—Muy bien, caballeros, los dejamos solos durante un rato para que socialicen con los asistentes. —Dedicó una sonrisa traviesa a Wes y David—. Pero, como no todo en la vida son negocios y aún no conozco a esta preciosa mujer, quiero hacer algo más que escuchar sus logros laborales.

David soltó una carcajada.

—Nos pones la miel en los labios con tu presencia, y luego nos abandonas.

Jane le guiñó un ojo.

—Tienes razón, cielo, pero no te preocupes. Te devolveré a tu preciosa acompañante en algún momento de la noche.

Megan sonrió por la naturalidad y simpatía de Jane. Wes no dijo nada, pero antes de asentir con la cabeza, su mirada se alternó entre ambas mujeres.

—No nos pongas verdes. —David guiñó un ojo—. No quiero que Megan vuelva con ideas confusas.

Sin responder, Jane tomó de la mano a Megan y la arrastró hacia la barra. Desde un primer momento, en apenas unos minutos de conversación, se sintió muy cómoda con Jane.

—Mi hermano es un idiota encantador.

Megan se tuvo que reír por su comentario, porque estaba muy de acuerdo.

—Sí, me he dado cuenta. Pero quiero que sepas que no soy su pareja, solo lo acompaño. Bueno… los acompaño. Para este evento.

—Wes me lo ha comentado. Pero… no sé… He visto algo raro cuando me lo ha dicho. Parecía más contento de lo habitual. —Alzó los hombros—. Ya sabes cómo es.

Llegaron hasta la barra y Jane observó que un camarero se acercaba a ellas.

—Por favor, dime que no quieres más champán —comentó.

Megan negó con una sonrisa.

—No, por favor. Necesito algo diferente.

—Eso me gusta. ¿Un margarita? —preguntó Jane, mirándola. Esta asintió. Se giró hacia el barman—. Dos margaritas, por favor.

Mientras el camarero preparaba las bebidas, Jane cruzó los brazos y estudió a Megan con interés.

—Eres diferente a cómo te imaginaba.

Megan arqueó una ceja, divertida.

—¿Y qué imaginabas?

Jane mostró una preciosa sonrisa.

—No lo sé… Conociendo a Wes, esperaba a alguien con un perfil más… corriente. Él no

suele rodearse de gente que le desafíe, y tengo la impresión, de que tú eres muy capaz. —Se la quedó mirando—. David me habló de ti. Según él, dices las cosas muy claras.

Megan soltó una carcajada. «¡Y tan claro que se lo he dicho!», pensó.

—David es un pozo de sabiduría.

Jane también se rio, y la observó con más detenimiento.

—Eres lista. Me gusta.

El camarero les puso delante los margaritas, y ambas tomaron un sorbo. El tequila quemó un poco en la garganta de Megan, pero el frescor de la lima compensó el impacto.

—Me han dicho que eres pediatra.

Jane asintió.

—Sí, y dentro de una semana seré una pediatra casada.

—¿En serio? ¡Felicidades!

—Gracias. —Jane sonrió, elevando su copa en un gesto de brindis—. Mi prometido, Ryan, también es médico. Pero esta noche está de guardia, así que aquí estoy, con mis hermanos, abandonada por el amor de mi vida.

Megan soltó una carcajada.

—Bueno, ya no estás sola.

—Mejor aún. —Jane le guiñó un ojo—. He encontrado una aliada.

Megan se rio con ella, antes de que, con curiosidad, le preguntara:

—¿Y tú? ¿Estás casada?

—No. —Megan negó con la cabeza.

—Una mujer guapa e inteligente como tú, es muy raro que esté sola —dijo Jane mientras fruncía los labios, evaluándola—. ¿Lo que sí tendrás es pareja?

—Tampoco. Lo que tengo es un hijo. John.

Megan sonrió con ternura y bebió otro sorbo de su margarita, antes de preguntar con naturalidad:

—¿Cuántos años tiene?

—Siete.

Jane se apoyó en la barra mostrando interés.

—Puedes suponer que me encantan los niños. ¿Cómo es?

Megan mostró un rostro de felicidad, y sintió un cálido orgullo en el pecho.

—Es increíble, Jane. Es muy listo, curioso, y tiene un carisma natural que a veces me asusta. —Puso cara de espanto—. Pero lo que más lo define es su inteligencia. Siempre se queja de que se aburre en clase. Sus profesores me han dicho que tiene altas capacidades, y me han recomendado que lo lleve a un colegio especial.

Jane levantó las cejas, muy interesada.

—Vaya. Un pequeño genio.

—Sí. Estoy evaluando las opciones, pero no quiero tomar una decisión precipitada. Quiero lo mejor para él.

Antes de apoyarse en la barra, Jane asintió, con comprensión.

—Sé lo que es, y cómo se sienten esos niños.

Megan la miró con curiosidad. No sabía si lo decía por su profesión, por su hermano, o por ambas cosas.

—Me lo imagino.

—No lo digo por mi carrera, si te refieres a eso. Wes era igual.

Megan se la quedó mirando, interesada.

—Algo he oído.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó, abriendo los ojos—. No le gusta hablar de eso.

—Lo hizo cuando le expliqué lo de John.

Jane asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa melancólica.

—Cuando éramos pequeños, Wes parecía más nuestro padre que nuestro hermano mayor. Siempre iba varios pasos por delante de todos, en todo.

Megan procesó la información con atención.

—¿Fue a un colegio especial?

—Sí, mis padres lo llevaron a uno para niños con altas capacidades. Y fue lo mejor para él.

Megan bebió un sorbo de su margarita, pensando en cómo encajaba esa pieza en la imagen de Wes que había construido.

—¿Crees que también sería lo mejor para John?

—No te quepa duda. —Jane sonrió con seguridad—. A estos niños hay que darles el ambiente adecuado para que puedan desarrollar su potencial sin sentirse fuera de lugar. Si quieres, puedo recomendarte algunos centros.

Megan se sintió agradecida por la conversación.

—Me encantaría poder contar con tu ayuda.

Jane sonrió y alzó su copa.

—¡Ya la tienes! Un brindis.

Megan alzó la suya, con una sonrisa.

—¿Por qué brindamos?

Jane sonrió con complicidad.

—Por las nuevas amistades.

Megan chocó su copa con la de Jane, sintiéndose extrañamente cómoda con la hermana de Wes.

—Por las nuevas amistades.

Y mientras el tequila quemaba su garganta, Megan supo que la amistad entre Jane y ella ya era una realidad.

Un reencuentro inesperado

Wes observó a su hermana y a Megan desde la distancia. Había algo en la forma en la que se reían, en la naturalidad con la que conversaban, que le llamó la atención. Jane no solía conectar tan rápido con la gente, pero con Megan parecía haber una sintonía inusual.

No obstante, tuvo que desviar su atención cuando se acercó uno de los inversores con los que había venido a reunirse. Intercambiaron saludos, algunas tarjetas y, con la experiencia que acumulaba, navegó por la conversación con su aplomo habitual. Negocios, conexiones, oportunidades. Todo estaba bajo control.

O al menos eso pensaba, porque, al ver a una amiga, Jane se levantó. Wes se quedó mirando a Megan, que se quedó sola en la barra, y un hombre trajeado se le acercó. Mostraba la seguridad de alguien que se cree con derecho a todo. No tardaron en empezar a hablar, pero Wes percibió rigidez en su postura, que estaba tensa. No le pareció una conversación casual.

No supo por qué, pero no le gustó. Mientras continuaba escuchando a su interlocutor, su mirada seguía en ellos. Se fijó en la expresión de Megan, que intentaba ser serena, pero no lo conseguía. Ella intentó levantarse, y aquel tipo le sujetó la muñeca.

Sin pensarlo dos veces, Wes dejó la conversación y cruzó el salón con paso firme, sin detenerse. Cuando llegó a la barra, su voz resonó con una calma letal.

—Creo que quiere que la sueltes.

Sin soltar la muñeca de Megan, el hombre alzó la mirada. Sus ojos, oscuros y calculadores, analizaron a Wes con cierta arrogancia.

—Sé quién eres, Wes Bateman.

La cínica sonrisa del sujeto le resultó desagradable. Megan aprovechó la distracción para retirar su muñeca con un rápido movimiento, pero la piel aún le ardía por la presión de los dedos de él.

—Megan y yo tenemos asuntos pendientes. No es asunto tuyo.

Wes lo observó en silencio durante un segundo, y clavó su fría y analítica mirada en él.

—No parece que ella quiera resolver ninguno contigo.

Megan se puso junto a Wes y cruzó los brazos, con el ceño fruncido.

—No. No quiero —le espetó, en un tono de voz seco y cortante—. Tú y yo ya no tenemos nada, Nicholas. Se acabó.

Nicholas exhaló un suspiro desesperado y clavó sus ojos en los de ella.

—Solo quiero que hablemos. Nada más. Ni siquiera me das la oportunidad de explicarme.

—Porque no hay nada que explicar. —Megan se mantuvo firme—. Te encontré en la cama con aquella mujer. Eso es lo único que importa.

—Megan… —La voz de Nicholas bajó un tono, intentando sonar persuasivo—. Sabes que lo nuestro valía la pena. Éramos la pareja perfecta.

—¿A eso lo llamas amor? Era conveniencia.

—¿Y qué tiene de malo la conveniencia?

La frialdad de la pregunta hizo que Megan soltara una sarcástica carcajada.

—Todo, Nicholas. Lo nuestro nunca fue real.

Wes no apartó su mirada de él, pero su atención estaba en ella. La forma en la que hablaba y la seguridad con la que se defendía le impresionaron.

—Tal vez ahora te gusta otro tipo de hombres. —Nicholas desvió la mirada hacia Wes con una sonrisa cínica—. Más dominantes.

Wes no reaccionó, pero la forma en que su mandíbula se tensó fue suficiente para que Megan interviniera.

—¿Sabes qué, Nicholas? Creo que ya te he dedicado más minutos de los que mereces. —Tomó su copa, y se la bebió de un sorbo—. Espero que disfrutes de la fiesta.

Se giró hacia Wes y, con toda naturalidad, le dijo:

—¿Bailamos?

Aunque Nicholas frunció el ceño, se quedó allí, mientras Megan y Wes se alejaban.

Él la condujo al centro de la pista, y Megan sintió el calor de su mano en la parte baja de su espalda. La música cambió a un ritmo más lento, y, cuando la abrazó para bailar, ella pensó que estaba demasiado cerca de él. Se sintió cohibida, extraña.

—Supongo que ese es tu exnovio —dijo Wes, rompiendo el silencio con su tono tranquilo, aunque su mirada continuó fija en la suya.

—Sí.

—Un imbécil.

Megan se puso a reír.

—En eso estamos de acuerdo, jefe.

Se movieron por la pista de baile, y se mezclaron con los demás bailarines. Megan sentía la mano de él, firme, pero no intrusiva. Controlada, como si midiera cada milímetro del contacto.

—¿Sueles rescatar a damiselas en apuros? —le preguntó, con un matiz de diversión.

—Solo cuando llevan vestidos blancos y tienen tendencia a meterse en problemas. Y hasta bailo con ellas, algo que odio.

Megan giró un poco la cabeza, estudiándolo con detenimiento, y soltó una carcajada.

—¡Qué detalle! —dijo sarcástica—. Sabes que no necesitaba que intervinieras, ¿verdad?

—Claro que lo sé.

—Pero, aun así, lo has hecho.

—Sí.

Su respuesta fue concisa, sin adornos, sin necesidad de justificaciones. Wes Bateman no daba explicaciones, solo hacía lo que consideraba necesario. Megan aún no entendía por qué su intervención la había afectado tanto.

Ni por qué ahora, en la pista de baile, con la mano en su espalda y sus ojos verdes

mirándola de esa forma, se sentía tan desarmada. Mucha cercanía, excesivo contacto… y demasiada química. Megan se tensó. Necesitaba romper la intensidad de lo que estaba sintiendo antes de que se escapara de su control.

—Creo que es suficiente, Wes.

No protestó cuando ella se separó, pero la forma en que sus ojos la miraban mientras lo hacía, le reveló que él había notado esa tensión tanto como ella.

Megan exhaló aire con discreción. Definitivamente, esto no estaba en sus planes.

* * *

Megan salió de la pista con el pulso acelerado y la respiración más agitada de lo que le gustaría admitir. No sabía qué era lo que acababa de ocurrir, pero sabía que no le convenía. Wes Bateman no le convenía.

A su lado, él caminaba con su compostura habitual, como si aquel momento entre ellos no hubiera sido más que un trámite social. «Claro, para él lo es», pensó.

En ese momento, un hombre de mediana edad, con un traje perfectamente entallado y una mirada calculadora, se acercó a Wes con paso seguro. Era Henry Wilson, un inversor de renombre, conocido por su astucia en los negocios y por manejar sus estrategias con una perfecta precisión.

—Bateman. —Su voz firme y el tono autoritario denotaban el poder que tenía—. Hacía tiempo que no coincidíamos.

Wes le devolvió el saludo con una leve inclinación de cabeza, pero mantuvo la misma frialdad.

—Wilson. No esperaba verte aquí.

El inversor curvó los labios en una sonrisa, más de conveniencia que de agrado.

—Siempre me gusta estar al corriente de las oportunidades. Y parece que tienes algunas interesantes.

Megan, a poca distancia, observó el intercambio con interés. El aire entre los dos hombres se había cargado de inmediato, como si el simple acto de estar en el mismo espacio supusiera una partida de ajedrez en curso. Wilson tenía una reputación impecable en público, pero su estilo de negociación era conocido por ser agresivo y sin escrúpulos.

No tardó en clavar sus ojos en ella, evaluándola con una sonrisa que no se reflejó en su mirada.

—Y tú debes de ser Megan Carter, la nueva estrella de fusiones y adquisiciones. He oído hablar de ti.

Megan no se inmutó. Le sostuvo la mirada con la misma confianza que utilizaba en la sala de juntas.

—Espero que cosas buenas.

Wilson soltó una carcajada que no transmitió veracidad.

—Eso dicen, pero dependerá de lo bien que juegues en este mundo. Y de cuánto estés dispuesta a arriesgar de ti misma.

El comentario, aunque envuelto en una aparente cordialidad, tenía un doble sentido. Megan lo notó, y no fue la única. Wes entrecerró los ojos, analizando cada palabra del inversor.

—Megan sabe a la perfección, dónde está y lo que hace —dijo con un tono seco y cortante.

El ambiente se tensó más. Wes marcaba su territorio, pero Megan sabía manejarse en este tipo de conversaciones, y no necesitaba protección. No quiso quedarse al margen, y, con calma, agregó:

—Gracias por el consejo, señor Wilson. Lo valoro mucho viniendo de usted, aunque debo decir que prefiero que mis jugadas sean estratégicas, no arriesgadas.

La sonrisa del inversor se mantuvo, pero su mirada se oscureció, como si evaluara una nueva variable en la ecuación.

—Cuando las cosas se compliquen, veremos si eres capaz de mantener esa filosofía.

Se despidió con un leve gesto de cabeza, y se alejó entre la multitud, dejando tras de sí una sombra de tirantez. Megan tomó aire, sintiendo aún la intensidad del intercambio de indirectas.

—Encantador. —Ironizó, girándose hacia Wes.

Él no sonrió. Seguía mirando en la dirección en la que se había ido Wilson, apretando la mandíbula.

—Cuidado con él. —Su tono era bajo, pero firme—. No me sorprendería que vuelva a intentar ponerte a prueba.

Megan asintió. Ahora entendía, un poco mejor, la jungla en la que se había metido.

* * *

Cuando llegaron a la barra, Jane apareció con dos copas en la mano y una sonrisa pícara en los labios.

—Vaya, ha sido curioso veros ahí. —Le tendió una copa a Megan y luego miró a su hermano—. Tú no acostumbras a bailar en estos eventos, Wes.

—Tampoco suelo hacer muchas cosas. —Él tomó un sorbo de su whisky, esquivando con indiferencia la insinuación de su hermana—. Además, me lo ha pedido ella.

Megan vio un destello divertido en los ojos de Jane.

—¡Mi hermano excusándose! Lo nunca visto —dijo en un tono simpático—. Debo deciros que hacéis buena pareja.

Sin dejar de observarlos con curiosidad, Jane giró su copa entre los dedos. Megan no supo si se refería solo al baile, pero forzó una sonrisa, y trató de darle un tono natural a la conversación.

—Supongo que si sobrevivo a trabajar con él, lo del baile no debería ser un problema.

—¿Sobrevivir? —Wes enarcó una ceja.

—Es un decir. —Megan tomó un sorbo de su copa, y fijó sus ojos en él—. Pero, si te soy sincera, trabajar contigo es todo un reto.

—Lo sé. —Su tono era despreocupado, pero había algo en su mirada que la ponía nerviosa.

Jane los miró a ambos, y luego se inclinó un poco hacia Megan, con una sonrisa traviesa.

—¿Quieres saber un secreto?

Megan le lanzó una mirada cautelosa, pero asintió con curiosidad.

—Cuando éramos niños, Wes actuaba como si fuera nuestro padre. Siempre lo controlaba todo —declaró Jane, con la voz en un tono confidente.

Megan arqueó una ceja y se giró hacia él, con una sonrisa divertida.

—¿Así que eras un niño mandón?

Wes suspiró, con la expresión de alguien acostumbrado a escuchar esa historia.

—Yo era el único que entendía que alguien debía mantener el orden.

Su hermana soltó una carcajada.

—Eso es lo que siempre dice. Pero, en realidad, no había forma de que rompiera las reglas. Yo tenía que ser la rebelde. Y David… bueno, a David ya lo conoces.

Megan sonrió, imaginándose a un joven Wes tratando de controlar a sus inquietos hermanos. La imagen era tan precisa que casi podía verla con claridad.

—Eso explica muchas cosas —dijo sonriendo.

Jane asintió con vehemencia.

—Claro que sí. Y por eso, cuando le interesaba una chica, se lo tomaba muy en serio. Nunca le ha gustado perder el tiempo.

Megan sintió cómo su estómago se tensaba, pero no mostró ninguna reacción. Wes disimuló, y desvió la mirada hacia la multitud, como si la conversación no tuviera importancia.

Jane tomó un sorbo de su copa y volvió a mirar a Megan con su aire travieso.

—¿Te has dado cuenta de que las mujeres no le quitan los ojos de encima? —dijo, señalando a Wes con la cabeza.

Megan se encogió de hombros, con fingida indiferencia.

—No me sorprende. Es atractivo, y tiene dinero y poder. —Alzó los hombros—. Es un imán para cierto tipo de mujer.

Al oírlo, Wes la miró de reojo. Con aplomo, le preguntó:

—¿Y tú? ¿Eres ese tipo de mujer?

Mientras negaba con la cabeza, Megan le sostuvo la mirada y le mostró una cínica sonrisa.

—No. Pero eso ya te lo dije.

Wes no respondió. Solo tomó un sorbo de su whisky, y sus ojos verdes se quedaron fijos en los de ella, mientras mostraba una fría expresión.

Jane, consciente de la tensión que había entre ellos, dejó su copa sobre la barra y se irguió con entusiasmo.

—Bueno, si os vais a seguir lanzando pullas, me voy a hablar con mi amiga. Nos vemos en la mesa. La cena va a empezar en unos minutos.

Cuando los dejó solos, Megan sintió que la burbuja en la que se habían sumergido durante la conversación con Jane se rompía, dejándolos de nuevo en su habitual dinámica profesional.

Antes de hablar, Wes bajó la vista hacia su copa, girándola entre los dedos.

—No sé si quiero saberlo, pero… ¿estoy en tu lista negra?

Megan se tomó un segundo antes de hablar. Dejó la copa en la barra, y respondió:

—No lo sé, Wes. —Lo miró sin parpadear—. Aún lo estoy decidiendo.

Él le sostuvo la mirada. Megan sintió que también estaba siendo evaluada con la misma intensidad con la que ella lo hacía.

Tal vez, él también estaba indeciso.



Capítulo 8

Una invitación inesperada

Envuelta en el murmullo de conversaciones y el tintineo de copas al chocar, la cena transcurría sin sobresaltos. Megan, sentada entre Jane y David, escuchaba la animada charla que fluía en la mesa. La amiga de Jane, Lauren, una mujer de sonrisa amable y expresivos ojos castaños, hablaba con entusiasmo sobre los últimos preparativos de la boda. Su marido, Andrew, un arquitecto muy atractivo, asentía de vez en cuando mientras cortaba un filete que parecía de mantequilla.

—Ya está todo listo para tu boda —comentó Lauren, girándose hacia Jane con una sonrisa cómplice—. Solo falta que confirméis quién os acompañará a la ceremonia —añadió, dirigiéndose a los hermanos.

Jane, con su característico desparpajo, soltó un suspiro dramático mientras se apoyaba en el respaldo de su silla.

—Lo llevan en secreto. David seguro que ya tiene una lista de opciones —bromeó, lanzándole una mirada de reojo—. Pero Wes… Él es otro asunto.

Megan notó cómo la atención se dirigía hacia el mayor de los Bateman. Wes, con su impecable esmoquin y su serena expresión, intentaba permanecer ajeno a la conversación, como si lo que se debatía no tuviera nada que ver con él.

—Si no me dices que ya has convencido a alguien para que te acompañe, lo tomaré como un no —continuó Jane, mirándolo furiosa.

—No tengo por qué convencer a nadie —respondió Wes, con calma, sin molestarse en mirarla—. Puedo ir solo.

Jane abrió los ojos como platos, exasperada.

—Eres demasiado soso, cariño. No puedes presentarte en mi boda como si fueras un monje.

David soltó una carcajada.

—Lo que Jane quiere decir es que sería un crimen dejar que Wes acapare toda la atención de las mujeres solteras de la fiesta. Y, si me apuras, también de alguna casada.

Megan se mordió el interior de la mejilla para no reírse. Le encantaba aquel tira y afloja. Les dijo:

—No creo que llamar la atención sea algo que busque.

Jane chasqueó los dedos con determinación.

—Tienes toda la razón, y eso me obliga a tomar una decisión.

Las miradas se centraron en ella. La hermana sonrió, como si estuviera a punto de anunciar

la solución a un problema mundial.

—Megan, tú vas a acompañar a Wes en mi boda. ¡Serás su pareja!

El cubierto que Megan sostenía quedó suspendido en el aire. Por un instante, creyó que había escuchado mal.

—¿Perdón?

Jane apoyó los codos sobre la mesa, entusiasmada con su idea.

—Eres la persona perfecta —dijo, abriendo los ojos y alzando los hombros—. Trabajas con él, te llevas bien con nosotros, y eres encantadora. Y, además, eres la mujer que todos los hombres querrían llevar a su lado.

Megan parpadeó, desconcertada. Se había acostumbrado a manejar negociaciones complejas y acuerdos multimillonarios, pero esto… esto la había descolocado.

—Jane, no sé si…

—No voy a aceptar un no por respuesta, porque ya somos amigas —la interrumpió, sonriendo, satisfecha por la travesura—. Además, no te pido un sacrificio, Megan. Irás muy bien acompañada.

Megan sintió la mirada de Wes sobre ella. No podía interpretar si era una expresión de aceptación, o una de resignación. Aunque su rostro permanecía impasible, la forma en que la observaba, la inquietó.

—Me encantaría —dijo, con un tono diplomático—, pero no sé si Wes estará de acuerdo.

Él dejó su copa sobre la mesa y se recostó en la silla, mientras la observaba con detenimiento.

—Si mi hermana lo ha decidido, no creo que pueda negarme.

—Exacto. —Jane sonrió, satisfecha—. Aunque sea la menor, soy la única chica, y ya sabéis que no se discuten mis decisiones.

Megan le sostuvo la mirada un momento más, intentando desentrañar qué pensaba en realidad, pero no logró sacar nada en claro.

David, ajeno a la sutil tensión que notaba entre su hermano y su nueva compañera de trabajo, se inclinó hacia la abogada con una socarrona sonrisa.

—Ahora que ya eres, de forma oficial, la cita de mi hermano, puedo asegurar que todas las mujeres de la sala te odian un poquito más.

Megan bufó, divertida.

—No exageres.

David sacudió la cabeza con fingida solemnidad.

—Te aseguro que no. Mira a tu alrededor.

Megan alzó la vista y detectó varias miradas femeninas posadas sobre Wes. Mostraban un interés mal disimulado. En otras circunstancias, le habría parecido irrelevante, pero después del baile… de ese instante donde el aire entre ellos pareció cargarse de algo que le costaba aceptar…

Megan respiró hondo, y se obligó a centrarse en la conversación.

—Supongo que es el precio de acompañar al hombre más cotizado de la noche —dijo resignada, y con una chispa de simpático sarcasmo añadió—: Sin contarte a ti, por supuesto.

David soltó una carcajada y le guiñó un ojo.

—Eso es una gran verdad —admitió con picardía—. Tal vez yo esté en tu lista negra, pero ambos sabemos que tú también estás en la de mujeres que desean a mi hermano.

Megan se giró de golpe para mirarlo con los ojos entrecerrados.

—¡No digas tonterías!

David sonrió con calma.

—No es ninguna tontería, pero lo entiendo. Te aseguro que Wes puede ser más interesante de lo que crees.

Megan alzó una ceja.

—David, tú y Wes podéis compartir el mismo ADN, pero sois como el día y la noche.

Él dejó su copa sobre la mesa y la miró con un brillo astuto en los ojos.

—No lo niego. Pero, aunque nuestro físico sea muy parecido, hay algo en lo que te equivocas.

Megan cruzó los brazos.

—Ilústrame.

David se inclinó hacia ella, y bajó la voz a un tono de confidencia.

—Wes es mucho mejor de lo que piensas.

Megan no respondió de inmediato. No podía negar que, en muchos aspectos, su jefe no era lo que ella había imaginado al principio. Pero tampoco estaba dispuesta a aceptarlo. De momento.

Antes de que pudiera replicar, David se puso en pie, y, con su encantadora sonrisa, le tendió la mano.

—Vamos a bailar.

Megan suspiró, pero aceptó. Después de la intensidad de los últimos minutos, un poco de frivolidad con David no le vendría mal.

Y aunque disfrutó del baile, su mente no dejó de desviarse hacia aquel otro hombre que, con un brillo indescifrable en la mirada, la observaba desde la distancia.

.

El despertar de un sábado

El sol se filtraba a través de las cortinas con insistencia, obligándome a entreabrir los ojos. Sentía el cuerpo pesado, no por cansancio, sino por el torrente de pensamientos que aún flotaban en mi cabeza tras la noche anterior. Me incorporé, apoyando los codos en la cama, y la imagen de Wes, con su hermética mirada, apareció de inmediato en mi mente.

Sonreí al pensar en Jane. Era inteligente, carismática, con una energía contagiosa y una asombrosa facilidad para hacerme sentir cómoda desde el primer momento. Lo último que esperaba era conectar con ella de esa forma tan natural. Pero lo más impactante había sido que me invitara a la boda, para ser la acompañante de su hermano.

Apreté los labios, y dejé escapar un suspiro. Wes no había dicho nada, no hizo ningún gesto ni puso ninguna objeción, pero tampoco pareció entusiasmado con la idea. Negué con la cabeza, despejando la extraña sensación que me había dejado. No tenía motivos para sentirme mal. Se suponía que todo lo que estaba viviendo era parte de la dinámica profesional, y, de repente, Jane había hecho que se convirtiera en personal.

Recosté la cabeza en la almohada, mirando el techo. Lo peor de todo había sido no saber interpretar la mirada de Wes cuando su hermana anunció nuestra «cita» para la boda. ¿Sorpresa? ¿Aceptación? ¿Molestia? No lo sabía, y eso era un problema. Y también estaba el comentario de David.

Me mordí el labio, recordándolo. «Aunque yo esté en tu lista negra, tú también estás en la lista de mujeres que desean a Wes». Había querido tomármelo a broma y responder con una de mis clásicas ironías, pero no encontré una respuesta inteligente. No. Yo no deseaba a Wes Bateman. O tal vez me lo repetía demasiado a mí misma. ¿Para convencerme?

Me giré hacia el otro lado de la cama y tomé el móvil de la mesilla de noche. Aún era temprano. John seguiría dormido, y mis padres también.

Era sábado. Un día para desconectar, para pasar tiempo con mi hijo, para centrarme en lo único que importaba de verdad. Y, sobre todo, para dejar de pensar en un hombre que, en teoría, no significaba nada para mí. Solo trabajo. Nada más.

Me levanté, decidida a que, al menos por hoy, Wes Bateman no ocuparía mi mente.

O al menos, lo intentaría.

Sábado de exploración y ciencia

Megan y John salieron de casa, ilusionados por pasar un día diferente. El niño, con su inagotable energía y su curiosidad a flor de piel, llevaba toda la semana esperando ese momento. Sabiendo las visitas que iban a hacer, había estado recopilando información.

—Mamá, ¿sabes cuál es el dinosaurio más grande que ha existido? —preguntó mientras se abrochaba el cinturón en el coche.

Megan, que ya estaba acostumbrada a sus preguntas inesperadas, sonrió y encendió el motor. Aunque sabía que no era la respuesta correcta, respondió:

—Supongo que el Tiranosaurio rex… o algo parecido.

John resopló, con la paciencia de un pequeño profesor corrigiendo a una alumna.

—No, mamá. El dinosaurio terrestre más grande fue el Argentinosaurus. Pesaba como catorce elefantes y medía más de treinta metros de largo. Pero si contamos los océanos, el más grande fue el Shonisaurus. Pero eso ya es otra historia.

Megan negó con la cabeza, divertida. Se hizo la inocente.

—John, ¿hay algo que no sepas?

Él soltó una carcajada.

—He hecho trampas, mami. Lo he estado mirando por internet. Todavía me queda mucho por aprender, pero voy bien.

* * *

El Museo Americano de Historia Natural, estaba en su máximo esplendor. Familias, turistas y grupos escolares recorrían sus pasillos, pero John parecía moverse como si supiera exactamente hacia dónde dirigirse. Megan lo seguía con paciencia, dejándose llevar por su entusiasmo.

—¡Mira, mamá, es la sala de meteoritos! —exclamó, tirando de su mano y llevándola a una zona donde diversas rocas espaciales reposaban en vitrinas iluminadas.

Megan observó la fascinación en los ojos verdes de su hijo mientras leía las descripciones con la seriedad de un científico en ciernes.

—Este cayó en Arizona, hace más de cincuenta mil años. —John señaló una roca ennegrecida—. Y este otro en Groenlandia. ¿Sabías que los meteoritos traen elementos del espacio que no existen en la Tierra?

Megan cruzó los brazos y ladeó la cabeza.

—Así que si un meteorito cae cerca de casa, ¿podría contener algo desconocido?

John asintió con emoción.

—¡Exacto! Tal vez una aleación de metales que no hemos descubierto. O… —bajó la voz con aire misterioso— hasta una bacteria alienígena.

Megan, orgullosa, se rio y revolvió su cabello negro, que tenía el mismo tono que el suyo.

La visita continuó por la zona de fósiles de dinosaurios, donde John, emocionado, no paraba de señalar esqueletos y explicar sus funciones. Megan, más que enfocarse en los datos, se dedicó a observarlo. Ese brillo en su mirada, su manera de absorber información, la pasión con la que hablaba… No cabía duda de que su hijo tenía una mente prodigiosa.

Cuando el reloj marcó la hora del almuerzo, John ya había recorrido más salas de las que Megan creía posibles en tan poco tiempo.

—Vale, pequeño explorador, es hora de comer. Si no te alimentas, tu cerebro dejará de funcionar.

—Los cerebros no dejan de funcionar así de fácil, mamá —respondió con aire de sabiondo, aunque sin oponer resistencia.

Salieron del museo y se dirigieron a un restaurante con una cocina abierta donde los chefs preparaban los platos frente a los clientes. John, fascinado, observó cómo manejaban los cuchillos con precisión y mezclaban ingredientes de manera casi artística.

—Esto es como un laboratorio —murmuró, mirando cómo el chef flambeaba un plato—. Pero con comida.

Megan asintió.

—Sí, aunque si quemas algo aquí, el resultado es menos peligroso que en un laboratorio real.

John pidió un plato de pasta que, según había leído, tenía una combinación de ingredientes «químicamente equilibrada». Megan no pudo hacer otra cosa que reírse.

Tras la comida, decidieron irse a casa. Nada más llegar, aunque John estaba exhausto, insistió en que aún quedaba una actividad pendiente.

—Mamá, ¿y los experimentos? Me habías prometido que hoy jugaríamos con el kit de ciencia.

Megan suspiró, dejándose caer en el sofá.

—John, ¿no has tenido suficiente aprendizaje por hoy?

El niño la miró con expresión seria.

—La ciencia nunca es suficiente —le dijo, mientras le regalaba una sonrisa a la que era imposible resistirse.

Megan soltó una carcajada y se puso de pie.

—Está bien, pequeño Einstein, vamos a sacarlo, pero mañana nos vamos a pasar el día en casa, leyendo y descansando. ¿Me lo prometes?

El niño aceptó el acuerdo, y sacaron el kit de experimentos. Lo extendieron sobre la mesa del comedor. Entre tubos de ensayo, bicarbonato de sodio y colorantes, John decidió que empezarían con la erupción de un volcán casero.

—Tienes que mezclar el vinagre con el bicarbonato —explicó, como si Megan no lo supiera—. Y si le pones colorante rojo, parece lava real.

—¿Y si lo hacemos mal? —preguntó Megan con dramatismo.

John le dedicó una mirada de absoluta paciencia.

—Nunca cometo errores, mami.

Megan lo miró y asintió con la cabeza. Lo decía con naturalidad, sin darle la importancia que tenía.

Cuando la mezcla burbujeó y se desbordó por los lados del pequeño volcán de cartón, John aplaudió emocionado. Después de un par de experimentos más, incluyendo uno con imanes y otro con electricidad estática, John pareció rendirse al agotamiento.

—Mañana nos toca descansar —murmuró, bostezando mientras se recostaba en el sofá.

Megan lo miró con ternura y le acarició el cabello. A veces se preguntaba cómo un niño tan pequeño podía tener una mente tan brillante. Pero más allá de su inteligencia, lo que más la conmovía era su corazón.

—Vamos, genio, a la cama.

John, ya medio dormido, la miró con los ojos entrecerrados.

—Mamá… —susurró.

—¿Sí?

—Eres la mejor mamá del mundo.

Megan sintió un nudo en la garganta y sonrió, besándolo en la frente.

—Y tú eres el mejor hijo del universo.

Mientras lo arropaba y apagaba la luz, se quedó un momento en la puerta, observándolo dormir. Era su mayor logro, su mayor orgullo, su todo. Y no importaba lo que pudiera pasar en su vida profesional o personal, siempre haría lo mejor para él.

Preguntas incómodas y proposiciones inesperadas

Lunes

El lunes por la mañana, Megan entró en la oficina con la sensación de que el fin de semana había sido demasiado corto. Después de las horas pasadas con su hijo en la piscina de casa de sus padres, aún podía sentir el sol en su piel. Y la tranquilidad de la tarde del domingo, mientras leía en su butacón favorito y John construía estructuras con sus bloques de ingeniería. Un descanso merecido antes de volver a la jungla de cristal.

Nada más dejar su bolso sobre la mesa de su despacho, Nora apareció con su inagotable curiosidad, apoyándose en el marco de la puerta con una sonrisa de diversión en los labios.

—Buenos días, jefa. —Su tono travieso ya anunciaba que traía preguntas—. Cuéntamelo todo: ¿cómo fue el evento del viernes?

Megan suspiró con resignación. Sabía que esto iba a pasar.

—Fue… diferente. —Se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla antes de sentarse—. Mucha gente, contactos importantes, una cena interminable y un par de situaciones… —Hizo un gesto con los hombros—… inesperadas.

Nora abrió los ojos, entusiasmada.

—¡Ya me lo estás contando!

Al ver su expresión, Megan soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Conocí a Jane, la hermana de Wes y David. Es estupenda. Una chica muy simpática y directa.

—¿Jane Bateman? ¡Claro! He oído hablar de ella. Es pediatra, ¿no?

—Sí. Y se casa a final de semana.

Nora chasqueó la lengua.

—Alguien de los Bateman sentando cabeza… —comentó mientras se reía—. Eso sí que es noticia.

—David, desde luego, no parece tener intención de hacerlo —comentó Megan con un matiz burlón.

—Oh, por supuesto que no. Él es un cabra loca, pero también es un encanto —dijo, demostrando un punto de interés hacia el hermano menor—. Pero Wes… —Nora dejó la frase en el aire con una mirada sugerente.

Megan bufó.

—¿Qué insinúas?

—Nada, nada… —Nora agitó una mano con fingida inocencia—. Continúa.

—El caso es que Jane, en su infinita generosidad, ha decidido invitarme a la boda.

Nora la miró con sorpresa y abrió los ojos como platos. Entrecerró los ojos con picardía.

—Sí que debiste caerle bien —comentó sorprendida.

—Sí, bueno… Pero tiene trampa —le aclaró—. La verdadera razón es que su querido hermano mayor insistía en ir solo, y ella no lo quiere aceptar. Así que, de algún modo, me convenció para que fuera su acompañante.

Nora soltó una carcajada y abrió los ojos como platos.

—¿¡Vas a ir con Wes!? —La miró con un punto de picardía—. Y dime, ¿qué piensas al respecto?

—Que no me queda más remedio que ir.

Nora la observó con expresión evaluadora.

—No. Me refiero a Wes.

Megan frunció el ceño.

—¿Qué pasa con él?

—¿Te gusta?

Megan soltó una carcajada.

—¡Claro que no!

Nora cruzó los brazos y la miró con suspicacia.

—No te creo.

—Tengo una lista negra, ¿sabes? Y en ella están los hombres que no quiero que estén presentes en mi vida.

—No. No lo sabía, aunque estoy segura de que David está, sin ninguna duda. Pero Wes no tiene nada que ver con su hermano. Son como la noche y el día.

Megan suspiró con exasperación fingida.

—Mira, Wes es un hombre atractivo. Lo reconozco. Pero es demasiado complicado e inaccesible, y… francamente, no es el tipo de persona con la que me interese involucrarme.

Nora la miró con una sonrisa de suficiencia.

—Si es así, ¿por qué estás tan a la defensiva cuando te hablo bien de él?

Megan la fulminó con la mirada.

—Porque lo tengo claro, y me encanta llevarte la contraria.

Justo en ese momento, la puerta de la sala de juntas se abrió, y él apareció con paso seguro, seguido de David. Salían de una reunión y, como siempre, Wes mantenía esa expresión impasible e impenetrable.

—Megan, a mi despacho —ordenó Wes sin rodeos.

Antes de levantarse, intercambió una mirada con Nora.

—¿Lo ves? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. Definitivamente, no me gusta.

Mientras Megan se dirigía al despacho de él, Nora se limitó a sonreír.

Cuando entró, estaba tras su escritorio. Le hizo un gesto para que tomara asiento y, sin más preámbulos, fue directo al asunto.

—Mi hermana te ha invitado porque le has caído bien, pero también para que seas mi acompañante en la boda.

Megan inclinó la cabeza y cruzó las piernas con calma.

—Lo sé.

—¿Y qué opinas?

Megan alzó una ceja.

—Supongo que eso es irrelevante. Jane lo ha decidido por nosotros.

Wes esbozó una leve sonrisa.

—Así que no tienes inconveniente.

Megan lo miró fijamente, intentando descifrar si su tono era de aceptación o de resignación.

—No lo sé, Wes. ¿Tú tienes alguno?

El silencio que siguió fue una lucha de miradas. Wes la observaba con intensidad, como si estuviera desentrañando algo en ella. Negó con la cabeza y respondió:

—No.

Megan asintió con una leve sonrisa.

—Entonces, asunto resuelto.

Wes sostuvo la mirada un segundo más, pero cambió de tema.

—Recuerda que mañana nos vamos a Washington D. C. para cerrar la compra que gestionó David.

Megan se irguió en su asiento.

—¿Detalles?

—Reunión con la inmobiliaria a mediodía, almuerzo con la directora, Stella Page. Por la tarde, revisión de términos y negociación final. Nos quedaremos a dormir, y firmaremos la documentación el miércoles por la mañana. —Fijó su mirada en ella—. Tienes toda la información en tu despacho. Susan ya se la habrá dado a Nora para que te la entregue. Le he pedido que hiciera una copia en papel.

Megan asintió.

—Entendido.

—Tienes todos los detalles del viaje en tu correo. Nos vemos en el aeropuerto. No llegues tarde.

Megan soltó un suspiro.

—Wes, trabajamos juntos. Ya deberías saber que soy puntual.

Le lanzó una mirada significativa antes de volver su atención a su ordenador. Al ver que la ignoraba, entendió que la reunión se había acabado.

Megan se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, le lanzó un comentario sin volverse:

—Por cierto, intentaré no avergonzarte en la boda.

Escuchó la suave risa de Wes antes de cerrar la puerta tras de sí.

Apenas volvió a su escritorio, su teléfono sonó. Al ver el nombre de Jane en la pantalla, sonrió antes de responder.

—Buenos días, Jane.

—Buenos días, querida. ¿Tienes planes esta noche?

—No, ¿por qué?

—Quiero que vengas a cenar a casa. Le he hablado tan bien de ti a Ryan, que quiere conocerte.

Megan parpadeó con sorpresa.

—¿Tu prometido?

—Exacto. Como Wes ya ha quedado con alguien para cenar, le he pedido a David que te acompañe.

Megan soltó una carcajada.

—¿Has secuestrado a tu hermano menor para hacer de escolta?

—Digamos que lo he convencido. Me ha costado, porque sabe que no quieres ligar con él —dijo, soltando una carcajada—. ¿Vendrás?

Megan sonrió.

—¡Claro!, cuenta conmigo.

—Perfecto. Nos vemos a las ocho. David hablará contigo, para recogerte.

Al colgar, se recostó en su silla con una expresión divertida. Definitivamente, Jane Bateman era una fuerza imparable.

Encuentros y primeras impresiones

David llegó puntual a casa de los padres de Megan, aparcando su coche con la despreocupación habitual. Vestía con su elegancia característica, una camisa azul cielo y pantalones oscuros que parecían hechos a medida. Llevaba su cabello castaño bien peinado, pero con un toque rebelde, para parecer más natural.

Megan salió a recibirlo, mientras se acomodaba la chaqueta sobre los hombros.

—A la hora justa. Empiezo a pensar que eres un hombre disciplinado —dijo con una sonrisa, mientras cerraba la puerta tras ella.

David giró un poco la cabeza y dijo, orgulloso:

—La impuntualidad es una falta de respeto.

Antes de que pudieran dirigirse al coche, la puerta de la casa se abrió de golpe y un torbellino de energía llamado John salió disparado hacia ellos.

Megan sintió el impulso de pararlo, pero no tuvo oportunidad. John ya estaba frente a David. Sus ojos verdes brillaban de emoción.

—¡Mamá! —exclamó el niño con una enorme sonrisa—. ¿Ese es tu jefe?

David, en un gesto cariñoso, se inclinó un poco hasta quedar a la altura del niño y le extendió la mano.

—En realidad, soy su otro jefe —aclaró con una sonrisa pícara—. Puedes llamarme David.

John le estrechó la mano con firmeza y luego lo miró con intensidad.

—Yo soy John, y tengo una pregunta importante para ti.

David alzó una ceja, divertido.

—Dispara.

—¿Tienes buenas intenciones con mi mamá?

El silencio que se hizo fue breve, pero intenso. Megan, perpleja, abrió la boca, pero John continuó como si nada.

—Lo he visto en una película. No sé exactamente qué significa, pero, cuando un chico recoge a una chica, parece que es importante.

David soltó una carcajada y le revolvió el cabello con una sonrisa. Miró a Megan, alucinado.

—Tranquilo, John, tu mamá es la que manda aquí. Yo solo soy un humilde servidor.

El pequeño pareció meditarlo durante un segundo, y luego asintió con aire solemne.

—Bien. Pero cuídala mucho, porque es la mejor mamá del mundo.

Megan sintió cómo el corazón se le salía del pecho al escuchar eso. Su hijo tenía una manera simple, pero directa, de dejar huella.

—John, cielo, no hagas más preguntas incómodas —dijo con dulzura, empujándolo suavemente hacia la casa.

—No ha sido incómodo. Considéralo una entrevista de seguridad —insistió él antes de desaparecer por la puerta.

David negó con la cabeza, sonriendo.

—Este niño es brillante —dijo muy sorprendido.

—Lo sé —respondió Megan, cruzándose de brazos—. Y ahora que ya has pasado su filtro, será mejor que nos vayamos.

Se subieron al coche y tomaron rumbo a la casa de Jane y Ryan.

* * *

El chalet de Jane estaba en un barrio residencial exclusivo, rodeado de árboles y con un jardín delantero impecable. La casa tenía un diseño moderno, de líneas rectas y ventanales amplios, con una fachada en tonos arena y piedra natural. En el porche, dos faroles encendidos arrojaban una cálida luz sobre la entrada.

Jane los recibió con una enorme sonrisa y un abrazo efusivo a cada uno.

—¡Habéis llegado justo a tiempo! Ryan está terminando de abrir el vino.

En cuanto entró, Megan sintió la calidez del ambiente. El interior era amplio y acogedor, con suelos de madera, sofás de colores pastel y detalles decorativos que hablaban del buen gusto de Jane. La cocina, visible desde el salón, estaba muy ordenada, y sobre la mesa se alineaban copas y un par de botellas de vino tinto.

Ryan apareció en ese momento, con una botella en la mano y una sonrisa tranquila. Según le había dicho David, tenía treinta y siete años, la misma de Wes. Era de constitución fuerte y cuidada, con el cabello claro y unos ojos azulados que transmitían calma. Vestía de manera sencilla, pero elegante, con una camisa celeste y pantalones blancos.

—Tú debes de ser Megan —dijo con voz profunda, estrechándole la mano con firmeza—. Jane me ha hablado mucho de ti.

—Todo bueno, espero —respondió Megan con una sonrisa.

—Por supuesto. —Ryan le dedicó una mirada cariñosa a Jane—. Le has caído muy bien.

Se sentaron en la mesa y pronto las copas estuvieron llenas. La conversación fluyó con naturalidad mientras hablaban de la boda.

—No sé si David o Wes te lo habrán explicado, pero lo celebraremos en el rancho de mis padres —explicó Jane, con evidente ilusión—. Es un lugar precioso, te va a encantar.

Megan alzó una ceja, interesada.

—¿Rancho? No tenía ni idea de que tu familia tuviera uno.

Jane asintió.

—Ellos viven allí. Es nuestro hogar. Allí pasamos nuestra infancia. Mamá está muy involucrada en obras benéficas y papá se dedica por completo al rancho. Cría caballos y gestiona toda la propiedad.

David, que estaba sirviéndose otra copa de vino, añadió con una sonrisa burlona.

—Megan no ha visto la faceta de Wes como vaquero.

Megan rio entre dientes.

—Me cuesta imaginarlo. Siempre tan formal y trajeado…

—Créeme, es digno de ver —confirmó Jane con diversión.

Ryan tomó la palabra, con su voz tranquila y pausada.

—El rancho es el lugar perfecto para la boda. Jane quería algo elegante, pero con un toque personal. Nuestros padres están encantados de organizarla allí.

Megan miró a Jane con curiosidad.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos?

Jane sonrió, entrelazando los dedos con los de Ryan sobre la mesa.

—Un año viviendo juntos, pero nos conocimos hace casi tres.

Ryan le dedicó una mirada afectuosa.

—Ella me atrapó en cuanto entró en la sala de urgencias y empezó a gritarle a todo el mundo.

Jane puso los ojos en blanco.

—No le estaba gritando a todo el mundo. Solo a la enfermera que no me hacía caso.

Megan se rio, disfrutando de la dinámica entre ellos. Era evidente que Jane y Ryan estaban enamorados, y que su relación tenía una solidez envidiable.

—Bueno, ahora entiendo por qué te casas con él —dijo, sonriendo.

—Y seguro que has dado en el clavo —bromeó Jane—. Es el único que me aguanta.

La cena continuó con una agradable conversación y comentarios llenos de humor. Megan se sintió muy cómoda, como si los conociera desde siempre.

Y mientras observaba la manera en que Jane se apoyaba en Ryan con total confianza, una parte de ella se preguntó si alguna vez podría tener algo así.

Una relación sin dudas. Sin miedo a que el otro se fuera con otra mujer, a que le fuera infiel, que…

Apartó ese pensamiento de inmediato. Ella ya había decidido que no valía la pena perder el tiempo. Ni en esas ideas, ni con los hombres.

Recuerdos y Revelaciones

La carrot cake, esponjosa y con el glaseado en su punto, parecía ser la excusa perfecta para alargar la sobremesa. Megan se sentía cómoda, disfrutando de la charla animada con Jane y David, mientras Ryan los observaba con una relajada sonrisa.

—Así que estudiaste en Yale —comentó Jane, llevándose un trozo de pastel a la boca—. Igual que David y yo. Wes fue el único que traicionó la tradición familiar y se fue a Harvard.

Megan alzó una ceja con curiosidad.

—¿Por qué Harvard?

Jane se encogió de hombros con aire divertido.

—Se lo rifaban en todas las universidades, y le gustó la idea de hacer algo distinto. Fue el primero de su promoción.

—Por supuesto que lo fue —murmuró Megan, sin poder evitar una leve sonrisa. Por lo que sabía de él, le habría parecido inaceptable conformarse con algo menos.

David mostró una mirada de orgullo.

—Hay que reconocerlo. Nuestro hermano mayor es un genio, pero nunca tendrá mi encanto.

Megan soltó una carcajada.

—Bueno, ya sabes que estás en mi lista negra, así que…

A Jane le dio un ataque de risa.

—No me extraña en absoluto —dijo con diversión—. Imagino que lo dices por la vida que lleva. Siempre ha sido demasiado juerguista.

David puso una expresión ofendida.

—Eso es cierto. Sé disfrutar de la vida. Y hablando de eso… ¿sabéis qué fue lo mejor de la universidad?

Jane y Megan intercambiaron miradas.

—Las fiestas —respondieron al unísono.

David chasqueó los dedos.

—¡Sois muy listas! Y la mejor de todas fue la última, la de graduación.

Megan inclinó la cabeza, interesada. Se habían graduado el mismo año y en la misma universidad. Aquella noche debieron celebrarse varias fiestas, y sería mucha casualidad que… Pero sus pensamientos se cortaron de golpe, cuando David dijo:

—Fue épica. —Mostró una pícara sonrisa—. Montamos un concurso de chupitos. La idea la tuvo una chica rusa que estaba de intercambio. Hicimos una ruleta y la persona a la que señalaba decidía el licor del siguiente chupito.

Jane se lo quedó mirando con incredulidad. Eso no le permitió ver el rostro de Megan, que parecía estar en shock.

—¿Y os pareció divertido? —le preguntó la hermana.

—Fue una idea genial. —David se encogió de hombros, riendo—. Lo malo es que, después del octavo, apenas recuerdo nada.

—Yo sí me acuerdo de esa noche —dijo Jane, con una sonrisa traviesa—. Estaba en México, con unas amigas, y a las tres de la madrugada me enviaste una foto en la que estabas con varias personas, todas borrachas. Menos mal que nosotras estábamos de marcha y no me despertaste.

David soltó una carcajada.

—No me acuerdo de haberlo hecho, pero supongo que me apeteció darte envidia.

Jane lo miró con picardía y continuó:

—En aquella época no llevabas el pelo tan corto, ni ibas tan arreglado. Tenías un aspecto más bohemio, con aquel pelo tan largo y la coleta. Además, creo que es la única vez que te he visto con barba.

Al oír aquello, Megan sintió una especie de mareo. David se pasó la mano por la mandíbula, como si intentara imaginarse con aquel aspecto otra vez.

—Tuve que cambiar al entrar en el mundo de los negocios de alto nivel, ya sabes. Wes me lo aconsejó, y tenía razón —dijo, sin ningún deje de resignación—. Pero no me quejo. Ahora ligo más, porque tengo pinta de ejecutivo.

—Es que lo eres, cielo. Pero tienes razón —comentó su hermana riendo—. Ahora estás más guapo.

El sonido de la risa de Jane se desvaneció de golpe en los oídos de Megan. Su sonrisa se congeló y sintió cómo el color abandonaba su rostro en cuestión de segundos.

Algo en su mente encajó de forma abrupta. La fiesta. La ruleta. El pelo largo. La barba. Sumó dos más dos, y el resultado era demasiado claro, pero todavía más desconcertante.

¡No podía ser! En ese momento, una avalancha de confusos recuerdos llenó su mente



Capítulo 9

La Noche Olvidada

Mayo de 2015

Ocho años atrás…

La casa de la fraternidad estaba llena hasta los topes. El aire denso, cargado de música a todo volumen y risas desenfrenadas, vibraba con el entusiasmo de los recién graduados. Megan nunca había sido una fanática de las fiestas universitarias, pero esa noche era diferente. Era el final de una etapa, una celebración que marcaba el cierre de siete años de estudio, esfuerzo y crecimiento.

—¡No puedes graduarte sin haber asistido a una fiesta como esta! —exclamó Carol, tirando de su brazo mientras esquivaban cuerpos en el abarrotado salón.

Megan se rio, dejándose llevar por el entusiasmo de su amiga.

—Bueno, técnicamente ya estoy graduada. Así que podría irme ahora mismo y seguiría cumpliendo con mi deber.

—¡Ni se te ocurra! —Carol negó con la cabeza—. Bob está aquí, y esta vez no voy a dejar que se me escape.

Bob, el chico que le gustaba a Carol, había sido la verdadera razón por la que estaban allí. Megan lo sabía, pero no le importaba demasiado. Una parte de ella necesitaba relajarse, y también le apetecía pasarlo bien.

Se dirigieron a la cocina, donde una improvisada barra se alzaba como el epicentro del caos. Botellas abiertas, vasos desechables por doquier, y un grupo de estudiantes tomando alcohol.

—Vamos a empezar fuerte —dijo Carol, sirviéndole un trago a Megan y otro para ella misma—. ¡Por el fin de Yale!

Megan alzó su vaso y se lo bebió de golpe. El licor ardió en su garganta, pero una sensación de euforia se expandió por su cuerpo. Durante la siguiente hora, los tragos se fueron acumulando, y su cabeza le empezó a dar vueltas.

En algún momento de la noche, Carol desapareció con Bob, dejándola sola en medio de la multitud. No importaba, porque se sentía bien. Se unió a unas chicas que conocía. Estaban en un grupo que jugaba a una extraña ruleta. Era un concurso de chupitos. Se giraba la ruleta y el que ganaba elegía el próximo licor.

—¡Venga, Megan, te toca girar la ruleta! —exclamó una de las chicas, pasándole la flecha de plástico improvisada.

Megan rio y la giró con entusiasmo. La flecha dio vueltas y vueltas, hasta detenerse en un chico que la miró con una sonrisa ladeada.

—¡Ahora vodka! —dijo, y todos vitorearon mientras Megan se lo bebía de un solo trago.

El mundo se estaba volviendo borroso a su alrededor.

—Tienes mala cara —le comentó un chico alto, con el pelo revuelto y una sonrisa que indicaba su ebriedad.

Megan afirmó con la cabeza y se apoyó contra la pared.

—Creo que necesito ir al baño.

—Ven —le dijo, cogiéndola de la mano—. Te enseño dónde está.

Hizo un gesto para que lo siguiera. No lo conocía bien, pero su mente embotada no registró ninguna alarma. El alcohol había relajado sus barreras, y su única prioridad era encontrar el baño y mojarse la cara, para intentar quitarse aquel mareo.

Subieron las escaleras, tambaleándose. El pasillo del segundo piso estaba menos abarrotado, y un par de parejas, tumbadas en un rincón junto a una de las ventanas, se besaban y acariciaban.

El chico abrió una puerta y la dejó pasar. Megan se apoyó en el lavabo y se inclinó para mojarse el rostro. El agua fría la hizo estremecer, pero no disipó su aturdimiento. Fue entonces cuando sintió unas manos en su cintura.

Se giró, sorprendida, y el chico la empujó suavemente contra la encimera, inclinándose sobre ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con una risa nerviosa, intentando apartarlo.

Él no se detuvo. Sus manos subieron por su cuerpo, apretando sus pechos sin permiso, y su aliento cargado de alcohol le invadió el rostro.

—Vamos, no pasa nada, solo es un poco de diversión.

Megan sintió una punzada de pánico. El aturdimiento por el alcohol no la dejaba pensar. Intentó empujarlo, pero él era más fuerte.

—¡Déjame en paz! —gritó—. ¡No quiero que me toques!

La puerta del baño se abrió de golpe.

—¡Eh! —Una voz grave llenó la habitación.

Megan apenas pudo enfocar su vista, pero vio a un chico alto en la entrada. Apenas recordaba la difusa visión de su cabello largo y recogido en una coleta, y la sombra de una cerrada barba en su mandíbula.

El agresor se apartó de golpe, alzando las manos.

—Tranquilo, tío. No estaba haciendo nada…

—¡Sal de aquí! ¡Ahora!

El tono del recién llegado era demasiado autoritario para ponerse a discutir. El otro chico murmuró algo inaudible y salió del baño.

Megan se apoyó en la pared, temblando.

—¿Estás bien? —le preguntó con una voz grave, pero en un tono muy cálido.

Ella intentó responder, pero su lengua se trababa. Todo giraba a su alrededor. El chico

suspiró y pasó un brazo por sus hombros.

—Vamos, necesitas descansar.

No supo cómo, pero terminó en una habitación con la única luz que se filtraba por la ventana. Recordaba cómo él la ayudaba a tumbarse, y el mullido colchón bajo su espalda. Y una figura masculina que se sentaba junto a ella, hablándole con calma.

Intentó enfocar su rostro, pero su mente se hundía en un torbellino de sombras y luces.

—Tienes que dormir.

Aquella voz era lo último que recordaba.

* * *

Megan se despertó cuando el amanecer filtró sus primeros rayos a través de la ventana. Tenía un terrible dolor de cabeza. Sus pestañas parpadearon con pesadez, y, cuando intentó moverse, sintió el roce de las sábanas contra su piel desnuda. ¡Su piel desnuda! Abrió los ojos como platos y una sensación de pánico le recorrió la espalda.

Se giró muy despacio y lo vio. El chico estaba dormido, de espaldas, y desnudo como ella. En ese momento reparó en que sentía el cuerpo entumecido, en especial su entrepierna. Decidió no pensar en la razón de ese entumecimiento, pero su mente se disparó. Se llevó las manos a la cabeza, intentando recordar. Nada. Solo imágenes borrosas, fragmentos de una noche que se deslizaban entre sus dedos como si fueran de arena.

Sin hacer ruido, se levantó, recogió su ropa del suelo y se vistió en apenas unos segundos. Salió de la habitación sin mirar atrás. Bajó las escaleras y toda la casa era un caos. Cruzó el salón, sorteando los cuerpos dormidos que estaban tirados sobre el suelo o en los sofás, y abrió la puerta de la calle.

El aire de la mañana le golpeó el rostro nada más salir. Respiró hondo, intentando calmar su agitación. Intentó recordar, pero todo eran sombras difusas. No recordaba nada.

Se sintió aterrada.

Dudas y Recuerdos

Al llegar a su casa, se tomó un par de pastillas para el tremendo dolor de cabeza. Durmió unas pocas horas, y se despertó a la hora de comer. Sentía una sensación extraña en el pecho. Las imágenes borrosas de la noche anterior seguían embarulladas en su cabeza, pero sin tomar una forma concreta.

Se sentó en el borde de su cama, aún en pijama. Cuando iba a coger su móvil, la pantalla se iluminó. Junto a lo que en ese momento le pareció un estridente sonido, apareció la foto de Carol.

—¡Buenos días! —contestó con voz ronca.

—¡Buenos días, dormilona! —la voz de su amiga resonó al otro lado de la línea, enérgica y despreocupada—. Cuéntame, ¿qué tal lo pasaste anoche?

Megan cerró los ojos un instante, obligándose a adoptar un tono indiferente.

—Bien… Fue una fiesta divertida.

—¿«Divertida»? Eso parece una evasiva, cielo —replicó Carol, con una risa traviesa—. Yo me lo pasé en grande con Bob, ya sabes… Nos perdimos un rato en una de las habitaciones.

Aunque la otra no pudo verla, Megan forzó una sonrisa.

—Me lo imaginé, cuando te perdí de vista.

—¡Deberías haber hecho lo mismo! —Carol chasqueó la lengua—. Oye, hablando de eso, Bob me ha dicho que John quiere invitarte a pasar el fin de semana con nosotros en la casa de sus padres, en las montañas.

Megan frunció el ceño.

—¿John? —preguntó, sabiendo a quién se refería.

—¡Sí, joder!: «tú John» El amigo de Bob que lleva meses detrás de ti.

Megan lo conocía desde hacía tiempo. Era un buen chico, guapo y educado, con una bonita sonrisa y una mirada amable. Le gustaba, pero la única pega era que su familia era profundamente religiosa, y ella una atea redomada.

—Carol, no sé… No pegamos mucho.

—¡Venga, Meg! Después de los exámenes y de todo el estrés de la graduación, necesitas un respiro. Será divertido. Y además, a John le gustas mucho.

Megan suspiró, sopesando sus opciones.

—Está bien —aceptó al final—. Pero solo porque insistes.

Carol soltó un grito de emoción.

—¡Sabía que dirías que sí!

* * *

El fin de semana en la montaña resultó más tranquilo de lo que había esperado. Disfrutaron de

caminatas por los senderos, cenas al aire libre y conversaciones bajo el cielo estrellado. Megan se sorprendió de lo fácil que le resultaba estar con John.

Era atento, divertido y se le veía muy interesado en ella. Se sentía segura a su lado, y fue esa seguridad, esa calidez, lo que la llevó a bajar la guardia. A ceder. Esa noche, cuando John la besó con dulzura, Megan no se apartó. Cuando sus manos se entrelazaron y sus cuerpos se acercaron, Megan dejó que la corriente la arrastrara.

Y cuando el sol despuntó en el horizonte al día siguiente, ella supo que algo había cambiado.

* * *

A su regreso, Megan empezó a salir con él. Se convenció de que había tomado la decisión correcta. John era todo lo que cualquier mujer querría en un compañero. Un hombre con valores, con un sentido de la responsabilidad impecable, y con un amor por ella que no mostraba dudas.

Todo iba perfecto, hasta que recibió una noticia inquietante. Estaba embarazada. A Megan se le pasaron mil cosas por la cabeza, pero sabía que, dada la religiosidad de su familia, deshacerse del niño era algo inviable. Y, por otro lado, estaba muy segura de lo que sentía por él. Cuando se lo dijo, John, lejos de alterarse, tomó la noticia con una seriedad admirable.

—Esto es algo maravilloso, Megan —le dijo, tomando sus manos entre las suyas—. No hay nada que pensar. Me harías muy feliz si te convirtieras en mi esposa y formáramos una familia.

Al ver su reacción, se emocionó, y estaba tan enamorada, que aceptó sin pensarlo.

Todo fue perfecto, hasta que se derrumbó. Seis meses después, mientras organizaban los preparativos para la boda, John sufrió una crisis repentina. No tuvo síntomas previos, solo alguna fatiga ocasional a la que no le dio importancia, pero falleció una noche mientras dormía. El shock de Megan fue brutal. Fue llevado al hospital de inmediato, pero no hubo nada que los médicos pudieran hacer, solo firmar el parte de defunción.

El resultado de la autopsia reveló una Miocardiopatía Hipertrófica. Era una condición genética que actuaba de forma silenciosa, pero que le arrebató la vida de golpe. Megan se quedó sola, con la única ayuda de sus padres y compartiendo el dolor de sus futuros suegros. Aunque la desesperación y el dolor la consumieron, tuvo que reunir fuerzas para traer al mundo a su hijo.

Cuando nació John, los médicos le recomendaron hacerle pruebas, para saber si había heredado la enfermedad de su padre. El resultado fue negativo. Ella siempre pensó que había sido cuestión de suerte, que su hijo pertenecía al 25 % de niños que no la heredaban. Pero ahora…

Ahora ya no estaba tan segura.

* * *

La voz de Jane la devolvió al presente,

—Megan, cielo —dijo preocupada—. ¿Te encuentras bien?

Salió de su abstracción. Al levantar la vista observó que David y Ryan se reían, y supuso que sería por alguna broma que habría hecho el hermano pequeño.

—Sí, Jane —respondió, forzando una sonrisa—. Estoy bien, solo ha sido un pequeño mareo.

—¿No estarás embarazada?

—¿¡Embarazada!? —exclamó, sobresaltada por sus propios pensamientos—. ¡Como no sea del Espíritu Santo! —bromeó, intentando disimular.

—Una mujer tan guapa como tú, no puede estar sola —dijo muy convencida—. Te recomendaría a mis hermanos, pero… lo voy a dejar en singular. David es demasiado golfo para ti.

Megan abrió los ojos, sorprendida por su insinuación. Solo quedaba una opción.

—¿Me estás sugiriendo que me lie con Wes? —le preguntó abriendo los ojos como platos.

Jane hizo un gesto con los hombros, y asintió con la cabeza.

—Ya sé que es un chico difícil, pero… —Se quedó pensando un instante, como si la analizara—. Estoy segura de que cuando lo conozcas de verdad, te enamorarás de él. Pero eso solo ocurrirá si eres inteligente. Y tú lo eres, Megan.

Esta negó con la cabeza.

—Confórmate con que lo acompañe a tu boda.

—Ya veremos —respondió Jane, guiñando un ojo.

* * *

Cuando llegó a su casa, se sentó en el sofá. Su mente no dejaba de hacer cálculos. David. Ese hombre que había conocido hacía menos de un mes. El que había estado en la fiesta de graduación con el pelo largo recogido en una coleta y una barba que ahora ya no llevaba. Su estómago se revolvió.

«¿Puede ser él?», se preguntó. No. No podía ser. Era una locura. John había sido el único hombre con el que había estado en esa época. ¿O no? Las difuminadas imágenes de aquella noche volvían a su mente como piezas de un rompecabezas incompleto.

El chico que la rescató en el baño. El mismo que la llevó a una habitación para que se le pasara la borrachera. Ese con el que despertó, desnuda y sin recordar nada.

Un latido sordo le golpeó el pecho. Si David había estado allí… Si él era aquel chico…

Su mundo entero sufrió un auténtico cataclismo.

Viaje a Washington D. C.

El rugido constante del avión era un telón de fondo para la batalla verbal que se desarrollaba en la cabina de primera clase. Megan y Wes llevaban diez minutos enfrascados en una discusión sobre estrategias de negociación.

—Lo que intento decirte —insistió Megan, apoyando el codo en el reposabrazos y mirándolo con los ojos entrecerrados— es que, si presionamos demasiado en la primera reunión, podríamos provocar que pidan más garantías. Es mejor jugar con paciencia.

Wes, con su expresión impenetrable, giró la cabeza hacia ella.

—¿Paciencia? —repitió con incredulidad—. Carter, no estamos aquí para darles tiempo a dudar. Vamos a hacer que acepten antes de que empiecen a plantearse otras opciones.

Megan bufó, cruzándose de brazos.

—Siempre la misma mentalidad de depredador financiero.

—Siempre la misma mentalidad de abogada que cree que todo es un debate interminable —replicó él, con una sarcástica sonrisa.

David, sentado en el asiento de al lado, no hacía el menor esfuerzo por disimular su diversión.

—Por favor, seguid discutiendo —dijo, apoyando la cabeza en el respaldo con una sonrisa —. Me encanta ver cómo dos personas tan inteligentes encuentran nuevas maneras de llamarse tercos.

Megan le lanzó una mirada de advertencia, pero David se encogió de hombros, con un gesto despreocupado. En ese instante, le recordó a su hijo.

Desde que había subido al avión, Megan no podía dejar de observarlo. Cada gesto, cada mirada, cada sonrisa… Buscaba, de forma desesperada, algún rastro que le recordara a John. Tenía su misma forma de inclinar la cabeza al escuchar, su misma manera de enarcar una ceja cuando algo le parecía sospechoso.

¿Estaba imaginando cosas?

Desvió la vista, y se obligó a centrarse en el presente. No podía tomar conclusiones precipitadas.

* * *

Cuando aterrizaron en Washington D. C., una limusina los estaba esperando para llevarlos al hotel. El trayecto transcurrió en un intercambio de palabras entre Wes y David sobre inversiones, mientras Megan miraba por la ventana, procesando el torbellino de pensamientos que la acompañaba.

El hotel en el que se alojaban era de cinco estrellas, elegante y discreto. Al entrar en el vestíbulo de mármol, la recepcionista les entregó las llaves de sus habitaciones.

—Hemos quedado dentro de una hora para comer con Stella Page —dijo Wes, sin perder tiempo—. No os retraséis.

Megan se mordió la lengua antes de responder. Siempre tan autoritario.

* * *

Al entrar en el restaurante del hotel, Stella Page ya los estaba esperando en una mesa privada. Con una sonrisa demasiado elocuente, saludó a David con familiaridad.

—David —dijo Stella, inclinándose para besar su mejilla—. Siempre es un placer volver a verte.

David respondió con su sonrisa de conquistador nato, esa que usaba con naturalidad y sin esfuerzo.

—El placer es todo mío.

David hizo las presentaciones oportunas, ya que ellos no la conocían, y Megan apenas tuvo tiempo de ocultar su expresión de ironía antes de que Stella les presentara a la persona que llegaba en ese momento.

—Quiero que conozcáis a mi socia, Cora Bedford. Ella se encarga del área de fincas rústicas y terrenos.

Cora era una mujer que estaría en mitad de la treintena, de cabello rubio ceniza y con unos intensos ojos azules. Su vestido era sencillo, pero elegante, y su sonrisa reflejaba profesionalidad, aunque en su mirada había un matiz sutil e inconfundible que Megan detectó desde un primer momento.

—Encantada de conoceros —dijo con una voz aterciopelada, y extendió la mano, primero hacia Wes y después hacia Megan.

Desde el principio, Megan notó el cambio en la expresión de Cora cuando miraba a Wes. No era descarado, pero mostraba un interés claro y directo. Durante la comida, Cora se mostró encantadora. Inteligente en su conversación y carismática en su actitud. Pero a Megan no le pasó desapercibido, que su enfoque iba dirigido al mayor de los Bateman.

—Debe ser increíble manejar una empresa como la tuya —comentó en algún momento, inclinándose hacia Wes—. Imagino que debe ser agotador. ¿Tienes tiempo para relajarte alguna vez?

—A veces —respondió con su tono de siempre. Ni rechazo, ni aceptación. Solo una respuesta impenetrable.

Megan sintió que cierta incomodidad se asentaba en su estómago. No había razón para ello, ninguna, pero cada vez que Cora miraba a Wes y dejaba caer algún comentario con aquella insinuante sonrisa, sentía una punzada de irritación.

«No es asunto tuyo, Megan», se dijo. Pero ahí estaba, clavado en su interior como una espina molesta. Mantuvo su expresión indiferente mientras bebía un sorbo de su copa. Supuso que Wes estaba acostumbrado a ese tipo de interacción. ¿Cuántas mujeres como Cora habría conocido en su vida? Muchas. Y, con toda seguridad, más directas.

David y Stella, por su parte, jugaban en otra liga. Ni siquiera intentaban disimular. Las miradas entre ellos eran demasiado elocuentes.

—¿Te vas a quedar en Washington esta noche? —preguntó Stella, sabiéndolo, con una sonrisa maliciosa.

—Ya sabes que sí —respondió David con desenfado—. Mi cena ya está organizada. En tu casa.

Stella se rio entre dientes, con toda su picardía.

—Seguro que será una velada muy interesante.

Megan no necesitaba más detalles para entender los matices de la conversación. David se movía en su propio mundo, y Stella estaba más que encantada con ello.

* * *

La reunión de la tarde fue bastante tensa en algún momento, pero gracias al buen hacer de Megan, que ofreció soluciones a alguno de los problemas que se plantearon, llegó a buen término. Tras cerrar el acuerdo y brindar con champán por el éxito de la negociación, Stella anunció con una pícara sonrisa:

—David y yo tenemos otros compromisos esta noche. Nos veremos en el desayuno.

David intercambió una mirada con su hermano antes de inclinarse hacia Megan.

—No os metáis en líos sin mí.

—No podemos prometerlo —respondió Megan con sarcasmo, alzando una ceja.

Antes de marcharse con Stella, David le guiñó un ojo. Su seguridad, su descarado encanto… Era el tipo de hombre al que Megan evitaba. Lo tenía todo.

Cuando se fueron, Megan respiró hondo, consciente de que por primera vez en todo el día, estaba a solas con Wes. Él no dijo nada, ni ella tampoco. Solo se midieron con la mirada durante un par de segundos, como si estuvieran evaluando el momento.

—Parece que estamos solos —comentó Megan con voz despreocupada, aunque su pulso iba más rápido de lo normal.

Wes giró la copa en su mano antes de hablar.

—¿Te incomoda?

Megan sonrió, pero su mirada se clavó en la suya.

—¿Debería?

Wes se la sostuvo, y en ese instante, hubo algo en su expresión que hizo que ella dudara.

—Supongo que no.

Pero Megan no estaba tan segura.

—Ya que David ha encontrado planes para esta noche y estamos solos —comentó Wes con indiferencia, recostándose en su asiento—, te invito a cenar.

Megan jugueteó con el borde de su copa antes de responder. Arqueó una ceja, sin poder evitar una sonrisa de incredulidad.

—¿Tú, invitándome a cenar? Pensé que solo compartíamos comidas por motivos

estratégicos.

Wes ignoró la pulla y continuó con total naturalidad.

—Conozco un sitio aquí en Washington que te gustará. No es un restaurante de lujo, ni nada parecido. Es un lugar familiar que me enseñó una amiga.

Megan entrecerró los ojos, analizándolo con expresión divertida.

—Vaya, eso es interesante. ¿Y era muy buena amiga? De esas que… —insinuó, sin acabar la frase.

Wes se limitó a sonreír con calma, como si esperara esa reacción de ella.

—Cuando lleguemos, lo entenderás.

Megan suspiró con fingida resignación y se puso en pie.

—Está bien, Bateman, pero necesito cambiarme. No quiero desentonar en un sitio tan familiar.

—Perfecto. Nos encontramos en el vestíbulo en una hora.

* * *

Subió a su habitación y se dio una ducha. Optó por algo sencillo, pero favorecedor: un vestido negro de verano, ligero y cómodo, que acompañó con unos zapatos planos. No era una cita. Solo una cena entre colegas.

Cuando llegó al vestíbulo, se encontró a Wes esperándola. Iba vestido completamente de negro, con una camisa de lino y un pantalón a juego. Iba informal, pero su porte continuaba siendo impecable.

Megan enarcó una ceja y cruzó los brazos.

—Parecemos dos viudos saliendo a cenar después del funeral de un multimillonario.

Wes la miró con esa expresión impasible que siempre la ponía de los nervios, aunque mostró una tímida sonrisa.

—O dos desconocidos que comparten una extraña química, y que protagonizan una película de cine negro.

Megan chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Siempre con el dramatismo exacto.

—Y tú, siempre con las comparaciones sarcásticas —replicó Wes con una ligera sonrisa—. Vamos.

* * *

El restaurante estaba apartado de las calles más transitadas, con una fachada modesta y un letrero que parecía sacado de una película italiana de los años cincuenta. Desde la entrada, el olor a tomate, albahaca y pan recién horneado impregnaba el aire.

Nada más cruzar la puerta, un hombre de cabello blanco y bigote espeso se giró con entusiasmo.

—¡Wesley! —exclamó con marcado acento italiano, abriendo los brazos.

Wes se acercó a él y se dieron un apretón de manos que se convirtió en un abrazo.

—Gino, ¿cómo estás?

—¡Bene, bene! —El hombre se separó y dirigió su mirada a Megan, quien observaba la escena con una mezcla de diversión y sorpresa.

Antes de que pudiera reaccionar, una mujer de baja estatura y complexión fuerte apareció detrás del mostrador.

—¡Mira quién ha venido! —dijo, secándose las manos en el delantal mientras se dirigía hacia Wes para darle un beso en cada mejilla—. Claudia te va a servir algo especial hoy.

Wes le sonrió con calidez.

—Eso espero, Claudia. Ya extrañaba tu cocina.

La mujer se rio y giró la cabeza hacia Megan, analizándola con interés.

—Y dime, ragazzo, ¿quién es esta bella donna?

Megan sintió un calor inexplicable subiéndole a las mejillas.

—Soy Megan Carter —dijo, a modo de saludo—. Trabajo con Wes.

Claudia entrecerró los ojos con gesto astuto, pero no dijo nada. Asintió con una extraña sonrisa, y les hizo un gesto para que la siguieran.

—Os he preparado la mejor mesa en el jardín.

Megan siguió a Wes hasta la terraza exterior, donde un auténtico oasis de vegetación los rodeaba. La cálida luz de las pequeñas farolas entre las plantas, creaba un ambiente acogedor. Las mesas estaban cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos. En el centro de la suya, una vela parpadeaba suavemente.

Cuando se sentaron, Megan apoyó los codos en la mesa y lo observó con fingido escepticismo.

—¿Vas a decirme que no te has acostado con la hija de los dueños? O eso, o que se lo ocultaste, Wes —le dijo con una sarcástica sonrisa—. Te quieren demasiado.

Wes, que estaba desenrollando la servilleta con absoluta calma, levantó la mirada hacia ella con la sombra de una sonrisa.

—No. Loretta, su hija, fue mi mejor amiga en Harvard. Una chica muy inteligente. Como puedes ver, no todas las mujeres en mi vida han sido amantes.

Megan hizo un gesto como si estuviera pensando en ello. Al hacerlo, miró a una mesa que estaba en un rincón, donde una chica que tenía todo el aspecto de ser la típica rubia tonta, estaba con un hombre bastante más mayor que ella.

—Ahora que hablas de inteligencia… —dijo, señalando con la cabeza a la pareja—. Siempre me he preguntado por qué, con los hombres, tienen más éxito las mujeres guapas que las inteligentes.

Wes miró hacia allí y respondió:

—No es muy difícil de entender. Hay muy pocos hombres ciegos, pero abundan los idiotas —Clavó sus ojos en los de ella, y añadió—: Sin embargo, muchas más veces de lo que esos idiotas imaginan, hay mujeres que reúnen esas dos virtudes. Tú eres un claro ejemplo.

Megan abrió los ojos como platos.

—¿¡Me acabas de decir un piropo!? —preguntó sorprendida.

—Considéralo cómo quieras. Solo es una verdad contrastada.

—¡Coño! No lo estropees, Wes. Estaba a punto de borrarte de mi lista negra.

Wes se inclinó hacia ella, y apoyó los antebrazos en la mesa, mirándola de esa forma que siempre la desconcertaba.

—Tal vez deberías hacerlo. O al menos, asegúrate de que los nombres que incluyes en ella son los correctos.

Megan tomó su copa de vino y la giró entre sus dedos, estudiándolo con una expresión inescrutable.

—Quizá lo haga. Pero dime, Bateman, ¿por qué tengo la sensación de que te interesa más salir de esa lista, que demostrarme que no deberías estar en ella?

La sonrisa de Wes fue lenta y medida.

—Porque, a veces, Carter, lo interesante no es demostrarlo… sino hacer que tú misma quieras descubrirlo.

Megan soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Eres un caso perdido.

—Eso ya lo sabías antes de aceptar esta invitación para cenar.

Megan sintió que se encontraba frente a un peligro muy diferente al que había imaginado.

* * *

Gino se acercó a la mesa con su afable sonrisa y un paño blanco impecable sobre el antebrazo.

—*Signori*, ¿ya habéis decidido qué cenar esta noche? —preguntó con su inconfundible acento italiano, mirando con expectación a Wes.

—Una ensalada de la casa, para compartir —dijo mirando a Megan, que asintió—, y para mí, el ossobuco con risotto milanese —respondió Wes sin dudar, devolviéndole la sonrisa.

—Ah, excelente elección, *ragazzo*. Como siempre. —Gino asintió satisfecho antes de volver la mirada hacia Megan—. ¿Y la *bellissima signorina*?

Megan hojeó el menú por inercia, aunque ya tenía una idea clara.

—Voy a probar los ravioli rellenos de ricotta y espinaca, con salsa de mantequilla y salvia.

—*Perfetto*. Un plato delicado, pero con carácter. Como debe ser.

Gino lo apuntó. Se alejó durante unos segundos, y, al volver, depositó una botella de vino

en una cubitera con hielo, junto a la mesa.

—Para acompañar, el vino blanco bien fresco que te gusta, Wes. Un Vernaccia di San Gimignano. Ligero, afrutado… perfecto para una noche especial.

Megan arqueó una ceja con diversión, pero antes de que pudiera responder, Wes tomó la botella, examinándola con aprobación.

—Buena elección, Gino.

—¿Acaso lo dudabas? —replicó el italiano con una sonrisa pícara antes de guiñar un ojo y retirarse a la cocina.

Megan exhaló una espontánea risa mientras observaba la botella y el brillo dorado del vino en su interior.

—No sé si Gino nos está vendiendo una cena o una experiencia.

—Las dos cosas —replicó Wes, con su típica calma imperturbable mientras destapaba la botella y servía el vino en ambas copas—. Y, hasta ahora, parece que no nos va mal.

Megan tomó su copa y la alzó con una sonrisa.

—Por la experiencia, entonces.

—Por la experiencia —murmuró Wes, chocando su copa con la de ella antes de beber, sin apartar la mirada de sus ojos verdes.



Capítulo 10

Un baile de insinuaciones

Tras acabar su plato de ravioli, Megan dejó su copa sobre la mesa y observó el ambiente que los rodeaba. El restaurante tenía algo acogedor, casi íntimo. Pensó que ese lugar desentonaba con la frialdad con la que Wes solía comportarse. Las luces tenues, la calidez del jardín y la voz de Pavarotti flotando en el aire, le daban a la noche un matiz inesperadamente cómodo.

Megan se sentía como en una nube. La segunda botella de aquel vino que en cada sorbo incitaba a dar uno nuevo, ya iba por la mitad. Wes se había mostrado mucho más relajado de lo normal, y Megan no sabía si era por el alcohol que ya habían consumido, o porque la confianza entre ellos iba en aumento.

—Tengo que admitirlo, Bateman —dijo con una sonrisa, mientras jugaba con el tallo de su copa—. Cuando has dicho que no era un lugar de lujo, pensé en algo muy distinto.

Wes arqueó una ceja y le regaló una de sus sonrisas, que, desde hacía un rato, afloraban a sus labios con mucha más frecuencia de la habitual.

—¿Esperabas algo parecido a una hamburguesería de carretera? —le preguntó con sarcasmo.

—¡No, coño! —exclamó, con un destello divertido en la mirada—. Pero no pensaba que fuera un sitio tan encantador, con velas, manteles a cuadros y música de ópera.

—Supongo que mi reputación te ha jugado una mala pasada. Creo que es un restaurante muy adecuado para cenar con una chica. Es un lugar muy romántico.

—Tienes toda la razón —admitió sin dudarlo—. El lugar es perfecto para traer a una chica, sobre todo si pretendes ligar con ella

Cuando lo dijo, pensó que era el alcohol el que la empujaba a hacer ese comentario. Se apresuró a aclararlo, aunque utilizó un tono insinuante que la sorprendió y una sonrisa que demostraba más de lo que pretendía.

—Pero ya sé que no es nuestro caso, no te preocupes —dijo alzando los hombros. Se inclinó hacia él y añadió—: Lo que no sabía era que podías disfrutar de una cena sin pensar en tu agenda del día siguiente.

Wes la observó con esa expresión indescifrable que siempre la desconcertaba.

—Tal vez no me conoces tanto como crees, Megan.

Ella se quedó en silencio un segundo. Era una afirmación peligrosa. No porque fuera falsa, sino porque era demasiado cierta.

—Puede ser —dijo, llevándose la copa a los labios—. Pero me han dado algunas pistas sobre ti.

—¿Sí? —Él apoyó un brazo en la mesa, interesado—. Ilústrame.

—Eres un hombre de rutinas al que no le gustan los imprevistos, y sé que prefieres las relaciones fugaces.

Wes inclinó la cabeza, asintiendo.

—Lo primero es demasiado obvio, pero eso último me confirma que alguien te ha estado hablando de mí.

Megan sonrió con falsa inocencia.

—Tal vez.

—¿Y qué más te han dicho?

Ella se encogió de hombros, con aparente indiferencia.

—Que eres de los que creen que el deseo y los sentimientos no tienen por qué ir de la mano.

Wes no apartó la mirada de ella, pero no se apresuró a responder. Tomó un sorbo de su vino antes de hablar.

—No es una cuestión de creencias, Megan. Eso es un hecho.

—¿Sí?

—El deseo es un impulso biológico. No necesita una justificación emocional.

Megan entrecerró los ojos y apoyó los codos en la mesa.

—No estoy diciendo que siempre tenga que haber amor de por medio, pero ¿no crees que, al menos, tiene que haber algún tipo de conexión?

Wes se inclinó hacia ella, con la mirada clavada en la suya.

—La conexión está en la química. En la atracción.

—¿Y eso es suficiente?

—Para algunas personas, sí.

Megan exhaló despacio, pensativa.

—No lo sé, Wes. Para mí el sexo sin conexión emocional es como un plato sin condimento.

Él sonrió con cinismo, mostrando un gesto que parecía de desafío y diversión.

—No veo ningún problema en disfrutar del sexo sin necesidad de tener que mezclarlo con lo que llamas «conexión emocional», es decir, sentimientos —dijo, con total naturalidad.

—¿Y no te parece algo muy vacío? —preguntó, arqueando una ceja.

—¿Sexo sin amor? No, si ambas partes entienden las reglas del juego. —Wes la miró con calma—. Lo que complica las cosas es cuando alguno de los dos empieza a querer más de lo que el otro esté dispuesto a dar.

Estaba claro que ambos pensaban de forma muy diferente. Wes estaba abierto a relaciones fugaces, de una sola noche, y ella buscaba algo más. ¿O no? Empezó a dudar de sus convicciones.

Clavó sus verdes ojos en los de él, que parecían devorarla con la mirada. Vio el deseo en ellos, y pensó que eran un reflejo de los suyos. No solo por tener el mismo color, sino por la intensidad que desprendían.

De repente se dio cuenta de que ella también lo deseaba. No era solo por ser tan atractivo, o por la clase que derrochaba. No era por su cuenta corriente, que sería la envidia de cualquiera. Lo que la tenía enferma, era la virilidad que desprendía por cada poro de su piel.

Aquel atractivo hombre de negocios era el sueño de cualquier mujer, y ella no era una excepción. Aun así, intentó resistirse.

—Entonces, según tú, no hay peligro en compartir una cama sin involucrar al corazón.

—Exacto —afirmó él—. La clave es dejarlo claro desde el principio. Sin crear falsas expectativas.

Megan sintió un leve cosquilleo en la nuca, pero no apartó la mirada.

—Tú eres de los que creen que se puede tener todo sin tener que involucrarse, Wes —dijo, negando con la cabeza—. Y en algunos casos, supongo que es verdad. David siempre dice…

—¿David dando consejos filosóficos? —la cortó él—. Eso sí que es inesperado.

Megan soltó una carcajada. Hasta cierto punto, tuvo que darle la razón.

—Es más bien una teoría —explicó Megan, apoyándose en el respaldo de la silla—. Dice que hay personas que, aunque se resistan, no pueden evitar desearse. Que la atracción entre ellos es algo que ocurre sin pretenderlo.

Nada más decirlo, supo que eso era lo que les estaba pasando. Wes dejó su copa en la mesa.

—¡Coño! Por una vez, David tiene razón —dijo sorprendido—. Hay cosas que ocurren sin que te des cuenta. Puedes fingir que no, pero ahí están.

Megan parpadeó, desconcertada por su respuesta. Sintió un escalofrío recorrer su espalda. No supo si fue por su voz, su mirada, o por la incómoda certeza de que esa conversación había dejado de ser teórica y mostraba matices demasiado personales. «¿Está insinuando lo que creo?», pensó de repente.

Wes volvió a tomar su copa con calma, sin apartar la mirada de ella.

—Y ¿sabes algo? Cuando esa atracción es tan fuerte, resistirse a ella es casi imposible.

Megan respiró hondo. Aunque estaba desconcertada y mareada, le mantuvo la mirada.

—Supongo que es una cuestión de control —respondió, con voz más firme de lo que esperaba.

—O tiene que ver con la falta de él. —Wes le mostró una leve sonrisa, que no llegó a entender— Hay algunas cosas que no se pueden controlar.

—¡Y lo dices tú, que eres un obseso del control! Creo que toda tu vida está supervisada y planificada, Wes. Nada se escapa. Ponme algún ejemplo de algo que no te veas capaz de controlar.

Él parpadeó, aunque apenas fue un instante.

—Hay una que… —empezó a decir, pero no acabó la frase.

Megan se lo quedó mirando y se recreó al hacerlo. Pensó que estaba guapísimo, y ella cada vez más mareada y excitada. Pero le extrañó su indecisión. No era un hombre acostumbrado a retener sus comentarios.

—¿El gran Bateman indeciso? Me sorprendes. ¿Hay algo tuyo que deba saber? ¿Algún defecto que mantienes en secreto?

—No se trata de eso, pero…

—¡Coño, dilo, Wes! —dijo, influenciada por el afrutado vino que Gino les había servido —. Me tienes en ascuas.

—Vale, tú lo has querido. Es un tema que no quería sacar.

Eso aún desconcertó más a Megan. Y entonces, Wes, sin que ella lo viera venir, soltó la bomba.

Una revelación no esperada

Clavó sus verdes ojos en los de ella, y le dijo:

—Soy un hombre. Nosotros somos incapaces de retener una erección.

Aunque Megan se quedó sin aliento, soltó una carcajada. No esperaba que la conversación derivara en esa dirección. Y, mucho menos, en una respuesta como aquella. Pero si algo tenía claro, era que no se iba a amilanar.

—Supongo que tienes razón —reconoció—. Para nosotras es más fácil. Nuestra excitación no es tan visible, al menos desde el punto de vista físico. —hizo un gesto de complacencia, y añadió—: La verdad es que me alegro de ser mujer. Casi todo lo que la naturaleza nos ha dado son ventajas.

—Por si no lo sabes, estoy convencido de la capacidad y el talento de las mujeres —dijo Wes, asintiendo con la cabeza—, pero supongo que te estás refiriendo al sexo. ¿Lo dices por la multiorgasmia?

—Esa es una de ellas —dijo, asintiendo con la cabeza.

Se dio cuenta de que aquel sorprendente giro en la conversación, aumentaba de forma exponencial la excitación que ya sentía. Se fijó en Wes, ya no desde el punto de vista del financiero con el mundo a sus pies, sino cómo el hombre que era. Aquellos ojos verdes, su barba, negra y cerrada, sus labios, que enmarcaban una sonrisa perfecta, aunque demasiado escasa… Le escuchó decir:

—Creo que subestimas la capacidad de algunos hombres.

«No, por favor, no seas de esos», pensó. Estaba harta de peroratas machistas magnificando su virilidad.

—La mayoría de los que alardean de esa supuesta capacidad, son unos fantasmas —refutó, entrecerrando los ojos con suspicacia, y soltando una carcajada.

Esa fue la primera vez que lo escuchó reír. Wes fue incapaz de reprimirse. Megan se preguntó: «¿Acaba de perder el control?».

—Puede que tengas razón, pero no creo que sea una cuestión de capacidad, sino de calidad —dijo, con aquella grave y calmada voz que siempre parecía decir verdades irrefutables—. Te aseguro que algunos, y me incluyo entre ellos, somos capaces de retener nuestro orgasmo durante más tiempo del que imaginas.

—Tengo mucha imaginación, Wes —exclamó mientras sentía un pálpito en su entrepierna, ya definitivamente excitada. Muy convencida, añadió—: Pero eso es otra puta mentira. ¡Yo sí que soy capaz!

Mientras servía en las copas el vino que quedaba, y que ya había hecho su efecto en ambos, Wes negó con la cabeza. Se sentía mucho más cerca de Megan de lo que nunca había estado.

Desde que había visto el cauce que tomaba la conversación, esa parte de él que reconocía ser incapaz de retener, había dado signos de vida. Agradeció que el mantel fuera lo suficientemente largo.

Miró a Megan y percibió un conato de chispa en sus ojos. «Ella también está excitada», pensó. Decidió seguir con aquel juego que los llevaba en una dirección que nunca hubiera imaginado.

—No creo que seas capaz de retenerlo —le dijo con esa seguridad que derrochaba—. Si no sufres de anorgasmia, es imposible.

Ella lo miró desafiante. Mareada y desatada.

—Te lo aseguro. Me resulta muy fácil, igual que fingirlos —reconoció.

—¿Lo has tenido que hacer? Y me refiero a fingirlos.

—Hay hombres que no saben lo que le gusta a una mujer —confesó, de forma desenfadada —. A diferencia de alguno que está cerca, tengo mucha menos experiencia de la que supones. Pero lo tuve que hacer una vez, porque me aburría.

—¿Y has intentado retenerlo?

—No, eso no lo he probado —reconoció—. Nunca he encontrado una razón para hacerlo, pero sé que soy capaz.

Tras decirlo, tras lanzar el desafío, Megan deseó que él hiciera alguna sugerencia al respecto. Sabía que sus pezones ya habían reaccionado a su excitación, y que su ropa interior estaba húmeda. En ese momento, sin dudarlo, hubiera aceptado cualquier tipo de experimento que él sugiriera.

Su cuerpo reaccionaba, su piel, su respiración… Cada célula de ella lo deseaba, pero él no la estaba tentando. Solo la analizaba, como si fuera un caso de estudio, un puto experimento de laboratorio. Y eso la irritó.

Megan sintió un vacío extraño en el estómago. Esperaba que diera el paso que la retara. Aunque solo fuera por verla dudar, por romper ese control inquebrantable. Pero no lo hizo. No lo haría. Y eso la decepcionó mucho más de lo que quería admitir. De repente, Wes, sonriendo con esa maldita calma que la sacaba de quicio, le dijo:

—¿Te ves capaz de retener tu orgasmo? Creo que eso es lo único que me falta por conocer de ti, Megan. Saber cómo son.

Megan se quedó un instante obnubilada. «Ahora tienes la oportunidad. ¿No me lo vas a proponer, idiota!?», le gritó interiormente. Él solo la miraba, sin añadir nada.

Se planteó que, tal vez, era el momento de que ella tomara la iniciativa, y experimentar si las afirmaciones de ambos eran ciertas. No le dio tiempo a hablar. Cuando lo miró, su cara era una puta máscara, y escuchó aquella grave voz que tanto la alteraba.

—Es una verdadera lástima, porque hay líneas que no quiero cruzar —le dijo Wes, de repente.

—¿Y son…?

—Sexo y trabajo.

Se alegró de poder disimular el enfado que sentía y que pugnaba por salir. Si Wes levantaba ese muro, y mostraba esa gélida indiferencia ante la posibilidad de comprobar cómo eran sus orgasmos, ella no iba a vulnerar sus convicciones. No tomaría la iniciativa. Pensó:

«¡Maldito Bateman!». En contra de su voluntad, le dijo:

—Pues te aseguro que seguirás sumido en esa duda. —Lo miró con toda la indiferencia de la que fue capaz, y para justificar su decepción le dijo—: Ya te he dicho que necesito «conexión emocional». Sentimientos, según tu traducción. Y contigo no los tengo, porque somos incompatibles. En cualquier caso, nunca lo comprobarás.

El aire entre ellos se podía cortar. La mirada de Wes se tornó fría. Perdió esa extraña calidez que había mostrado durante la conversación. Megan se dio cuenta de que, sin darse cuenta, había estado a punto de atravesar esa línea invisible que ella siempre se había negado a cruzar. «¡Coño, por qué es tan frío, joder!»,

—Creo que deberíamos irnos al hotel —le dijo, clavando su mirada en él.

—¿Eso es una sugerencia?

—Una afirmación —aseveró rotunda—. La de que ya es muy tarde.

Wes soltó una leve carcajada.

—Eres una mujer muy drástica, Carter.

—Y tú un hombre demasiado complicado, Bateman.

Silencios y pensamientos en la noche

Los dueños del restaurante los despidieron con sonrisas y abrazos que Wes correspondió con una inusual familiaridad. Gino le palmeó el hombro con cariño, y Claudia le susurró a Megan un «Vuelve cuando quieras, *mia cara*», con esa hospitalidad italiana que parecía envolver cada rincón del lugar.

El aire de la noche, templado y con la brisa justa para hacer agradable la caminata hasta la esquina, los envolvió al salir del restaurante. Wes levantó una mano para llamar un taxi. Megan aún sentía reverberar en su mente la conversación, como si las palabras intercambiadas en aquella mesa se hubieran impregnado en lo más hondo de ella.

Subieron al taxi en silencio. Wes dio la dirección del hotel. Su voz era tranquila, pero su mandíbula se tensó antes de apoyar la espalda contra el asiento. Con la mirada clavada en la ventanilla, Megan observó en los cristales del coche, el reflejo de la ciudad iluminada, las luces desdibujadas que se fundían en la oscuridad.

No entendía qué demonios acababa de pasar. Había estado dispuesta a contravenir todas sus reglas, a desafiar su propia convicción solo por él. Por un hombre que ni siquiera creía en lo que ella consideraba fundamental. Y, aun así, ¿qué había conseguido? Un muro de acero.

Giró la cabeza con discreción, observándolo de reojo. Él permanecía impasible, como siempre. Sus rasgos parecían más duros bajo la intermitente luz del tráfico, y sus ojos estaban clavados en algún punto indeterminado fuera del coche. Maldito control.

Apretó la mandíbula y desvió la vista. Ella no era de las que se torturaban por un rechazo, pero en este caso, ni siquiera se trataba de un rechazo real, porque él la deseaba. Lo había visto en su mirada, en la forma de observarla, en el modo en que su respiración se había contenido durante unos segundos en algunos momentos de aquella conversación.

¿Dónde residía el problema?

Wes jamás mezclaba su vida personal con el trabajo. Nunca. Eso lo sabía desde el primer día, incluso desde antes de trabajar con él. No había rumores ni escándalos en Bateman & Bateman. Ninguna de las mujeres que Wes había tenido en su vida había sido parte de su entorno laboral. Era un límite infranqueable.

Pero ella no era como las demás.

* * *

Megan no era como las demás, y él lo sabía. Wes mantenía la vista en la carretera, con el ceño apenas fruncido. ¿Desde cuándo una simple conversación le dejaba esta sensación de incomodidad? No era la primera vez que alguien lo desafiaba, pero sí la primera vez que le importaba tanto la respuesta.

Siempre había sido un hombre cerebral. Su éxito se debía a su capacidad de calcular, de prever, de no tomar decisiones impulsivas. Las emociones no tenían cabida en su estructura de control.

Pero Megan… Megan era diferente.

Había algo en su manera de enfrentarse a él, en su mirada directa y sin temor, que desmantelaba todas las estrategias que había perfeccionado durante años. Ella no se callaba. No fingía. No intentaba complacerlo. Lo desafiaba con inteligencia, con una confianza que no encontraba en nadie más. Ni siquiera David, su propio hermano, se atrevía a cuestionarlo de esa forma.

Y eso lo atraía. Más de lo que debería. El problema era que Megan trabajaba para él. Y esa era una línea que no iba a cruzar.

Megan exhaló lentamente, sin saber si intentaba calmarse o simplemente resignarse.

—¿Te arrepientes de la cena? —preguntó de repente, con una voz suave, pero con una leve carga de ironía.

Wes giró el rostro con lentitud, fijando sus ojos verdes en ella con un destello de curiosidad.

—¿Te refieres a alguna parte en concreto?

Megan soltó una risa irónica, sin humor.

—Oh, no sé. ¿De la parte en la que has dejado claro que el sexo es una cuestión puramente física, sin más implicaciones?

Durante un segundo, antes de responder con su inalterable tono, Wes mantuvo su mirada en ella.

—No me arrepiento de lo que pienso.

Megan alzó una ceja, desafiante.

—Ni tampoco de lo que no haces, al parecer.

La frase, cargada de significado, quedó sin respuesta en el aire del taxi. Wes sostuvo su mirada un segundo más, y luego la desvió hacia la ventana.

Ella no lo entendía. Y tal vez él tampoco.

El coche se detuvo frente al hotel. Wes sacó la billetera y pagó sin esperar el cambio. Cuando bajaron del taxi, Megan sintió que el aire fresco de la noche la golpeaba de lleno. Necesitaba despejarse.

* * *

Cruzaron el vestíbulo del hotel sin intercambiar una sola palabra, más que un leve gesto de saludo al portero. Wes pulsó el botón del ascensor y las puertas se abrieron de inmediato. Megan entró primero, seguida de él, que mantuvo las manos en los bolsillos, aparentando una calma que no sentía. La cabina ascendió con un leve zumbido.

Ni siquiera se miraron, pero la tensión se respiraba en el reducido espacio. Las puertas se deslizaron con suavidad al llegar a su piso. Salieron sin prisas, caminando por el pasillo alfombrado, hasta que llegaron a sus respectivas habitaciones, una frente a la otra. Se detuvieron al mismo tiempo.

Megan alzó la vista y se encontró con sus ojos verdes. Intensos, insondables,

peligrosamente atrayentes.

—Buenas noches —dijo ella, aunque no pudo evitar que su tono sonara más desafiante de lo que pretendía.

—Buenas noches, Megan —respondió él, con la misma aparente indiferencia.

Pero ninguno de los dos se movió. Solo estaban allí, mirándose en la penumbra del pasillo, con la tarjeta en la mano y el pulso alterado por algo que no podían, o no querían, nombrar.

De repente, como si rompieran un embrujo, ambos deslizaron la tarjeta en la ranura de sus puertas. Un pitido aprobatorio iluminó la pequeña pantalla verde. Antes de entrar, durante un segundo más de lo necesario, se miraron una última vez. Cuando Megan se iba a dar la vuelta, le escuchó preguntar:

—¿Esta noche retendrás algún orgasmo?

—Tendré varios —respondió ella, con una cínica sonrisa—, pero ninguno de ellos te lo dedicaré a ti.

Giró el pomo de la puerta, al igual que él, y cada uno entró en su habitación.

* * *

Megan cerró con suavidad y apoyó la espalda contra la madera. Exhaló un largo suspiro, y sacudió la cabeza de lado a lado. No le gustaba perder. Y menos aún, perder contra alguien como Wes Bateman.

Se quitó los zapatos, sintiendo el alivio inmediato de liberar sus pies tras la larga jornada. Pero en su cabeza, la guerra continuaba. Había querido que él diera el paso. Que la invitara a quedarse, que rompiera sus propias normas. Pero no lo había hecho, y no iba a hacerlo.

Y no porque no la deseara. Porque ella lo había visto en su mirada y lo había sentido en su voz. Y solo había una razón de peso para que se negara.

—Esto no va a quedar así —murmuró para sí.

Dio dos pasos, se detuvo. La idea era una locura. Dio tres más.

—¡Maldita sea! —renegó, y en un impulso abrió la puerta de su habitación, cruzó el pasillo descalza y golpeó la puerta de Wes con los nudillos.

El tiempo pareció eterno hasta que la puerta se abrió.

Wes apareció en el umbral, con el cuello de la camisa desabrochado y las mangas arremangadas. Megan lo vio tenso, luchando consigo mismo. No dijo nada. Solo la miró, pero ella supo que la estaba esperando. Ambos sabían que esto tenía que pasar.

Y entonces, con una sonrisa desafiante y los ojos encendidos por una determinación absoluta, Megan tomó fuerzas y dejó escapar las palabras:

—¡Dimito!

Sin condiciones

La puerta se cerró con un leve clic a su espalda. Megan sintió cómo el aire de la habitación olía a su colonia. Estaba cargada de él, como si fuera una trampa en la que debía caer.

Wes la observaba en silencio, con una expresión que había cambiado por completo. Sus ojos verdes, que antes eran una muralla infranqueable, ahora ardían con la misma calidez que ella había visto en el restaurante y que hacían que se sintiera deseada. Un cosquilleo recorrió su espalda. Sentía nervios, deseo, incertidumbre. Todo mezclado en un torbellino que la hacía contener la respiración.

Él inclinó la cabeza, como si estuviera estudiándola y quisiera memorizar cada detalle de su rostro, de su cuerpo, de la determinación que le devolvía su mirada.

—Acepto tu dimisión —dijo, en voz baja, rompiendo el silencio—. Ya no eres mi empleada. Has dejado de trabajar en Bateman & Bateman.

Megan asintió con la cabeza.

—Perfecto. Ahora quiero comprobarlo —le dijo a Wes.

—¿No era yo el que tenía que comprobar?

—Yo sé que soy capaz, pero has alardeado demasiado, como siempre. Quiero saber si consigues forzarme a tener un orgasmo —le dijo en un tono desafiante—. Y te aseguro, Bateman, que te lo voy a poner muy difícil.

—¡Estás loca, Megan!

—Tal vez —dijo, soltando una carcajada—. Ya te he dicho que soy reacia a confiar en un hombre, y a sentir amor por él, pero, ni soy frígida ni una mojigata. ¿Quieres que juguemos, o no?

Megan se relamió los labios, en un gesto de deseo que él percibió. El desafío la avivó por dentro. Se dio cuenta de que estaba demasiado excitada y necesitaba calmarse. Si no lo conseguía, le resultaría imposible contenerse. Intentó ganar tiempo, y definir las reglas.

—¿Ponemos condiciones? —preguntó con una sensual sonrisa.

Wes asintió y la miró fijamente.

—La única condición es que nadie en la empresa sepa lo que va a pasar aquí.

—Yo tampoco quiero que se sepa —confirmó ella con sinceridad—. Esto quedará entre nosotros, porque es una locura.

—Es un trato —aceptó Wes.

—Pero no pienso estar toda la noche frenándome, solo el tiempo suficiente para que sepas que digo la verdad.

Él avanzó un paso. Solo uno. Lo justo para que ella sintiera su presencia con más fuerza.

—Quince minutos. —Su grave voz se deslizó entre ellos como una caricia—. Pero yo decido cómo. Si consigues retenerlo durante ese tiempo, habrás ganado.

Megan sintió un escalofrío.

—Muy seguro te ves —dijo, cruzándose de brazos en un gesto desafiante.

—Lo mismo podría decir de ti.

Sus ojos se encontraron en una lucha silenciosa. Un duelo de egos, de orgullo, de fuego contenido. Ni un beso, ni una caricia, solo un visual deseo que los envolvía.

Ella se mordió el labio, sin apartar la vista de él.

—De acuerdo. Tú mandas, durante quince minutos… pero yo dispondré del mismo tiempo que tú me has dado para comprobar que no perteneces al grupo de los fantasmas.

Algo se encendió en los ojos de Wes. Algo oscuro, peligroso, deliciosamente tentador. La cogió de la mano y la desplazó un par de metros hacia la derecha. Ella no entendió la razón hasta que recibió su primera orden.

—Date la vuelta —le ordenó, con voz calmada y firme. Se colocó tras ella.

Cuando obedeció, vio que sus figuras se reflejaban en un espejo de cuerpo entero que había en una de las paredes de la *suite*. Megan miró el reflejo con una sonrisa. Un destello de picardía cruzó su rostro. Y entonces, sin saber por qué, se sorprendió al ver que Wes Bateman también sonreía, pero no de forma burlona, ni con esa dura expresión que solía mostrar en la oficina. Era una sonrisa real, natural… y condenadamente atractiva.

Lo primero que le pasó por la cabeza fue: «Qué guapo es, y qué caliente me pone». No le dio tiempo a más, porque su mente se impregnó de las sensaciones que empezó a sentir con sus caricias. Miró el reloj, empeñada en ganar. Eran las 00:05. «Solo necesito quince minutos», se convenció.

No obstante, tuvo que cerrar los ojos al notar que, mientras la abrazaba por la cintura, los labios de Wes se posaban en su cuello e iniciaban una serie de caricias y besos con una suavidad y sensualidad que no esperaba.

Él se recreó en ello, sin prisa, sin apurar el poco tiempo que habían acordado. Megan se sentía desconcertada. Estaba convencida de que él jugaría sus mejores cartas, y buscaría, sin demasiada demora, aquella parte de cualquier mujer que la hace vibrar de una forma especial. Pero no fue así.

Tampoco buscó su boca, y, solo cuando escuchó sus primeros suspiros, acercó las manos a sus pechos y los amasó con ternura. Megan empezó a fruncir el ceño y a boquear, intentando retener la invasiva excitación que sentía por la calma que Wes demostraba.

Cogió aire cuando él los abandonó, pero solo lo hizo para poder deslizar la cremallera del vestido que llevaba. Lo dejó caer. Notó que hacía lo mismo con su sujetador y dejaba libres sus pechos. Volvió a abrazarla por detrás, tomó de nuevo sus senos y empezó a titilar sus pezones.

Ella notó, en la parte baja de su espalda, los rítmicos golpes de esa parte de él que ya había despertado. Mientras miraba la imagen de ambos reflejada en el espejo, empezó a jadear. Apartó la mirada para comprobar la hora, y apenas habían pasado seis minutos. Fue el momento en el que supo que Wes Bateman volvería a ganar.



Capítulo 11

Reflejos prohibidos

Megan era hipnótica. Wes lo sabía desde el primer momento en que la vio, pero ahora, con su cuerpo rodeado por sus brazos y su piel desnuda y tibia rozando su cuerpo, lo entendía a la perfección. Era una tentación con nombre propio.

Su mirada recorrió la imagen reflejada en el espejo. Era una mujer impresionante. Su melena oscura rozaba sus hombros desnudos, la línea de su figura era perfecta, y su piel era tan suave como imaginaba. La acarició con la reverencia de quien sabe que algo así es muy especial.

Apretó la mandíbula para intentar controlar el torbellino que ella le despertaba. Cada pequeña reacción de Megan, cada temblorosa exhalación, aumentaba el deseo y la excitación que ya sentía por aquella mujer que tanto le desconcertaba. Wes deslizó la nariz por la curva de su cuello, e inhaló aquel perfume que ya reconocería entre un millón.

—Tu olor es dulce y embriagador —murmuró contra su piel, sintiendo cómo ella se estremecía.

Megan cerró los ojos durante un segundo, pero él pudo ver la forma en que su pecho subía y bajaba, más deprisa de lo normal. Sabía lo que estaba sintiendo. Lo mismo que él.

Se dio cuenta de que algo en su interior se rompía. Hacía demasiado tiempo que no tenía estas sensaciones con una mujer. Sus últimos encuentros habían sido rápidos, físicos, sin más implicación que la de dos cuerpos encontrándose en la necesidad mutua de placer. Pero Megan despertaba en él, sensaciones que no se atrevía a reconocer.

Era distinta. Lo supo en cuanto sintió la calidez de su cuerpo al abrazarla, en el instante en que la tuvo frente al espejo, y cuando el reflejo de ambos le devolvió la imagen de dos personas excitadas por el mero conocimiento de lo que estaban a punto de hacer.

Sus labios rozaron la curva de su hombro, y saboreó su piel con el más dulce de los contactos, pero Megan continuaba con los ojos cerrados, concentrada en sus sensaciones.

Y entonces, él le pidió lo único que podía intensificarlo todo aún más:

—Míranos.

Megan abrió los ojos, y lo que más la estremeció fue la forma en la que Wes la miraba desde el reflejo. No era solo deseo o admiración, era algo más profundo. La visión de su cuerpo desnudo, y con las manos acariciando sus pechos, provocó un pálpito de una intensidad abrumadora en su entrepierna. «¡Dios!», exclamó, para sí, al sentirlo.

Antes de que pudiera procesarlo, sintió la evidencia de la excitación de Wes contra su espalda. Dura. Innegable. Megan se estremeció, y su cuerpo vibró con la conciencia de lo que eso significaba. Lo había sentido antes con otros hombres, pero nunca así. Nunca con tanta intensidad. ¿Qué guardaba Wes Bateman en el interior de su pantalón?

Presionó sus nalgas contra él, y lo percibió con más claridad. En ese instante, una de las manos de Wes abandonaba su pecho y comenzaba a descender, con extrema lentitud, a lo largo de su vientre, acercándose al que en ese momento era el centro de su ser. En el preciso instante en el que llegó al borde de su tanga, Wes le mordió el lóbulo de una de sus orejas, y le provocó un nuevo espasmo.

Megan dio un golpe de caderas, bajó su mano y la introdujo entre sus cuerpos, a la altura de la parte de Wes que presionaba su espalda. Él se apartó lo suficiente para facilitar la labor, y Megan descubrió lo que jamás pensó que encontraría alguna vez entre las piernas de un hombre.

En el mismo instante en el que él introducía su mano en el interior de su prenda íntima y se apoderaba de su empapada entrepierna, se aferró a su miembro por encima del pantalón. Lanzó un grito, tanto de sorpresa como de excitación, y ambos comenzaron a mover las caderas hacia el otro, al unísono, enfrentándolas sin remisión.

Mientras intentaba coger aire, Megan sintió las suaves caricias de sus dedos en su zona íntima, y, a través del pantalón, empezó a presionar con su mano lo que la naturaleza le había otorgado a aquel superdotado. Y acababa de comprobar que lo era en todos los sentidos.

No podía más. La situación, su desnudez, las lentas y torturadoras caricias de él… y lo que percibía de esa anatomía que deseaba conocer de forma desesperada, habló por ella.

—¡¡Sácala!! —le ordenó con la voz entrecortada.

Cuando Wes la soltó, ella se dio la vuelta. Mientras él desabrochaba la hebilla de su cinturón, Megan sujetó su camisa y, de un fuerte tirón, le arrancó todos los botones, dejando su musculoso torso al descubierto. Wes dejó caer sus pantalones, y, al bajar su bóxer, Megan se quedó sin habla. Su miembro se erguía majestuoso, tenso y brillante. Estaba rasurado al máximo y apenas tenía vello, lo que resaltaba más la magnitud de lo que acababa de descubrir.

Entrecruzaron sus brazos, buscando con la mano el sexo del otro, y sus bocas se encontraron en un singular e intenso beso cargado de pasión. Wes acariciaba con creciente intensidad la vulva de Megan, y esta bombeaba, sin apenas poder abarcarlo, el que en ese momento era su mayor objeto de deseo. Tuvo que morderse la lengua para no gritar, porque las caricias de él, y las percepciones que su propia mano mandaba a su cerebro al gritarle lo que estaba haciendo, la empujaban a un lugar sin retorno.

Empezó a jadear y a mover sus caderas, pero en el preciso instante en el que iba a perder la apuesta, porque su orgasmo llegaba de forma irremediable, Wes apartó su mano y la sacó de su tanga. Megan se enfureció.

—¡¡Eres idiota!! —exclamó muy cabreada—. ¡Joder, coño! He perdido, ya lo sé, pero estaba a punto de…

—¡Cállate, Megan! —soltó él—. Hemos perdido los dos, porque yo voy a ser incapaz de controlarme. ¡Pero vamos a hacerlo bien, joder!

Se quitó del todo los pantalones, y dejó caer la camisa que le acababa de romper. Ya desnudo, se acercó a ella y le dio un beso de tornillo. Tras hacerlo, la miró con deseo y, de un tirón, le arrancó el tanga.

—Eres rencoroso y vengativo, Bateman —le recriminó riendo, en el momento en que él la tomaba en sus brazos y la llevaba en volandas hasta el dormitorio de la *suite*. Se acercó a la cama

y la depositó en ella, con suavidad.

Megan se acomodó en el centro y se reclinó sobre los grandes cojines que cubrían el cabecero, encima de las almohadas. Entrecerró los ojos, mirándolo con el mayor deseo que había sentido en su vida, y abrió las piernas.

—Vamos a dejarnos de experimentos y preámbulos, Wes —exigió, con la voz entrecortada —. ¡Fóllame!

Él se arrodilló entre sus piernas y dejó caer su cuerpo sobre ella, apoyado en sus antebrazos. Sus dos sexos quedaron enfrentados, al igual que sus bocas. Megan pasó los brazos alrededor de su nuca y tiró de él, para que sus labios entraran en contacto.

Mientras alzaba sus caderas, para que el extremo de su miembro rozara la entrada de su vagina, Wes tomó su cara entre las manos e inició un sensual baile entre sus lenguas. Ella respondió, mientras gemía.

Salvo el exiguo control que alguno de ellos pudiera mostrar, nada ni nadie podía aplazar lo inevitable. Y ninguno lo hizo. Megan elevó su pelvis, y Wes, con la misma delicadeza que había mostrado en todo momento, impulsó, lenta, pero inexorablemente, sus caderas hacia ella, entrando con prudencia.

A pesar de que Megan tuvo serias dudas de poder recibir en su interior semejantes atributos, tras boquear varias veces, intentando coger aire, se sintió colmada de él.

—¡Joder, Megan! Creo que nunca en mi vida he deseado tanto a alguien —le dijo, entrecerrando los ojos y frunciendo el ceño.

—¿Y cómo te crees que estoy yo? ¡Destrózame, Wes!, por favor —suplicó con la voz quebrada, emitiendo un gemido.

Él empezó a impulsar sus caderas en un ritmo creciente, y las de Megan parecieron adquirir vida propia. Mientras sus cuerpos se agitaban con frenesí, los gemidos de ambos llenaron la estancia.

Ella sintió crecer su placer al mismo ritmo que se aceleraban las acometidas. Tras gemir varias veces, cada una de ellas con más intensidad que la anterior, Megan explotó en un irreprimible y brutal orgasmo que coincidió con el de Wes, y lanzó un fuerte grito que él se apresuró a amortiguar, al sellar su boca con la suya.

Se quedaron desmadejados, abrazados, con las pulsaciones a mil por hora. Sin resuello. Pasó casi medio minuto hasta que Wes se recuperó lo suficiente para dejarse caer a un lado. Se quedaron ambos bocarriba, recuperando la normalidad.

Megan pensó que no recordaba una situación tan feliz como la que acababa de vivir. Y no solo era una cuestión de sexo, que también. Era por la conexión, la dulzura y el sentimiento con el que ambos habían vivido ese momento. «Sentimiento», sonrió para sí. Lo que él negaba. Pero ella no se equivocaba. Aquello no había sido un simple acto animal espoleado por las hormonas.

Era obvio que la testosterona de ambos había campado a sus anchas, pero la simbiosis que habían experimentado iba más allá de todo eso. Ella lo sabía, y estaba segura de que, aunque se negara a reconocerlo, él también. De repente le escuchó decir:

—Mañana te renovaré el contrato, Carter.

—¿No puedes prescindir de mí, Bateman? —preguntó mimosa, y soltó una carcajada—. ¿Mejorarás el anterior?

—Creo que estás muy bien pagada, princesa, aunque es cierto que lo vales.

—Pero… ¿Podríamos incluir algún «plus»? —preguntó de forma pícara, alzando los hombros—. ¿No te parece una buena idea?

—¿Cobro en especias?

—No está mal pensado. Esa idea me resulta atractiva —dijo coqueta—. Puede ayudarme a tomar la decisión de aceptar el trabajo.

—Lo estudiaré.

—De todas maneras… —le dijo ella, pensando—. ¿No crees que hoy me merezco recibir la paga doble?

—Estoy convencido —afirmó Wes, mientras deslizaba una de sus manos por su vientre y la acercaba a su entrepierna—. Y habrá que considerar lo de actualizar los atrasos.

La carcajada de ambos fue simultánea.

—Creo que el acuerdo al que acabamos de llegar, será bueno para ambas partes —dijo Megan, y exhaló un fuerte gemido cuando sintió que la mano había llegado a su destino.

Despertar

Martes

El amanecer filtraba su luz pálida a través de las cortinas entreabiertas, tiñendo la habitación de un tono suave y difuso. Megan abrió los ojos muy despacio, como si su cuerpo se resistiera a abandonar la ensoñación de la pasada noche. Estaba aturdida, desnuda, saciada. Su respiración era tranquila, pero su mente un torbellino. Giró el rostro sobre la almohada y lo vio.

Wes Bateman, el hombre más exasperante que había conocido en su vida, dormía plácidamente a su lado, tumbado bocabajo, con la sábana apenas cubriendo su cadera. «¡Dios!». Entreabrió los labios y, como si aún intentara comprender lo que acababa de ocurrir entre ellos, se quedó mirándolo.

El cabello negro y desordenado sobre la almohada, la piel dorada a la tenue luz del amanecer, la espalda musculosa y la forma en que su brazo caía sobre el colchón, en una postura despreocupada… Incluso dormido, Wes emanaba control. Aunque la pasada noche lo había perdido por primera vez.

Cerró los ojos y suspiró. «¿Qué demonios he hecho?», se preguntó. No era el primer hombre con el que estaba, pero nunca con alguien como él. Jamás. Se llevó los dedos a los labios, y recordó su boca, sus manos, la forma en que la había tocado, como si cada centímetro de su piel fuera un territorio por explorar, memorizándola con cada roce, con cada beso.

El sexo con Wes había sido… ¿Cómo describirlo? Muy por encima de cualquier experiencia que hubiera vivido antes. Más allá del deseo, y mucho más allá de la atracción. Un sensual desafío que se había convertido en una espiral incontrolable de sensaciones. Él había conseguido que se sintiera más mujer que nunca. Jamás, ninguno de sus anteriores amantes, incluido el inepto de su exnovio, la había hecho sentir de esa manera: deseada, poderosa…, pero también vulnerable. En ese momento lo supo.

Se incorporó despacio, sin hacer ruido, y salió de la cama con pasos silenciosos. Necesitaba aire. Caminó hacia la ventana y descorrió las cortinas con delicadeza. El skyline de Washington D. C. la recibió con sus rascacielos recortados contra el cielo, y el tráfico comenzando a despertar en la ciudad aún adormecida.

Cruzó los brazos sobre su pecho y fijó la mirada en el horizonte.

Esto no era solo sexo. No para ella. Cerró los ojos y dejó escapar un tembloroso suspiro. Su mente volvió a Wes, que continuaba dormido. Atracción, admiración, deseo… Un cúmulo de emociones entrelazadas que le hicieron entender, con una aterradora claridad, que Wes había despertado algo más que pasión en ella. Había provocado sentimientos, y eso era peligroso. Muy peligroso.

Porque ella sabía quién era él. Sabía que, para Wes Bateman, el sexo solo era sexo. Sin ataduras y sin complicaciones. Sin emociones.

Apoyó la frente contra el cristal, y sintió un nudo en el estómago. Si no ponía freno a esto, se vería atrapada en un amor sin respuesta.

Y eso no se lo podía permitir.

Ruptura de normas

La suave melodía de la Sonata Claro de Luna, de Beethoven, despertó a Wes y le hizo abrir los ojos. No necesitó mirar el reloj para saber que eran las 7:00 a.m.

Desde su época de estudiante en Harvard, para empezar el día con serenidad, alternaba esa maravillosa pieza con el Adagio de Albinoni. Era una rutina inquebrantable. Su única excepción eran los fines de semana, cuando permitía que su cuerpo decidiera cuándo era el momento de despertar.

Giró la cabeza sobre la almohada y vio el vacío en la cama, junto a él. Las frías sábanas le confirmaron que Megan ya se había levantado hacía un buen rato, y supuso que estaría en su habitación.

Parpadeó un par de veces, dejando que los recuerdos de la noche anterior se filtraran en su mente como un torrente imparable. Apenas había dormido cuatro horas. El recuerdo de sus cuerpos, desnudos y sudorosos, le asaltó de inmediato. Pensó en su piel cálida y resbaladiza contra la suya, el sonido entrecortado de su respiración mientras la llevaba al límite una y otra vez…

Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro lento, casi con frustración. Jamás podría olvidar la noche que acababa de pasar con ella. No solo por la perfección absoluta del momento en sí, sino por el curioso desafío que los había llevado hasta ahí. Cuando la invitó a cenar, para celebrar el éxito del acuerdo, jamás imaginó que la situación derivaría en algo tan inesperado, tan descontrolado… tan extraordinario.

Desde el primer momento, Megan le gustaba. Le atraía más de lo que en un principio pensó al ver su currículo. Era obvio que era una abogada excepcional, y tras investigar su trayectoria y hablar con personas que la habían tratado, supo que era la elección correcta para la empresa. Lo que no esperaba era que también fuera su elección personal.

Desde el principio sintió una atracción física intensa, pero nunca lo consideró un problema, porque sabía muy bien cuál era su límite. Las normas eran las normas, y él siempre las había respetado. Jamás se había sentido tentado por nadie dentro de su entorno laboral, por alguien de su empresa. Diez años. Una década manteniendo una distancia inquebrantable con sus empleadas.

Y la pasada noche había roto su norma más sagrada. Pero lo más curioso era que no se sentía culpable por ello, ni una pizca de arrepentimiento. El sexo sin amor no era algo que le quitara el sueño. Lo había vivido de esa manera durante demasiado tiempo y nunca se había sentido mal por ello. Nunca prometía más de lo que estaba dispuesto a dar, y las mujeres con las que se relacionaba lo aceptaban sin reservas. Sin dramas ni complicaciones.

Pero esto… Esto no había sido solo sexo.

En la soledad de su habitación, tuvo que admitirlo. Se frotó el rostro con las manos y exhaló con fuerza. Ella era la persona que siempre había estado buscando. Él lo sabía, aunque le costara admitirlo, pero no estaba seguro de que ella pensara lo mismo.

Megan Carter le había hecho romper sus normas, y eso lo desconcertaba. Pero, lo peor no era eso, era que no le importaba en absoluto.

Desayuno con tensión

Tras la inesperada noche de pasión con Wes, y a pesar de que al perder la apuesta ya se habían duchado para seguir con los juegos, se volvió a meter en la ducha. Se lamentó, porque sabía que con ello desaparecía el aroma de él, que seguía impregnado en su piel, pero necesitaba despejarse.

Ya más tranquila, había pasado la última media hora revisando, por última vez, los términos del contrato que iban a firmar esa mañana. Por lo que había escuchado y visto entre Wes y David, era un negocio excelente. Todo encajaba. Cifras, cláusulas, condiciones. Todo estaba en orden.

Todo… excepto su mente. Lo que había pasado no tenía sentido. Ella no era una mujer impulsiva. No solía perder el control… y lo había hecho. De la peor manera posible. Y lo más preocupante era que no podía convencerse de que había sido un error. Sacudió la cabeza, como si pudiera borrar los recuerdos de la noche anterior con un simple movimiento, pero le resultó inútil.

Se puso una blusa blanca sin mangas, de corte impecable, y unos pantalones rectos de color azul marino. Era un conjunto profesional, perfecto para recuperar la distancia que necesitaba. Porque la necesitaba.

Cuando bajó al restaurante para desayunar, Wes estaba en la mesa. Solo. Tenía un café delante, y estaba revisando algo en el móvil. Como siempre, iba vestido de forma impecable, con un traje gris oscuro y una camisa blanca. Imperturbable. Como si la noche anterior nunca hubiese ocurrido.

Megan sintió un nudo en el estómago. Perfecto. Así sería más fácil. Se acercó a la mesa con el aire profesional que quería transmitir

—Buenos días —saludó, con un serio tono de voz.

Wes alzó la mirada de su móvil y la observó, sorprendido por su tono distante.

—Buenos días.

Hubo un leve silencio. Megan tomó asiento, y se sirvió café, con calma. Él la notó fría, dejó el móvil sobre la mesa y dijo, con naturalidad:

—David acaba de llamar. Estará aquí en cinco minutos.

—Perfecto. —Megan revolvió su café, sin levantar la vista—. Firmamos en cuarenta y cinco minutos y luego al aeropuerto. Todo irá bien.

Wes entrecerró los ojos. Algo no encajaba.

—Sí, pienso lo mismo. —Hizo una pausa, y dejó su taza sobre el platillo, con suavidad—. Pero antes de que llegue David, hay algo que quiero preguntarte.

Megan exhaló despacio. Algo le decía que conocía la pregunta que Wes le iba a formular. ¿Ahora se preocupaba?

—¿Qué pasa?

Él no titubeó.

—Anoche… fuimos muy rápido, y… ninguno de los dos tomó precauciones. ¿Tú…?

Ella arqueó una ceja y clavó sus ojos en los de él.

—¿No te parece un poco tarde para preocuparte por eso? —le preguntó.

—Me sorprende que no te preocupe a ti —replicó Wes, apoyando un codo en la mesa y mirándola con atención—. No sé tú, pero yo no tenía previsto lo que pasó.

Megan tomó un sorbo de su café antes de responder.

—¿Y yo sí? —Alzó una ceja—. ¿Nunca llevas un puto condón encima?

Wes esbozó una sonrisa seca.

—Solo suelo llevarlos en mis trajes de negocios, por si una negociación toma un giro inesperado —dijo con sarcasmo.

Megan soltó una carcajada, que no pudo reprimir, y lo miró con fingida incredulidad.

—No puedo creerlo —dijo con ironía—. Un hombre tan organizado como tú, y no tienes un plan de emergencia.

—Lo que menos esperaba era que te presentaras en mi puerta para presentar tu dimisión.

La sonrisa de Megan se ensanchó, pero luego se encogió de hombros.

—Y después de la primera vez, ya te dio igual, ¿no? Ya no había remedio. ¿Para qué hablarlo?

Wes le sostuvo la mirada, observándola con intensidad.

—Aun así… —hizo una pausa, dejando la frase en el aire.

Megan apoyó los codos en la mesa, entrelazando los dedos con calma.

—Tranquilo. —Sus labios se curvaron en una sarcástica sonrisa—. Llevo un DIU.

Wes parpadeó, y por primera vez en la conversación, ella vio algo parecido a alivio en su expresión.

—Bien.

Megan apoyó la barbilla en su mano y lo miró fijamente.

—¿Bien? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí.

—¿Esa era tu gran preocupación?

Wes entrecerró los ojos.

—Era una de ellas.

No se atrevió a decir lo que sentía cuando la miraba, lo que había sentido la noche anterior mientras hacía el amor con ella. «Hacer el amor», pensó Wes mientras la miraba. Ya había olvidado lo que significaba, pero ella se había encargado de recordárselo.

Hubo un nuevo silencio y Megan apartó la vista. La frialdad seguía instalada en su interior. Había sido un error. Ella no era ese tipo de mujer. No se involucraba con hombres que no estuvieran disponibles en todos los sentidos, y Wes no lo estaba. Nunca lo estaría.

Sabía lo que él pensaba del amor. Sabía cómo vivía el sexo. Se lo había dicho en el restaurante, le había dejado muy claro que no necesitaba sentimientos para acostarse con alguien. Pero ella no quería ser una más en su historial de conquistas. «No volveré a cometer el mismo error. No más noches de pasión sin consecuencias», decidió.

Wes la observó con atención, como si intentara descifrar algo.

—¿Qué estás pensando?

Megan levantó la vista, con una expresión impasible.

—Que lo de anoche fue un error.

Las palabras resonaron en la mente de Wes. Su mandíbula se tensó, pero no respondió. Su rostro no mostró emoción alguna. Se quedó en silencio. Y eso, en sí mismo, fue una respuesta.

En ese momento, David hizo acto de presencia. Notó que el ambiente entre ellos mostraba cierta tensión.

—Buenos días —saludó con su eterna sonrisa—. ¿Estamos listos para firmar?

—Más que listos —respondió Megan, con una voz completamente profesional.

—Menuda noche he pasado —dijo David, mientras se servía un par de tortitas de la bandeja que había en el centro de la mesa—. Stella es una máquina, pero ella también se ha llevado lo suyo. Solo he podido dormir cuatro horas. Estoy hecho polvo.

—Nosotros hemos tenido una noche plácida. Estoy harta de dormir —mintió Megan.

—Sois un par de sosos —les recriminó David, en broma, pero cuando se dio cuenta de que sus miradas se evitaban, le surgieron muchas dudas.

El desayuno fue rápido y, salvo los agudos comentarios del hermano menor, transcurrió en silencio. Todo iba bien, hasta que a David se le ocurrió decir:

—Te ha sentado muy bien dormir tantas horas, Megan. Esta mañana estás radiante. Tienes un brillo especial en los ojos.

Su tono de voz no reflejó sarcasmo, pero, tanto ella como Wes, percibieron la agudeza y la intuición que David acababa de demostrar. Era demasiado evidente que entre ellos había pasado algo.

Wes bebió un sorbo de café antes de levantarse.

—Vamos. No tenemos tiempo que perder.

Megan recogió su bolso. Pensó que, aunque lo había intentado evitar, ella sí había perdido algo. Su control.

Y lo peor de todo… era que Wes también.

Lo que no se dice

La firma del contrato transcurrió sin inconvenientes. Todo estaba en orden, sin sorpresas de última hora. Después de un apretón de manos y las fotos de rigor con los vendedores, salieron del edificio y tomaron rumbo al aeropuerto.

El vuelo de regreso a Nueva York fue tranquilo. Demasiado tranquilo.

David, ajeno a la tensión que había entre Wes y Megan, se pasó gran parte del trayecto hablando con una chica que iba sentada a su lado. Wes, por su parte, trabajó en su portátil sin levantar la vista, y Megan hizo lo mismo con sus documentos. O al menos fingió hacerlo. Porque, a decir verdad, había leído la misma página cuatro veces sin retener ni una sola palabra. Se respiraba tensión en el silencio, y eso era lo peor.

Cuando aterrizaron y regresaron a las oficinas, cada uno se refugió en su despacho, sin más interacción que un breve «nos vemos luego» de David, antes de desaparecer por el pasillo. Megan se encerró en su oficina como si estuviera blindada contra todo lo que acababa de ocurrir en Washington.

Pero no contaba con Nora.

Apenas llevaba diez minutos tratando de concentrarse sin ningún éxito en un expediente jurídico, cuando la puerta se abrió y su asistente asomó la cabeza con su sonrisa habitual.

—Bienvenida de vuelta, jefa. ¿Cómo ha ido el viaje?

Megan levantó la vista y esbozó una sonrisa más tensa de lo habitual.

—Todo ha salido muy bien. Firmamos el acuerdo sin problemas.

Nora alzó una ceja, notando algo raro en su tono. Megan siempre tenía una forma cálida y detallada de contarle las cosas, pero esta vez su respuesta había sido breve. Seca.

—Ya… —murmuró, cerrando la puerta tras de sí y cruzándose de brazos—. ¿Y qué tal Wes?

Megan le lanzó una mirada asesina.

—Como siempre —respondió, evasiva.

—¿Cómo siempre? —Nora movió la cabeza, con una expresión escéptica—. ¿Seguro?

Megan soltó un bufido y volvió la vista a sus documentos. Nora, al ver que Megan no tenía ganas de hablar, regresó a su mesa. Un segundo después, los ojos de la abogada se desviaron, de forma inconsciente, hacia la figura alta y elegante que podía ver a través de las cristaleras de su despacho.

Estaba en su oficina, de pie junto a su escritorio, y revisando unos informes. En ese instante, levantó la vista y sus ojos se encontraron. Wes, sin cambiar su expresión, sostuvo la mirada un segundo más de la cuenta antes de volver a su trabajo. Megan, por su parte, exhaló un suspiro y volvió a fijar la vista en sus papeles, pero ya daba igual. No tenía ni idea de lo que estaba leyendo.

Nora, que desde su mesa no había pasado por alto la escena, sonrió. Se levantó, se acercó a su despacho y apoyó las manos sobre la madera pulida de la mesa de Megan.

—Venga, reconócelo —dijo, mirándola con picardía.

Megan cerró los ojos un segundo antes de levantar la vista.

—¿Reconocer qué?

—No te hagas la tonta, Megan —replicó Nora—. Sabes perfectamente de lo que hablo.

Megan entrecerró los ojos y dejó su bolígrafo sobre la mesa. Sabía que era el momento de los reproches. Se quedó mirando a su asistente.

—No te cortes, Nora. Suéltalo. Lo estás deseando.

Nora sonrió con aire triunfal, pero permaneció callada. Megan suspiró, como si estuviera entregándose a una guerra perdida.

—No hace falta que me digas «ya te avisé» —profirió, haciendo un gesto cómico e imitando la aguda voz de la pelirroja—. ¿Contenta?

Nora se cruzó de brazos y la miró en silencio, disfrutando del momento. Megan resopló y pasó una mano por su cabello. Su actitud silenciosa la estaba poniendo de los nervios. Exclamó:

—¡Vale! Tenías razón. Wes me gusta. Mucho. Demasiado.

Nora sonrió aún más, pero seguía sin decir nada.

Megan bajó la mirada y, en su continuo monólogo, murmuró:

—Pero no puede funcionar, Nora. —Negó con la cabeza—. Somos muy diferentes. Demasiado.

La sonrisa de Nora se desvaneció un poco y rompió su silencio.

—¿Y si no lo sois tanto?

—No, Nora. —Megan se mordió el labio—. Lo somos. Te lo aseguro.

La asistente, al igual que ella, permaneció en silencio. Solo se rompió cuando Megan tragó saliva y se atrevió a expresar en voz alta su mayor temor.

—Al final me traicionaría, o me dejaría. Y mi corazón se volvería a romper. No quiero volver a pasar por eso.

Nora la observó, percibiendo lo vulnerable que demostraba ser a pesar de su firme tono de voz. Sin perder la sonrisa, apoyó las manos en su escritorio y se inclinó hacia ella.

—En el amor, lo importante no es quien puede ganar la partida, Megan, sino, quien está dispuesto a jugarla hasta el final.

Salió del despacho, dejándola sola con sus pensamientos y con la mirada de Wes, que seguía quemándole la piel.

Lo que duele no decir

La tarde transcurrió como cualquier otra en la oficina. O al menos lo parecía. Los teléfonos sonaban, los teclados repiqueteaban en un murmullo constante y las reuniones se sucedían con la precisión de un engranaje bien engrasado. Todo estaba en orden, bajo control. Todo, excepto Wes.

Desde la conversación en el desayuno, una sensación de vacío se había instalado en su pecho. No estaba acostumbrado a esto, nunca se cuestionaba nada. Él no era de los que se arrepentían. Y, sin embargo, ahí estaba, sintiendo cómo el eco de las palabras de Megan le retumbaban en la cabeza como un martillazo constante: «lo de anoche fue un error». Un error.

Se reclinó en su silla de cuero negro y pasó una mano por su rostro, sintiendo una presión incómoda en el pecho. No debía importarle, ni afectarle, pero lo hacía. La ironía no podía ser más cruel.

Toda su vida había sido partidario de mantener sexo sin vínculos, sin la carga emocional que otros parecían necesitar para justificarlo. Había tenido muchas amantes, muchas noches de placer sin complicaciones, sin preguntas, sin consecuencias. Y ahora que por fin sentía algo por alguien, lo único que encontraba era rechazo. «Ella no siente nada por mí», pensó.

Si lo hiciera, no habría catalogado como «un error» la mejor noche de su vida. No lo habría mirado con tanta frialdad como lo había hecho, como si él no significara nada. Megan Carter le había dejado muy claro que solo mantenía sexo cuando había sentimientos de por medio. Y, por lo visto, no los tenía hacia él.

Por primera vez en su vida, eso le dolía. Lo único que le quedaba, la única salida lógica, era aceptar su postura y volver a la relación estrictamente profesional que siempre habían tenido. Volver a la normalidad.

Se ajustó la corbata y exhaló con pesadez, como si eso pudiera hacer que se quitara de encima la sensación de derrota.

«Es mejor así», se repetía en su cabeza. Pero cada vez que levantaba la vista y veía a Megan en su despacho, con la mirada perdida en un documento que probablemente no estaba leyendo, sabía que se estaba mintiendo a sí mismo.

La otra cara del amor

Megan cruzó la puerta de casa y no tuvo tiempo de dar un solo paso antes de que John se lanzara sobre ella con los brazos abiertos, chocando con su cuerpo con la fuerza de un pequeño huracán.

—¡Mamá! —exclamó el niño, rodeándola con un abrazo tan fuerte que casi le cortó la respiración.

Megan cerró los ojos y se permitió hundir la cara en su cabello, aspirando el aroma dulce y familiar de su hijo. Aquella era la mejor bienvenida posible.

—¡Mi chico! —le susurró, mientras lo besaba varias veces—. ¿Cómo ha ido todo mientras he estado fuera?

John se separó solo lo justo para mirarla con sus enormes ojos verdes, idénticos a los suyos.

—Genial. La abuela me ha comprado un libro nuevo, pero aún no lo he empezado. Estoy esperando a que me lo leas tú.

Megan le sonrió.

—Eso se puede arreglar. ¿Y el colegio?

John infló el pecho con orgullo.

—Bien, como siempre, y aburrido, como siempre —recalcó, soltando una carcajada—. Como sabía que estabas en Washington, lo he buscado en internet y ahora sé un montón de cosas.

Megan arqueó una ceja con diversión.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Sabías que Washington tiene más de setecientos mil habitantes? En la Casa Blanca han vivido cuarenta y seis presidentes.

Megan se rio, sorprendida.

—¿Y todo eso lo has investigado para contármelo?

El niño asintió con una sonrisa satisfecha.

—¡Claro! Has estado en Washington y tenía que explicártelo bien, pero debería haberlo mirado antes de que te fueras, para ir preparada.

Megan sonrió orgullosa y lo abrazó con cariño, mientras sentía cómo el cansancio del viaje desaparecía por completo al tenerlo entre sus brazos.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

—Lo sé —respondió John, con una seriedad que la hizo reír—. ¿Te ha gustado Washington?

Megan le revolvió el pelo con cariño.

—Sí, mi amor. Ha sido un viaje muy… interesante.

«Y también muy confuso», pensó.

—¿Y has cerrado algún negocio?

Megan parpadeó, sorprendida.

—Vaya, parece que tengo un pequeño accionista en casa.

John se encogió de hombros con naturalidad.

—Quiero saber si eres feliz. Y hacer un buen trabajo, te ayudará a serlo.

Megan sintió un nudo en la garganta. Qué fácil era todo con él. Sin estrategias, sin juegos mentales, sin miedo. Solo una pregunta directa de un niño que la quería más que a nada en el mundo.

—Sí, cariño. Hemos hecho un trato estupendo.

John asintió, conforme.

—Me alegro.

Pero Eleonor, su madre, que la observaba con la misma perspicacia que su nieto, no parecía igual de convencida.

Durante la cena, Megan sintió su silencioso escrutinio. Se dio cuenta de la forma en que la miraba, con los ojos entornados y los labios presionados con suavidad, como si intentara descifrar un código secreto en su expresión.

Llegó un momento en el que no pudo contenerse más.

—Estás diferente, Megan —comentó mientras cortaba un pedazo de pan—. No sé si es tristeza, felicidad, o ambas cosas.

Megan se llevó un trozo de comida a la boca y se encogió de hombros.

—Estoy bien, mamá. Solo ha sido un viaje agotador.

—Ya lo veo.

Eleonor la miró escéptica, dejando claro que no se creía ni una palabra. Megan se apresuró a desviar la conversación hacia cualquier otro tema que no implicara hablar de Wes. Y mucho menos de la noche en la que había perdido completamente la razón.

La cena transcurrió sin mayores incidentes, y, tras dar las buenas noches a sus abuelos, Megan y el niño subieron a la habitación de John. Ella se sentó en la cama, con el libro en la mano, mientras su hijo se acomodaba bajo las sábanas con expectación.

—¿Cuál has elegido? —preguntó, acariciándole el cabello con ternura.

John se inclinó sobre la mesita y le mostró la portada.

—«El Principito» —anunció con solemnidad.

Megan sonrió.

—Un clásico. Buena elección.

—Lo sé. —John bostezó, pero su mirada aún brillaba con curiosidad—. Quiero saber más sobre los planetas.

—Entonces empecemos.

Abrió el libro y empezó a leer con voz suave:

—«Era una vez un pequeño príncipe que vivía en un planeta apenas más grande que él…»

La voz de Megan fue envolviendo la habitación en un ambiente cálido y protector. John la miraba con fascinación, como si cada palabra construyera un universo nuevo en su mente. Cuando Megan ya llevaba un buen rato leyendo, John la cortó.

—Mamá… —murmuró de repente, interrumpiéndola.

—¿Sí, cariño?

John la miró con seriedad.

—¿Tú crees que hay cosas invisibles que son importantes?

Megan se sorprendió ante la pregunta.

—¿Te refieres a lo que dice el libro? ¿A lo que acabo de leer?

John asintió con los ojos abiertos de par en par.

—«Lo esencial es invisible a los ojos». —Repitió la frase exacta.

Megan sonrió, sintiendo una calidez en su pecho.

—Sí, cariño. Creo que hay muchas cosas que no podemos ver, pero que son las más importantes. La amistad es una de ellas.

John se quedó pensativo.

—Tiene mucho sentido —reflexionó él, y añadió—: Yo aún no lo entiendo, solo tengo siete años, pero… el amor debe ser otra de esas cosas, ¿verdad?

Megan sintió un nudo en la garganta.

—Sí, John. El amor es exactamente eso.

El niño asintió con satisfacción y se acurrucó contra su almohada, satisfecho con su conclusión.

Megan siguió leyéndole hasta que su respiración se hizo más lenta y profunda.

Cuando Megan cerró el libro y besó la frente de su hijo, se dio cuenta de lo irónico que era que un niño de siete años entendiera mejor el amor que un hombre de treinta y siete.



Capítulo 12

La idea que no debería estar allí

Tras acostar a John y leerle un capítulo de El principito, bajó al salón. Se sirvió una copa de vino blanco y se dejó caer en el sofá, sin apenas prestar atención a la televisión. Debido a la desenfrenada noche de pasión en la suite de Wes, y las escasas cuatro horas que había podido dormir, el cansancio empezó a aflorar, y el suave murmullo del televisor se convirtió en un arrullo.

Sin darse cuenta, cerró los ojos y dejó que la calidez del vino y la extenuación de los últimos días la envolvieran. Se durmió. Y soñó.

Estaban en su despacho, con las vistas de Nueva York como único testigo. Él estaba frente a ella, con esa mirada intensa que siempre parecía diseccionar cada uno de sus pensamientos. Pero esta vez había algo más en sus ojos. Algo oscuro que la atrapaba.

—¿Tienes miedo, Megan? —su voz le acarició la piel como un roce tangible.

—No —respondió, aunque su pulso desmentía sus palabras.

Él la arrinconó contra la pared con una facilidad que la dejó sin aliento. Sus manos se apoyaron a cada lado de su rostro, cercándola sin tocarla. El aire entre ellos se cargó de electricidad.

Megan sentía su respiración, el calor de su cuerpo demasiado cerca del suyo. Él bajó la mirada hasta sus labios y la hizo tragar saliva.

—Si no quieres esto, dime que pare —susurró él, con una seguridad insultante.

Ella no dijo nada. No podía. No quería.

Entonces, la besó, con un beso devastador, abrasador. Nada que ver con la dulzura o el titubeo. Era posesivo, exigente, y ella lo sintió en cada centímetro de su cuerpo. Su espalda chocó con la pared mientras sus manos recorrían su torso, deslizándose por la tela de su blusa como si no existiera.

Cuando sintió la firmeza de su cuerpo contra el suyo, Megan jadeó. Se aferró a su camisa, desabrochando los botones con manos temblorosas, ansiosa por tocar su piel. Wes gimió contra sus labios, como si su impaciencia lo encendiera aún más.

—Dios, Megan… —murmuró entre besos, desatado por la pasión.

El sonido del teléfono en el despacho la hizo tensarse, pero Wes ni se inmutó.

—Podrían entrar y… —susurró ella, con labios temblorosos y una mirada nublada por el deseo.

—Que entren —la cortó él con arrogancia—. No pienso detenerme.

Su mano recorrió la curva de su cadera y la levantó sin esfuerzo. Megan rodeó su cintura con las piernas, sin ser consciente del gemido que se escapó de su boca cuando su espalda se posó en la fría madera del escritorio.

Los papeles volaron, las agendas se deslizaron por el suelo y la lámpara tembló. Wes la miró con la respiración entrecortada y deslizó los labios hasta su cuello, mordiendo con la delicadeza justa para enloquecerla.

Ella arqueó la espalda, perdida en la embriaguez de la sensación. Estaban al borde del abismo. A punto de consumar el deseo que los consumía.

Cuando…

Megan abrió los ojos de golpe.

El salón seguía en penumbra. El televisor proyectaba sombras en las paredes, y su pecho subía y bajaba acelerado. Se llevó una mano a los labios. ¡Dios santo! Se había quedado dormida y había soñado con Wes. Con el hombre al que, en teoría, tenía que mantener a raya.

Se incorporó en el sofá, pasándose una mano por la cara, intentando despejarse. Pero el calor en su piel no se disipaba. El latido frenético de su corazón no cedía, y notaba la misma excitación que él le provocaba cuando se apoderaba de su cuerpo para hacerlo suyo.

Se levantó de un salto y apagó el televisor. Vació el resto del vino en el fregadero y dejó la copa en la cocina.

«¡No, no, no! —se repitió—. Esto no puede estar pasando». Pero la idea estaba allí y sabía que no había vuelta atrás.

Subió las escaleras con paso acelerado, como si el mero hecho de cambiar de habitación pudiera disipar el torbellino de sensaciones que la envolvía. Pero no podía. No cuando cada célula de su cuerpo seguía encendida, vibrante, dominada por la imagen de Wes presionándola contra la pared de su oficina. Por el roce ardiente de sus labios y el insaciable deseo de su mirada.

La puerta de su habitación se cerró con un suave clic. Se apoyó en ella, respirando hondo. El problema no era el sueño. El problema era que no se trataba de una simple fantasía. ¡Lo había sentido, lo había vivido!

Le vino a la mente la imagen de Wes unas horas antes, mientras deslizaba la boca por su cuello. Rememoró la calidez de su aliento, la suavidad de sus caricias, y la firmeza de sus manos en sus caderas mientras la penetraba, sujetándola con aquella mezcla de posesión y devoción. Sabía que el cosquilleo que recorría su cuerpo no era fruto de la imaginación, sino de la memoria.

Soltó un suspiro y se acercó al espejo del tocador. Su reflejo le devolvió una imagen que le resultó extraña. Tenía un brillo diferente en sus ojos y su piel parecía más luminosa. No se reconocía. O tal vez sí. Tal vez esta era la mujer que Wes Bateman sacaba a la superficie. Una que se olvidaba de sus propias reglas, y que rompía sus normas sin dudar. La que, por primera vez en mucho tiempo, sabía que podía sentir algo parecido al amor por un hombre.

Mientras se desnudaba y se ponía un fresco camisón, Megan regresó al instante en el que cruzó la puerta de su habitación la noche anterior, cuando decidió dar el primer paso.

—Dimito —le había dicho.

Y fue en ese momento cuando la sonrisa de Wes le confirmó lo que su cuerpo ya sabía: que estaban a punto de perderse el uno en el otro. Y lo hicieron. Muchas más veces de lo que nunca imaginó.

Sacudió la cabeza para intentar no pensar en ello, y se acurrucó sobre las sábanas. Su mente la estaba poniendo mala. Estaba muy excitada. Por el sueño, y por el recuerdo. Acercó una mano a su entrepierna, la introdujo bajo su ropa interior, y empezó a acariciarse. Se puso a recordar las caricias de sus dedos, o la forma en la que utilizó su boca para saturarla de placer.

Megan soltó el primer gemido y cerró los ojos. Se concentró en el recuerdo y las sensaciones. Mientras su mente volvía a esos momentos, aumentó la fricción. «¡Su lengua!», pensó mientras gemía más fuerte. Con ella le había mostrado un paraíso olvidado. «Pero lo mejor, lo más sorprendente fue cuando me dejó en la cama, se colocó entre mis piernas y…», no llegó a acabar la frase.

No pudo retenerlo. Reprimió el grito con su almohada y tuvo un orgasmo brutal. Se quedó desmadejada, relajada. Cerró los ojos y la sensación de sueño apareció casi de repente.

Antes de dejarse llevar por Morfeo, sus últimas palabras fueron:

«Tengo que olvidar y centrarme en mi trabajo. Fingir que nada ha pasado».

Silencios y miradas

El miércoles transcurrió sin incidentes destacables… salvo por la gélida distancia que se había instalado entre Megan y Wes. Apenas cruzaban palabras fuera de lo estrictamente laboral, y cuando lo hacían, el tono era tan profesional que dolía.

Nora, por supuesto, no tardó en notarlo.

—¿Desde cuándo sois tan aburridos? —soltó, apoyándose en el escritorio de Megan con los brazos cruzados.

Megan alzó la vista de la pantalla con fingido desinterés.

—No sé de qué hablas.

—Oh, por favor —bufó Nora, abriendo los ojos—. Os he estado observando. Y no solo hoy.

Megan dejó escapar un suspiro. Sabía que no se libraría de esto.

—¿Y qué es exactamente lo que has «observado»?

Nora se inclinó hacia ella con una sonrisa cargada de intención.

—Que estás loca por él.

Megan soltó una sarcástica carcajada.

—¡Qué original! Deberías dedicarte a la psicología. Ya te dije el otro día que me gustaba.

—Y él está loco por ti —añadió.

El comentario la hizo pestañear.

—¿Perdona?

—Sí, querida. Te mira cien veces al día.

—Eso es una exageración.

—No, no lo es. Y lo mejor es que cada vez que él te mira, le devuelves la mirada. Eso, sin contar las veces que lo miras tú y él no se entera.

Megan se removió en su asiento.

—Tonterías.

—No, lo que es una tontería es que sigas negándolo.

Megan frunció los labios y volvió a centrar la vista en la pantalla, fingiendo interés en la tabla de Excel que tenía delante.

Nora movió la cabeza, asintiendo, con una astuta sonrisa.

—A ver, dime la verdad… ¿Por qué te resistes tanto?

Megan apartó la mirada de la pantalla y suspiró.

—Porque lo conozco, Nora. Sé cómo es.

—¿Y cómo es?

Megan la miró con escepticismo.

—Él mismo me lo dijo. Wes separa el sexo de los sentimientos, y no quiere una relación. Solo busca lo físico, nada más.

Nora la observó con atención y, tras unos segundos, arqueó una ceja.

—¿Y si te equivocas?

Megan dejó escapar una risa incómoda, sin humor, y mostró una sarcástica sonrisa.

—Créeme, no me equivoco —afirmó, negando con la cabeza.

Nora suspiró y se enderezó.

—Bueno, ya veremos.

—No hay nada que ver.

—Claro, claro… —se burló Nora, dándole una palmadita en el hombro antes de salir del despacho.

Megan la vio marcharse con un nudo en el estómago. No podía permitirse pensar en Wes de otra manera. No debía. Pero cada vez que sus miradas se cruzaban, sentía que se hundía un poco más.

* * *

Un par de horas después, Susan la llamó para que se acercara al despacho de Wes. Cuando entró, estaba sentado tras su escritorio, revisando unos documentos.

Él alzó la vista y le indicó que se sentara, con un gesto.

—Mañana por la noche tenemos una cena con unos inversores —dijo sin rodeos—. Te he enviado la información para que estés al corriente de los temas que trataremos.

Megan asintió con naturalidad.

—Perfecto. ¿Dónde será la cena?

—En el club privado Hudson.

—¡Qué sorpresa! Otro lugar exclusivo y elitista —comentó con sarcasmo—. Supongo que el código de vestimenta exige traje de gala.

Wes apenas alzó una ceja.

—No te preocupes. Seguro que encuentras algo apropiado.

—Qué considerado —ironizó Megan.

Él cerró la carpeta con calma y clavó su mirada en ella.

—¿Algo más?

Megan sintió una ligera tensión en la espalda. Su tono fue tan frío como distante.

—No, nada más.

Se puso de pie y caminó hacia la puerta, pero antes de salir, sintió sus ojos clavados en su espalda. Estuvo a punto de girarse y enfrentar su mirada, pero no lo hizo.

Temía lo que pudiera ver en sus ojos.

La cena de negocios

Estaba preparada para pasar otra noche junto al hombre que hacía tambalear sus convicciones. Sus padres, junto con John, se habían ido a cenar a casa de unos amigos, y había tenido tiempo suficiente para arreglarse a conciencia.

Al ver llegar la limusina, Megan salió de la casa. Llevaba un elegante vestido azul medianoche que resaltaba el verde atigrado de sus ojos. Cuando se detuvo frente a ella y Wes bajó la ventanilla, sus miradas se encontraron de inmediato.

—Estás guapa —dijo él con su habitual tono de voz.

Megan sonrió con ironía, anticipando lo que vendría después.

—Pero… —lo incitó.

Wes entrecerró los ojos con un deje de diversión.

—No me gustan tus pendientes.

Mientras subía al coche, Megan soltó una carcajada.

—Ya lo sé —respondió, acomodándose a su lado—. No son aros, tu gran obsesión.

—Exacto. —Wes se ajustó la pajarita con aire despreocupado.

Megan lo miró con fingida seriedad.

—Y tu pajarita sigue siendo igual de sosa que siempre. Negra, como un cuervo.

Wes giró lentamente la cabeza hacia ella y arqueó una ceja.

—Voy a empezar a pensar que tienes un problema personal con mi estilo.

—No, no es personal. Es un problema de estética.

Sus miradas se cruzaron y, por primera vez durante esa noche, en realidad desde hacía un par de días, no pudieron evitar sonreír al unísono.

* * *

El Hudson Private Club era mucho más que un simple restaurante; era un símbolo del poder y la exclusividad en Nueva York. Un lugar donde los acuerdos más importantes no se firmaban en oficinas, sino entre copas de carísimo vino y conversaciones de negocios. La iluminación era tenue, con candelabros que proyectaban destellos dorados sobre las paredes de madera oscura.

La cena transcurrió en un ambiente formal, pero con esa energía sutil que se percibe cuando hay un juego de poder en marcha. El menú era impecable: un entrante de tartar de atún con aguacate y un ligero toque de cítricos, seguido de un filete Wellington con reducción de vino tinto y puré de patatas trufado. Para el postre, un suflé de chocolate con helado de vainilla de Madagascar.

Megan estaba sentada al lado de Wes y, aunque hablaban de negocios con los inversores, la tensión entre ellos era evidente.

David, que estaba sentado enfrente, no tardó en notarlo.

—¿Me he perdido algo? —preguntó en un momento de la conversación, mirando a ambos y frunciendo los ojos.

Megan le dedicó una sonrisa y tomó un sorbo de su vino.

—¿Por qué lo dices?

—Porque cuando habláis, parece que os estéis desafiando.

—Tienes mucha imaginación, David —replicó Wes con indiferencia, pero sus ojos seguían fijos en Megan.

Megan apoyó el codo en la mesa y giró el rostro hacia él.

—¿Eso crees? —le dijo Megan, con un deje de sarcasmo.

Wes sostuvo su mirada unos segundos y volvió a centrarse en su plato.

El resto de la cena continuó con la misma dinámica. Megan lo desafiaba con frases ambiguas, con miradas más sostenidas, y con una enigmática sonrisa que no dejaba claro si estaba divirtiéndose, o provocándolo a propósito.

Aunque decidió no volver a intervenir, David no dejó de observarlos. Aquella no era su guerra. Megan nunca sería una de sus conquistas, eso ya se lo había dejado muy claro, pero con Wes era otra historia.

Sabía que estaban raros desde la vuelta de Washington. Se preguntó que pasó allí, pero… no era de su incumbencia. Cuando terminó la velada, y los inversores se marcharon, David se excusó.

—Yo tengo otros planes. Os dejo el coche. Creo que es importante que estéis a solas para que resolváis lo que sea que os pasa —dijo con una sonrisa cargada de segundas intenciones—. Hacedlo, porque no me gustaría que en la boda de Jane, todo el mundo se diera cuenta de la tensión que existe entre vosotros. Resolvedla.

Megan le lanzó una mirada de advertencia, pero David se rio. Mientras se alejaba, pensó: «Están liados».

Cuando salieron a la calle, la limusina ya los estaba esperando. Nada más entrar, Wes cerró el cristal que los separaba del conductor.

El silencio que se instaló entre ellos, se podía cortar.

—David tiene razón. Lo de esta noche… —empezó a decir Megan.

—No ha sido casualidad —terminó Wes por ella.

Sin apartar la mirada de él, Megan soltó una carcajada.

—Eres demasiado pragmático.

Wes la estudió con detenimiento.

—Y tú demasiado provocadora.

—Yo no provoco, Wes —le dijo, mientras algo dentro de ella le pedía que se dejara llevar, que siguiera los consejos de Nora—. Solo expreso lo que siento.

Wes inclinó la cabeza con una enigmática sonrisa.

—¿Ah, sí?

La mirada de Megan descendió a los labios de él antes de volver a sus ojos.

—Sí.

Wes se movió con lentitud y se acercó a ella.

—Demuéstramelo.

La atracción era insoportable. Megan, antes de rendirse, dejó escapar una leve exhalación. Se acercó a él hasta rozar su nariz con la suya en una caricia apenas perceptible, y atrapó su boca en un beso hambriento, sin rastro de contención. Wes la sujetó por la cintura y la atrajo con fuerza hacia él. Deslizó una mano por su espalda, apretándola más, y Megan sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿Cómo podía besar así? ¿Cómo podía hacer que cada roce fuera un incendio? Apartó su boca y le preguntó:

—¿Cuánto tardaremos en llegar a tu casa?

—Diez minutos —dijo él, con la voz quebrada.

—No creo que pueda retenerme durante diez minutos, y ni siquiera lo voy a intentar. Ya sabes lo que me gusta. ¡Házmelo! —le ordenó, mientras reclinaba su espalda en el asiento y abría las piernas, ofreciéndose a él.

Nada más notar el contacto de su mano, soltó su primer gemido. En ese instante, Megan se prometió: «¡A la mierda mis convicciones!

Ajeno a la situación, el conductor de la limusina siguió su trayecto por la ciudad. Pero allí dentro, en aquel espacio privado, el mundo se redujo a ellos dos y a la necesidad que compartían de perderse el uno en el otro.

Rompiendo las reglas

El trayecto en la limusina hasta el ático de Wes fue un torbellino. No hubo palabras, solo miradas intensas, respiraciones agitadas y la tensión de dos cuerpos que se deseaban con desesperación. Megan confirmó que esos diez minutos eran suficientes para obtener el placer que deseaba. Pero Wes no estaba en la misma situación. Su pantalón presentaba un bulto que, si alguien se daba cuenta, provocaría, no solo un escándalo, sino también envidia.

Cuando el coche se detuvo frente al lujoso edificio, ambos hicieron un esfuerzo por recomponerse. Saludaron al portero, que les abrió la puerta con la discreción propia de quien ya lo había visto todo en aquel vestíbulo de mármol. Pero la contención no duró mucho. En cuanto las puertas del ascensor se cerraron, Wes la empujó con pasión contra la pared de acero inoxidable, atrapándola con su cuerpo.

Megan apenas tuvo tiempo de reaccionar. Sintió su cálido aliento en la piel, y el roce de sus labios en el cuello. Un escalofrío la recorrió. Cuando Wes deslizó una mano por su espalda, acercándola aún más, su respiración se entrecortó.

—No vamos a llegar al ático en una pieza —susurró ella, pero su voz era temblorosa.

Wes la miró con intensidad, con esos ojos que parecían encenderse en la penumbra del ascensor. Rozó sus labios con los suyos, y le susurró:

—Dame un solo motivo para parar.

Megan entreabrió los labios, pero en lugar de responder, tiró de su camisa y lo besó con voracidad.

Las puertas del ascensor se abrieron en el último piso. Wes, con una mano aún en la cintura de Megan, la guio hasta su apartamento. El ático era exactamente lo que Megan habría esperado de Wes Bateman: lujo, elegancia y una perfección minimalista que no dejaba nada al azar.

El salón comedor era amplio, con enormes ventanales que ofrecían una vista panorámica de la ciudad iluminada. El mobiliario combinaba sofisticación con funcionalidad, con una enorme chaise longue de piel blanca en el centro del espacio, una pieza que llamaba la atención por su diseño imponente.

La cocina office, de un negro profundo con detalles metálicos, contrastaba con la calidez de las múltiples plantas distribuidas estratégicamente en distintos puntos del apartamento. Pero lo que más destacaba era la terraza exterior, con un jacuzzi integrado y una iluminación tenue, creando un ambiente íntimo y relajante.

No hubo tiempo para contemplaciones. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Wes la arrastró hacia la chaise longue y la tumbó en ella, devorándola a besos.

Megan sintió su peso sobre el de ella, su respiración caliente contra su piel. Los botones de su camisa desaparecieron uno a uno bajo sus dedos, mientras sus cuerpos, aún vestidos, se movían al unísono, consumidos por el deseo. En apenas unos minutos, el mundo dejó de existir.

No hubo más preámbulos. Ella lo quería dentro, y él necesitaba hacerla suya. Ni siquiera le dio tiempo a desabrochar su cinturón, porque Megan tomo la iniciativa. Lo hizo con manos hábiles y, en apenas unos segundos, el miembro de Wes, libre de cualquier contención, tomó el

camino que ella indicaba, guiándolo con la mano.

Megan apartó sus bragas, y dejó libre la entrada. Lo colocó en ella y alzó las caderas, reclamándolo. Él sujetó sus piernas por debajo de los muslos, las acabó de abrir, y empezó a penetrarla con mesura, para que ella lo recibiera de forma lenta.

Al sentirlo, Megan frunció los ojos y abrió la boca, a la vez que soltaba un quejido de placer. No quería prudencia, sino desenfreno. Lo abrazó con sus piernas, rodeando su espalda, y comenzó a impulsar sus caderas hacia él en un movimiento progresivo, marcando el ritmo de las acometidas y soltando un gemido con cada una de ellas.

Wes dejó que ella llevara el control, y, con cada impulso, su miembro entraba más, hasta que la llenó. Se quedó mirando los preciosos ojos de Megan, tan parecidos a los suyos, y el maravilloso rictus de placer que mostraba su asombrado rostro. Conquistó su boca e inició un cadencioso movimiento de penetración. Sus caderas se movían al unísono, y los gemidos de ambos llenaron la estancia.

Megan apenas tardó unos minutos en sentir que los espasmos en su entrepierna aumentaban de forma exponencial. Al escuchar los irreprimibles gemidos de Wes, empezó a convulsionar bajo su cuerpo y experimentó una explosión de placer que la hizo chillar, mientras el grito de él se mezclaba con el suyo.

El silencio se llenó con las agitadas respiraciones de ambos.

—Algún día mi corazón va a estallar, Bateman —le dijo cuando pudo recuperar el aliento —. Mañana iré a hacerme una analítica.

—Pídeme hora, Carter —le dijo él, soltando una de las pocas carcajadas que ella le había oído.

Las luces de Nueva York brillaban a través del ventanal, testigos mudos de un encuentro que parecía haber estado destinado a ocurrir desde el principio.

Megan se acurrucó contra su pecho, y al poner su mano sobre el firme abdomen de Wes, sintió el acelerado latido de su corazón. El silencio entre ellos se prolongó, pero no resultó incómodo. Megan pensó que era el tipo de pausa que precedía a una conversación importante, a una confesión que lo cambiaría todo.

Deslizó los dedos sobre su piel, dibujando círculos inconscientes.

—Me he enamorado de ti —murmuró, con la voz apenas audible.

Sintió cómo el cuerpo de Wes se tensaba antes de exhalar con profundidad.

—Megan…

Ella cerró los ojos con fuerza.

—Lo sé. Sé que no es lo que querías escuchar, que para ti esto solo es…

Wes la interrumpió, girándose para mirarla directamente.

—No digas eso.

Megan tragó saliva.

—Tengo miedo, Wes —confesó, bajando la mirada—. Me doy cuenta de que voy a salir perdiendo, porque sé cómo eres. No quiero convertirme en alguien a quien vas a olvidar en

cuanto aparezca otra mujer.

Wes frunció el ceño, pero en su expresión había algo más que molestia: había angustia.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—No lo sé, Wes.

Wes se incorporó ligeramente y giró su barbilla, obligándola a mirarlo.

—¿Y si te dijera que tú no eres como las demás?

Megan sintió un vuelco en el corazón.

—Eso es lo que dicen todos los hombres para llevarte a la cama.

Él sonrió con ironía.

—¿Crees que necesito promesas para acostarme contigo?

Ella negó con la cabeza.

—No. Lo que sé es que puedes tener sexo sin sentimientos. Pero ahora… ¿Los tienes y no sabes qué hacer con ellos?

Wes la miró en silencio durante unos segundos.

—Sí. Tienes toda la razón —respondió con una temblorosa voz que ella nunca le había oído—. No sé qué hacer.

Megan suspiró y apartó la mirada.

—Por eso es un error.

Wes deslizó los dedos por su mejilla, obligándola a mirarlo de nuevo.

—¿Aún sigo en tu lista negra?

Megan sonrió con picardía.

—Varias veces he estado a punto de apuntarte, pero nunca lo he hecho. —Acabó soltando una carcajada, rompiendo la tensión del momento. Se quedó pensando—. Creo que he acertado, pero aún estoy a tiempo de rectificar.

Wes también se puso a reír con su comentario.

—En eso he ganado yo, porque he sabido eludirla —dijo satisfecho—, pero al final has ganado tú.

Megan lo miró con confusión.

—¿Yo? ¿Por qué?

Wes se inclinó sobre ella, rozando su nariz con la suya.

—Porque ahora sé que puedo volver a sentir, Megan. Yo también me he enamorado de ti, y entiendo lo que significa disfrutar del sexo cuando está unido al verdadero amor. —Acercó su boca a la suya y le dio un dulce beso—. Gracias, mi amor.

Al oír esas palabras, y el apelativo que las coronaba, Megan sintió que algo en su interior se rompía y se reconstruía al mismo tiempo. «¿Este es el frío y hierático jefe al que tanto temía?», se preguntó.

En ese momento, se sintió la mujer más feliz del mundo.

Secretos y sospechas

El viernes transcurrió con una tranquilidad inusual. No había grandes reuniones, ni urgencias de última hora, ni documentos que revisar contrarreloj. Era un día de transición, el último antes de la boda de Jane, y Megan lo agradeció.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía relajada, como si hubiera soltado un peso invisible que había estado cargando sin darse cuenta. No era solo el hecho de haber pasado la noche con Wes, sino la certeza de que aquello no era solo deseo, no era una aventura pasajera, sino algo real, profundo.

Estaba enamorada. Y lo mejor de todo, era que Wes también lo estaba.

Cuando Megan salió de su despacho, Nora, que tenía la capacidad de notar hasta el más mínimo cambio en su humor, no tardó en acercarse con una pícara sonrisa.

—Bueno, bueno… —canturreó, cruzándose de brazos—. Parece que alguien se ha despertado con mejor humor.

Megan la miró con sarcasmo, pero no pudo evitar sonreír.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y teniendo en cuenta que hasta hace dos días estabas más tensa que un cable de alta tensión, eso solo puede significar una cosa.

Megan suspiró y negó con la cabeza, con esa sonrisa que le resultaba imposible disimular.

—Está bien. Lo admito. Tenías razón. He pasado la noche con él.

—¡Bien! —exclamó Nora, triunfal, señalándola con el dedo—. ¡Sabía que este momento llegaría!

Megan se humedeció los labios y, con un susurro, reconoció:

—Me es imposible reprimir lo que siento por Wes, Nora.

La secretaria chasqueó la lengua con satisfacción.

—Bienvenida al club de las que tienen ojos y corazón funcionales.

—Hemos hablado y… él siente lo mismo. —Megan suspiró, con una expresión radiante.

La sonrisa de Nora se ensanchó.

—¿En serio? ¿El gran Wes Bateman ha caído?

—Literalmente.

—Dios mío… Necesito decírselo a todos.

—Pues te vas a callar, porque nadie puede enterarse. Lo queremos mantener en secreto —dijo Megan, muy seria—. Los compañeros de la empresa no pueden saberlo.

Nora puso los ojos en blanco.

—Me da rabia no poder contárselo a nadie.

—Me lo imagino, Nora, pero…

—No te preocupes —añadió, con la mano en el pecho—, soy una tumba.

—Eso espero.

Justo en ese momento, David apareció en escena.

—Bueno, bueno, bueno… ¿Qué es lo que me estoy perdiendo?

Megan y Nora se giraron al mismo tiempo, como si las hubieran pillado robando un banco.

—¿A qué te refieres? —preguntó Megan con fingida inocencia.

David entrecerró los ojos.

—Vamos, no me vengáis con tonterías. Os he visto cuchicheando y quiero ser partícipe del cotilleo.

—No hay ningún cotilleo —aseguró Megan, cruzando los brazos.

David soltó una carcajada.

—Por favor… Si hay algo que sé hacer bien es detectar eso. Y en este momento, mi radar de chismes está en alerta máxima.

Para no reír, Nora se mordió el labio.

—David…

—No te preocupes —la interrumpió él, con una expresión teatral—. Sé lo que pasa.

Megan lo miró con cautela.

—¿Ah, sí?

David apoyó una mano en su barbilla, como si reflexionara.

—Vamos a ver… Esta mañana, Wes estaba diferente.

—¿Diferente cómo? —preguntó Nora, haciéndose la interesada.

David señaló con un dedo en el aire.

—Estaba demasiado alegre.

Megan abrió los ojos, como si estuviera sorprendida.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

David ignoró su comentario y continuó con su exposición.

—Anoche, después de la cena, os fuisteis juntos.

—¿Y?

—Y después de ver la cara de Wes esta mañana, con esa expresión de «he dormido muy poco, pero estoy muy satisfecho», estoy seguro de que… —David chasqueó los dedos— No hace falta ser muy listo. Está claro que os habéis enrollado.

Megan lo miró con una expresión imperturbable.

—Si quieres que alguien te lo desmienta, pregúntale a tu hermano.

David se llevó una mano al pecho, fingiendo una ofensa.

—¡Oh, Megan, qué cruel eres!

—Lo sé —dijo ella con una sonrisa irónica—. Pero disfrutas con que lo sea.

David se rio y le guiñó un ojo.

—No lo negaré. Pero tarde o temprano, me enteraré.

Mientras él se alejaba con una expresión de satisfacción en el rostro, Megan suspiró. Sabía que David no la creía, con razón, y que se lo preguntaría a Wes directamente.

Nora la miró con complicidad.

—Esto se pone cada vez mejor.

Megan asintió con la cabeza, sabía que tenía razón.

Secretos antes de la boda

Megan tenía la sensación de que su calma solo era aparente. El fin de semana estaba marcado por la boda de Jane, un evento que, sin duda, sería majestuoso. Los Bateman pertenecían a una familia adinerada y respetada, y la boda de Jane no sería un evento discreto. Estaba segura de que se respiraría lujo, pero también elegancia y tradición.

Al menos ella tenía claro lo que llevaría. El vestido era una elección perfecta. Verde esmeralda, del mismo tono que sus ojos, con un corte impecable que resaltaba su silueta sin ser excesivo. Acompañaría su atuendo con la gargantilla de esmeraldas que había heredado de su abuela, una pieza discreta pero exquisita, y con una pulsera a juego. Sabía que, en medio de la alta sociedad neoyorquina, sus joyas no destacarían, pero para ella tenían un valor muy especial.

Antes de irse a casa, hizo una parada en un centro comercial. Quería que el conjunto fuera perfecto, y necesitaba comprar un par de complementos, aunque solo uno era para ella. Se puso a reír al pensarlo. Media hora después, cogía un taxi para volver a casa.

Mientras el taxista la llevaba entre el denso tráfico de la ciudad, tomó su móvil y buscó el contacto de Jane. Sabía que debía estar en pleno caos preboda, pero tenía ganas de hablar con ella.

El tono apenas sonó un par de veces antes de que Jane respondiera.

—¡Megan! Estaba a punto de llamarte.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

—Para preguntarte si hay algo que deba saber.

Aunque su amiga no pudiera verla, Megan cerró los ojos.

—No sé a qué te refieres. ¿Qué insinúas?

—Digamos que… tu querido jefe parece estar de un humor inusualmente bueno.

Megan tragó saliva.

—¿Wes?

—Sí, y créeme, me sorprende. Me ha llamado hace un rato, y aunque seguía siendo él, parecía demasiado alegre.

Megan intentó mantener la calma.

—Bueno… puede que esté contento porque mañana es la boda de su hermana.

Jane se rio.

—No me engañas, Megan. David también me ha llamado, y ha insinuado que tiene un cotilleo que va a ser un regalo de bodas.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! Y, como yo ya tenía la mosca detrás de la oreja, le he preguntado si tenía que ver con Wes. Se ha puesto a reír como un condenado —dijo enfadada—, pero no ha querido decirme nada.

Megan suspiró. David era un caso perdido.

—Así que… —continuó Jane con voz pícara— ¿hay algo que quieras contarme?

Megan se mordió el labio. ¿Se lo contaba?

Jane era encantadora, pero si le daba la más mínima pista, su instinto de hermana no la dejaría en paz hasta saberlo todo.

—Lo siento, pero tengo los labios sellados.

—Oh, venga, Megan…

—Si quieres saberlo, pregúntaselo a Wes directamente.

Jane suspiró de forma teatral.

—Sabes que no me lo va a contar.

—Entonces tendrás que esperar a que David te lo suelte.

Jane resopló.

—Malditos Bateman y sus secretos.

Megan sonrió. Si ella supiera. Entonces la escuchó decir:

—David es listo, y Wes un superdotado, pero si os pensáis que soy idiota, estáis muy equivocados. ¿Lo tienes claro, «cuñada»? —Recalcó la última palabra con retintín.

No esperó a que Megan le respondiera. Añadió:

—Mañana me lo contarás todo. Con pelos y señales, y antes de la boda. No pienso casarme hasta que lo hayas hecho. Así te enterarás de cómo somos los Bateman —la amenazó, y añadió —: Te dejo, que tengo una prueba del vestido. Un beso, cielo, y bienvenida a la familia. Hasta mañana.

Pequeños genios y grandes verdades

Megan llegó a casa un poco más tarde de lo habitual. El día había sido más largo de lo esperado, y su mente seguía procesando todo lo que había hablado con Jane. Había intentado no pensar demasiado en lo que significaba asistir a la boda con Wes, pero su subconsciente se negaba a colaborar.

Al abrir la puerta, el sonido de fichas deslizándose sobre un tablero la recibió.

—¡Ja! Te he ganado, abuela. ¡Soy el mejor! —exclamó John con su inagotable energía.

Su madre, sentada en el suelo junto a él, levantó las manos con resignación.

—Lo admito, me has destrozado.

Megan dejó su bolso en la mesa de la entrada y sonrió.

—¿Otra víctima de la temida mente maestra de mi hijo?

Su madre se giró hacia ella con una sonrisa.

—Me ha barrido con una estrategia que ni siquiera he visto venir.

Megan se acercó para ver el juego. «Batalla de Genios», un juego de mesa diseñado para niños con altas capacidades. No le sorprendía en absoluto que John lo dominara.

John levantó la vista hacia su madre con curiosidad.

—¿Mañana también trabajarás hasta tarde?

—No, cielo. Mañana tengo un evento.

La madre de Megan arqueó una ceja con interés.

—Sí, la boda de tu jefa. Me lo dijiste el otro día. ¿Estás nerviosa?

Megan se sentó en el sofá, intentando restarle importancia al asunto.

—No es mi jefa, es la hermana de mi jefe —le aclaró—. Y no, no estoy nerviosa.

—Ya. —Su madre la miró con la misma expresión analítica de siempre—. ¿Y qué opina tu jefe de que vayas con él?

Megan cogió una ficha del juego y la hizo girar entre sus dedos. Intentó mostrar indiferencia.

—Supongo que no le molesta.

—No sé… —su madre no parecía convencida—. Tu tono de voz es evasivo.

Megan bufó.

—Mamá…

—Megan…

Su madre la miró con ojos perspicaces, esos que siempre lograban sacarle la verdad.

—Vale —suspiró Megan—. Es complicado.

—No me extraña. Por lo que sé, ese hombre es intimidante.

Megan se mordió el labio. Lo último que quería era hablar de sentimientos, pero sabía que

su madre no la dejaría escapar tan fácil.

—No lo sé, mamá. Es… distinto. He empezado a sentir cosas por él, y eso me asusta.

La madre de Megan dejó las fichas sobre la mesa y la miró con dulzura.

—Cariño… cuando te asustas de lo que sientes por alguien, es porque es importante.

—Lo sé. Pero él es tan…

Se interrumpió, buscando las palabras. Fuerte. Seguro. Misterioso.

John, que había estado muy concentrado ordenando sus fichas, levantó la cabeza de repente.

—¿Estás hablando del señor con el que te fuiste el otro día?

Megan lo miró sorprendida.

—¿David? No, cielo. Su hermano.

El niño frunció el ceño, como si procesara la información.

—Ah. ¿Y él también te trata bien?

Megan sintió un nudo en la garganta. No había pensado en cómo responder a esa pregunta, pero la respuesta salió sola.

—Sí, cariño. Me trata muy bien.

John asintió, como si analizara cada palabra con su lógica infantil, pero sorprendentemente madura.

—Si te trata bien, me caerá bien.

Megan sintió un leve escalofrío en la piel. Era tan fácil para su hijo reducirlo todo a lo esencial.

Pero… ¿Y si no era tan complicado como pensaba?

Sorpresas Anticipadas

El sábado amaneció con un sol radiante. Megan, tras ducharse y arreglarse, se contempló en el espejo una última vez. El reflejo le devolvió una imagen sencilla y atractiva. Se ató el último botón de su camisa blanca de seda, los vaqueros azul cielo realzaban sus curvas con naturalidad, y las botas camperas eran la elección perfecta para su estancia en el rancho.

Antes de salir, se giró para observar los pendientes en el reflejo. No pudo evitar sonreír. Le apetecía sorprenderlo, y se había puesto los pendientes de aro que se había comprado la tarde anterior. Los que Wes siempre decía que le gustaban. Sin duda, lo notaría.

Se mordió el labio al recordar la sugerencia de Jane: «Mi habitación estará lista para ti… a menos que prefieras compartir la de Wes». Pensó en lo perspicaz que era su nueva amiga.

Megan cerró la cremallera de la maleta con un suspiro, repasando todo lo que había metido. Zapatos, joyas, mudas, neceser… todo listo para la boda.

Suspiró, tomó la maleta en la que llevaba lo imprescindible, se colgó del brazo el vestido verde que había elegido y que iba colocado en una funda de viaje, y bajó al salón.

* * *

El sonido del motor de un coche de alta gama hizo que Megan se girara. A través de la ventana, vio el elegante vehículo de Wes detenerse en la entrada. Su hijo fue el primero en salir corriendo.

—¡Mamá, ya ha llegado! —John brincaba de emoción, ajeno al peso del momento.

Megan salió de la casa, acompañada por sus padres y su hijo. Cuando él bajó del coche, ella percibió el instante en que sus ojos la recorrían de arriba abajo. No solo la miró, pareció analizar cada detalle de su espléndida figura.

—Estás… —Wes hizo una pausa, como si midiera las palabras—. Estás preciosa.

Megan sonrió con satisfacción. Podría haberlo dicho con su habitual tono contenido, pero su voz tenía una calidez que rara vez mostraba.

—Gracias —respondió, notando un leve cosquilleo en la piel.

Wes saludó con amabilidad a sus padres, estrechando la mano de su padre con firmeza y saludando a su madre con cortesía. Pero lo que realmente sorprendió a Megan fue su actitud con John.

—¿Y tú eres John? —preguntó Wes, inclinándose un poco para mirarlo a los ojos.

El niño asintió con energía.

—Sí. Mamá dice que tienes un rancho.

—Así es. —Wes sonrió, algo que raramente hacía en público—. Algún día, si quieres, puedes venir y montar a caballo.

El rostro de John se iluminó con una emoción innegable.

—¿De verdad?

—Por supuesto, pero hay que aprender a hacerlo bien —dijo con fingida seriedad—. Yo te

enseñaré, si quieres.

Megan se quedó sin palabras. No era la primera vez que veía a Wes interactuar con alguien con educación, pero sí era la primera vez que lo veía ser realmente cálido.

Mientras afirmaba con la cabeza, ilusionado, John lo miró con absoluta admiración.

—Eres muy alto —comentó el niño de pronto.

Wes dejó escapar una carcajada.

—¿Sí? Bueno, tu madre tampoco es bajita. Así que seguro que, cuando crezcas, tú también lo serás.

John sonrió, encantado con la respuesta. Tendió los brazos hacia Wes, y lo abrazó con cariño.



Capítulo 13

Las sorpresas inesperadas

Después de despedirse de sus padres, subieron al coche y cerraron las puertas. Hubo unos segundos de silencio hasta que él desvió la mirada hacia sus orejas.

—Me has fastidiado la sorpresa.

Megan frunció el ceño, sin entender.

—¿Qué sorpresa?

Wes esbozó una media sonrisa, abrió la guantera y sacó una pequeña caja envuelta con esmero.

—Iba a darte esto en el rancho.

Megan tomó la caja con curiosidad, desató el lazo y la abrió. Dentro había un juego de pendientes de aro, muy similares a los que llevaba puestos.

Ella soltó una carcajada, sorprendida por la coincidencia.

—No puede ser —dijo, mientras lo miraba con cariño.

Wes también sonrió.

—Yo también me he sorprendido cuando los he visto. Los compré ayer por la tarde.

Megan seguía riendo cuando metió la mano en su bolso y sacó una pequeña bolsa de papel.

—Bueno, entonces, la coincidencia es doble —dijo, extendiéndole la bolsa.

Wes la tomó con curiosidad y sacó una elegante pajarita negra, con ligeros trazos en tonos verde oliva y blanco.

Esta vez fue él quien se rio.

—Déjame adivinar…

—Exacto —respondió Megan con fingida solemnidad—. La compré ayer por la tarde.

Se miraron el uno al otro, todavía sonriendo. Esa inesperada coincidencia era algo que ninguno de los dos esperaba.

—Parece que estamos en sintonía —murmuró Wes, con tono pensativo.

Megan sabía que tenía razón. Muchas coincidencias, demasiadas señales. Prefirió no pensar en lo que significaba, pero le mostró una agradecida sonrisa.

—Muchas gracias, cielo. Son más bonitos que los míos —le dijo, mientras se quitaba los pendientes que llevaba, y se ponía los que acababa de sacar de la caja.

—¡Coño, Megan! Si son iguales.

—Sí, y no —le dijo con cariño—. Estos me los has regalado tú. Me gustan más.

Wes sonrió satisfecho.

Megan desvió la mirada hacia la ventana, observando los rascacielos que quedaban atrás. Aunque en ese momento no lo sabía, ese fin de semana, el de la boda de Jane, no podría olvidarlo nunca.

El viaje al rancho

Dejando atrás la bulliciosa ciudad, el coche avanzaba con suavidad por la carretera. El cielo estaba despejado y el sol de la mañana teñía de tonos dorados el paisaje a su alrededor.

Megan y Wes viajaban cómodamente en los asientos de cuero, sumidos en una conversación que fluía de forma natural, cargada de complicidad y pequeños gestos de afecto. Era extraño cómo, en cuestión de días, habían pasado de la tensión y la incertidumbre a aquella serenidad que sentían al estar juntos.

—Apuesto lo que quieras a que David ya ha cantado como un loro —dijo Megan, con una sonrisa mientras se giraba hacia Wes.

Él, con una mano en el volante y la otra descansando sobre la pierna, soltó una carcajada.

—No lo dudes. Seguro que ha estado disfrutando de cada segundo. Le encanta ponerme en evidencia.

Megan negó con la cabeza, riéndose.

—Y lo peor es que no podremos sorprendernos cuando Jane nos interrogue.

—Sé que no podremos —confirmó Wes, mirándola de reojo—, pero tampoco tengo intención de negarlo.

Megan sintió un leve cosquilleo en el estómago. La manera en la que lo dijo, con total seguridad, la desarmó por completo.

—No me digas que te has mentalizado para soportar el interrogatorio de toda la familia Bateman —lo picó ella.

Wes esbozó la maravillosa sonrisa a la que ya se empezaba a acostumbrar.

—No lo veo como un interrogatorio. Además, me hace ilusión que conozcas a mis padres.

Megan parpadeó, sorprendida.

—¿Te hace ilusión?

Él asintió con naturalidad.

—Sí. Para ellos, la familia es importante. Me gusta que estés aquí conmigo. Como mi pareja.

Megan se quedó en silencio. No porque no lo sintiera igual, sino porque era la primera vez que le escuchaba decirlo con tanta claridad.

—Pareja oficial, ¿eh? —susurró, con una sonrisa traviesa.

Wes desvió un segundo la mirada de la carretera, para mirarla con una intensidad que la hizo estremecerse.

—¿Tienes alguna objeción?

—Ninguna —respondió, mordiendo levemente su labio inferior.

Él sonrió, satisfecho.

—Bien.

* * *

El coche siguió avanzando, y Megan se permitió relajarse en el asiento, disfrutando de la compañía y del momento. Sabía que la boda sería una prueba de fuego. No solo porque todos estarían pendientes de ellos, sino porque significaba presentar su relación en un entorno completamente distinto.

Megan no tenía miedo, porque si algo tenía claro era que ya no se trataba de una simple atracción, ni de una noche impulsiva.

Lo que sentían el uno por el otro era algo real. Y eso lo hacía todo aún más intenso

.

Bienvenida al Rancho Bateman

El coche avanzaba por el camino de tierra que conducía al Rancho Bateman, dejando atrás la carretera principal. A medida que se acercaban, Megan observó con detenimiento la imponente propiedad que se extendía ante ellos.

Era el típico rancho americano, con una casa principal de dos plantas de madera clara, un gran porche que recorría toda la fachada, y unas majestuosas columnas blancas que le conferían un aire señorial. Los ventanales eran amplios, dejando ver cortinas que ondeaban con la brisa del mediodía.

A la derecha, se veían las cuadras, un gran edificio de madera oscura con un amplio techo de dos aguas. La estructura estaba impecablemente cuidada.

Wes aparcó entre estas y la casa. Se bajaron del coche, y desde allí, Megan escuchó algunos relinchos y el leve sonido de pezuñas golpeando el suelo. Le había dicho que tenían once caballos, cada uno con su box particular.

Se fijó en una chica joven con una larga trenza rubia, que estaba cepillando el lomo de un precioso caballo negro azabache. Vestía vaqueros ajustados, una camisa de cuadros y botas de montar, y su expresión reflejaba concentración mientras hablaba en voz baja con el animal.

—Esa es Ellie —comentó Wes al notar la mirada de Megan—. Se encarga del cuidado estético de los caballos. Es una artista con las crines y las pezuñas.

—¿Y la casa de allí? —preguntó Megan, señalando una estructura más pequeña, con un tejado bajo y paredes de madera clara.

—Ahí viven los vaqueros que trabajan en el rancho. Hay cuatro fijos, y algunos temporales cuando es la época de más trabajo.

Megan vio un invernadero de cristal, y una estructura lateral que parecía una cocina externa.

—Y ahí —continuó Wes— está la cocina de Mary, la esposa del capataz. Lleva aquí más años que yo, y no sé cómo lo hace, pero siempre tiene preparado algo delicioso.

—Empiezo a entender por qué os gusta tanto este lugar —dijo Megan con una sonrisa.

—Ya lo entenderás cuando pruebes sus galletas —respondió Wes con un tono de complicidad.

* * *

Mientras se acercaban a la casa, Megan pudo ver a dos figuras esperándolos en el porche.

El padre de Wes, William Bateman, era un hombre de sesenta y cinco años, con el cabello gris y un físico fuerte, propio de alguien que ha trabajado toda su vida en el campo. Vestía una camisa vaquera de manga larga remangada hasta los codos, unos pantalones vaqueros y botas de cuero gastadas.

Elizabeth Bateman estaba a su lado. Era una mujer de cincuenta y nueve años, con un porte elegante y que mostraba una dulce calidez en su mirada. Vestía un sencillo vestido beige, con un

delantal atado a la cintura, lo que indicaba que había estado ayudando en la cocina.

Al llegar hasta ellos, los rostros de los dos mayores se iluminaron.

—¡Hijo! —exclamó Elizabeth, abriendo los brazos para recibir a Wes.

—Mamá… —Él la abrazó con una amplia sonrisa, mostrando un lado de él que Megan aún no había visto.

William se acercó con pasos firmes y le dio una palmada en el hombro, antes de estrecharlo con un fuerte abrazo.

—Nos tenías abandonados, muchacho.

Wes sonrió con ese gesto sutil tan característico en él.

—Culpa del trabajo.

Su madre le dedicó una mirada de reproche, antes de centrar su atención en ella.

—Y tú debes de ser Megan. Jane nos ha hablado mucho de ti.

—Y David también —intervino William con una sonrisa sarcástica—. Nos ha comentado que eres una chica estupenda… y que no has querido ligar con él.

Megan soltó una carcajada, mientras David, que acababa de aparecer por un lateral de la casa, levantaba las manos en gesto inocente.

—¡Eh! Solo he dicho la verdad.

—Por suerte para ella —comentó Wes con un tono burlón—. Y antes de que os hagáis ilusiones, quiero aclarar que Megan solo está aquí, porque Jane me obligó a no venir solo.

Elizabeth y William se quedaron sorprendidos, y Megan giró el rostro hacia Wes, con una mezcla de incredulidad y molestia.

—¿De verdad, Bateman? —susurró Megan con ironía.

—A esto me obliga mi hermana —añadió.

Hizo un movimiento inesperado, la rodeó con un brazo por la cintura y, antes de que pudiera reaccionar, la atrajo hacia él y le dio un beso apasionado.

Fue un beso lento, profundo, con el tipo de intensidad que no deja lugar a dudas. Megan sintió que su cuerpo se tensaba por la sorpresa, pero solo fue durante un segundo. Se dejó llevar por el contacto de sus labios, su aroma.

Cuando se separaron, su madre negó con la cabeza, mientras mostraba una sonrisa.

—Wesley, siempre serás un liante.

—No sé de qué hablas, mamá —dijo él con falsa inocencia.

Su padre soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda.

—Anda, entra antes de que tu madre empiece a hacer preguntas.

Mientras Wes y William entraban en la casa, Elizabeth tomó la cintura de Megan con una familiaridad encantadora, le dio dos besos cariñosos y la invitó a pasar.

—Ven, cariño. Déjame enseñarte la casa antes de que los hombres acaparen la conversación.

Megan sonrió, sintiendo por primera vez la calidez de aquel ambiente familiar.

Justo en ese momento, David apareció por la puerta, con una pícara sonrisa en los labios.

—¿Cómo va la adaptación, Megan?

Ella le lanzó una mirada que mostraba cierta sorpresa.

—Lo cierto es que tu familia no es lo que esperaba.

David arqueó una ceja.

—¿Y qué esperabas?

—No lo sé… Quizás algo más intimidante.

David soltó una carcajada y le guiñó un ojo.

—Ya te dije que Wes no es tan rudo como parece. Al menos, no con la gente que le importa.

Megan notó la importancia de sus palabras y desvió la mirada hacia el interior de la casa, donde Wes y su padre estaban charlando. El entorno y aquellas risas compartidas, despertaron algo en ella.

La vieja pregunta que había intentado enterrar volvió a invadirla con fuerza. David, el parecido, la noche de la fiesta… ¡la paternidad de John!

Megan apretó los labios. No era el momento de pensar en eso. No ahora. Pero lo cierto es que no podía evitarlo.

Descubrimientos inesperados

El interior del Rancho era tan imponente como acogedor. Las paredes combinaban madera rústica con piedra natural, dando una sensación de calidez y solidez. El suelo de tablones de roble crujía suavemente con cada paso, impregnando el ambiente con un aroma a madera envejecida.

En el centro del gran salón, una chimenea de piedra ocupaba casi toda la pared principal, con una repisa gruesa de madera donde descansaban fotos familiares, trofeos ecuestres y pequeños detalles personales. Encima, un gran cuadro al óleo mostraba el rancho en una escena otoñal, con los caballos pastando y los árboles pintados de tonos ocres y rojizos.

Los sofás de cuero marrón oscuro estaban dispuestos en forma de U, frente a la chimenea, y acompañados de mullidos cojines en tonos tierra y mantas de lana. Varias lámparas de pie, con pantallas de tela, proyectaban una cálida luz que daba un aire aún más acogedor al ambiente.

La cocina, a la vista desde el salón, tenía una gran isla de madera, con altos taburetes, y se notaba que era el lugar predilecto para las reuniones familiares. Sobre la encimera, un gran frutero de cerámica rebosaba de manzanas rojas y verdes, y un aroma a pan recién horneado flotaba en el aire.

El padre de Wes, William, cerró la puerta con un gesto relajado y se giró hacia ellos.

—¿Os apetece tomar algo? —preguntó con voz pausada.

David se dejó caer en uno de los sofás y soltó un suspiro teatral.

—Una cerveza fría sería perfecta.

—Para mí también —asintió Wes.

William se giró hacia Megan con una sonrisa afable.

—¿Y tú, querida? ¿Te sirvo algo?

Megan negó con la cabeza mientras sonreía.

—Gracias, pero no. Prefiero ir a ver a Jane.

Elizabeth, la madre de Wes, sonrió con complicidad y señaló las escaleras de madera que llevaban al segundo piso.

—Está en su habitación, con los preparativos. Ryan llegará dentro de un rato, junto con sus padres. Ve a verla, seguro que le encantará tenerte allí. Es la tercera puerta a la derecha. Ahora subo yo, que tengo que hablar con la cocinera.

Megan asintió y subió por las escaleras, sintiendo el crujido de la madera bajo sus pies. Al llegar a la puerta de la habitación de Jane, llamó suavemente con los nudillos antes de entrar.

—¡Megan! —exclamó Jane al verla, dejando lo que estaba haciendo y abrazándola con efusividad—. ¡Me encanta que estés aquí!

Megan sonrió y correspondió al abrazo.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Jane la miró con picardía y bajó la voz.

—Tenemos una conversación pendiente, señorita Carter.

Megan levantó una ceja, fingiendo inocencia.

—¿Ah, sí?

Justo en ese momento, la voz de Elizabeth llegó desde la puerta.

—Jane, ¿sabes qué ha pasado cuando han llegado Wes y Megan?

Jane la miró expectante.

—¿Qué?

—Tu hermano la ha besado delante de nosotros —soltó Elizabeth con una sonrisa—. ¡Un beso de tornillo!

Jane soltó un grito ahogado y se llevó las manos al pecho, mirándola con ojos brillantes de emoción.

—¡Sabía que pasaría! —exclamó antes de abrazar a Megan de nuevo—. ¡Por fin, maldita sea!

Megan soltó una nerviosa carcajada y le guiñó un ojo.

—Bueno… no es para tanto.

—¿¡Qué no es para tanto!? —Jane la miró con incredulidad—. Megan, Wes no besa a nadie en público. Si ha hecho eso delante de mis padres, significa que está completamente loco por ti.

Megan bajó la mirada, sintiendo un calor inesperado en las mejillas.

—No exageres.

Jane negó con la cabeza, divertida, y se sentó en el borde de la cama.

—Escúchame bien. Wes es el mejor hombre que vas a conocer en tu vida. No lo dejes escapar.

Megan le sostuvo la mirada, conmovida por la seguridad con la que lo decía.

—No sé si estoy preparada para esto, Jane.

—Nadie lo está —replicó con una cálida sonrisa—. Pero a veces, vale la pena arriesgarse. Mírame a mí.

Megan asintió con la cabeza, pero no respondió. Jane se acomodó en la cama y cambió de tema con naturalidad.

—Por cierto, ¿cómo está tu hijo?

Elizabeth frunció el ceño con sorpresa.

—¿Tienes un niño?

Megan asintió, con una sonrisa orgullosa.

—Sí. Se llama John. Tiene siete años.

—¿Y cómo es? —preguntó la madre con curiosidad.

Megan sonrió con orgullo.

—Es muy guapo e inteligente. Ya me han dicho que tengo que llevarlo a un colegio especial.

—¿A quién se parece? —preguntó Jane—. ¿A ti o a su padre?

Megan inclinó la cabeza, pensando.

—A mí —dijo, mientras pensaba en los ojos negros de su prometido y en su pelo, que era claro—. De su padre ha sacado muy poco.

La incertidumbre saturó su mente. En ese momento tenía demasiadas dudas de que John fuera el padre del niño. Les explicó:

—Bueno… tiene el pelo negro, además de unos preciosos ojos verdes casi tan bonitos como los míos —añadió en broma, aleteando las pestañas—. Y hay algo que me encanta: su barbilla partida.

Jane frunció el ceño y ladeó la cabeza, extrañada.

—Megan… parece que estés describiendo a Wes.

El estómago de Megan se encogió.

—En lo listo, quizás —dijo, intentando sonar relajada—. Bueno, y en el color de ojos. Pero Wes no tiene la barbilla partida.

Jane soltó una carcajada.

—¡Eso lo dirás tú! El problema es que la barba se la tapa —dijo, haciendo que su corazón diera un vuelco—. No le digas nada, porque le encanta llevarla, pero está más guapo sin ella.

Jane se levantó de la cama y caminó hacia una de las estanterías.

—Mira, te quiero enseñar algo. —Cogió un marco de fotos y se lo tendió a Megan.

En la imagen, Wes, David y Jane aparecían abrazados. La fotografía tendría unos quince años. Wes estaba en el centro, con el pelo más largo y una sonrisa despreocupada.

Pero lo que captó la atención de Megan fue su barbilla. El mismo hoyuelo. El mismo rasgo que tenía su hijo. Megan abrió los ojos como platos. No podía ser, pero la herencia genética no mentía. Y entonces pensó que la de David era la misma que la de su hermano, y que también se la podía transmitir a su descendencia.

Ahora, más que nunca, tenía que descubrir la verdad. Necesitaba hablar con David.

* * *

Tras estar un rato en la habitación de Jane, bajaron al salón y se juntaron con los hombres. Las dos chicas se abrieron una cerveza, y el único de los hombres que se quedó con ellas fue David. El padre y Wes se fueron a las cuadras, para que le enseñara algo de los caballos.

En un momento dado, Jane les dijo que tenía que hablar con la cocinera y su madre, que estaban en la cocina acabando de preparar unas galletas para la fiesta. Era lo único que se prepararía allí, porque lo demás lo llevaría el catering, que se encargaba de todo. La ceremonia era a última hora de la tarde, y después habría cena y baile.

Cuando se quedaron solos, Megan decidió que era el momento de hablar con David.

—¿Qué te parece si me enseñas el jardín? —Lo miró intentando mostrar calma, y añadió —: Me gustaría preguntarte algo, y creo que ese lugar es muy apropiado.

David se la quedó mirando, muy sorprendido.

—¿No me digas que ahora me quieres declarar tu amor? —dijo en broma—. Eres la pareja de mi hermano, y eso, para mí, es sagrado.

Megan se tuvo que reír con el absurdo comentario de David.

—No seas idiota, David. Es importante. Al menos para mí —le dijo sonriendo, pero en un tono de voz que no dejaba lugar a dudas.

—Claro, Megan. Disculpa. Vamos fuera —comentó, en tono conciliador.

El enfrentamiento con David

Megan inhaló profundamente antes de hablar. El aire del jardín del rancho tenía un aroma embriagador, mezclado con el olor a hierba recién cortada y el leve perfume de las flores silvestres que crecían junto a la valla de madera. El lugar era precioso, pero su mente era incapaz de disfrutarlo.

David se apoyó contra una de las columnas del porche, con los brazos cruzados y una expresión preocupada.

—Dime, Carter. ¿De qué quieres hablar conmigo?

Megan se humedeció los labios.

—Necesito que me digas la verdad —su voz sonó firme, pero su corazón martilleaba en su pecho—. Me gustaría saber qué pasó en la fiesta de graduación.

David la miró extrañado. No entendía nada.

—¿Qué fiesta? —preguntó con el ceño fruncido.

—La de la fraternidad. Año 2015. Concurso de chupitos.

David entrecerró los ojos, muy sorprendido.

—Megan, han pasado muchos años. Me acuerdo de esa fiesta, ya lo hablamos el otro día, pero… ¿qué quieres saber? ¿Por qué te interesa?

Ella lo miró fijamente.

—Esa noche pasó algo.

David ladeó la cabeza, intrigado.

—¿Algo como qué?

Megan dio un paso hacia él y se cruzó de brazos. No quería dar más información de la necesaria. Al menos, todavía no.

—¿Tú participaste en la ruleta de chupitos?

David sonrió con nostalgia, y asintió con la cabeza.

—¡Por supuesto! Fue legendaria.

—¿Recuerdas haber visto a una chica con gafas? Eran gruesas, de concha, con montura negra.

David arrugó la frente y negó lentamente.

—Yo… no lo sé. Lo dudo. Había mucha gente y todos íbamos borrachos.

Megan tragó saliva, sintiendo que su garganta se cerraba.

—Yo estuve allí. Esa chica de la que hablo era yo.

David parpadeó, sorprendido.

—¿En serio? No puede ser.

—Sí puede. Yo estaba borracha. Muy borracha. Y uno de los chicos de la ruleta se ofreció a acompañarme al baño.

El rostro de David cambió. No le gustó la dirección que llevaba la conversación.

—Megan… ¿qué pasó?

—Intentó agredirme.

David se tensó de inmediato.

—¿Quién fue?

Megan sacudió la cabeza.

—No lo sé, David. No me acuerdo de cómo era. Alto, con el pelo revuelto… Yo estaba mareada, pero grité —dijo, afectada, nerviosa—. Lo que recuerdo es que alguien entró en el baño y lo sacó de allí.

—Pues… no sé, Megan. Yo no…

—Lo hizo un chico con el pelo largo y coleta. Ese es uno de mis últimos recuerdos de aquella noche.

David entrecerró los ojos, tratando de recordar.

—Ese no fui yo —dijo, mientras lo negaba con la cabeza.

Megan sintió que el suelo temblaba bajo sus pies.

—¿Estás seguro?

David asintió sin dudar.

—Algo así no lo habría olvidado, te lo aseguro. Por borracho que estuviera.

El estómago de Megan se contrajo.

—Entonces… ¿nunca sabré quién…? —No llegó a acabar la frase.

David frunció el ceño y su expresión cambió de golpe.

—Wes.

El mundo de Megan se tambaleó.

—¿Qué?

David asintió lentamente, como si acabara de encajar todas las piezas del rompecabezas.

—Mi hermano también estuvo en esa fiesta.

Megan lo miró con incredulidad.

—No. Eso no es posible. Él no estudió en Yale, y ya había acabado su carrera hacía años.

—Sí, es cierto, pero Wes acababa de volver de un viaje por la India. Se había dejado el pelo muy largo, y lo llevaba recogido en una coleta… Nos parecíamos mucho, bromearon con eso.

Megan sintió que un escalofrío recorría su espalda.

—¿También llevaba barba?

David afirmó con la cabeza.

—Sí, en eso no ha cambiado. Acababa de romper con Ava, por eso se fue a vivir fuera. Era la hija de uno de sus profesores, y llevaban un año saliendo —comentó David—. Se la encontró

con otro tipo en la cama. Wes se derrumbó, y se largó de un día para otro —le aclaró—. Dejó la empresa a cargo de Paul Ridley. Era un inversor que trabajó con él, hasta que se jubiló. Wes se fue a la India.

—Y ¿por qué estaba allí, en la fiesta?

—Porque yo lo invité. Había mucha gente que no era de nuestra promoción. Se emborrachó tanto, que a mitad de la noche desapareció. No lo volví a ver hasta el día siguiente.

Megan sintió que la realidad se resquebrajaba. Muchas veces había pensado que el chico que la rescató fue el que se acostó con ella. Pero cabía la posibilidad de que solo la hubiera dejado allí, y que entrara otra persona.

Pero… ¿Si fue Wes…? ¿Y si el hombre del que se había enamorado era el mismo que se aprovechó de su vulnerabilidad aquella noche?

El aire se volvió denso. Le dijo:

—Cuando me desperté por la mañana, estaba en la cama, desnuda, y a mi lado había un chico también desnudo. No vi su cara, porque salí de allí. Nunca he sabido quién abusó de mí aquella noche.

Miró a David y vio que él negaba con la cabeza, aturdido por su confesión. Se lo quedó mirando y le dijo:

—David… —su voz tembló—. ¿Y si fue él?

David negó con firmeza de forma categórica.

—Megan, si Wes te llevó a una habitación, no fue para aprovecharse de ti. Eso te lo aseguro.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque lo conozco. Porque es mi hermano. Él sería incapaz de hacer algo así.

Megan desvió la mirada hacia el rancho, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

—Por favor, no le digas nada. —le pidió con los ojos llorosos—. Yo hablaré con él. Necesito saber la verdad, y la única persona que la conoce es Wes.

El pasado que nos persigue

Megan sintió un nudo en el estómago cuando vio a Wes regresar con su padre desde las cuadras. El sol del mediodía iluminaba su rostro, resaltando sus preciosos ojos y aquella expresión tranquila que siempre mostraba. Pero ella no estaba tranquila. No después de lo que acababa de escuchar de David.

Necesitaba respuestas.

—Dile a Wes que estoy en el jardín, por favor —le pidió a David con una voz temblorosa.

David asintió y puso la mano en su brazo, con un gesto cariñoso.

—¿Estás bien?

Megan forzó una sonrisa.

—Solo necesito un poco de aire.

David dudó, pero la dejó sola con sus pensamientos.

Apenas unos minutos después, Wes llegó hasta ella y la miró con atención.

—David me ha dicho que estabas aquí.

Megan respiró hondo y forzó una expresión despreocupada.

—Me encantaría ver los caballos.

Wes frunció el ceño.

—¿Sabes montar?

—No, pero me gustan mucho.

Wes sonrió levemente.

—Bien, vamos, pero tendremos que solucionar eso.

Caminaron juntos hacia los establos. Megan necesitaba una estrategia para descubrir la verdad sin que Wes sospechara. Y la encontró en el juego de la seducción.

—¿Sabes que siempre he tenido algunas fantasías? —le comentó con sensualidad, deslizando los dedos por la madera del establo mientras avanzaban.

—¿Ah, sí? —preguntó Wes en un tono divertido.

Megan se giró hacia él, con una sonrisa traviesa.

—Claro, y una de ellas es hacerlo en un lugar donde podríamos ser descubiertos.

Wes se cruzó de brazos y la observó con atención. Se quedó pensativo un momento y se acercó a ella.

—Si lo que buscas es cumplir esa fantasía, el establo es un buen lugar. No suele venir nadie.

Megan soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—No creo que sea el momento adecuado, pero te acepto la sugerencia —le dijo, con la mejor sonrisa que fue capaz de mostrar en ese momento.

Wes la estudió unos segundos antes de esbozar una sonrisa.

—Supongo que encontraremos un momento mejor.

Megan asintió, sabiendo que su plan avanzaba. Ahora venía lo difícil.

—Esa es una de ellas. En realidad, solo tengo dos —dijo, en un tono de voz cargado de inocencia—. La segunda es acostarme con un desconocido. Alguien de quien no sepa nada y al que nunca vuelva a ver.

—Esa ya no la puedo cumplir, Megan. —Wes parpadeó, sorprendido—. Y reconozco que me pone algo celoso que te la plantees en este momento.

Megan lo miró con aire de desafío.

—¿Y tú? ¿Has cumplido alguna de ellas?

Wes desvió la mirada por un instante, y alzó los hombros, como si fuera algo normal.

—He estado con mujeres en lugares públicos, si te refieres a eso, pero nunca me he acostado con una desconocida.

Megan se mordió el labio.

—¿Nunca?

Antes de responder, Wes pareció dudar durante un instante.

—Bueno… una vez.

El corazón de Megan se detuvo.

—¿Sí? ¿En serio?

Wes asintió.

—Fue hace muchos años, durante una fiesta. Iba muy borracho y, cuando fui al baño, un tipo estaba manoseando a una chica. Lo aparté y lo saqué de allí.

Megan sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—¿Qué pasó después?

—Ella también estaba borracha. Iba muy mal. La llevé a una habitación, para que nadie la molestara. La acosté en la cama y me senté a su lado para asegurarme de que estuviera bien. Pero me quedé dormido.

Megan contuvo la respiración.

—¿Y luego? ¿Si te quedaste dormido…?

Wes frunció los labios, recordando.

—Ella me despertó al cabo de un rato. Estaba oscuro, y por la ventana apenas entraba la luz de la calle. Me abrazó y me dijo que era su héroe. Y entonces, sin mediar palabra, me empezó a besar.

Megan notó que su corazón latía con fuerza.

—¿No la detuviste?

Wes negó con la cabeza.

—No. Ambos íbamos borrachos, y todo era muy dulce. La situación se calentó y… —alzó los hombros—. Lo hicimos una sola vez y después nos dormimos. Cuando me desperté, ya se había ido —dijo con una sonrisa—. Supongo que eso cumple los requisitos de tu fantasía.

Megan sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

—¿Recuerdas cómo era ella?

—No sé, Megan. Hace mucho tiempo y estaba muy borracho. Ya te he dicho que no la vi estando sereno, porque cuando me desperté ya no estaba —dijo, frunciendo los labios—. Solo tengo imágenes muy difusas, pero me parece recordar que era morena… y creo que llevaba gafas. —Se la quedó mirando y le preguntó—: Pero ¿por qué te interesa tanto?

Todo se volvió borroso. Megan sintió que le faltaba el aire. «¡Era yo!», se gritó. Wes notó que algo había cambiado en su expresión.

—¿Megan? ¿Estás bien? —le preguntó muy preocupado al ver su palidez.

Pero ella no pudo responder, porque la verdad acababa de golpearla como un huracán.

La verdad al descubierto

Megan apenas lograba calmar el torbellino de emociones que sentía en el pecho. Necesitaba salir del establo, le faltaba el aire.

—Quiero salir de aquí —murmuró, alejándose de Wes sin esperarlo.

Él la siguió en silencio, con el ceño fruncido.

Caminaron sin rumbo fijo, siguiendo el sendero que bordeaba la propiedad. El viento agitaba las hojas de los árboles, pero Megan apenas lo notaba.

Wes se mantenía a su lado, observándola con atención.

—¿Vas a decirme qué está pasando?

Megan tragó saliva. Había llegado el momento.

—Hay algo que necesito explicarte.

Wes se cruzó de brazos y asintió con lentitud.

—Te escucho.

Megan respiró hondo y fijó la mirada en el suelo.

—Yo… yo estuve en esa fiesta.

Wes se tensó.

—¿Qué?

—Esa noche. Yo estaba allí —continuó, sin mirarlo—. Participé en el juego de chupitos. Me emborraché. Mucho.

Sintió la mirada intensa de Wes sobre ella, pero no se detuvo.

—Un chico se ofreció a llevarme al baño, y… empezó a tocarme. Yo intenté apartarlo, pero…

Wes apretó la mandíbula, sus ojos brillaban de una forma que Megan nunca había visto. La luz de la verdad se encendió en la mente de Wes.

—Cuando David y yo cenamos en casa de Jane, salió el tema de esa fiesta —continuó Megan—. Tu hermana comentó que él llevaba el pelo largo y una coleta. Bromearon sobre eso.

Wes entrecerró los ojos, comprendiendo.

—Y dedujiste que había sido él.

Megan asintió lentamente.

—Sí. Pensé que el chico que me salvó había sido David. Pero acabo de hablar con él, y me ha dicho que tú también estuviste. Y que no fue él quien me sacó de aquel baño.

Wes tardó unos segundos en responder.

—Acababa de volver de la India.

Megan lo miró directamente a los ojos por primera vez desde que habían empezado a hablar.

—David me ha explicado que Ava te traicionó, y que desapareciste durante más de dos meses.

El rostro de Wes se ensombreció.

—Sí. Me largué a la India. Me hizo mucho daño y no podía soportar verla —dijo con un tono de voz mucho más sombrío del que ella le había escuchado nunca—. No me gusta hablar de ella, ni siquiera recordarla. Es un capítulo del libro de mi vida, pero esas hojas las arranqué hace mucho tiempo. No existe.

—Pero estuviste en esa fiesta.

Wes inspiró hondo y asintió.

—Sí, y fue una de las pocas veces en mi vida en las que me emborraché sin control. No recuerdo demasiado de esa noche.

Megan cerró los ojos un instante. Se lo dijo, con un susurro:

—Era yo, Wes —le dijo con la voz temblando—. Yo era la desconocida.

El silencio que cayó entre ellos fue absoluto. Megan lo vio parpadear, su cerebro ya había procesado la información.

—Dime que lo recuerdas —susurró ella.

Él la miró con intensidad, pero negó con la cabeza.

—No del todo. Solo fragmentos.

Megan sintió un escalofrío. Esa noche, sus vidas habían cambiado para siempre, y ninguno de ellos lo recordaba. Pero ahora, los dos sabían la verdad.

Ella completa, pero a Wes aún le faltaba por conocer la parte más importante. Vital.



Capítulo 14

Recuerdos enterrados

Megan se abrazó a sí misma, como si pudiera sostener el peso de sus propias palabras. Wes seguía allí, mirándola en completo silencio, asimilando lo que acababa de escuchar.

Ella desvió la vista hacia el horizonte. No quería ver su expresión. No quería ver el desconcierto en sus ojos.

—Voy a contarte lo que recuerdo de esa noche —susurró.

Wes tardó en asentir, pero lo hizo.

Megan tomó aire.

—Me desperté en una habitación que no reconocí. La cabeza me estallaba. Sentía la boca seca y un mareo que apenas me dejaba pensar.

Se obligó a mirar a Wes. No apartó la vista de su rostro mientras continuaba.

—Estaba desnuda. Y había un chico a mi lado, también desnudo.

Wes se tensó.

—¿Recuerdas algo más?

—No. Nada. —Megan se pasó la lengua por los labios secos—. Solo… imágenes difusas. Fragmentos sin sentido.

—¿No me viste la cara?

Megan sacudió la cabeza.

—No, estabas de espaldas. Me asusté. Me vestí rápidamente y salí de la casa sin hacer ruido. En el salón había gente tirada en los sofás, en el suelo… El caos de una fiesta universitaria.

Wes desvió la vista un momento, cerrando la mandíbula.

—Yo también me desperté solo —murmuró.

Megan cerró los ojos. Esa era la prueba final.

Había salido de esa habitación sin mirar atrás, sin saber lo que había pasado, sin ser consciente de que su vida acababa de cambiar para siempre.

—Durante la universidad llevaba las gafas que recuerdas. Unas horribles, con montura gruesa y negra. Me operé la vista después del nacimiento de John.

Wes volvió a mirarla. El silencio se volvió insoportable. Megan se abrazó los codos y siguió hablando, sintiendo que su voz se rompía en ciertos momentos.

—Tres días después de esa fiesta, John… —su voz titubeó—. John me pidió que fuera su

novia. Era mi pretendiente desde hacía tiempo.

—El que murió.

Ella asintió.

—Accedí. Empezamos a salir y… tres meses después, descubrí que estaba embarazada.

El cuerpo de Wes se tensó aún más.

—John y yo decidimos continuar con el embarazo. Estábamos enamorados, y su familia… —Megan hizo una mueca—, bueno, su familia es muy religiosa. No había otra opción.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Hasta que falleció. Justo cuando organizábamos la boda, él empezó a encontrarse mal, se fatigaba mucho.

Wes no dijo nada.

—Tenía una enfermedad genética. Una miocardiopatía hipertrófica. Es hereditaria.

Wes cerró los ojos por un momento. Una idea se empezó a forjar en su mente, pero… Necesitaba escuchar la historia completa. Le dijo:

—Y cuando nació el niño y le hicieron pruebas… —supuso.

Megan tragó saliva, y asintió.

—Y no tenía la enfermedad. Solo la hereda el 75 % de los hijos —dijo, haciendo un gesto de confusión—. Pensé que había tenido suerte.

Wes la miró fijamente y Megan asintió. El aire entre ellos se volvió denso, casi irrespirable. Megan notó que su corazón latía con fuerza. Una parte de ella deseaba que él lo negara, que le dijera que todo era una absurda coincidencia.

Pero Wes no dijo nada, porque los dos sabían la verdad.

La verdad en los detalles

Megan respiró hondo. Sabía que lo que estaba a punto de decir cambiaría todo entre ellos. Para siempre.

—Durante años me convencí de que mi hijo pertenecía a ese porcentaje que no hereda la enfermedad, pero, conforme John crecía, cada vez me asaltaban más dudas —confesó, con la voz más firme de lo que esperaba.

Sin apartar la mirada de ella, Wes frunció el ceño. Sabía cuál iba a ser el final de su explicación, y sus nervios aumentaban por segundos.

—¿Por qué tenías tantas dudas?

Megan tragó saliva.

—Porque mi hijo no se parecía en nada a él.

La frase quedó suspendida en el aire, como una amenaza latente.

Wes no dijo nada. Esperó.

—Intentaba no pensar en ello. Me convencí de que era pura casualidad. La genética es muy caprichosa.

Se abrazó a sí misma.

—Pero, cuando surgió la conversación en casa de Jane… y David dijo que había estado en la fiesta, con el pelo largo y la coleta…

Wes se puso rígido.

—Y… ¿supusiste que había sido él? ¿Que David…? —Wes no terminó la frase, pero su tono denotaba incredulidad—. ¿Pensaste que había abusado de ti?

Megan cerró los ojos un segundo.

—Sí. Lo he estado creyendo durante un tiempo. No quería creerlo, Wes —confesó Megan —. David es un ligón encantador, pero yo no recordaba nada. No sabía si el chico con el que me desperté, era el mismo que me había sacado del baño —dijo, mostrando sus dudas—. Pensé que podía haberme dejado allí, y haber entrado otro que… —Su voz tenía un tono desgarrador—. Nunca supe con quién lo hice aquella noche, y bajo qué circunstancias.

Wes se pasó una mano por la nuca. Aquello se escapaba a su control.

—Pero cuando pensaba que había sido David, algo no me acababa de cuadrar. El color de ojos, que los tiene marrones, o el pelo, que es más claro —comentó, y alzó los hombros—. Supuse que John había heredado mis rasgos. Que podía ser una simple casualidad genética.

—John los tiene verdes, como tú —recordó Wes, mientras visualizaba al niño que había conocido hacía unas horas. Entonces cayó en algo. En un tono de voz grave y reflexivo, añadió —. Y tiene la barbilla partida.

Megan asintió.

—Sí. Mi hijo… tiene la barbilla partida. Nadie en mi familia la tiene, ni en la familia de John.

El mundo pareció detenerse. Megan sintió un leve temblor en las manos. Nunca había verbalizado aquello en voz alta.

Wes respiró hondo. Todas las piezas encajaban, el puzle estaba completo. Entonces volvió a escuchar la voz de Megan.

—Esta mañana, cuando estaba con Jane y tu madre en su habitación, tu hermana me ha preguntado por John, por cómo era. —Cerró los ojos durante un instante—. Como tu madre no sabía nada, les he explicado que es un niño superdotado, con el pelo negro y los ojos verdes, y que me gusta mucho que tenga la barbilla partida.

Wes estaba en shock. Megan se esforzó en continuar, emocionada.

—Nada más decir eso, tu hermana ha hecho el comentario de que parecía que estuviera hablando de ti. Ha cogido una foto y me la ha enseñado, la que estáis los tres hermanos juntos. —Megan esbozó una sonrisa nerviosa—. El mundo se ha vuelto del revés. Ahí estabas tú. Con tu maldita barbilla partida.

Wes se pasó una mano por la boca. Sus ojos reflejaban el convencimiento de una realidad.

—Por eso has ido a hablar con David…

—Sí. Le he pedido que me dijera la verdad. Y me ha explicado lo que pasó aquella noche, y que no fue él quien me sacó del baño.—Megan sintió un nudo en el estómago—. No sé qué significa todo esto para ti, Wes. Pero para mí, lo significa todo.

—Megan… —dijo, sin apartar la vista de ella.

El nexo irrompible

Wes se quedó en silencio. Su mente, siempre lógica, siempre precisa, se quedó en blanco. Hijo. «¡Tengo un hijo con ella!», pensó. El mundo entero pareció reducirse a un solo pensamiento, una sola imagen: Su preciosa Megan, desafiante y vulnerable al mismo tiempo, pero con sus ojos verdes llenos de incertidumbre, como si temiera que el suelo bajo sus pies fuera a derrumbarse.

Pero era él quien estaba tambaleándose.

—Dilo otra vez, por favor. —Su voz apenas fue un susurro.

Megan respiró hondo. Sabía que no podía dar marcha atrás.

—Estoy segura de que John es tu hijo.

El impacto lo golpeó como un puñetazo en el estómago. Esa era una palabra que nunca había imaginado asociada a sí mismo. Él, que había construido su vida basándola en el control, en la lógica, en evitar cualquier tipo de atadura emocional…

Ahora, de repente, todo su universo giraba en torno a un niño de siete años. ¡A su hijo!

—¿Cómo es? —preguntó con voz ronca, sintiendo que el aire en sus pulmones no era suficiente.

Megan tragó saliva.

—Es… brillante. Más listo de lo que imaginas. Se interesa por todo, devora libros, hace preguntas que me dejan sin respuesta. Es curioso, independiente, noble.

Wes sintió una punzada en el pecho.

—¿Se parece a ti?

Megan lo miró con ternura.

—Tiene mi carácter, porque es muy simpático —le dijo con una sonrisa de reproche—. Pero… físicamente… —Se mordió el labio, nerviosa.

Wes lo entendió al instante.

—Es como yo.

Megan asintió.

—Ojos verdes. Como los tuyos. Tu barbilla partida. Tu maldita mirada cuando analiza algo que no entiende.

Wes cerró los ojos un segundo. Sintió una emoción extraña subirle por la garganta, una sensación de absoluta vulnerabilidad.

—Dios…

Megan dio un paso atrás. No sabía cómo reaccionaría él. ¿Se enfadaría? ¿Lo rechazaría? Pero cuando Wes volvió a mirarla, no había ni rastro de rabia en su expresión. Solo asombro. Solo emoción pura y arrolladora.

Wes exhaló un suspiro tembloroso.

—Joder…

Megan no pudo soportarlo más.

—Dime algo, Wes. Lo que sea.

Él alzó la vista y la miró con intensidad.

—No podría haber recibido una noticia mejor que esta.

Megan sintió cómo el aire volvía a sus pulmones.

—¿De verdad?

—Por supuesto que sí.

Su tono era firme, indiscutible. No había ningún matiz de duda en sus palabras. Megan cerró los ojos, sintiendo que todo su miedo se evaporaba. Wes dio un paso hacia ella, y luego otro. Hasta que la tuvo justo delante.

—Tienes miedo —susurró.

—Sí. —Megan no lo negó. No podía—. Estoy aterrada.

Wes levantó una mano y le acarició la mejilla.

—¿Crees que me voy a alejar de ti?

—No lo sé… —Su voz sonó frágil.

Wes negó con suavidad.

—Megan, te amo. Eso ya lo sabías y creo que te lo he demostrado lo suficiente —dijo con su grave voz, que se entrecortaba al hablar—. Y ahora sé que tengo un hijo contigo.

Ella sintió que su corazón se encogía.

—Wes…

—Te amo. Y nada de lo que digas va a cambiarlo, todo lo contrario.

Megan sintió que sus ojos se anegaban de lágrimas de felicidad.

—Yo también te amo, Wes.

Él sonrió levemente.

—Lo sé.

La abrazó con todo su cariño y la besó. Fue un beso cargado de todo lo que eran, y de todo lo que serían. Porque ya no había vuelta atrás.

Ahora eran tres.

* * *

El bullicio en la casa era reconfortante. La familia Bateman al completo, junto con los padres de Ryan, estaban en el salón, esperándolos.

Cogida de la mano de Wes, Megan intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir. Se esforzaba en actuar con naturalidad, pero su mente seguía reviviendo la conversación en los establos, el paseo por el jardín, y la revelación que lo había cambiado todo.

Cuando entraron, Jane se apresuró a presentarle a los padres de Ryan.

—Megan, estos son Charles y Evelyn Crawford, los padres de Ryan —dijo con entusiasmo —. Y por supuesto, ya conoces al futuro marido más guapo del planeta —añadió, entrelazando su mano con la de su prometido.

Ryan sonrió con esa calidez que lo caracterizaba y besó a Megan en la mejilla.

—Jane no deja de hablar de ti —comentó con un tono afable—. Creo que te ha adoptado oficialmente en la familia Bateman.

Megan sonrió, intentando que no se notara el torbellino de emociones que llevaba dentro.

—Es mutuo. Jane es una persona increíble —respondió, mientras la madre de Wes los invitaba a pasar al comedor.

La comida transcurrió con calma. Las conversaciones giraron alrededor de la boda, la decoración floral y anécdotas de la infancia de Jane.

Tras acabar el segundo plato, Megan sintió la respiración de Wes cerca de su oído.

—¿Cómo estás? —le susurró, inclinándose hacia ella.

Megan sintió un leve escalofrío recorrer su espalda, pero mantuvo la compostura.

—Aún estoy asimilando todo esto.

—Yo también —admitió él, con la voz tan grave que le erizó la piel—. Cuando acabemos los postres, te cederé la palabra.

Megan asintió, y su nerviosismo se disparó pensando en lo que iba a ocurrir.

Llegó el postre, un Coulant de chocolate con helado de vainilla, y apenas cinco minutos después, pasaron a recoger los platos para servir los cafés.

Wes dejó la copa de vino sobre la mesa y carraspeó, reclamando la atención de todos.

—Tengo algo importante que decir.

Las conversaciones cesaron de inmediato. Jane levantó una ceja, David se cruzó de brazos con aire divertido, y los demás lo miraron con curiosidad.

—Nos vas a decir que has adoptado un perro, ¿verdad? —bromeó David—. Es la única manera en la que podrías sorprendernos.

Wes le lanzó una mirada impasible antes de tomar la mano de Megan bajo la mesa.

—No exactamente —replicó con una sonrisa apenas perceptible—. La noticia no es solo mía…

Todos los ojos se posaron en Megan. Su corazón latía con fuerza, pero cuando Wes le dio un leve apretón en la mano, sintió que podía hacerlo.

—Y, lo que debéis conocer, le he pedido a Megan que sea ella la que os lo explique.

Todos los ojos se clavaron en los suyos y un silencio expectante se extendió en el comedor. Su corazón latía con fuerza, pero cuando Wes volvió a darle un suave apretón en la mano, encontró la valentía que necesitaba.

Sintió la presión de todas las miradas sobre ella, pero se puso de pie y cruzó la mirada por

cada rostro de la familia Bateman y los Crawford. Notó la mezcla de curiosidad y desconcierto en sus expresiones. Jane, con el ceño levemente fruncido, fue la primera en hablar.

—Megan, cariño, nos estás poniendo nerviosos. ¿Qué ocurre?

Megan respiró hondo. Sintió la garganta seca, pero se obligó a hablar con firmeza.

—Quiero contaros algo que, hasta ahora, solo unas pocas personas sabían sobre mi vida, y tiene que ver con John, mi hijo.

Los ojos de Jane se agrandaron, y su madre, Evelyn, le dirigió una mirada de preocupación.

—John tiene siete años —continuó Megan—. Siempre he sido muy reservada con mi vida personal, pero dado que ahora estoy aquí con vosotros, y que de alguna manera ya formáis parte de mi vida, quiero que lo sepáis.

Tomó aire antes de proseguir.

—Cuando tenía veinticinco años, justo después de terminar la universidad, conocí a un hombre maravilloso. Se llamaba John, igual que mi hijo. Nos enamoramos, y todo en nuestra vida era perfecto.

Un leve nudo se formó en su garganta, pero no dejó que su voz temblara.

—John provenía de una familia profundamente religiosa, y cuando supe que estaba embarazada, decidimos casarnos. Éramos felices, o al menos eso creíamos. Pero…

Hizo una pausa, y sus dedos se apretaron contra la tela de su vestido.

—John tenía un problema médico que no conocíamos. Es una condición hereditaria, una miocardiopatía hipertrófica. El caso es que mi prometido murió de forma repentina cuando solo faltaban tres meses para nuestra boda.

Un murmullo de sorpresa recorrió la mesa. Jane se llevó una mano a la boca, conmovida.

—Oh, Megan… —murmuró su suegra, mirándola con tristeza.

Wes, sentado a su lado, deslizó su mano hasta la suya bajo la mesa, en un gesto de apoyo. Megan cerró los ojos un segundo antes de continuar.

—Cuando nació, los médicos le hicieron pruebas genéticas para ver si había heredado la enfermedad de su padre. Pero el resultado fue negativo. Lo atribuí al hecho de que no todos los hijos heredan el gen. Pero hace poco…

Su mirada se dirigió a Wes, quien la observaba con una intensidad profunda.

—Hace poco, descubrí algo que me hizo replantearme toda mi historia.

Se tomó un instante. Sabía que estaba a punto de cambiar la vida de todos en esa habitación.

—Siempre pensé que John era el padre de mi hijo. Pero en estos últimos días… me he dado cuenta de que hay algo que nunca había considerado.

Los ojos de David se estrecharon con interés, y Jane parecía contener el aliento.

—Cuando estuvimos cenando en vuestra casa —dijo, mirando a Jane y a Ryan—, hablasteis de una fiesta de graduación en la que estuvo David, pero lo que no sabéis es que yo

también estuve allí esa noche.

La familia intercambió miradas confusas, sin entender todavía el punto de su historia. Megan tragó saliva y reunió todo su valor.

—Durante esa fiesta, bebí demasiado y sufrí un intento de agresión por parte de uno de los chicos. Cuando estaba forcejeando con él, alguien me rescató… Era un chico con el pelo largo y una coleta.

Megan hizo una pausa para tomar aire. Sentía la mirada de Wes sobre ella, su apoyo, firme y silencioso, pero era su turno de hablar. Debía ser ella quien contara su historia.

—Hace unos días, cuando Jane y Ryan me invitaron a cenar en su casa, surgió el tema de aquella fiesta —continuó—, y escuché a David bromear sobre cómo, en esa época, llevaba el pelo largo y una coleta. Fue inevitable que mi mente conectara los borrosos recuerdos de esa noche con lo que él describía. Por un momento, llegué a pensar que él había sido el chico que me rescató del baño.

La madre de Wes ahogó un leve jadeo, mientras el padre fruncía el ceño con seriedad. Jane y David intercambiaron una mirada, pero no interrumpieron.

—Como tenía demasiadas dudas, necesitaba hablar con David, en privado —prosiguió Megan—. Me confirmó que estuvo en esa fiesta, pero que no recordaba nada de lo que yo le estaba contando. Y luego, ante mi sorpresa, me reveló que Wes también estaba allí aquella noche.

Jane arrugó la frente, visiblemente confundida.

—Pero… Wes no tenía el pelo largo en la universidad.

—No, no lo tenía —intervino David—. Pero acababa de volver de un viaje por la India, y se lo había dejado crecer.

El desconcierto en el rostro de Jane se transformó en comprensión, y sus labios se entreabrieron con sorpresa.

—En ese momento me di cuenta de que todo lo que había supuesto desde la noche de la cena, era erróneo —dijo Megan con voz pausada—, porque no fue David quien me rescató, sino Wes.

El silencio que siguió fue abrumador. Evelyn, la madre de Wes, cubrió su boca con una mano, mientras su esposo, con los brazos cruzados, asentía lentamente, asimilando la historia.

—Esa noche, después de sacarme del baño, Wes se quedó conmigo en una habitación, para asegurarse de que estaba bien —continuó Megan—. Los dos habíamos bebido demasiado. Yo estaba desorientada, y él también. Ni él ni yo recordamos los detalles con claridad… pero lo que sí sabemos ahora es que esa noche… —El silencio se podía cortar. Las miradas de todos ellos estaban clavadas en Megan, esperando que acabara la frase—. Esa noche concebimos a John.

Jane se llevó una mano al pecho, impactada.

—Espera, espera… —dijo, parpadeando—. ¿Me estás diciendo que…?

—Sí —respondió Megan mientras asentía con la cabeza—. Estamos seguros de que John es hijo de Wes.

La madre de Wes dejó escapar un sollozo contenido y se levantó de su silla para acercarse a Megan. Sus manos temblaban cuando la tomó entre las suyas.

—Oh, cielo… —susurró con la voz quebrada—. ¿Has estado sola todo este tiempo?

Megan sintió que la emoción le cerraba la garganta, pero negó suavemente con la cabeza.

—No. Nunca he estado sola. He tenido a mi familia, a mis amigos. Y John es el mayor regalo que la vida me ha dado.

Evelyn dejó escapar una risa entre lágrimas y se giró hacia su hijo.

—Wesley… —murmuró, sin poder terminar la frase.

Wes, que había permanecido en silencio, observando con una mezcla de orgullo y admiración cómo Megan transmitía la noticia, sonrió feliz.

—Sé que es mucho para asimilar —dijo con calma—, pero puedo decir con absoluta certeza, que esto es lo mejor que me ha pasado en la vida.

El padre de Wes asintió con aprobación.

—Bien dicho, hijo.

Jane, aún en shock, empezó a reír de pura incredulidad.

—¡Esto es increíble! —exclamó—. ¡Tengo un sobrino de siete años y me acabo de enterar!

David soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda a Wes.

—Y tú, que siempre decías que no estabas hecho para ser padre…

—Y yo que pensaba que eras tú el que tenía algún hijo perdido —replicó Wes con ironía.

David se llevó una mano al pecho, intentando parecer ofendido, y Megan se puso a reír. Jane se levantó para abrazarla.

—Sabía que, mi hermano y tú, teníais algo especial —susurró—. Pero te puedo asegurar que nunca imaginé que fuera tanto.

Megan se rio y miró a Wes, quien la observaba con una calidez en los ojos que la derretía por dentro.

—No lo planeamos —dijo él—. Pero aquí estamos. Y no podría ser más feliz.

Evelyn tomó la mano de Megan con cariño.

—Tenemos que conocer a nuestro nieto cuanto antes.

Megan asintió con emoción, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

—Muy pronto —prometió.

En ese momento, Jane hizo una pregunta que nadie se atrevió a cuestionar.

—¿Alguno de vosotros aún no ha adivinado cuál ha sido mi mejor regalo de bodas?

Una invitada especial

Faltaba una hora para el inicio del enlace, y Megan salió al jardín. Los invitados aún no habían llegado, y se respiraba la tranquilidad que precedía al maravilloso caos que se desataría a partir de ese momento.

El vestido verde esmeralda que había elegido, abrazaba su silueta con una elegancia natural, y las joyas heredadas de su abuela resaltaban sobre su piel. No era ostentoso, pero el conjunto desprendía una sofisticación serena que encajaba a la perfección con la ocasión.

Mientras estaba mirando un precioso parterre de rosas, vio salir de la casa a David. Parecía estar nervioso, pero no era algo inhabitual en él, muy diferente a la calma y control que siempre mostraba su hermano.

Megan entrecerró los ojos, y se le acercó, con una mezcla de incredulidad y diversión.

—Dime la verdad, Bateman —dijo con tono burlón—. ¿Qué ha pasado con tu harén? ¿No tienes pareja? ¡No me digas que la leyenda del gran conquistador ha llegado a su fin!

David sonrió con suficiencia y metió las manos en los bolsillos. Se inclinó hacia ella.

—Aunque aún no lo sepas, tus palabras encierran una gran verdad —dijo en un tono de voz muy sospechoso—. Pero, para la boda de mi hermana, he preferido traer a alguien especial. Y creo que te vas a llevar una sorpresa.

Antes de que pudiera replicar, el motor de una limusina irrumpió en la tranquilidad del rancho. Megan se giró hacia la entrada y, en cuanto vio a la mujer que descendía del vehículo, su expresión se iluminó.

—¡Nora! —exclamó, corriendo hacia su amiga.

Nora, caminaba con seguridad. Estaba preciosa, vestida con un conjunto veraniego impecable y unas gafas de sol que realzaban su aura de sofisticación. Ella le devolvió la sonrisa y se apresuró, para abrazarla con fuerza.

—Antes de que digas nada, te diré que no te has vuelto loca —dijo, con un tono cómplice —. Sí, estoy aquí, con David. Pero tranquila, no me he dado un golpe en la cabeza ni he perdido la razón.

Megan arqueó una ceja y se giró hacia David, que sonreía con una expresión de auténtico triunfo.

—¿En serio, Nora? ¿Tú y él? —Se lo quedó mirando—. ¿Cómo has convencido a la mujer más pragmática de Nueva York para que salga contigo? ¿Qué has hecho? ¿Le has prometido un fondo de inversión solo para ella?

Nora soltó una carcajada, se quitó las gafas de sol con un gesto dramático, y respondió por él.

—Por supuesto que no. Pero le he dejado claro que si quiere estar conmigo, no pienso compartirlo con nadie —miró a David con fingida severidad—. Le he dado un voto de confianza, solo uno, pero, si se pasa de la raya, me perderá.

David alzó las manos en un gesto de inocencia.

—Lo tengo claro. Sé que estoy a prueba, pero soy un hombre reformado.

Megan negó con la cabeza, divertida. Luego, sin poder evitarlo, Nora la miró con ojos expectantes.

—Vale, ahora que yo he confesado mi locura —dijo, cruzando los brazos—, dime cuál es la sorpresa que David me ha prometido. Porque, según él, voy a alucinar.

Megan le sonrió con complicidad y tomó su mano.

—Ha sido algo increíble. Una impensable casualidad. Resulta que el padre de mi hijo no es quien yo creía, Nora. —Hizo una pequeña pausa, cargada de emoción, y añadió—: Es Wes.

El rostro de Nora pasó de la sorpresa al asombro en cuestión de segundos.

—¡Espera, espera, espera! ¿Qué? ¡Esto me lo tienes que explicar! ¿Cómo…?

Megan le resumió lo que había descubierto en los últimos días. Cuando terminó, Nora la abrazó con fuerza.

—No puedo creerlo —susurró—. Esto es maravilloso, Megan.

Megan sintió un nudo en la garganta al escuchar sus palabras. Sentía una felicidad abrumadora. Nora le apretó los brazos y luego miró de reojo a David, con una sonrisa juguetona.

—Quién sabe, Megan —le dijo, girando la cabeza hacia él—. Si este maravilloso idiota se porta bien, quizás algún día nos convirtamos en cuñadas.

Los tres soltaron una carcajada. A pesar de todas las sorpresas y emociones, la felicidad era un hecho innegable.

Megan pensó que aquella boda sería el escenario perfecto para celebrar, no solo la unión de Jane y Ryan, sino, tal vez, el comienzo de otras historias que estaban por escribir.

«Nuestro para siempre»

La música que flotaba en el aire se mezclaba con la cálida brisa de la noche. Las luces colgantes iluminaban el rancho con un resplandor dorado y tenue, creando una atmósfera mágica mientras la boda llegaba a su punto culminante.

Los más de trescientos invitados se encontraban en el jardín principal, que estaba repleto de mesas donde los camareros servían delicados aperitivos gourmet y copas de champán.

La iluminación, muy tenue, con hileras de bombillas y los candelabros, creaba un ambiente íntimo y sofisticado. El aroma a lavanda y jazmín flotaba en el aire, mezclándose con las risas y las conversaciones animadas de los invitados.

El menú había sido cuidadosamente seleccionado: como entrada, un carpaccio de ternera con lascas de parmesano y reducción de balsámico, seguido de lubina a la sal con espárragos frescos, y solomillo con salsa de trufa y puré de patatas cremoso.

Para el postre, la impresionante tarta nupcial de varios pisos, decorada con flores naturales y un delicado fondant perlado.

* * *

La cena transcurrió entre brindis emotivos y risas. La tenue luz de los candelabros, proyectaba reflejos dorados sobre las mesas, y el murmullo de las conversaciones creaba un ambiente cálido y distendido. Los discursos de los padres de los novios arrancaron sonrisas, y alguna que otra lágrima.

Cuando los postres fueron servidos y la última copa de vino se vació, las luces del jardín se atenuaron ligeramente y un foco iluminó el centro de la pista de baile. La suave melodía de un piano comenzó a sonar, marcando el momento más esperado de la noche: el primer baile de los recién casados.

Jane y Ryan se miraron con complicidad antes de deslizarse sobre la pista, envueltos en la armonía de una balada que parecía hecha para ellos. La música envolvía el ambiente, arrastrando a los invitados hacia el romance del momento.

Y entonces, tras unos instantes de intimidad para los novios, la melodía cambió. El ritmo se volvió más vibrante, una invitación clara para que todos se unieran a la pista. Los murmullos se transformaron en risas animadas y, en cuestión de segundos, los invitados se mezclaron en un torbellino de alegría y movimiento.

La noche apenas comenzaba.

* * *

Megan se encontraba junto a la pista de baile, con una copa de champán en la mano, observando cómo Jane y Ryan se miraban con devoción absoluta. Era imposible no emocionarse con aquella escena. Pero su atención se desvió hacia Wes, que estaba apoyado en una de las columnas de madera.

Estaba muy guapo, y la pajarita negra y verde que le había regalado resaltaba su elegancia, sin parecer tan serio. Tenía la mirada intensa que siempre la ponía nerviosa. Nunca necesitaba decir nada, porque sus ojos hablaban por él.

Avanzó hacia ella con lentitud, como si supiera que cada paso que daba aumentaba la atracción entre ellos. Cuando llegó, dejó su copa sobre una de las mesas. Sin previo aviso, la tomó por la cintura y la atrajo hacia él.

—¿Bailas conmigo? —su voz grave, profunda, fue una caricia para sus oídos.

—¿Tú no eras el que no bailaba? —le preguntó, sarcástica y sorprendida.

—Por ti, voy a hacer una excepción.

Megan no pudo evitar sonreír y dejarse llevar por el cálido roce de su mano en su espalda. Sus cuerpos se balancearon al compás de la música, como si el mundo entero se hubiera detenido en aquel instante.

—No puedo dejar de mirarte —confesó él, con un tono que le erizó la piel—. Creo que llevo demasiado tiempo sin poder evitarlo.

Megan inclinó el rostro, sintiendo cómo su corazón latía con una intensidad arrolladora.

—Tú tampoco me lo pones fácil —susurró.

Wes deslizó sus dedos por la línea de su mandíbula, obligándola a mirarlo directamente a los ojos.

—Desde que te conozco, todo en mi vida ha cambiado. Has conseguido que rompa mis propias reglas, Me has hecho cuestionar mis decisiones… Y no me arrepiento de nada.

Megan sintió tensión en su pecho.

—Wes…

—Quiero estar contigo, Megan. Y no hablo de una noche, ni de un momento. No eres un capricho pasajero. Te quiero a ti. A John. A todo lo que somos y a lo que podemos ser juntos.

Megan sintió que se le humedecían los ojos.

—¿Hablas en serio?

—Nunca he hablado más en serio en mi vida.

La estrechó con fuerza contra él, y deslizó sus labios por su sien.

—Quiero que seamos una familia. Quiero que tú y John forméis parte de mi vida, sin reservas, sin miedos. Porque te amo, Megan. Y estoy seguro de que siempre te amaré.

Megan cerró los ojos, y sintió que se le aceleraba la respiración. Tenía la esperanza de escuchar esas palabras, y ahora que las oía, todo en su mundo tenía sentido.

Apoyó la frente contra la de él, dejando escapar una pequeña risa temblorosa.

—Yo también te amo, Wes. Más de lo que nunca imaginé. Jamás he amado tanto a alguien, excepto a mí… —Se le quebró la voz—. … a nuestro hijo.

Él tomó su rostro y la besó, en un gesto lleno de ternura, posesión y absoluta entrega. No había más dudas, se habían caído las barreras. Solo ellos, envueltos en una silenciosa promesa, en un amor que había surgido de la manera más inesperada, pero que ahora era imposible de

ignorar.

A su alrededor, los invitados los observaban con sonrisas, mientras Jane soltaba un pequeño grito emocionado y David alzaba su copa con una sonrisa burlona.

—¡La próxima será la vuestra! —exclamó, sabiendo que pocas veces sería tan feliz como en ese momento, y añadió—: ¡Y mi sobrino llevará los anillos!

La música continuó, las luces brillaron para ella con más intensidad que nunca, y Megan supo, con absoluta certeza, que aquel era el comienzo de su «para siempre».



Epílogo:

Mi Lugar en el Mundo

Si alguien me hubiera dicho hace un año que mi vida daría un giro tan inesperado, me habría reído con incredulidad. Pero aquí estaba, en la terraza del chalé que Wes había comprado para que viviéramos con nuestro hijo. Con una taza de té entre las manos, observaba la escena más hermosa que jamás podría haber imaginado.

El sonido de la risa de John me emocionaba. Wes lo perseguía por el jardín, con esa expresión de diversión que rara vez había visto en él antes de que todo cambiara. El niño corría entre las macetas, esquivando los brazos extendidos de su padre.

—¡No puedes cogerme! —gritaba entre carcajadas.

—¿Ah, no? —replicó Wes con una sonrisa.

Un segundo después, con un movimiento de amago, lo atrapó entre sus brazos y lo alzó en el aire, girándolo sobre sí mismo. John, aferrado a la camisa de Wes, chilló de emoción mientras se reía a carcajadas.

Mi corazón se encogió. Jamás habría imaginado algo así. La conexión entre padre e hijo había sido instantánea, algo que ni en mis mejores sueños me habría atrevido a imaginar. Estaban atrapados en un vínculo creado de forma natural, sin esfuerzo, como si siempre hubieran estado destinados a encontrarse.

Recordé la primera vez que John lo llamó papá. Fue una tarde cualquiera, un día corriente en el que los tres estábamos en casa, disfrutando del tiempo juntos. John estaba construyendo una de sus intrincadas figuras de Lego en la mesa del salón, y Wes lo observaba con ese interés que ponía en todo lo que hacía con él.

—Eso se va a caer —dijo Wes con tono crítico, señalando una de las piezas inestables.

John frunció el ceño y giró la estructura para analizarla mejor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la base no es lo bastante firme.

John lo miró un instante, como si estuviera evaluando el consejo. Luego sonrió y sacudió la cabeza con admiración.

—Vale, papá. Creo que tienes razón.

Las palabras salieron de su boca con una naturalidad que me dejó sin aliento. El tiempo pareció detenerse. Wes parpadeó, sorprendido. Se quedó inmóvil, como si su cerebro estuviera intentando procesar lo que acababa de escuchar.

John, ajeno a la trascendencia del momento, siguió concentrado en su construcción. Pero yo vi el destello en los ojos de Wes. Su emoción y el nudo en la garganta que ni siquiera él, con

su inquebrantable control, pudo disimular.

—¿Lo has oído? —murmuré, con la voz temblorosa.

Wes asintió, sin apartar la vista del niño. Sus labios se curvaron en una espléndida sonrisa, y sus ojos brillaban de emoción.

—Sí —susurró—. Lo he oído.

No hablamos más de ello. No hubo necesidad. Desde ese momento, papá se convirtió en algo natural, algo que John decía sin esfuerzo, sin dudas. Y Wes lo asumió con la emoción de alguien que sabía, con absoluta certeza, que había encontrado lo que siempre había buscado.

Y yo… Yo encontré mi hogar. Un hogar que no era un lugar, sino ellos dos.

El amor entre Wes y yo había sido un torbellino. Habíamos luchado contra ello, contra el peso de nuestras diferencias, contra nuestros miedos, pero al final, había sucedido lo inevitable. Porque lo nuestro no era solo deseo, ni siquiera solo amor. Era una certeza absoluta, una verdad que se había impuesto con la fuerza de algo irremediable.

Wes me amaba. Yo lo amaba. Y juntos, éramos una familia.

Un suave golpe en la puerta del ventanal me sacó de mis pensamientos.

—¿Sigues ahí? —preguntó Wes con su tono grave y aterciopelado, con John aún colgado de su espalda.

—Sí —respondí con una sonrisa, sintiendo cómo mi pecho se llenaba de calidez.

Wes caminó hacia mí con esa seguridad tranquila que siempre me desarmaba. Se inclinó y sus labios rozaron los míos con una deliciosa lentitud, como si cada beso fuera una promesa. El aire aún conservaba el eco de las risas compartidas con nuestro hijo, un sonido que se había vuelto mi melodía favorita.

—¿Te has dado cuenta de algo, cariño? —murmuró contra mi piel, con ese tono grave que hacía que todo dentro de mí se estremeciera.

—¿De qué? —susurré, mirándolo a los ojos, atrapada en ese verde profundo que tanto amaba.

—Que, al final, no fuiste capaz de ponerme en tu lista negra.

Reí entre dientes y apoyé la frente en su hombro, sintiendo que la calidez de su cuerpo me envolvía.

—Tienes razón. ¡Y mira que lo intenté! —Levanté la mirada y le sonreí con picardía—. Pero lo mejor de todo, Wes Bateman, es que rompí esa lista hace tiempo. Ya no hay nombres, no hay más vetos… Solo hay un hombre que me interesa. Y los demás…

—Los demás nunca pudieron saber lo que se perdieron —completó él con una maravillosa sonrisa antes de besarme de nuevo.

Wes me rodeó con un brazo, y John, ajeno a la profundidad del momento, se acomodó entre nosotros con la naturalidad de quien sabe que está exactamente dónde debe estar.

Una familia. Nuestra familia. Nuestro hogar.

Si has llegado hasta aquí, me gustaría pedirte un favor.

Tu opinión o valoración es el último capítulo de esta novela, y me gustaría que me ayudaras a acabarla.

Dale a este QR, y deja tu reseña. Muchas gracias, y hasta la próxima.



AGRADECIMIENTOS

Has llegado hasta el final de esta historia, y no puedo expresar con palabras lo mucho que eso significa para mí. Cada página que has leído, las emociones que se han despertado en ti, y cada minuto que le has dedicado a este libro, han sido el mejor regalo que podías hacerme.

Gracias por dar vida a estas palabras con tu imaginación y tu corazón.

Es un privilegio haber compartido este viaje. Si he podido arrancarte una sonrisa, una lágrima, o hacerte reflexionar, todo el esfuerzo habrá valido la pena. Porque tú, lector@, eres el alma de este relato.

Espero de corazón que esta historia te haya acompañado, tocado el alma y dejado un bonito recuerdo. Espero que estés ahí, esperándome para la próxima aventura.

Gracias por ser parte de este sueño hecho realidad.

Con todo mi cariño,

Melanie Wade

P.D.: Si tienes curiosidad por descubrir más información sobre mí y mi obra literaria, puedes visitar mi página de autor de Amazon

https://www.amazon.es/stores/Melanie-Wade/author/B0DWXL1QPJ?ref=ap_rdr&isDramIntegrated=true&shoppingPortalEnabled=true

También puedes encontrarlo en la próxima página

Serie secretos de Manhattan 1

Bajo las reglas del juego: Dos almas opuestas, un amor que desafía todas las reglas

https://relinks.me/B0DSV6VFP6



Me llamo Anna Roberts. Soy una chica sencilla, práctica, y de clase media. Cuando acepté trabajar como secretaria personal de Mark Blackwell, nunca pensé que mi vida daría un giro tan radical. Es un hombre frío, exigente, perfeccionista, y que representa todo lo que detesto. Cuando empecé a trabajar con él, fue como enfrentarme a un muro de hielo. Pero, poco a poco, he descubierto que, tras esa fachada de dureza, se esconde un hombre marcado por su pasado, con miedos e inseguridades, pero apenas lo deja ver.
Tras la traición de mi ex, me había prometido a mí misma no volver a confiar en ningún hombre, pero hay algo en Mark que me intriga, que me desafía… ¡Y que también me atrae!

Soy Mark Blackwell, un hombre que ha dedicado su vida a alcanzar el éxito. En mi mundo, las emociones son un lujo que nunca me he permitido. Todo en mi vida está planificado, controlado y calculado… O lo estaba, hasta que Anna Roberts entró en mi despacho.
No obstante, ella no es como las demás. Su carácter firme y desafiante me desconcierta. No se doblega, no intenta agradarme, y sabe manejar mi difícil temperamento como nadie.
Anna representaba todo lo que he intentado evitar: alguien capaz de atravesar mis defensas y ver más allá del hombre rígido y perfeccionista que todos conocen.